Fray Mocho

Revista Semanal



FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912 — Dirección, Redacción y Administración. CERRITO 607

Año XVII — Buenos Aires, octubre 23 de 1928 — No. 861

CRISTOBAL COLON

LA RUTA DE LAS CARABELAS

El genio aventurero del obscuro navegante genovés, que arribó un día al abigarrado y tumultuoso dominio de los conquistadores lusitanos, avizoró en la "Atlántida" de Platón y en la "Medea" de Séneca, que, sí, más allá de Thule, Tebis habría de descubrir ignotos horizontes.

Cristóbal Colón despejó los mares infinitos, derrumbó las columnas de Hércules sobre las cuales reposaba el mundo antiguo, tuvo la certidumbre magnífica del visionario Galiley. En su mente, que acariciaron las tormentas ecuatoriales de Madera, de Cabo Verde, de Senegal, aquellas fabulosas zonas que acercaban a los países de Marco Polo, resplandeció el signo providencial de los iluminados. ¡Qué sabían la escolástica y la teología de los clérigos de Salamanca ante la fe profunda de Cristóbal Colón! Estaba dicho, como en las Escrituras, que él era llamado a expandir los límites del conocimiento, de la vida y de la historia. Desde su alucinante trabajo para los astilleros donde se armaban los navíos de las expediciones exploradoras del confín oriental de las Indias hasta su largo y digno peregrinaje por las cortes de Lisboa, Madrid y el parlamento de la República Ligur, Cristóbal Colón sugestionaba con su acento de elevación mística, con el conjuro arrebatador de los predestinados. Pero nadie osó tenderle la mano piadosa. A su lado, si se elevaba el respeto que levanta en los ánimos la sensación de la grandeza, también se enfurecía la ceguera sórdida de la turba que le cubrió con la afrenta del ridículo.

Juan II de Portugal, aquel noble monarca que irguió en el Cabo de San Vicente la gallardía de su espíritu conquistador; temperamento bizarro, sereno, a quien el riesgo de las empresas habían habituado a las hazañas y las zozobras, no escapó tampoco a la común desorientación. El genio incomprendido había recurrido a la más alta esperanza, pero de allí no partió sino el ademán condescendiente y prometedor con que se eluden los cumplimientos solemnes. Se necesitaba el tesón moral, la fe absoluta, la gracia de Dios para no caer en la postración y el olvido. Cristóbal Colón halló fuerzas en su desgracia, para sobrevivir, para alentar aún su alocado proyecto, cuando ya habíanse cerrado todas las puertas, todas las creencias. Fué seguramente, la virtud de la estirpe, que vibró en su alma. Ella lo sostuvo a través de las cruentas vicisitudes de su éxodo.

Así, con el porte majestuoso que dá la propia confianza, llegó a golpear el aldabón del Convento de la Rábida, resonante bajo las arcadas de las galerías umbrías donde Fray Juan Pérez conversara mano a mano con Dios. Le acompañaba y es éste el tema familiar de todos los cromos y poesías que celebraron al gran navegante genovés, su pequeño hijo, inocente de la trascendencia de aquel doloroso recorrido en demanda de una voluntad que ayudara a realizar la segunda parte de la creación, que no a menos equivale el Descubrimiento de América.

Aquél aldabonazo, recio en la calma de aquella tarde de **1485**, *fué la realización del milagroso ensueño.*

En Granada, la moruna ciudad en donde acababa de detenerse la herejía y afirmarse la unidad de Castilla y Aragón, el peregrino se prosternó a los pies del trono, invocando a Fernando e Isabel, para grandeza de España y del Cristianismo, la escoltilla audaz que se internaría en los mares desconocidos, en las ilimitadas latitudes, hacia remotas e ignoradas tierras.

La mitológica Golconda, las islas fabulosas de San Brandán, las Siete Ciudades resplandecientes en el espejismo trágico de los marinos confinados en las Canarias y las Azores, no se hallaban entonces tan lejanos como la visión de América.

La noción común rechazaba el formidable intento. Desvariaba el bueno de Cristóbal Colón, y Fray Juan Pérez había cometido la imperdonable imprudencia de interceder por un iluso peligroso. Solo un corazón de mujer fué accesible a las palabras y al genio del Almirante. Isabel le tendió su afecto y el calor oportuno de su estímulo. La "Santa María", "La Pinta" y "La Niña" desamarraron en el Puerto de Palos, y se dieron a la vela amparadas por la fe de su piloto y por la protección de la soberana católica.

Rutas jamás señaladas por la brújula, mirajes que se abrían sobre un horizonte inédito, mares y cielos a los que nunca llegara el eco de la existencia humana. ¡Qué bella y terrible la carcajada monstruosa del mascarón de proa de la nave capitana! ¡Qué inquietud inenarrable la de los galeotos embarcados hacia un destino de muerte o de felicidad, confiados al genio loco del Almirante! ¡Qué cánticos inauditos subían de las ondas inauguradas y de la estela burbujeante que parecía acunar el sueño de los aventureros!

Nunca hombre alguno estuvo más sublime, ni nadie jamás pensó en tal grandeza, en tal aliento de eternidad como Cristobal Colón en su viaje misterioso. Pasaron los días sobre su infatigable anhelo. A la desazón del trayecto, hacia el abismo, sucedió la renovada esperanza de los primeros vestigios de vida. Una rama florida, un pájaro... ¡Qué simples cosas, y sin embargo qué enormes, qué salvadoras en medio de la desesperación del Almirante! Con certeza pudo exclamar Humboldt "Jamás el vuelo de los pájaros tuvo mayores consecuencias". Y fué que el **12** *de Octubre de* **1492** *América surgió del fondo de los mares a la vista azorada de los navegantes y a la gratitud de Cristóbal Colón, que la reencontraba en la realidad del mundo, después de haberla divisado en la bruma de su sueño.*

¡Tierra! ¡Tierra! Legítimo alborozo de los corazones, de las manos, de las lágrimas de los navegantes que sintieron entonces que Dios estaba con ellos porque Cristóbal Colón los guiaba.

La palabra de Presidentes y diplomáticos sudamericanos en el Día de la Raza

AUTÓGRAFOS PARA "FRAY MOCHO"

Presidencia de la República

Recordemos todos los americanos la gesta máxima de la Raza admirando con el más fervoroso sentimiento de nuestro corazón, a la Madre Patria que vivificó la magna empresa con la sangre de sus venas y que nos legó el tesoro de la misma lengua y de idénticas tradiciones, vínculos poderosos que son las más firmes garantías de la confraternidad americana

José P. Guggiari

Presidente de la República del Paraguay

Asunción, octubre de 1928



Del Presidente de la República del Paraguay, doctor José P. Guggiari

Presidente de la República

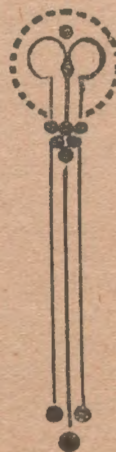
Por un doble motivo, este 12 de Octubre tiene un alto significado para los argentinos.

Como día de la Raza: porque evoca todo el genio que infundió la madre patria a nuestro mundo americano.

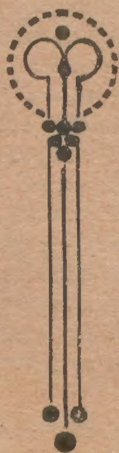
Como día que inaugura un nuevo período presidencial: porque permite afirmar una vez más el progreso democrático alcanzado, y a cuyo amparo la República hermana, va forjando su grandeza como Nación.

Montevideo, Octubre de 1928.

Juan Campisteguy



Del Presidente de la República Oriental del Uruguay, doctor Juan Campisteguy



Del Embajador de España, acreditado ante el gobierno de la República Argentina, señor Ramiro de Maeztu

12 de octubre de 1928

Para "Fray Mocho"

Lo primero que hicieron los españoles al descubrir la América fué decir a los indios de las Antillas que el Dios único y eterno creó el mundo y una pareja, de la que todos los hombres descendemos. Por eso "El día de la Raza" no ha de entenderse como auto-glorificación hispánica, sino como proclamación de la hermandad de todos los hombres.

Ramiro de Maeztu

Para "FRAY MOCHO"

Raras vezes um homem publico ha podido se orgulhar de uma consagração tão grande por parte dos seus contemporaneos. Desmentido cruel do velho adagio "que ninguem é propheta em sua propria terra", Don Hipolito Irigoyen, que sóbe ao poder cercado do prestigio maximo do seu povo, do respeito e admiração de todas as Nações americanas, pelo culto incessante por elle professado em beneficio da paz e da harmonia internacional, ha de encontrar na experiencia adquirida no longo percurso de sua vida honrada e austera, força e amparo para assegurar dentro do governo o triumpho definitivo dos grandes ideaes democraticos, que constituem o alicerce vigoroso em que assenta a sua propria estructura moral.

Buenos Aires, Octubre de 1928

José de Paula Rodrigues Alves
Embaj. del Brasil.

Del Embajador de los Estados Unidos del Brasil, en la República Argentina, doctor José de Paula Rodríguez Alves

EL EMBAJADOR DE MÉXICO

COMO un verdadero ejercicio espiritual, la Fiesta de la Raza debiera darnos ocasión para meditar honda y detenidamente en estas dos cuestiones:

1a.- La cuestión de buscar,- y aun solicitar y provocar un poco su aparición, porque un poco de conciencia conviene siempre a las evoluciones humanas, por fatales o por exteriores a nuestra voluntad que ellas parezcan- los rasgos y las maneras característicos del ser americano.

2a.- La cuestión de no corromper esta investigación con un exceso de empeños artificiales, queriendo a la fuerza, desde la mesa del literato, el atril del músico o la paleta del pintor, inventar un falso carácter americano.

Este delicado equilibrio en que hemos de desarrollar nuestras campañas en busca del alma americana expresa, a mi ver, todo lo que hay de patético en la misión que toca a las nuevas generaciones de las veinte Repúblicas.

Alfonso Reyes

Del Embajador de Méjico en nuestro país, doctor Alfonso Reyes




Embajada del Perú

La confraternidad hispano americano, que culmina sus elevadas consagraciones en la Fiesta de la Raza, es, a mi juicio, la base lógica de la solidaridad continental. No puede concebirse amor entre hermanos, si el hogar común no tiene por culto supremo el amor a la madre. De ahí que siempre sea oportuno el recuerdo de la estrofa del inspirado poeta del Perú, Don José Santos Chocano, quien, en una de sus poesias a España, dice:

"Oh Madre Patria, acógeme en tus brazos
Y al compás de mi cántico sonoro
Renueva el nudo de los viejos lazos,
Porque un anillo de oro hecho pedazos
Ya no es anillo, pero, siempre es oro."

Y es justamente esta, la verdadera situaciónexistente entre España y América. Nuestra Independencia, obra de la ma edad, rompió el anillo que materialmente nos unía a la penín , pero, el oro de los afectos, de la sangre, de la raza, es tan puro hoy, como ayer, y como siempre.

Por eso el Dia de la Raza, del que la nobleza americana hizo oficialmente, en varios de sus paises, dia de Fiesta Nacional, no solo trae una recordación histórica, sino ratifica invariablemente, cada año, un sentimiento que es común a los pueblos de nuestro continente unidos en el regazo de afectos y grandezas de la gloriosa España.

Buenos Aires, Octubre de 1928.

Miguel A. Checa

Del Embajador del Perú, en la República Argentina, doctor Miguel A. Checa Eguiguren

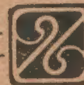
Consulado General del Peru

Para "Fray Mocho" la colonia peruana no tiene sinò palabras de sincero agradecimiento, al que se une de todo corazon el Consul General en la República Argentina y que aprovecha la oportunidad para saludar afectuosamente à su distinguido Director

Buenos Aires, Octubre 4/1928

J. M. Bullen

Del Cónsul General del Perú, señor J. M. Bullen

EN EL DIA DE LA RAZA

Pongamos en gracia de júbilo nuestros corazones, para celebrar la fecha inmortal de la estirpe.

*El **12** de Octubre es el Día de la Raza de la noble y fuerte familia humana que realizó en la historia y en la civilización los fastos más perdurables y gloriosos. Interpretemos su significación ante los pueblos latinoamericanos, y definamos su alcance como fiesta del espíritu común.*

*El **12** de Octubre tiene el aliento eterno de los sucesos donde aparece patente el signo divino. No es sólo el recuerdo del día en que a los ojos de los audaces navegantes de Palos asomóse la grandeza de un nuevo mundo. Con ser éste el acontecimiento mayor de todos los tiempos de que haya memoria, y que por sí explicaría la trascendencia majestuosa de la fecha, el **12** de Octubre tiene un sentido superior a la rememoración de aquella epopeya. Es el compendio simbólico de la vasta conquista de la raza latinoamericana en todos los órdenes de la vida.*

*Su repercusión abarca la historia entera, desde el origen de la civilización de Occidente, cuyo punto inicial debe buscarse en las Cruzadas y en el esplendor del poderío de Castilla, hasta la soberbia pujanza material y moral de las jóvenes nacionalidades iberoamericanas, el renacimiento político de España y el porvenir que vuelve a anunciar el venturoso predominio de la estirpe. El **12** de Octubre, es, pues, más que una efeméride. Es una afirmación del genio secular de la raza, tanto en lo que respecta a su pasado cubierto de brillantes acciones e imperecederos ejemplos de virtud y heroísmo, cuanto a su presente, definitivo como un hecho cabal, y a su futuro, abierto en efusión de abrazo y en estímulo y rectitud de camino hacia el sol.*

*Es, además, en esencia, la comunión del espíritu latino. Los pueblos a los cuales une el intenso fervor de la sangre, del idioma, de la religión; que han convivido una misma atmósfera histórica; que sienten idénticamente la emoción vívida del progreso; que se han confundido en profundos vínculos materiales e intelectuales y cuya felicidad en la paz, el trabajo y el amor es patrimonio colectivo que custodian con igual celo, exaltan en el **12** de Octubre el legítimo orgullo de su hegemonía.*

*El Día de la Raza es, entonces, la significación de una fecha cuyo alcance inmenso se extenderá a través de la historia. Por virtud de su tradición, es España quien más debe sentirla ahondada en su alma. La Madre Patria es la representante indiscutible de la estirpe. Ella nos dió la heráldica nobililiaria de nuestros blasones. Los pueblos que festejamos el **12** de Octubre tenemos una deuda de gratitud filial con España, y hacia su claro afecto y su ademán revelador, que nos puso sobre el horizonte despejado del progreso, tendemos el arco de nuestra mirada, el tributo de nuestra admiración y cariño, la consagración suprema de nuestro recuerdo.*

*España tiene en el **12** de Octubre la fecha que le pertenece por derecho propio. El tiempo le ha deparado el lugar que le correspondía en el sentimiento de los pueblos latinoamericanos. Española es la voz con que nos expresamos; española es nuestra raigambre étnica; española es la fisonomía de nuestro espíritu; española es la fisonomía de nuestro espíritu; puramente española es la bizarría que pusimos en la lucha por nuestra libertad y por nuestra organización, y española es también esta noble felicidad con que conservamos todo el tesoro de raza que nos legara la Madre Patria.*

La celebración jubilosa del 12 de Octubre tiene así la significación de un homenaje a la grandeza de España, aparte de su obra alta, significación que hemos enunciado; labor de fiesta anima el corazón de los pueblos latinoamericanos.

El 12 de Octubre se repite con eco de diana de bronce en el horizonte múltiple de la rosa de los vientos. Es un perfume de historia que evoca le gesta formidable de la raza que cumplió los más altos destinos de la humanidad. Canción de las banderas hermanadas en la policromía de los himnos nacionales que se suceden en labios de la multitud entusiasta; recuerdo imborrable de las carabelas colombinas que avanzaron hacia el miraje inédito del nuevo mundo; austera magnificencia del símbolo de España, donde el león castellano reposa, sereno y heroico, en la conciencia de su imperio inmortal.

¡12 de Octubre, Día de la Raza! La Nación Argentina glorifica la fecha, y pone su júbilo en el tope más alto de su fe.





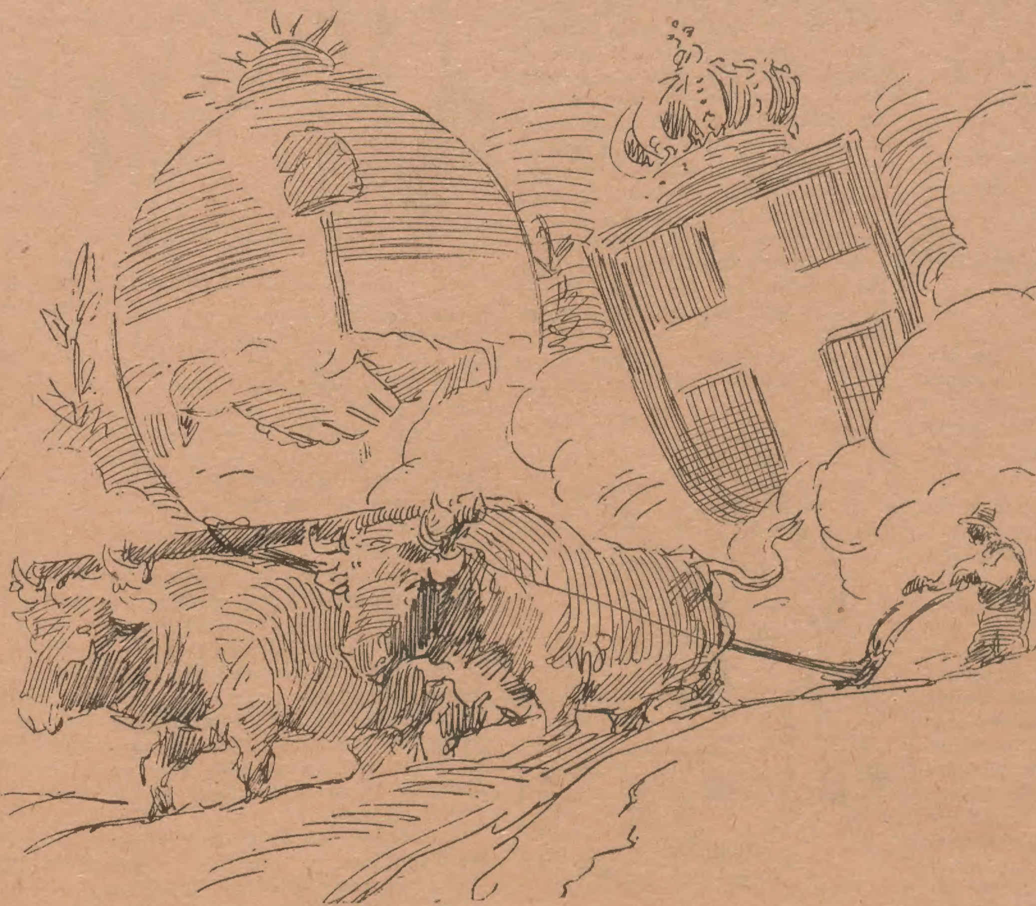
Italia en el 12 de Octubre



No podía Italia dejar de ser parte fundamental en la fiesta de la raza, tanto en lo que ella toca a nuestro país; como en su más vasta significación histórica, pues si bien el hecho de que aquel pueblo grande y noble fué factor principalísimo de nuestra grandeza le acuerda títulos para asociarse a la celebración del magno acontecimiento iberoamericano, las circunstancias inseparables de constituir Roma la cuna originaria del genio latino, y de haber visto la luz en Génova el espíritu iluminado de Cristóbal Colón, dan a su intervención en la fecha carácter insustituible y legítima presencia.

No se concebiría, pues, la fiesta de la raza, falta del calor del concurso itálico.

A Italia corresponde una influencia decisiva en la organización argentina. A ella debemos mucho de nuestra actual grandeza. Hacia nuestras pampas, aún resonantes bajo los cascos de la caballada del malón aborigen, se volcaron las vivificadoras corrientes de sus inmigrantes. Era cuando todavía el fortín erguíase en la soledad salvaje del interior, vigía ceñudo de nuestro porvenir, avanzada segura de nuestra civilización. Aquellas peonadas robustas levantaron los primeros cercos, tendieron las primeras líneas del ferrocarril, abrieron los caminos. El arado, guiado por sus manos expertas de trabajadores de la tierra, escribió en nuestro suelo, a manera de paralelas de pentagrama, el surco profundo que había de traducirse pronto en pródiga compensación de trigales maduros.



Nuestro país entró así en el progreso rápido y fecundo que le ha llevado a ocupar un lugar privilegiado en el concierto de las grandes naciones.

Pero no fué únicamente esto lo que dió Italia a nuestro país. Sus hijos, que llegaron por miles, extendiéndose hacia los cuatro horizontes, son ya sangre constitutiva de nuestro organismo social. Los italianos se aferraron a nuestro país, por una consolidación autógena de cariño. Hicieron de nuestra patria y la suya una única entidad. La sintieron como nosotros mismos, por una comunión de reciprocidad, de ferviente compenetración. Aquí afianzaron sus amores y sus intereses morales y materiales y aquí crearon su hogar, confundiéndose con nuestro espíritu y nuestra sangre y contribuyendo a elaborar con los demás pueblos que llegaron a nuestro país de todas partes del mundo el magnífico crisol en que se fundió el tipo argentino por excelencia. Y todo ello no hizo sino confirmar la gloria inmortal de D. Manuel Belgrano, el ilustre y preclaro patricio argentino, que por su ascendencia ligur nos vincula en la historia al formidable pueblo peninsular.

Tradicional lazo irrompible el que nos une a Italia, y, que, como hemos dicho, fuerza espontáneamente a considerarla inseparable del concepto del Día de la Raza y de su entusiasta celebración

Todos los gobiernos sucedidos en ambos países estimularon con decisión admirable esta profunda reciprocidad italo-argentina. Es que se trataba nada más que de regularizar en las prácticas usuales de las relaciones internacionales la incontenible simpatía de naciones que, aparte de sus sentimientos idénticos de concordia, de admiración y de fe, estaban llamadas a seguir una ruta paralela en el progreso.

El camino de la inteligencia mútua y compenetración de Argentina e Italia ha sido, entonces, camino accesible a los gobiernos puesto que ya antes estaba cumplido por la voluntad obscura pero milagrosa de los pueblos. La intensificación de la amistad común entre las naciones tal vez no haya alcanzado nunca más vibrante y segura firmeza que entre Argentina e Italia. De ahí que el gobierno de Mussolini se preocupe, principalmente, de mantenerla y de hacerla más honda, si cabe. El jefe del fascismo supo responder en todo momento, de acuerdo con la tradición italiana, a los nobles lazos de cordialidad que ligan a su pueblo con el nuestro.

Intérprete enérgico y claro del sentimiento y el pensamiento de Italia, Mussolini afirmó su alta política robusteciendo las sinceras relaciones entre ambos países, elevándolas a la magnitud de una doctrina de derecho que le diera cauces definitivos y consolidara para siempre su destino.

Así quedó realizado el sueño de aquellos "pioneers" que dieron a nuestros campos y ciudades, a la producción, a la industria y el comercio, como así también a la cultura científica y artística sus primeros alientos de vida.

Mussolini coronó entonces la obra iniciada hace muchas generaciones, en el despertar de la nacionalidad argentina. Tuvo a su lado, en el ponderable empeño, la figura querida y ejemplar de Victorio Emmanuele, el noble monarca que acompañó en el recuerdo, y con la confianza expresa de sus sentimientos, a cada uno de los millares de súbditos que vinieron a dar la propulsión impetuosa de su esfuerzo a la grandeza argentina.

Loemos a Italia en el Día de la Raza. Por su significación en nuestra historia y en nuestro progreso. Por su condición de cuna originaria del genio latino. Por el lustre de su gloria en la conquista de los más puros ideales de la civilización de occidente. Por los héroes del trabajo y de la inteligencia que brindaron generosamente su fé y su acción a nuestro país.

Cristóbal Colón

En la memorable noche del 11 al 12 de Octubre que, muchos aspirantes a empleo público habrán pasado con una gran emoción y esperanza, se cumplió el 436° aniversario de un hecho inmortal para todos aquellos por cuyas venas corren leucocitos americanos. No se trata, sin embargo, de la aparición de "Ramona", "En un pueblito de España", de una revolución homeopática, ni cosa parecida, sino nada menos que del descubrimiento de América.



Figúrense lo que sería de nosotros si todavía no nos hubieran descubierto. ¿A quién íbamos a vender las cosechas y las carnes frías? Pero, en vez de divagar, biografiemos.

No se sabe con exactitud el lugar ni la fecha en que dió sus primeros vagidos Cristobalito. Muchas ciudades se disputan el honor de ser su cuna, y se ha agrandado tanto esto de la cuna; que ya más parece una cama de doble plaza. Unos aseguran que nació en Gogoletto, pequeño pueblo sobre el Adriático; otros — más impulsivos — sostienen, a cachetada limpia, que vió la primera luz en Génova; Primo de Rivera está convencido de que Colón era de Barcelona, porque sólo podía ser catalán quien se había apuntado el primer garbanzo en América; por su parte Mussolini tiene testimonios de que el gran navegante desembarcó con la camisa negra, después de una travesía accidentada de meses, lo que revelaría su origen netamente fascista. Y no falta quien argumente que era andaluz, portugués o checo eslovaco, seguro de no poder ser desmentido.

Nosotros diremos que era hispano-italo-argentino, para evitar cuestiones personales; pero consignamos nuestra extrañeza ante el hecho de que debiendo notar los padres de Colón que aquel chico iba a descubrir algo, no tomaran precauciones para evitar ahora nuestras dudas y el desconcierto universal, pues sólo sabemos por referencias que nació el año 1436. Los registros parroquiales de aquella época se conoce que eran más descuidados que los de algunos cantantes de nuestro gran teatro.

La infancia de Colón nada tiene de particular. Nosotros presumimos que faltaría a la escuela cuando pudo, jugaría a las bolitas y los barquitos de papel y se metería los dedos en la boca, como todos los chicos.

Muy joven aún y anticiuándose a la máxima presidencial de que el hombre no aprende nada después de los veinte años, abandonó sus estudios para dedicarse a la navegación marítima, logrando destacarse en seguida por su valor y pericia a bordo de las naves genovesas y napolitanas que capitaneaba. Pasó después a Portugal, foco entonces de intrépidos navegantes y donde, sin duda, Colón forjó su magna idea, pues los portugueses de esa época no eran como los que nos ha pintado Eca de Queiroz en sus regocijadas novelas.

Por aquella fecha los conocimientos geográficos sólo servían para despistar. Corría la bola de que la tierra era toda plana, siendo tan llano ver que es una bola. La Atlántida de Platón, se consideraba una realidad tan cierta como hoy el mal estado de la Caja de Jubilaciones Civiles; también se creía en la Antilla de los Femicios y en las islas Afotunadas, todas tierras fantásticas que algunos aseguraban ver desde la orilla para que otros fueran a explorarlas.

Entre semejante galimatías, el genio de Colón palpitó lo de la bola, teoría que había estado en boga durante algún tiempo, pero a la sazón relegada a un ingrato olvido, ni más ni menos que los tangos de moda. Sí, pues, la tierra era algo así como esos merengues que se venden en las confiterías de tercer orden, no cabía la menor duda que partiendo, por ejemplo, de la tumba de una mosca de las que suelen estar sepultadas en su superficie y siguiendo siempre en línea recta sobre el azucarado cachivache, volveremos fatalmente a la tumba, porque no hay nada mejor para ir a la tumba que esos merengues.



Dejemos el merengue, lavémonos las manos e imaginemos el globo terráqueo rodando por el "inmenso piélago del vacío". El caso es el mismo. Se sale en auto, por ejemplo, del Departamento de Policía y se enfila la calle Moreno derechamente y siguiendo siempre una recta ideal, derribando todo lo que se oponga a nuestro paso. No cabe duda que antes o después volvemos al Departamento y quizás más pronto de lo que esperemos.

Pues, bien, este sencillo razonamiento fué el que se hizo Colón y pensó que saliendo de las costas occidentales de Europa tenía que



llegar infaliblemente a las orientales de Asia, y de allí, por tierra, al punto de partida.

Estos pensamientos consumieron la mayor parte de su vida. Se sabe que, resuelto ya a emprendr el viaje, solicitó los medios necesarios para realizarlo, pero en todas partes no encontró sino indiferencia u hostilidad. Venecia, Florencia, Portugal, Francia, Inglaterra, casi todo el mundo conocido entonces oyó las súplicas de Colón como quien oye tocar el piano a una alumna de cuarto año.

Ya sin recursos, mendigando, le vemos llegar una tarde al convento de Santa María de la Rábida, cerca del puerto de Palos, llevando de la mano a un niño a quien llamaba él su hijo Diego. No le contradigamos.

Allí expone al prior, fray Pérez de Marchena, sus proyectos y sus andanzas, consiguiendo impresionarle favorablemente y que le diera una carta de recomendación para los Reyes Católicos, Isabel y Fernando. Después de larga antesala, logró entrevistarse con los soberanos de España, que le preguntaron por la salud de Diego y le prometieron ayudarlo. Pero ya en aquella época existía la plaga de las comisiones de estudio, y esto fué lo que perdió a Colón, por que los sabios que la componían dictaminaron que su proyecto era muy fantástico. Lo mismo diría hoy una de nuestras comisiones oficiales si a alguien se le ocurriera descubrir Europa.



Sin embargo, Colón esperaba que fuese reparada aquella injusticia, y ya sabemos lo tercos que son los reparadores. En efecto después de mil y una andanzas, y gracias a que la reina Isabel empeñó en el Banco Municipal de Préstamos sus joyas, pudo equipar tres carabelas, la "Niña", la "Pinta" y la "Santa María", con las que se dió a la mar el 3 de Agosto de 1492 en el puerto español de Palos de Moguer.

La historia del descubrimiento puede oirla el lector todos los días hábiles de 8 a 18, en la Sección Investigaciones del Departamento de Policía. Algunos malvados — delincuentes habían de ser — dicen que es lo único que ahora descubre.

Sólo diremos que de la primera ojeada descubrió una de las islas Lucayas, a la que inmediatamente le puso el nombre de San Salvador, que todavía conserva en bastante buen uso. En ese entonces los terratenientes habían acaparado tanto la tierra en Europa, que era un verdadero milagro encontrar una hectárea sin dueño. De ahí la estupenda exclamación de Colón



"¡tierra!", al divisar un islote sin alambrado y sin el letrero consabido "se vende" o "se remata por lotes".

Colón creyó haber llegado a la India, pero como no estaba seguro, preguntó a un negro grandote, que tenía tipo de vigilante, el que no le supo contestar. En esto no se ha progresado nada.

Impaciente por dar la noticia del hallazgo, Colón dispuso el regreso a España, llegando a Barcelona el 5 de Mayo de 1493, después de cincuenta días de navegación. Los reyes y el pueblo lo recibieron con grandes agasajos. Se quemaron fuegos pirotécnicos, se organizaron verbenas y romerías y se abrió una gran zapatería con su nombre. El intrépido marino recibió los títulos de almirante, virrey y gobernador de las Indias.

El 25 de Septiembre del año siguiente, emprendió Colón su segundo viaje con intención de descubrir las Islas Caribes y la Ja-

maica, lo que consiguió sin esfuerzo, y en su tercer viaje andaba ya por América como por su casa.

Entretanto, los enemigos de Colón luchaban en España para desprestigiarlo ante los reyes y en el vasto círculo de sus amistades. Levantaron contra él especies calumniosas, como la de que les tomaba el pelo a los indios y les cortaba melenas a la garzón, la constitución del "soviet indígena", los preparativos de una gran invasión de España por tobas, aztecas, cuyanos y calchaquíes y otros infundios por el estilo.

Tanto y tanto insistían, que los monarcas declararon la intervención a las Indias, en una sesión que duró 48 horas, enviando a Francisco Bobadilla, amigo de la casa, para que restableciera el libre juego institucional en el continente. El interventor, un malvado, destituyó a Colón y lo envió a España cargado de cadenas. No tardó en rehabilitarse el gran navegante y realizó en seguida su cuarto y último viaje en el año



1502, tanto con el propósito de visitar a sus relaciones, como para proveerse de bananas, chirimoyas y tejidos incaicos.

Parece que las cosas no andaban bien en América y que los indios comenzaban a imitar a los españoles en el juego de las conspiraciones periódicas. Todo esto lo decepcionó. Enfermo, viejo y cansado, regresó definitivamente a España, radicándose en Sevilla por su gran afición taurina. Ya sabemos como son los andaluces: le tomaron para el pitorreo, le hacían chistes a cada rato y el pobre Colón tuvo que salir, como dicen ellos, de estampía, domiciliándose en Valladolid, donde la gente es más seria. Allí murió, pobre y abandonado, el 20 de Mayo de 1506, a los 70 años de edad.

El gran navegante, el más glorioso marino, el primer gobernante de América, el padre espiritual de Vasco de Gama, de Américo Vespucio, de Pizarro, de Almagro, de Cortés, de Núñez de Balboa, Magallanes, murió en la indigencia después de haber descubierto un mundo.

¡Descubrir un mundo! ¡Triste experiencia! Por eso, los hombres que a fuerza de saber se han quedado calvos, no quieren nunca descubrir el mapamundi que llevan en la cabeza.

Mono SABIO



Doctor Horacio B. Oyhanarte, ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina

SU VIDA, SU OBRA, SU PERSONALIDAD

Transcribimos de "El País", antiguo y prestigioso órgano de la prensa uruguaya, el siguiente artículo sobre la personalidad de nuestro Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Horacio B. Oyhanarte. "El País", que representa la opinión nacionalista de la del Uruguay, hace así honor a los tradicionales sentimientos de simpatía que une a los prohombres del radicalismo con los representantes de aquella tendencia de la política del pueblo hermano. Bajo la dirección del diputado nacional, doctor Eduardo Rodríguez Larreta y del doctor Leonel Aguirre — altas personalidades públicas del Plata, ambos dirigentes, conspicuos del Partido Nacionalista — "El País" entiende de tal modo servir los intereses comunes y contribuir al conocimiento de los grandes ciudadanos que por sus obras y su acción han trascendido el límite de la frontera patria.

No es tarea fácil diseñar en el ensayo periodístico, por fuerza somero y apresurado, los rasgos geniales de una figura que ofrece tan múltiples fases y que, dado su alcance en la vida argentina de este primer espacio de siglo, requiere, naturalmente, el estudio minucioso y de largo aliento. Político, legislador, jurisconsulto, tribuno, poeta, hombre de estado, ¿qué actividad intelectual, espiritual o práctica no abarcó el doctor Horacio B. Oyhanarte? ¿A qué campo no tendió su temperamento febril y su mente curiosa y ávida? ¿A dónde no llegaron la resonancia de su palabra o la claridad de su inteligencia o el dinamismo intenso de su esfuerzo? En las corrientes que bifurcaron la grandeza de la patria argentina abriéndole horizontes inéditos y extendiendo la perspectiva infinita de su porvenir venturoso, el doctor Horació B. Oyhanarte tiene conquistada una legítima obra propia. Ha realizado hechos en las distintas esferas del pensamiento y del trabajo, y es así una personalidad compleja, varia, en la cual no existe el diletante más o menos ecléctico sino la excelencia de un espíritu realmente superior. Por eso su vida es grande y bella y está salpicada de detalles sugestivos, reveladores de una voluntad que se dió por entero al servicio de altos ideales y que, en opuestos rumbos, supo manifestarse en todo su valor.

Recordemos. La referencia anecdótica, el episodio ilustrativo, suplantarán al examen de conjunto, meditado y sereno, que relegamos a una ocasión de las tantas que nos dispensará con sus aciertos de gobierno el nuevo Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina.

Tenía apenas quince años, el doctor Horacio B. Oyhanarte, cuando se inició en la acción pública. La memoria de su padre, asesinado en Rojas, víctima de las depredaciones del caudillismo lugareño, fué la éjida amparadora de su primera actitud radical. Era en la siniestra época de Ugarte, y durante una de las sesiones de la Legislatura bonaerense.

El diputado J. María Vega acababa de expresar que, de ser cierta una acusación formulada contra algunos colegas suyos, presentaría la renuncia. De pronto, su voz desde el tumulto de la barra:

—¡Renuncie! ¡Renuncie! Si hasta el asesino de mi padre tiene asiento aquí!

El arriesgado adolescente había imprecado en nombre de la justicia y de la honestidad; compendio del credo cívico en cuyo holocausto cayera el fundador de "La Verdad". Su impetuosa exclamación no resonó sólo en el recinto de la Legislatura: Repercutió también, ardorosamente, en todos los corazones argentinos que latían en ese momento por la salvación del país. Arrestado durante ocho días se le puso, luego, en libertad. El "indulto" no hizo más que envilecer a quien usaba la gracia para desarmar las terribles inculpaciones que roían su conciencia.

El doctor Horacio B. Oyhanarte pronunció su segunda conferencia en el Club Blanco, en Montevideo. Estaba con otros en nuestra capital, a fin de acompañar a los correligionarios que se repatriaban después del doloroso exilio impuesto por la revolución del 4 de febrero.

Fué aquél un acto vibrante, entusiasta, lleno de fé combativa y exaltación ciudadana que arrancó a D. Luis Alberto Herrera y a Carlos Roxlo, Cálidos conceptos de elogio del joven orador.

Nuestra casa se había abierto de par en par a los desterrados. Y confundidos con nosotros, en abra-

ORACION

Tiempo que vas pasando como un río
junto al árbol tenaz de la ribera,
linfa constante de agua pasajera:
yo soy un árbol de tu cauce umbrío.

Caen las hojas secas en las aguas,
y al dejar el nostálgico ramaje,
se van para un quimérico viaje
con el lento bogar de las piraguas.

Y al promediar la noche taciturna,
baja una estrella en medio de la fronda,
a esconder sus tesoros en la onda,
como una blanca náyade nocturna.

Pasa la vida lenta, hora tras horas,
y en la noche de invierno sólo queda
un fantasma callado en la arboleda,
y en el agua una estrella tembladora.

Yo te daré todo el follaje mío,
guárdame tú hasta la hora del invierno
la fiel estrella del amor eterno,
tiempo que vas pasando como un río...

Ricardo ROJAS

zos de fraternidad leal, sintieron vivificarse en la esperanza de la juventud briosa que se pronunciaba por labios del doctor Horacio B. Oyhanarte. Nunca como en el recuerdo de la conferencia del Club Blanco, uruguayos y argentinos comprendieron el sentimiento de perdurable y definitiva amistad. Porque a la vuelta de los años, en la campaña por la organización de la democracia del Plata, nos habíamos encontrado de nuevo, unidos en el dolor y la fé, como en la noche inmortal de La Florida.

Sin embargo, la actividad política no había absorbido al doctor Horacio B. Oyhanarte de la predilección literaria de su espíritu. En medio de las ásperas contingencias de la lucha restábale el instante de reposo que dedicaba a los libros y a la creación pura, que le proporcionara más de un triunfo. De tal manera que obtuvo el premio en unos juegos florales de noble tradición y en los que antes fueran consagrados únicamente dos poetas, Olegario Andrade y Joaquín Castellanos.

Su poema laureado "El gaucho", lo recitó en una inolvidable velada del teatro Opera, y consiguió la rápida difusión que merecía y que revelaba la profunda sensibilidad lírica de su autor. Poesía de hondo acento patrio, sus décimas de perfecto y rico estilo entraron en el alma popular y con el andar del tiempo adquirieron el prestigio armonioso de las cosas naturales: un pájaro que renueva su canto cada primavera, una raíz fresca y húmeda que reverdece todos los años...

En misión cívica, el doctor Horacio B. Oyhanarte, pasó más tarde a Tucumán, acompañado de los señores Crotto y Celesia. Asimismo recorrió, luego, San Juan, Mendoza, Corrientes, Córdoba, casi toda la República hermana. Aquí, allá, en cualquiera de las regiones que visitara, su fibra ciudadana, la vibración férvida de su palabra, su inteligencia, la sincera simpatía de su persona, iban estrechando filas para el radicalismo e iluminando la conciencia argentina para la gesta victoriosa de 1916. En 1914 fué elegido por la provincia de Buenos Aires, diputado al Congreso de la Nación. Este hecho asume en la historia política de su país una importancia excepcional. Recién entonces entra el radicalismo a la Cámara. Los diputados radicales designados en 1912 comparecieron más bien como acusados que como acusadores. El doctor Horacio B. Oyhanarte promovió en seguida debates ruidosos. Hizo el proceso implacable del régimen. Su palabra fogosa, certera, a veces violenta y otras cáustica, pero siempre agresiva y eficaz desconcertó a los sectores adversarios y convirtió el Congreso en un centro de atracción del interés del pueblo. Despertó así el sentido democrático de las masas ciudadanas, infundiéndoles la sana preocupación por los asuntos de gobierno que se advirtiera, en su magnífico apogeo, en el último período eleccionario. Fué, pues, el colaborador digno en la empresa formidable cumplida por el doctor Irigoyen. Su memorable discurso por el mantenimiento de la neutralidad del país frente a la conflagración europea es una pieza enjundiosa, severa y precisa, que sienta un nuevo principio de política internacional.

Reelegido en 1918, retiró su renuncia a la Convención para incorporarse y participar en el histórico debate sobre la política del Ministro de Hacienda, D. Domingo Salaberry. Su decisiva intervención desmembró la coalición opositora, y a los cinco minutos de haber comenzado su discurso daba lugar a la incidencia con el diputado, doctor Rodolfo Moreno, incidencia terminada en un duelo famoso que era el segundo que sostenía con el líder conservador. Su defensa de aquel secretario de Estado duró cuatro días consecutivos y definió y salvó la situación creada por los sectores opositores. Insistió, entonces, en su renuncia, con carácter indeclinable, el 24 de Marzo de 1919.

El doctor Horacio B. Oyhanarte continuó, no obstante, en la brega política. En 1920 tocóle dirigir la campaña partidaria en Catamarca. Por primera vez triunfó el radicalismo en dicha provincia, obteniendo gracias a su esfuerzo inteligente y a su fino tacto electoral los dos senadores nacionales que correspondía elegir.

En 1921 realizó un viaje a Alemania, respondiendo a invitaciones de la Universidad de Berlín, en la cual pronunció su conferencia sobre Irigoyen "El Hombre de la Paz". Ocupó la tribuna de Rabindranath Tagore y Beltrán Russell, los únicos oradores que habían pasado por ella, mientras en el auditorio numerosísimo le escuchaban Hindemburg, Von Tirppiz y el Presidente Ebert, este último impresionado de oír "al tribuno extranjero más extraordinario". En su memorable conferencia el doctor Horacio B. Oyhanarte expuso el alcance humanitario, generoso y amplio, de la neutralidad argentina y de la actitud en Ginebra, hechos que obedecían a un ideal de verdadera paz y consorcio entre todas las naciones del mundo y que constituía el principio de la política internacional seguida por el doctor Irigoyen. Las palabras del ilustre hombre público argentino, tuvieron vasta repercusión en Europa, y en otras circunstancias fueron oídas por Lloyd George, entonces primer ministro de Inglaterra, el Presidente de Francia, M. Millerand, y el Rey de Suecia, Gustavo V.

Entretanto "El hombre", su obra política fundamental, publicada en 1916, corría en manos del pueblo de la República, ilustrándolo e iniciándolo en el radicalismo.

Alta y noble personalidad es, según se observa, ésta que el doctor Irigoyen ha llamado con singular clarividencia a contribuir desde el Ministerio de Relaciones Exteriores a la labor grandiosa que encara su gobierno. A los treinta y seis años, con una vida entera por delante, el doctor Horacio B. Oyhanarte — el más joven de los cancilleres que haya dado la República Argentina, y el más joven de los miembros del nuevo gabinete, — continuará por su patria la acción iniciada desde la barra de la Legislatura bonaerense, allá, en su adolescencia.

Personalidad íntegra, cuya moral política se evidencia en la absoluta fidelidad demostrada siempre a la causa popular, este demócrata constante y sabio, enérgico y mesurado, tiene una ponderable tradición de consecuencia al radicalismo y a su digno intérprete y conductor, el doctor Hipólito Irigoyen. Tan es así que, parodiando el proverbio cristiano le oímos decir a menudo que "allí donde está Irigoyen está la bandera".

No podía ser de otro modo en quien recibiera de cerca las enseñanzas del eminente repúblico argentino. Los políticos educados en la escuela cívica del doctor Hipólito Irigoyen han seguido el ejemplo austero del maestro, ciñendo la vida pública y privada a una estricta norma moral que debe servirnos a nosotros de lección y estímulo.

Basta referir, a mayor abundamiento, la circunstancia de que, apenas designado Ministro de Relaciones Exteriores, el doctor Horacio B. Oyhanarte se apresuró a cerrar su estudio de jurisconsulto, uno de los más prestigiosos y activos del foro porteño, para consagrarse por entero al servicio del país. Significa esto un gesto moral y patriótico que deberían alguna vez seguir nuestros políticos.

El doctor Horacio B. Oyhanarte, que por su espíritu de disciplina partidaria interviniera hace escaso tiempo en un intrincado proceso, soportando en tres ocasiones consecutivas los arrebatos de un juez obcecado, no vaciló un instante en posponer sus intereses profesionales y la gloria de sus grandes aciertos de jurisconsulto, a la delicada gestión que le encomendara el nuevo mandatario y en la cual, seguramente, sabrá imponer la rectitud de sus virtudes y el esplendor de su talento.

Por anticipado justificamos las dudas del lector acerca de la veracidad de lo que vamos a relatar. ¡Es ello tan extraordinario!

Sin embargo, no haremos sino verter en estas páginas la relación exacta que del suceso nos hiciera, ahora años, el respetable anciano, padre de la protagonista, y al que pedimos disculpa, en atención al móvil que nos inspira, por violar la confidencia que le arrancara el doloroso recuerdo.

Vivía a las márgenes de uno de los arroyos que bajan de la cordillera a la llanura un matrimonio chileno de remota ascendencia hispana. Como la mayoría de los de su clase, en estas regiones, contaba con numerosa prole argentina, y en este caso particular el mayor número de hijos eran mujeres. Lindas muchachas tenían bien marcados los rasgos fisonómicos del padre, uno de los más bellos tipos de varón que hayamos visto. Le con cimos ya anciano, de setenta años largos, pero conservaba aun la agilidad y vigor físicos de un mozo. De noble continente, toda su persona trasuntaba varonil energía y un aire de distinción que tal vez le viniera de algún antepasado hidalgo. Un capital en ganados de cierta cuantía permitíanle atender con relativa holgura al sostenimiento de su familia, educada dentro de los principios austeros, tal vez un tanto tiránicos, de la moral del viejo hogar colonial. Los lazos filiales estaban atados por ese respeto profundo del hijo hacia los padres que caracterizó a la familia de aquella época y que aun se conserva en algunas regiones del interior.

Era fama en el pago donde el anciano vivía su cuidado celoso por la reputación de sus hijas, fuertes doncellas que se criaban en el recato de aquel hogar humilde cuán respetado.

Mas quiso el destino que un galán audaz, tras hábil y porfiado asedio, repetición de los que realizara en su remoto país de origen bajo el presitgio de su bizarría y del brillo de su uniforme, sedujera a una de las niñas. Ese amor furtivo, tal vez alimentado en la joven por la misma opresión en que pasaba sus días, por la excesiva vitalidad de su organismo, o por un romanticismo atávico, y estimulado en el hombre por los riesgos de la aventura y el pregusto de los tesoros de aquella magnífica hembra cerril, se deslizó en el misterio, teniendo por tálamo rincones escondidos de la agreste campiña. Nadie en la casa ni siquiera lo sospechó. La niña, a cuyo cargo estaba el lavado de la ropa de la familia, tarea que desempeñaba en el arroyo próximo, seguía inalterable en sus hábitos y obligaciones. Cierta demacración que en algún momento le fué notada se atribuyó a causas comunes y por lo mismo sin importancia.

Pero andando el tiempo, una visible declinación de la salud de la joven llamó la atención de sus padres, quienes, alarmados, la interpelaron. Ella se ingenió para tranquilizarles, achacando a cualquier dolencia pasajera su quebranto físico. Sin embargo, pasábase las noches en vela; se le podía oír ahogar ansias y suspiros, revolvelse en el lecho, sentarse sobresaltada, manifestaciones, en fin, de una intranquilidad que ya no podía pasar sin una explicación de la cuitada. Pero todo fué en vano.

Entre dos deberes

Por Félix de San Martín

Siempre respondía lo mismo: no tenía nada, pronto se compondría, etcétera.

Puesta ya la atención vigilante de todos sobre la niña, recién observaron que madrugaba más que antes para ir a su tarea, regresando, en cambio, más tarde de lo acostumbrado. Y la huella de un dolor, de un hondo dolor macerante, quién sabe si físico o moral, se iba haciendo cada vez más visible en la muchacha.

El padre resolvió saber la verdad, y un día madrugó y salió al campo. Escondió su caballo en unos riscos y ocultándase él entre los peñascos de la alta ribera del arroyo se situó en un punto desde el que podía ver sin ser visto, dominando el lugar donde su hija diariamente lavaba.

Fué así que en cuanto aclaró vióla llegar presurosa, casi corriendo, al pie de una roca, y desaparecer tras ella. Se mantuvo en acecho toda la mañana, en cuyo tiempo la joven hizo varios viajes del arroyo a la peña, notando el padre que antes de dirigirse hacia ese sitio escrutaba los alrededores, como temerosa de ser vista.

Llegada la hora del almuerzo, la joven, luego de una corta visita a la roca, se fué a la casa, distante de allí como doscientos metros. Entonces el padre descendió de su observatorio y fué a ver qué misterio encerraba ese peñasco al que con tanta frecuencia e iguales precauciones acudía su hija.

La roca presentaba una ancha grieta, cuya entrada aparecía prolijamente cerrada por una gran laja que trancaban gruesos pedruscos sueltos. Fácil le fué al anciano tirar éstos y luego la improvisada puerta. En el fondo de la oquedad, sobre unos cueros de oveja bien lavados, envuelto en blanco lienzo, un niñito como de un mes dormía con el sueño de los ángeles.

Al llegar a este punto de su relato el anciano sollozaba, conmovido por tremenda emoción. Sin duda al evocar el cuadro que azorado contemplara, reproducíanse en su espíritu las mismas sensaciones que entonces le sacudieran. También nosotros, tocados a fondo, guardamos silencio, apretada la garganta por las garras de la emoción, que no por inmateriales dejan de sentirse cual si fueran de acero.

—¿Y qué hizo, viejito? —acertamos a preguntarle, tartamudeando, al angustiado anciano, pasada la confusión del primer momento.

—¡Qué había de hacer, señor!—nos contestó inclinando la cabeza como al peso del amargo recuerdo. —Agarré al niñito y me fuí a las casas con él a entregárselo a la madre...

¿Imagina el lector el drama terrible que debió desarrollarse en el alma de aquella mujer desde el momento en que sintió agitarse en sus entrañas el nuevo ser, hasta la hora en que la noble tolerancia paterna puso en sus brazos al hijo de su amor? ¿Podrán medirse las tribulaciones de esa madre en las horas de la noche, sabiendo que su hijito yacía abandonado en los riscos, expuesto a que los zorros y perros hambrientos lo devorasen, mientras ella, contenida por la verguenza y el respeto a sus padres permanecía en la casa imposibilitada de acudir a salvarle? Cuando presa del sobresalto se incorporaba en el lecho causando la alarma de toda la familia, debía atormentarla la visión de su hijito llorando de hambre, de frío, o de dolor al ser mordido por alguna alimaña. ¿Habrá tortura mayor para una madre, que la que esa infeliz soportó, maniatada por el otro deber?

Es admirable cómo esa mujer rústica concilió, siquiera transitoriamente, esas dos situaciones contrapuestas; cómo disimuló su gravidez, luego el trance del parto y durante un mes la existencia de esa criatura que venía a ensombrecer su vida marcandola con el sello infamante de la deshonra. Con una voluntad heroica, con una abnegación que la redime de su falta, afrontó la situación sin salida, que se había creado, sola abandonada por el seductor en la hora suprema de la prueba.

Si su actitud de hija temerosa de un padre severo eleva su figura moral haciendola aparecer como una heroína de leyenda, su gesto de madre da al episodio una belleza insuperable. Ella pudo, acorralada por su situación irreductible, arrojar a la corriente de las aguas aquel fruto de un amor culpable no sospechado por nadie, y quedar libre y eficazmente aleccionada para no reincidir. Pero, valiente, prefiere cuadrarse frente al terrible conflicto. Esconde su hijo, como la leona de sus montañas, en la grieta de una roca; en horas angustiosas, bajo el peligro de ser descubierta, lo amamanta solícita; regresa al hogar y asiste a la vida de la familia sin alteración de sus hábitos. Quedaban, eso sí, para las horas mortales de la noche, las zozobras que la irían devorando sin arrancarle la confesión de su dolor, el secreto de su deshonra. ¿Qu- importaban sus tormentos si su hijo vivía y sus padres no tenían por qué enrojecer de vergüenza?

Lección de esgrima

Por Hamlet - Gómez

En una salita modesta, donde un retrato de mérito y algún otro objeto de arte y valor dan testimonio de grandezas pasadas, esgrimen las lenguas, en bizarro torneo de amor, dos jóvenes: Matilde, de dieciocho años, vestida con modestia y distinción, y Roberto, de veinticinco, rico y elegantemente vestido. Están muy juntos. Hablan, y sus palabras son como chisporroteos de un braserillo interior... Los ojos fulgen, los labios queman, las manos tiemblan... ¡El diablo sopla! Atención.

EL. — ¡Vente conmigo ahora mismo, y creeré en tí como en Dios y te adoraré como a El! Te juro por mi alma, toda tuya, que serás pronto mi mujer...

ELLA. — ¡Bien, Roberto! (*Rechazándole suavemente*) Ahora veo con cuánta razón temía... Haz el favor de dejarme. (*Indicándole tristemente que se marche*).

EL. — ¡Matilde! ¿Pero es que tienes valor para dudar de mí?

ELLA. — Lo tienes tú para hacerme dudar... Te lo ruego. (*Insistiendo en que se vaya, con la mayor tristeza*).

EL. — ¡Oh! ¿Pero tan grande ha sido mi pecado? ¿Tanto te he ofendido?

ELLA. — No... ofenderme, no; apenarme nada más. Porque eso me prueba, Roberto, que si algo me quieres, es poco y mal...

EL. — ¡No, Matilde; tú no puedes creer eso! ¡Si te quiero y te respeto como a mi madre! ¡Si todo lo bueno que hay en mí es obra tuya!... ¡Si he creído en el deber y en la virtud, por tí! ¿Es eso querer poco y mal?

ELLA. — Entonces, ¿por qué me pides que falte a todo eso?

EL. — ¡Porque, cuando se quiere como yo, no se satisface uno sino con un amor irreflexivo, tirano, ciego, con ceguedad infantil... que se brinde generoso... que se entregue sin poder pensar en nada!

ELLA. — ¡Ni en el deber siquiera!... ¿Ves lo que te digo, Roberto? El cariño que tú quieres y sientes no es el que hace feliz a un hombre, cuando quiere a una mujer para esposa. Aun siendo infantil, como tú dices, es el del niño que se encapricha por un juguete, para fastidiarse de él en seguida y arrojarlo, roto y sucio en un rincón...

EL. — ¡No, por Dios, Matilde!... No hables así. Yo quiero que mi amor de devoto a una imagen sea eterno. Pero es que yo quiero con locura, con el alma... y con el cuerpo: ¡no me explico los amores de imaginación!... Y es tan dulce y tan hermoso algunas veces que duerma el alma un momento... ¡para despertar luego más fuerte y más pura que nunca!... y abandonarse así, olvidándolo todo, a la pasión que enloquece.

ELLA. — (*Emocionadita*). —¿Y crees tú, Roberto, que yo no haría eso por mi gusto... aunque no fuera más que por convencerte de lo que te quiero?

EL. — ¡Oh! ¿Y por qué no lo haces, bien mío?... ¡Eso sería ser generosa! ¡Sería — créelo — sería una obra de caridad!

ELLA (*Suspirando*). — No, Roberto; no. Ser generosa con un hombre que se quiere como yo a tí, es un egoismo que debe ahogar toda mujer, si quiere ser honrada.

EL. — ¡Bah! En el deber no se piensa siquiera cuando se quiere bien... porque el primer piadoso deber de toda mujer es querer mucho... ¡Prefiero la pureza del arrepentimiento!

ELLA (*Asustadita del todo*). — ¡Jesús!... ¡Jesús, qué cosas dices, Roberto! Pero, si aparte el deber, es que no puedo... no puedo... precisamente porque te quiero demasiado...

EL. — ¡Eso sí que no lo entiendo, ni es fácil entenderlo!

ELLA. — Pues te haces muy poco favor... Me vas a obligar decir... lo que no quisiera pensar siquiera.

EL. — ¡No; dí! Yo, ante todo, prefiero la sinceridad.

ELLA. — Y yo.

EL. — Pues dí.

ELLA. — Cuando se quiere a una mujer por esposa, supongo yo que, lo menos que puede pedirle un hombre delicado, es que sea honrada, aun a prueba de amor.

EL. — ¡No; no! Es que por ser *buena* conmigo, no habría de creerte yo menos honrada.

ELLA. — Pero me creería yo... y no sería, en efecto, honrada.

EL. — ¿Por qué?

ELLA. — Porque... ¡Qué cosas estás diciendo, Roberto!

EL. — Cosas que no pueden contestarse más que diciendo: ¡no amo!

ELLA. — Pues bien: si ser *buena* o débil por amor, no es pecado...

EL. — Claro que no; ¡con esos pecados se gana el cielo!

ELLA. — No será el de Dios, seguramente...

EL. — ¡Y qué importa, si es el de la dicha!... ¿Se concibe otro cielo?

ELLA. — Bueno; pues si algún día dejara yo de quererte...

EL. — ¡Eh!

ELLA. — Y quisiera a otro...

EL. — ¡Matilde!

ELLA. — ¿Por qué no había de ser buena también con él?... ¡Ganaría el cielo!

EL. — ¡Pero qué estás diciendo!

ELLA. — No sería el de Dios, seguramente; pero qué importa: ¡sería el de la dicha!...

EL (*Furioso*). — ¡Eso no debe decirse, aunque sea verdad! ¿Lo oyes?... ¡Cuando una mujer habla así, no tiene derecho a esperar que no la ahoguen!

ELL. (*Heróica*). — Si tu supieras quererme, eso debieras hacer ahora mismo... por haberlo pensado siquiera.

EL. — ¡Matilde! ¡Mira que conmigo son peligrosos los juegos!

ELLA. — ¡No, Roberto; no, por Dios!... ¿No ves el sacrificio que hago al hablar así?

EL. — ¡Hum!... ¡Nunca te perdonaré tu sacrificio!

ELLA. — Pues yo seré más generosa, y te perdonaré que me hayas obligado a decir cosas que no he querido pensar... que no he pensado, aunque las he dicho, Roberto. Pero han sido precisas, para que te convenzas de tu error; para que comprendas que el hombre que se estima a sí mismo y quiere bien a una mujer, la primera cualidad que debe buscar, exigir en ella, es que sea honrada, aun con él mismo. Porque si una vez es débil, ¿qué razón habrá para que otra vez no lo sea?

EL. — ¡La razón de amar! Yo quiero que después sea honrada por amor a mí, no por deber ni por virtud.

ELLA. — ¡Jesús, Roberto!... ¡Pero si eso no es posible!

EL. — ¿No?

ELLA. — No. El amor verdadero es deber y debe ser virtud, y la mujer que falta a sus deberes, no ama.

EL. — ¡Disculpas necias! Si sacrifica lo que más estima, ¿qué más prueba puede dar de amar?

ELLA. — Pues... ¡error grosero! La mujer que falta, no sacrifica nunca nada; hace siempre su gusto, por interés o por pasión, pero siempre su gusto.

EL. — Vamos...

ELLA. — Sí, Roberto; no te enfades, por Dios. Es que tú confundes el verdadero cariño con la pasión... es que en tí puede más la pasión que el amor.

EL. — No veo la diferencia...

ELLA. — Yo sí.. ¡porque lo siento! La pasión es la efervescencia súbita, el arrebato, la ceguedad, la locura; es débil, varia, cae muchas veces y muere pronto. El amor, no: forjado lentamente, templado en frío, es como el alma: eterno; y es fuerte, porque, al caer, dejaría de ser amor para convertirse en pasión, y el verdadero amor no se degrada.

EL. — Pero ¿de dónde sacas tú todo eso?... Razonas demasiado para sentir.

ELLA. — Otro error; razono, porque veo claro. ¡No es posible que tú, tan generoso y tan bueno conmigo, sientas por mí solo una pasión indigna de los dos!...

EL. — Sí, Matilde mía, sí; pero, para convencerme, no has debido nunca decir...

ELLA. — (*Turbada, ruborosa, balbuciente*). — Lo dije por salvarme... No tenéis piedad de las pobres mujeres... No comprendes que me sentía débil... y...

EL. — ¡Mi Matilde! ¡Aunque me llames loco, eso me convence más que todos tus razonamientos!...

(*Suena un beso*).

ELLA. — (*Desmayando en los brazos de él y sonriendo para su camisa, puesta y cuidadosamente perfumada aquella mañana*). — Después de esto, no hay hombre que se niegue a casarse luego!...)

(*Y el beso es contestado*).

Telón rápido.

EL VIEJO SOLAR

¡Oh! las torres cuadradas, en la paz de la villa,
¡oh, las lomas bermejas y el panzudo batán!
¡oh, severo paisaje del solar de Castilla,
con tus diáfanos cielos y tu tierra amarilla
y ambiente vasto, como para un inmenso afán!

Silueta de mancebo, que, cuando el surco labras.
del claro azul recortas tu agraria majestad,
torreones cenicientos al borde de las abras,
rebaños resonantes y trémulos de cabras,
que en la apacible tarde volvéis a la ciudad!

Toledo altiva y prócer, Valladolid, Segovia,
Avila cinta en torres, ascético Escorial,
Burgos huraña, cuya viril tristeza agobia,
¡oh, tierra de Castilla, te quiero como a novia,
a mi esquivez complaces y en tí está bien mi mal!

Amado NERVO

Habilidad

—¿Sabes que Perico trabaja en un circo y hace trabajos admirables en el alambre?

—¿Cómo puede ser si entró de barrendero y nunca tuvo equilibrio para mantenerse derecho?

—Es que después de barrer se dedica a hacer jaulas y ratoneras.

Entre amigas

—A mí me gustan mucho los nombres cortados por la mitad.

—¡Ay, hija pues a mí no.

—Son preciosos: Encarnación, le quitas la mitad y queda Encarna; Marcelina, le quitas el principio y queda Lina. ¿Por qué no te quitas tú el principio también?

—Porque no puedo. Figúrate que me llamo Simeona.

La Armada y la argentinidad



Monseñor Dionisio R. Napal, vicario general de la armada argentina

De la montaña y del llano, del bosque tropical, de las praderas mediterráneas y de los litorales, vienen los argentinos a la Marina. Las más distintas regiones del territorio, por medio de sus hijos mozos, pónense en contacto con los centros más adelantados. La Armada es lazo de unión entre provincias y territorios, así como es factor de armoniosa conciliación entre las diversas clases sociales. Gradualmente se cultiva la concordia de los espíritus, supriméndose, en cuanto ello es posible, las divergencias del regionalismo. Como en un crisol fúndense los elementos heterogéneos, plasmándose la unidad de la nación.

Después del deslumbramiento primero, porque la realidad supera a las fantasías de la imaginación, la visión personal que el conscripto tiene oportunidad de efectuar frente a la realidad desconcertante del progreso, agranda y enriquece, necesariamente, el concepto que antes tenía de la nacionalidad. El nativo de Jujuy, Catamarca o Neuquén que realiza largas travesías, barajando la costa del Atlántico hasta tocar el extremo austral del continente, adquiere una idea bien distinta de la que alimentaba en el secreto de su pensamiento, cuando aun no había abandonado su aldea enclavada al pie de un monte o plantada en medio de la Pampa. La grandeza viviente y sugestionadora del mar, que baña en extensiones inmensas las costas de nuestro fértil país, acaba por esculpir en su alma con indelebles caracteres la noción de una magnífica potencialidad.

Sin exageración puede afirmarse que la Armada personifica la patria. La mozada más apta y físicamente mejor constituída sirve en sus filas y en sus naves y, al paso que constituye la más firme garantía de paz, de trabajo y de vida institucional, es toda una escuela de civismo y democracia. Apréndese allí a justipreciar el valor de la argentinidad, grande por la raza, el idioma, el clima, los intereses y su historia; grande por los sacrificios que ha costado y la sangre derramada, como por su intrépida y no interrumpida marcha hacia adelante, en la prosperidad física, en el perfeccionamiento intelectual y en la cultura moral.

El pueblo tiene respeto y nutre afecto por su ejército y armada, porque en virtud del servicio obligatorio el conscripto y el ciudadano están indentificados. El nativo, terminado el período de actividad que la ley marca, sigue permanentemente, como parte integrante, dentro de la organización militar y, como miembro de la misma, la comprende y la aprecia y continúa siempre recordándola con singular agrado en la evocación familiar de las peripecias y fatigas vividas en la existencia inolvidable del buque o del cuartel. El país sabe que puede entregarse tranquilo al esfuerzo que demandan las diversas fuentes de producción, porque las instituciones armadas vigilan y garantizan el orden dentro de las fronteras y, al mismo tiempo, están preparadas para rechazar cualquier atropello que pudiera organizarse en el exterior.

La República no olvida que militares y marinos han realizado, en beneficio de los intereses generales, comisiones de gran mérito y provechoso resultado, como estudios hidrográficos, demarcación de límites, investigaciones y excursiones de carácter científico de Formosa a Tierra del Fuego, y desde los Andes al Litoral, y se complace en reconocer que a ellos debe, en gran parte, el conocimiento cabal del sur, la comprobación del valor casi fabuloso de las tierras patagónicas, antes envueltas en el misterio.

Dionisio R. NAPAL

LA HERENCIA ESPAÑOLA

Ciudadanos de América que parláis en la lengua
de Miguel de Cervantes, y conserváis sin mengua
la tradición gloriosa de la estirpe de España,
hecha toda de brío, de ímpetu, de hazaña,
de la bella locura idealista que sube
en alas de Pegaso y se trepa a la nube;
de indomables arranques, de conquistas valientes,
que dan por resultado poseer continentes;
de formidable empuje de Corteses y Almagros,
de Felipe Segundo, de los raros milagros,
de aquellos bravos tercios que a fuerza de ser grandes
dominaban la Europa de Portugal a Flandes,
teniendo como único motivo de sus glorias
el someter naciones a cambio de victorias,
y el alzar las insignias del pabellón ibero
sobre la faz absorta del universo entero.

Ciudadanos de América que conserváis la herencia
de los bellos amores y de la gaya ciencia,
del insólito empaque del español arisco,
vencedor del romano, expulsor del morisco,
sustentador eterno de la Cruz, caballero
de todas las empresas improbables, guerrero,
por el simple prurito de jugarse la vida
por una causa incierta, tal vez desconocida;
valiente hasta lo heroico, paladín del denuedo
que resume y compendia su hoja de Toledo,
caballeresco, altivo, emprendedor, creyente,
mantenedor celoso de su palabra, ardiente
soñador, quijotesco, batallador, audaz,
nacido para todas las locuras, jamás
doblegado por nadie ni por nada, sereno;
corazón grande, pródigo, inmensamente bueno;
alma que sueña siempre con redoblar su hazaña
para aumentar la gloria con que se cubre España
y que se juega en todo momento por la sola
evocación lejana de su estirpe española.

Ciudadanos de América conservad el destino
de la madre española, proseguid su camino;
sed los merecedores de conservar la gloria
cinco veces ilustre que os enseñó su historia
y acordaos en cada momento que su brote
más noble fué la bella locura del Quijote,
porque es preciso siempre, para domar la vida
llevar en lo más hondo de la carne, escondida,
una chispa sagrada del ideal latino
que ha de ser vuestra antorcha para hacer el camino.

Ciudadanos de América, renegad de los hombres
que a maldades antiguas ponen modernos nombres
y os hacen el elogio de las vidas intensas,
de bienestares físicos, de ganancias inmensas,
de esfuerzos materiales cuyo único fruto
es matar el espíritu para elevar al bruto;
renegad de los hombres que han perdido la fe
en el lírico ensueño, de aquellos hombres que
a fuerza de ser "prácticos" no practican la vida
que sólo se disfruta por la senda escondida;
renegad de los hombres que a la actitud estática
del soñador, oponen la brutal matemática
del dos por dos y venden en negocios ilícitos
hasta sus sentimientos más hondos y más lícitos.

La existencia mirada en esa forma es
la existencia del yanqui o del cartaginés,
del pueblo que corrompe sus más puros deseos
y somete su ensueño a cálculos hebreos,
hasta llegar el día en que vende el decoro
como vende un objeto que se compra con oro.

Ciudadanos de América, seguid la madre España,
el ideal posible que cada cosa entraña,
el vuelo de los astros en los mundos azules,
las vaguedades tenues del ensueño, los tules
con que envuelve sus formas la ilusión del mañana,
la perfección anímica de la familia humana,
la generosa vida que se da en el esfuerzo
de una nota de música o de un ritmo de verso,
y sabed que en el mundo no existe otra verdad
que la verdad que alcanza hasta la Eternidad,
y que no es reducible a valores contables
que son, al fin de cuentas, valores deleznables.

Ciudadanos de América, sed idealistas, sed
caballeros de todas las andanzas, sabed
que nada es comparable, que ningún vuelo iguala,
al vuelo del espíritu sobre su propia ala
y que el único modo de elevarse del suelo
es alzando los ojos para mirar al cielo.

Ciudadanos de América, recoged la enseñanza
que diera el Caballero Andante a Sancho Panza
y poned vuestro ensueño por encima de todo
lo que pueda mancharse al contacto del lodo;
honrad de esa manera la tradición de España,
el culto del abuelo, el amor de la hazaña,
y preparad al pueblo para ser algún día
el portavoz hispano de una nueva armonía.

Sólo entonces, América, tus hijos serán grandes;
cuando desde el Atlántico hasta el pie de los Andes
y cuando desde el Andes hasta la Mar Pacífica
se pueble el Continente de una raza prolífica
capaz de dar la norma al universo entero
sosteniendo en las sílabas de su parlar ibero:
la excelsitud del Arte, la excelsitud del bien,
la excelsitud del alma de los hombres, las cien
excelsitudes grandes que no son traducibles
ni en números, ni en cheques, ni en valores fungibles.

Hacia ese rumbo, América, infla la vela y parte
llevando de la estirpe latina el estandarte,
conservando las viejas tradiciones latinas,
asegurando el triunfo de las razas latinas,
latinizando al hombre, latinizando al mundo,
latinizando todo lo que sea un profundo
concepto espiritual de la vida y de los
sentimientos eternos que nos enseña Dios.

Luis María JORDAN

MATER HISPANIA

Si buscas tus raíces, peregrino,
ven al solar de nuestra raza, hermano;
tuya es la luz del genio castellano
y es común e inmortal nuestro destino.

Pan de flor, áurea miel, añejo vino,
te brinda nuestro hogar, americano;
sangre azul, rubio sol, hogar cristiano
y áticas gracias y vigor latino.

Peregrino, si buscas ideales,
¿dónde hallarlos más vivos y cabales?
Libra el acero de tu estirpe ibérica

de la herrumbre sajona o galicana;
más fuerte y pura, cuanto más hispana,
será mañana vuestra noble América.

I

Estas son, peregrino, las famosas
linfas del Tajo, en roca serenadas,
que dan temple y finura a las espadas,
brío al cincel y al cigarral sus rosas.

Aquéllas, las riberas perezosas
del sacro mar, las ondas azuladas
donde, al abrir sus pulsos, desangradas
se hicieron mármol las antiguas diosas.

Aquí el Betis, el mirto con el lauro,
y el Ebro, el padre de la raza, el Dauro
y el gracioso Genil, y el elegante

moro andaluz, y las heroicas velas
del tenebroso mar, las carabelas
y la espada y la cruz del Almirante...

III

¿A tudescos, franceses o britanos,
sobre el pavón de tu arrogancia pones,
tú, el recio domador de los leones
que guardan tus escudos castellanos?

Sangre heroica y azul, sangre de hispanos
hierve en tu corazón a borbotones.
¿Irás, tal vez, a mendigar blasones
de hostiles pueblos y enemigas manos?

¿No sientes el orgullo de tu casta,
de tu historia y tu lengua? ¿No te basta
ser español, cuando te dió el Destino,

dueño divino, gloria más segura,
solar más noble, idealidad más pura,
que el númen griego y el blasón latino?

IV

¿Dónde viste el valor sin arrogancia?;
¿dónde, sin petulancia, la grandeza;
grave el amor y dulce la tristeza,
viriles el dolor y la elegancia?

¿Dónde, con la agudeza, la substancia?;
¿dónde, con la ternura, la entereza;
juntas la austeridad y la llaneza,
y amiga de la fe la tolerancia?

¿Dónde, lo real con lo ideal; lo humano
con lo divino; con la tierra el cielo?
¿Dónde, la lanza del ideal Quijano?

¿Dónde, la pluma, el fervoroso vuelo
—dulce y alegre, cuanto más cristiano—
de la mística monja del Carmelo?

V

Esto es España. Imítela quien pueda.
Fuerte y dócil, al par; rotunda y suave;
dulce en las veras, y en las burlas grave;
de hierro el puño, y el brial de seda.

Es la actitud del vencedor de Breda
y el de Bailén; el rasgo de quien sabe
—Cortés o Villamil—romper la nave,
o la tizona, como Alonso Ojeda.

Es la noble actitud del caballero:
duro si sufre, blando si castiga;
un noble perdonar, manso y austero;

piadoso el corazón tras la loriga;
un madrigal escrito en un acero:
esto es España; quien la vió, lo diga.

VI

¿No sientes el orgullo de tus lares,
de tus paternos lares, peregrino,
donde hilaron las ruecas el divino
vellón de nuestras glorias familiares?

Padre del mundo y dueño de mares,
fué tu empresa el Toisón, no el Vellocino,
y, apóstol de la cruz, Dios te previno
por hostia el sol, las cumbres por altares.

Mas ni el sol ni las cumbres ni las olas
aplacaron tus ansias españolas:
no era bastante el mundo a contenerte.

Más codiciosa el alma que los brazos,
¡no paró, hasta rasgar a saetazos
las tinieblas del tiempo y de la muerte!

Ricardo LEON.

Ejemplar ha sido el progreso de Avellaneda en los últimos años

La obra dinámica del Intendente Municipal de Avellaneda D. Alberto Barceló

Administrar una comuna de la capital importancia de Avellaneda, hacer obra patriótica y a la vez altruista, teniendo como única mira el bienestar y el progreso de los conciudadanos, no es, en realidad, tarea que pueda ser llenada por espíritus que no reunan cualidades excepcionales.

Podemos tomar como ejemplo de actividad y progreso, la obra realizada por el señor Alberto Barceló, quien por espacio de nueve años ha regido los destinos de Avellaneda, poniendo a contribución de su adelanto todas las energías de su espíritu joven y todas las iniciativas de su talento.

Intendente municipal en los períodos de 1910-1927, 1924-25 y 1927 hasta la fecha, su paso por la comuna ha dejado una honda huella de progreso.

La popularidad de D. Alberto Barceló es enorme. Su solo nombre es una garantía de honestidad y bondad, lo cual ha contribuido a cimentar su prestigio dentro de todas las clases del partido.

A su diligente labor se debe que algunas empresas tranviarias de esta capital extendiesen sus rieles hasta las más importantes localidades de la comuna. El recorrido actual del ferrocarril Provincial desde La Plata a Avellaneda se debe exclusivamente al señor Barceló, quien, como es del dominio público, hace cinco años fué el más ferviente defensor de esa importante obra del progreso nacional.

Aparte de esto, las obras de pavimentación realizadas desde el año 1925 pueden considerarse insuperables. En efecto, ya en un período administrativo anterior, el señor Barceló había adquirido, por experiencia, el convencimiento de la necesidad, imperiosa para el progreso de su pueblo, de afirmar todas las calles de la población. En consecuencia, demostró especial preferencia a ello, con resultados positivos a la vez que halagadores. Para dar una impresión exacta de lo que decimos, damos a continuación algunos datos estadísticos al respecto:



Señor Alberto Barceló, intendente municipal de Avellaneda

El año 1918 se encontraban pavimentadas 618 cuadras con un total de 645.700 metros cuadrados, de los cuales 614.100 eran de granito, 29.200 de asfalto y 2400 de madera.

Durante el año 1919 no se construyó afirmado alguno.

El año 1920 fueron pavimentados 11.686 metros de granito; el año 1921, 1455 metros; el año 1922, 1457 metros; el año 1923, 3826 metros; el año 1924, 11.582 metros; el año 1925 12.795 metros de granito y de hormigón armado, equivalente a 52 cuadras; durante el año 1926 se pavimentaron 69.733 metros de granito, 39.920 de hormigón armado, 82.857 de concreto asfáltico y 14.661 de conglomerado calcáreo, equivalente a 215 cuadras; en el año 1927 se construyeron 488.843 metros de afirmado, equivalente a 481 cuadras, de los siguientes tipos: granito 106.400 metros; hormigón armado 106.643 metros; 264.771 metros de concreto asfáltico y 11027 de conglomerado calcáreo

Durante el año en curso, hasta el 31 de agosto, se construyeron 23.270 metros de afirmado de granito, 76.474 metros de hormigón armado, 23.457 de concreto asfáltico y 8.800 metros de conglomerado calcáreo, lo que hace un total de 99.097 metros cuadrados correspondientes a 107 cuadras.

El total de pavimento ejecutado en el Municipio hasta la fecha citada corresponde a 1531 cuadras con una superficie de 1.551.388 metros cuadrados de los cuales 856.307 son de granito; 257.903 metros de hormigón armado 400.287 metros de concreto asfáltico; 2400 de madera y 34.490 de conglomerado calcáreo.

El valor de las obras de pavimentación realizadas desde el año 1922 hasta el 31 de agosto del año en curso alcanza a 18 millones 21 mil setecientos ochenta pesos moneda nacional.

Como se ve, las obras realizadas han sido importantísimas.

En otro orden, Avellaneda, dentro de su área, cuenta con varias localidades de mucha importancia, tales como Valentín Alsina y Remedios de Escalada, varios otros pueblos entre los que se cuentan Gerli Crucesita, etc., y las villas Argentina, Angélico, Atlántida, Aurora, Argerich, Barceló, Besada, Barilari, Cristóbal Colón, Caraza, Diamante, Echenagucia, Fiorito, Fischer, Galíndez, Garbarino, General Paz, Independencia, Industriales, Modelo, Libertad, M. Obrera, Pobladora, Porvenir, Progreso, Sarmiento, Ideal, Internacional, etc., de formación reciente, los cuales ha de ir ensanchándose hasta unirse totalmente con el resto de la ciudad.

Tal es, a grandes rasgos, parte de la obra dinámica del Intendente Barceló, el cual, más que un funcionario público, es un verdadero benefactor de los habitantes de Avellaneda.

LAS HAZAÑAS DE URDIMALES

Por Julio Aramburu

Cuando aquella mañana histórica, Pedro Urdimales, el travieso arquetipo de las fábulas del Norte, llegaba a la comarca imaginaria de sus ensayos humorísticos, tuvo la halagüeña noticia de que el poderoso Rey incaico, había ofrecido la mano y fortuna de su única hija, al hombre que consiguiera derrotar las iras del Gigante. Este titán caprichoso y hostil, de las cavernas montañosas, poseía una fuerza de dominación absoluta y destructora. Era el terror humano, pues la fantasía de su nombre, resumía para los moradores la voluntad siniestra de la vida y de la muerte.

Urdimales, meditaba el magnífico negocio matrimonial y resuelve asumir la responsabilidad de la apuesta. Las pruebas eran temerarias y absurdas, pero el presentimiento vencedor de la conquista lo alentaba. Sin reflexionar más, se acerca al corro popular, donde todo el mundo comentaba el éxito inevitable del Gigante, cuya presencia en el lugar encendía la inquietud y pesadumbre de los seres. Las horas pasaban y la hija del Rey era presa de tormento y de angustia. El Gigante perverso, saboreaba su triunfo y reía ante la unánime impotencia de la fuerza humana.

De pronto, Urdimales avanza resuelto y desafía al Gigante para la hazaña estupenda. La justicia olímpica sería la decisión de la contienda. La vacilación popular se acrecienta por el ridículo gesto del desconocido; mientras el Gigante, lleno de lástima acepta la idea del combate para el otro día. En caso de pérdida, la muerte del audaz era la única ley de recompensa por el monstruo.

A la tarde siguiente, los dos personajes, seguidos del séquito real y animosa muchedumbre, marchan hacia la playa cercana, donde elegirían la piedra de la apuesta, cuyo triunfo estaba en romperla a voluntad en el cuenco de la mano. En la noche anterior, ya Urdimales había preparado su trampa habitual. Con la cuajada de la leche formó una piedra blanca que abandonó en medio de la arena, tapada por algunas ramas secas. Cuando llegaron al límite convenido, el Gigante rió estrepitosamente de la débil constitución del contrincante. Ahora solo esperaba impaciente el momento para aplastar la pequeñez física del hombre con su hérculea fuerza. La gente, entretanto, se aglomeraba en las cercanías, presa de curiosidad y estupor. La prueba empieza. El Gigante toma una piedra de verdad y comienza a apretarla lentamente en su mano. Grita, gime, ruge furioso como un león y al fin quiebra en dos pedazos la piedra del río. El esfuerzo supremo le tornó el rostro sudoroso, mientras una leve herida manchaba de sangre la diestra formidable. Luego, mirando a Urdimales, le dice:

—Ha visto el poder de mi fuerza. Ahora veremos el suyo.

Pero Urdimales, vacila intencionalmente, pero en seguida adquiere ánimo y coraje. Luego, sonriente ante la tremenda expectativa del Gigante, levanta la piedra artificial, puesta en aquel sitio de antemano. La alza simulando atormentar la energía muscular. El enemigo ríe satisfecho de su próxima victoria. Mas de pronto, mira desgranarse la piedra triturada y luego exprimirse en lágrimas de plata. Ciego de espanto, ahoga en su espíritu el horror de la sorpresa. Entonces Urdimales, le enrostra:

—Vea Gigante: a las piedras de la playa hay que sacarles hasta el agua que absorben del río. No como usted que solo la parte temblando en dos pedazos.

El titán se da por vencido y ante la sorpresa del público hace otra apuesta. Pedro Urdimales, para acrecentar su fama, la acepta complacido, mientras idea el recurso del nuevo éxito y la tragedia definitiva del Gigante. La otra apuesta consistía en hacer pasar por la cumbre de una loma, a dos cuadras de distancia, una piedra arrojada al impulso de la mano.

Al día siguiente se reunen nuevamente para definir la última instancia del triunfo. El Gigante había preparado sus músculos, como un campeón de box. En toda la noche, no pudo conciliar el sueño por el dolor de la derrota. Ahora cada uno llevaría la piedra elegida para mayor eficacia. La hora del encuentro llegaba y aparecen los dos personajes trayendo el trofeo mineral. El Goliat y David, pero sin honda. Se saludan con aire altanero y violento y miran impasibles la inmensa muchedumbre que los exalta en jubilosas demostraciones augurales. El Gigante murmura roncamente:

—Pedro Urdimales; encomiende su alma a Dios.

En seguida, sin obtener respuesta alguna a sus palabras, afirma su ancho pie sobre la tierra dura y revoleando el brazo arroja a la lejanía la piedra de verdad. Esta sale resonando por el aire como un bólido y cae en la misma base de la loma. Sin embargo, el Gigante no se aflige porque considera esa distancia imposible de igualar por ningún poder humano.

Pedro Urdimales traía en su alforja, en lugar de la piedra una perdiz arisca. Al sacarla, le oculta la cabeza bajo el ala y le dice orguiloso al Gigante.

—Ahora mire bien el alcance de mi tiro.

Entonces cimbrea el brazo y suelta después de varias vueltas la aparente piedra al viento. La perdiz asustada y libre, alza el vuelo silbando y se pierde tras la loma. El Gigante reconoce su fracaso y se desmaya de cólera ante los sacramentales consejos de Pedrito que le enseña que la maña vale más que la fuerza. Ahora Urdimales es un hombre providencial y salvador. Mas como había vencido y tenía un gran corazón, sólo exigió al Rey la bolsa de oro, pero sin la condición matrimonial.

Las hijas de Otto

Por Pedro G. Giraud

Se llamaba Otto Kunstman; era natural, afable, vegetariano y natural de Dusseldorf.

Era viudo y tenía siete hijas, cuyas edades seguían una progresión aritmética creciente: 15, 17, 19, 21, 23, 25, 27, cuyos términos correspondían respectivamente, a Macaria, Macrobia, Macedonia, Maguncia, Mamerta, Magencia y Mafalda.

Nos inspiraba profunda conmiseración, pues todas eran solteras e irascibles.

Tanto él como ellas, habían llevado a la práctica cuantos recursos casamenteros les sugería su imaginación.

Y el deseado esposo no llegaba.

Como el sueldo del padre era invariablemente el mismo y las necesidades aumentaban, Otto completaba sus labores burocráticas con actividades exóticas.

Arreglaba estilográficas, desatascaba cañerías y vendía tacones de goma con notable dignidad.

Mientras tanto, ellas hacían malabarismos culinarios.

Con seis litros de agua, un ajo y pan duro, organizaban una sopa digna de los mayores respetos.

Dos patatas, una hoja de laurel y agua a discreción, les proporcionaban unos vahos de "ragout" muy nutritivos.

Y la vida se deslizaba así monótona y hostil, llena de anhelos insensatos, pues el deseado esposo no llegaba.

Supo Otto que la señora del tercero había dado a sus amistades una velada domésticomusical, después de haber comprado una victrola.

También supo que en el curso de la fiesta, la niña de la casa había conseguido un novio por noventa días, que era esposo efectivo a los tres meses.

Otto reflexionó: Era indudable que la música ejercía una extraña sugestión suicida sobre ciertos hombres; pero él no tocaba más que el cornetín y dudaba de la eficacia de este instrumento para someter voluntades.

Mientras reflexionaba, su amigo Kurt Schultz compró un aparato de galena con seis auriculares e invitó a gozar del prodigioso descubrimiento a unos jóvenes de la vecindad.

Los invitados de Kurt comprobaron con emoción, que un señor tocaba la flauta en Pernambuco, con estimable habilidad, y que el hijo del doctor Weissel sentía una derrumbadora inclinación por la hija de Kurt.

Un mes pasó y se unieron para siempre.

Otto no dudó un momento más de la eficacia del procedimiento musical y abandonó sus reflexiones.

Alquiló un piano, y a partir de aquella tarde, su casa, una casa tan seria, parecía una sucursal del "Dancing Berlín".

Todos los chicos de la vecindad cayeron como inexpertos salmonetes en las redes musicales tendidas por Otto.

Pero las amigas de Macaria, Macrobia, etc., etc., quisieron también ser invitadas, a lo que Otto accedió.

Y las amigas de sus hijas se casaban con los jóvenes invitados, mientras éstas permanecían solteras.

En vista de ello, decidió reforzar el procedimiento. Mientras Macrobia actuaba de pianista, él tocaría el cornetín.

La concurrencia aumentó, y, en razón directa los matrimonios. Acudían no sólo los jóvenes de la casa, sino los de todo el barrio; pero sus hijas seguían sin encontrar novio.

En el paroxismo de la desesperación, solicitó el auxilio de un compañero de oficina que tocaba la ocarina con excelente estilo, quien le prometió su colaboración a cambio de que le hiciese las sumas del libro mayor..

Otto se imponía un nuevo sacrificio, pero el éxito fué bestialmente colosal. Fueron allí todos los jóvenes de la población. Tuvo que habilitar la casa entera para sala de baile, y en la cocina, en la despensa, y por los pasillos se iniciaban los idilios que terminaban siempre ante el pastor protestante.

Pero sus hijas seguían sin colocarse.

Seis meses después, en un esfuerzo sobrehumano, llegó a ser director de una original banda de música.

Macrobia seguía en el piano, el compañero de oficina con su ocarina y, además, figuraban en la banda tres acordeones, veinticuatro flautas y sinco xilofonistas, contratados de ocasión.

Recorría con ellos las calles de la población para hacer publicidad. La prensa del país se ocupaba extensamente de aquella extraordinaria agrupación artística y en un concurso de música idiota fué premiada con varios millones de marcos.

Su fama se extendió por toda la nación, y se veía favorecido por todos los jóvenes de uno y otro sexo de toda la República y Estados fronterizos.

Allí se convenían diariamente unos tres mil matrimonios y las parroquias de la ciudad velaban hasta la madrugada para efectuar enlaces.

Se promovieron conflictos por exceso de trabajo, pero se solucionaron favorablemente efectuando casamientos en serie.

Los poderes públicos decidieron recompensar el celo extraordinario de Otto concediéndole una importante subvención.

Como sus hijas seguían sin colocarse y era dueño de un inmenso capital, tomó una determinación heroica: Fundó la más formidable agencia matrimonial del mundo.

Y al fin consiguió colocar a sus hijas.. como mecanógrafas de la oficina.

Canción de Junio en Octubre

Una temprana meditación
hizo más largos mis breves días
Yo llevo sobre el corazón
una gran resta de alegrías.

Mas, bien merece su amargura
el que adjudica su reposo
Y el que en pos de una eterna hondura
En vez del sol, prefiere un pozo.

Mi verso no es la historia vana
de una fútil melancolía.
Hay en mí la tristeza humana
de una larguísima agonía
y de un dolor que he compartido
como una cruz de peso inmenso.
Canté más de lo que he vivido
Pues viví menos de lo que pienso!

¡Qué voluntad de sacrificio!
Qué enorme fuerza de devoción!
Sangre perdida en el suplicio
Que crucifica mi pasión...

No deshojé mentidas quejas
en el viento de mi cantar
Hay en mí muchas penas viejas
que harían más amargo el mar

Tuve una sed de comprensión
tan grande, oh Dios! que hoy me sonrío
Abrigué a más de un corazón
y el invierno vive en el mío.
Profundizar es como herirse
Pero ¿qué importa, al fin, qué importa?
Si la existencia en sí es tan corta
Y concluye en esto: morirse?

¡Inútil suma de experiencia!
Si algún día vuelvo a nacer
Esta será mi única ciencia:
Amar, sembrar, sufrir, creer!
Nada podrá cambiar mi esencia
Y siendo así ¿qué voy a hacer?

El pensar que el amor se pierde
como nombre gritado en vano
es la angustia que me muerde
y mi hondo torcedor humano.
Pero si por gracia del cielo
tuviera que volver a empezar
sembraría amor y consuelo
hasta en la arena, hasta en el mar
hasta en tanto pecho de hielo
donde es inútil sembrar!

¡Poder ser vaso colmado
yo, que me muero sin beber
poder ser árbol y cayado
yo que nunca descansaré
Poder ser brazo bien amado
yo que nunca te encontraré!...

¡Oh, temprana amarga experiencia
"Que añade pena si añade ciencia",
Al vaso inmenso de mi fe!

Ahora me enciende el renunciamiento
que hunde al barco roto en el mar
que arrebata la hoja en el viento
y que arroja el sarmiento a quemar
Y quisiera anularme de intento
y ardiendo alumbrar!...

Todavía ser luz y fuerza
llama viva, gracia dispersa
Fuego de ensueño, brasa de fe
y ceniza tibia en la tierra adversa
que sollozara: ¡acuérdate!

María Alicia DOMINGUEZ

El Nuevo *Whippet* Perfeccionado

Para todos los días,

es decir, que cuenta con toda la capacidad necesaria para soportar los trabajos más severos, sin mengua de su funcionamiento. Todas sus partes mecánicas responden como una sola unidad. Se hace presente en todo momento. Está como a la orden. Es un coche que más se le admira cuanto más difíciles son las condiciones que tiene que afrontar. Para eso no se ha escatimado esfuerzos, tiempo ni dinero en su construcción. Se ha hecho lo que se deseaba: un auto que sólo supiese conquistar admiradores. Y, así es.



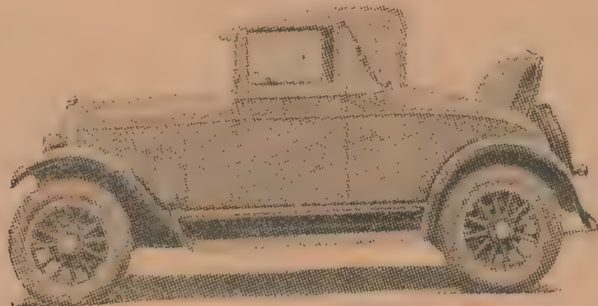
WHIPPET Faetón

$ 1.850



WHIPPET Coach

$ 2.385



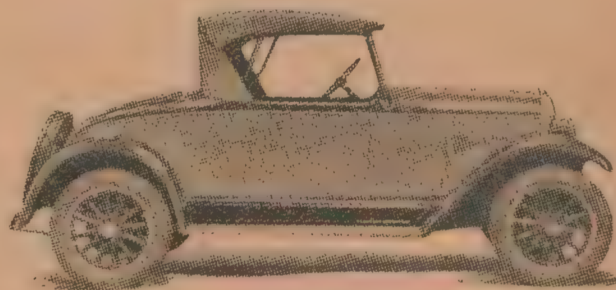
WHIPPET Cabriolet Coupé

$ 2.550



WHIPPET Sedan

$ 2.595



WHIPPET Voiturette

$ 2.290

Agentes y Repuestos en más de 300 poblaciones de la República Argentina

Si en la localidad de su residencia no hay Agente, escríbanos

HAMPTON, WATSON & CIA.

Salón de Exposición y Ventas
CERRITO 702
Sucursal en Santa Fe
San Martin 2628

Administracion y Sec Repuestos:
B PEREZ GALDOS 126-142
· Buenos Aires ·

Taller de Reparaciones
JUAN F^co SEGUI 3775
Sucursal en Mendoza
Lavalle 28

Las manos de Pilar

Por Carlos Fernández Cuenca

La máxima aspiración de Pilar era, desde los comienzos de su adolescencia, tener pulidas las uñas y blancas las manos. Sus amigas le decían mil veces:

—En eso de darte jugo de almendras estás "demodée..." Ya no se lleva el blanco...

Otra vez fué Urrecha, el escultor amigo de su padre, quien le habló, ejerciendo de crítico de manos:

—No hay quien la convenza a usted, Pilar; pero no es estético unir el blanco de las manos, recuerdo del mármol heróico, y esas uñas brillantes, cortadas en exagerado pico, que usted tiene. Con la blancura clásica, nada mejor ni más armoniosamente bello que una uña almendrada y sin toques de esmalte...

Cada vez que le decían algo de esto Pilar se tomaba un berrinche que solía degenerar en llanto copioso de niña mimada que ve contrariado un capricho.

Un día Pilar recibió una carta. Ella lo esperaba y lo temía desde algún tiempo antes, y así ocurrió. Antonio Rivas dirigíale una misiva llena de pasión, en la que con toda formalidad le pedía relaciones. "Yo la quiero a usted — decía—, y estoy dispuesto a que nos casemos lo antes posible..."

¡Ya pareció aquéllo! Antonio Rivas era un muchacho muy guapo, muy simpático, muy elegante, que presentaron a Pilar cierto miércoles en casa de las de Alberdi. Al pronto a Pilar le había causado muy buena impresión Antonio. Era ingeniero, tenía veintisiete años y estaba al frente de la mejor empresa de automóviles de la capital. Antes de la presentación Pilar había notado ciertos cuchicheos entre Antonio y las de Alberdi. Por eso cuando el muchacho fué presentado e inmediatamente se sentó al lado de ella Pilar se dijo: "Yo sé a lo que viene..."

Pero no le disgustó. Y aceptó encantada los galanteos que Antonio empezó a dirigirle finamente, seriamente. Mas de pronto ocurrió algo terrible, algo que hizo bambolearse y hundirse el castillo de humo que ya construía Pilar en su alma.

Se sirvió el té. Antonio se levantó presuroso y llevó a Pilar la humeante taza. Y Pilar vió con horror que Antonio se había quitado los guantes y que sostenía la taza con unas manos gordezuelas, anchas, de dedos achatados, uñas cortadas al rape y vello abundoso. Pilar quedó asombrada, y hubo de agradecer la cortesía de Antonio con una sonrisa que le resultó mueca trágica.

Cuando estuvo sola Pilar lloró mucho, muchísimo. Ella, que no concebía sino las manos finas, cuidadas, las manos que inmortalizaron en sus cuadros Giorgione y Van Dyck, había ido a encontrarse, precisamente en la presunta felicidad, con unas manos horrendas, casi deformes. Hubiese transigido con una ostensible fealdad en el rostro, en la figura, en los ademanes...; pero en las manos! ¡Ah, no! Eso era superior a sus fuerzas; ella sólo podría conceder su amor a un hombre de manos bonitas.

* * *

Le vió una tarde primaveral en un apartado vericueto del paseo.

Le conoció en seguida. ¡Había visto tantos retratos suyos y le habían hablado tanto de él! Luis Velasco era un extraño escritor, cuya vida resultaba un rosario de inquietudes íntimas, de exaltación y de romanticismo un poco raro. Alto y delgado, figura de príncipe inglés aparisinada por la nota jovial de unos botines claros y una corbata policroma, pleno de serena juventud, Pilar le vió cruzar solo. Fué algo instintivo mirarle las manos cuando el escritor pasó cerca de ella. Pero Luis Velasco llevaba las manos enfundadas en los guantes de piel. Y Pilar, contrariada, hubo de verle cómo desaparecía en un recodo del paseo.

Al día siguiente, en una revista, la muchacha encontró un cuento de Luis Velasco. Le leyó con avidez y quedó indecisa. ¿Sería aquella la estética del escritor sobre las manos?

La acción del cuento desarrollábase en París y en pleno terror. La marquesa d'Aubigné, aristócrata y pasional, adoraba sus manos blanquísimas, de dedos largos y afilados, y despreciaba a toda persona que no poseyese manos bellas. Mas he aquí que el noble caballero de Levissy, parisino, elegante y gentil, amaba a la marquesa d' Aubigné. Pero ella esquiva el asedio, y cuando el caballero estrecha el cerco definitivamente, la dama le rechaza con energía. Porque el noble Levissy tenía unas manos horribles...

De pronto estalla la revolución. Muchos nobles, para salvar sus vidas, se disfrazan con humildes vestiduras; pero en cuanto alguien sospecha de su verdadera identidad el pueblo exige:

—¡Las manos! ¡Que se vean las manos!

Y si el presunto mendigo tiene las manos cuidadas es increpado por las turbas enloquecidas y detenido inmediatamente. Y quizá en el mismo día su cabeza rueda en la guillotina.

—¡A ver las manos! ¡Enseña las manos! — grita de pronto la multitud a una mendiga.

Ella se echa a temblar. Sus manos son maravillosas, de uñas brillantes y bello corte, con la señal de los anillos marcada aún en los finos dedos.

—¡Es una perra! ¡Es una aristócrata! — vociferan apresándola.

Pero un hombre alto, fuerte, mal vestido, se destaca en el grupo. Y dice:

—¡Compañeros! ¡Hermanos en la Revolución! ¡Yo pido esa mujer! ¡Dejádmela en premio a mis manos manchadas con sangre, y mañana la daré al Tribunal!

Y el hombre alzó sus manos con gesto de triunfo. Son estas manos anchas y fuertes; el vello es moreno y abundante; las uñas, manchadas de sangre y de polvo, están cortadas al rape... Aquella prueba es suficiente. Y le entregan la supuesta mendiga. Unas horas después en el momento de marchar de París, la marquesita d'Aubigné besa las manos del caballero de Levissy. Y unas lágrimas ruedan por esas manos que antes despreció y ahora han salvado su vida...

Así terminaba el cuento de Luis Velasco.

* * *

He aquí dos cartas curiosas:

PRIMERA CARTA

"Admirado escritor: He leído su cuento en la revista X. ¿Querrá usted creer que yo soy igual a la marquesita d'Aubigné, y que también yo he despreciado unas manos como las del caballero de Levissy? ¿Cómo me adivinó usted? Ese cuento suyo me ha hecho mucho bien. Hoy mismo escribiré a mi pretendiente, que rechacé por sus manos feas, y que ahora, por obra y gracia de usted, encuentro digno de ser amado.

Le saluda muy agradecida, Una frívola de manos bonitas.

P. D. — ¿Quiere contestarme al continental Z, de hoy a mañana, a nombre de Pilar?"

SEGUNDA CARTA

"Pilar, la de las manos admirables: Su carta ha sido para mí una deliciosa sorpresa. Que sea usted feliz con esas manos que ahora tanto le agradan. Yo beso las suyas gentiles y desconocidas. Luis Velasco.

Permítame la puerilidad de decirle que mis manos son distintas: una, la obrera, un tanto deformada por el constante manejo de la pluma...; la otra, la ociosa, la nacida para decir adiós y para coger el cigarillo, cuidada tal vez en demasía..."

. . . .

El chasco de Agua Dulce

Por Manrique Balboa Santamaría

—Tomá, tomá trompeta pa que te acordés de hacer caso cuando tu madre te manda que atendás al hombre que te ha de hacer feliz, sonsa, pava.

Mientras esto decía doña Andrea, le daba fuertes cachetadas a su hija Domitea, que horas anteriores lo había despreciado en un baile a Melitón Vega que aunque un poco viejo, era buen partido para su hija, y además tenía muchas vacas.

Domitea fuése llorando a un rincón del rancho.

Doña Andrea quedó renegando en el patio con las gallinas.

—Ciiiirilo, Ciiiirilo — decía — espantá las guineas del zarzo e queso y dispués ensillá la petiza vichoca pa que traigas agua e la laguna si no querés ligar unos lazos.

—Güeno madrina ya voy a dir, espere que me estoy curando la mordedura el perro.

Era de mañana temprano, recién había llegado del baile doña Andrea y Domitea que diera en el pago el vecino Tiburcio. Eguía renegando la vieja mientras le tiraba cuajada a los pollos. Domitea lloraba y entre sollozos decía:— Pa que me quieren obligar a querer ese viejo, si es añudo pa mi no hay nada más que quiera en el mundo que a Agua Dulce; es añudo que mamá se emperre.

Agua Dulce era un gauchito del lugar, cantor, guitarrero y trabajador de a ratos; pero sí, enamorado como buen criollo. Este trovero sabía la mala vida que la vieja le daba a Domitea por culpa suya y era preciso solucionar este asunto para que su lindura no sufriera. Y así fué que un atardecer arrimó su pingo atrás de unos corrales antiguos que rodeaban el rancho y silbó como de costumbre para que con pretexto de traer al guacho, se arrimara su prenda.

Ella se fué al lugar convenido cuando sintió el silbido de Agua Dulce que era como el de una calandria con cría.

—¡Agua Dulce, Agua Dulce!, le dijo ella cuando estuvo junto a él, ya no puedo vivir ansí, mamá me ha vuelto a pegar otra vez a causa del baile de anoche.

—Y juyamos pues mi vida, pa que vas andar padeciendo teniendo un gaucho a tu lao que da ande quiera la vida por vos. Determinate y juyamos.

Domitea sollozaba con su cabeza arrecostada sobre el pecho del hombre que así le hablaba.

—Determinate mi vida, no puedo permetir que ansina andés sufriendo porque se le ha antojao a tu madre que te ha de negociar a don Melitón y todo es por capricho de que no seas pa mí.

Su prenda seguía llorando y él la estrechaba contra su pecho en donde su corazón se movía como el cascabel de una culebra.

Después de un momento de pausa, dijo con aire decidido Domitea:

—Ansí sea, mañana mesmo dispues de entrarse el sol, aquí esperame y nos marcharemos.

—Güeno mi vida — contestó Agua Dulce.

Luego, sonó un beso y tras de ese otro y otro más, y el convenio de la fuga quedó hecho.

II

El día siguiente amaneció feo; una garúa fina empezó a cubrir los campos y el sol no se dejó ver en todo el día.

Después, la tarde se metió en la obscuridad de su cueva, y varias fajas de nubes como manchas de camalotes en las lagunas aparecían en el firmamento. Pero a pesar del mal tiempo el gauchito no faltó a la cita, y cuando empezó a oscurecer, ya hacía rato que esperaba con su pingo detrás los corrales protejido por el monte.

Esperó largo rato y Domitea no aparecía. Luego se echó de barriga para poder ver mejor porque las plantas de cardo confundían con sus sombras.

La impaciencia de Agua Dulce por la tardanza de su amada era desesperante, cualquier bulto le parecía que ella era; que se arrimaba silenciosa como de costumbre.

Por un sendero retorcido como la yapa de un lazo, apareció una sombra y el enamorado ya ciego de impaciencia se abalanzó hacia ella y le dijo:

—¡Ay mi vida y en naguas venís! — y no bien la abrazó recibió un par de patatas en el estómago que lo arrojó sin sentidos entre los cardos...

Era la petiza blanca de tirar el barril a la que el gaucho abrazó creyendo que fuera su querida Domitea...

La criolla enamorada no cumplió su compromiso porque doña Andrea le había adivinado la intención y ni un solo momento le perdió la pisada.

Parques japoneses

En algunas cosas, aunque no en tantas como se cree generalmente, aventajan los japoneses a los demás países civilizados, y una de ellas es el cuidado de los parques de parte del público. Sin necesidad de carteles no se ve en ellos un papel ni un desperdicio arrojado por el público, ni una rama rota ni a nadie que arranque una flor. En algunos parques se ha erigido un pabellón en el que hay constantemente un gran caldero de té caliente. Cualquier persona puede servirse gratuitamente una taza de té. Se proporciona la taza y la persona que la usa la devuelve lavada.

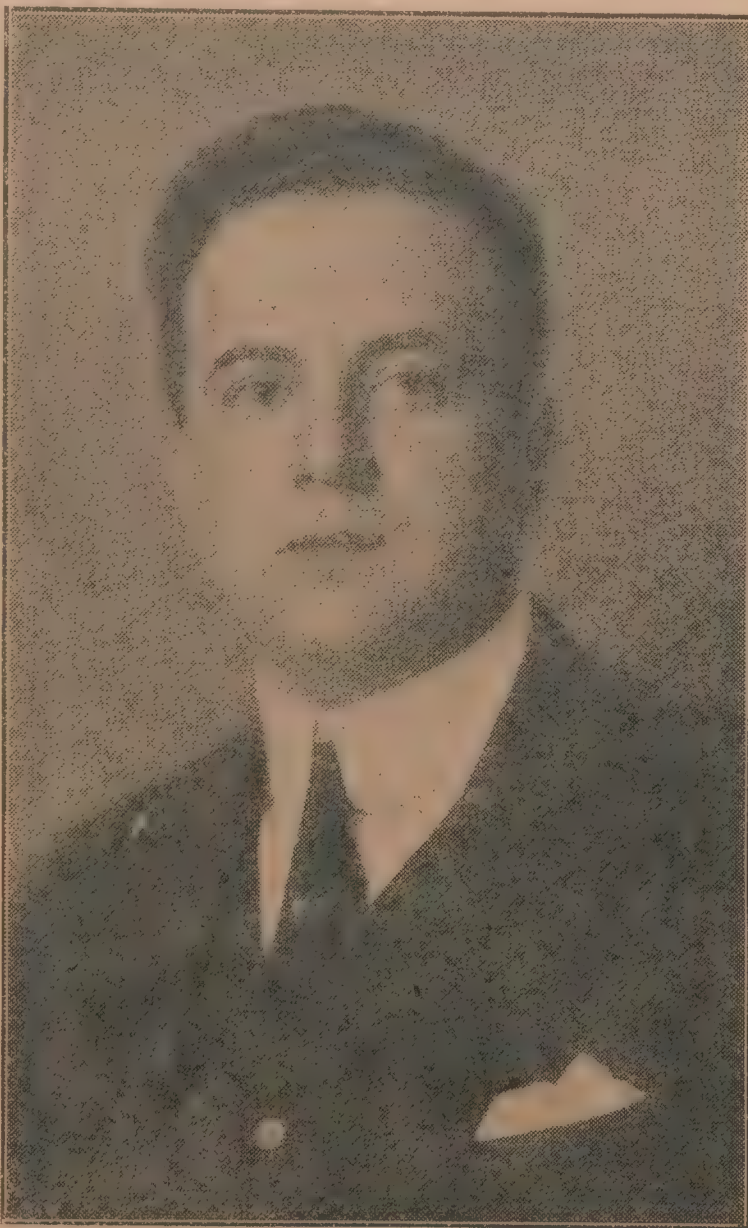
La Compañía Argentina de Navegación tiene en don Luis Dodero un infatigable propulsor de su progreso.

El servicio fluvial es para un país que ofrece el panorama hidrográfico del nuestro, de una trascendencia realmente extraordinaria. Se ha necesitado por ello que fuera una empresa como la Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich Lda.), la que lo encarara y resolviera de acuerdo con las líneas del progreso general que registra la República en los últimos años.

Dotada de todos los elementos indispensables: crédito moral y financiero, técnicos navieros consagrados, personal de reconocida pericia y dedicación, vapores que representan la más alta expresión del perfeccionamiento, la Compañía Argentina de Navegación consiguió rápidamente establecer con carácter definitivo el servicio fluvial que necesitábamos para considerarnos a la altura de nuestro creciente desarrollo.

En este sentido, la Compañía Argentina de Navegación puede ser conceptuada entre los valores más representativos de la grandeza argentina. Sus vapores remontan todos nuestros ríos, se internan en los maravillosos paisajes del Litoral y del Sud, abren la naturaleza magnífica del país a los ojos ávidos del turista y del viajero a quien la multiplicidad de sus negocios permiten, sin embargo, sentir la belleza de nuestro suelo. Al propio tiempo, pues, la Compañía Argentina de Navegación ofrece un servicio útil y placentero. De ahí surgieron esas oportunas excursiones fluviales que constituyen el mejor exponente del turismo argentino, y que han interesado tanto en el extranjero, al punto de que el país comienza a ser estimado no solo como un centro de actividad material y cultural, sino además como un panorama de incomparable belleza y atracción por lo sano de su clima y las facilidades de viaje.

Para alcanzar la realización de sus vastos propósitos, la Compañía Argentina de Navegación contó principalmente con D. Luis Dodero, su director-gerente. No cabe duda que es al esfuerzo y la inteligencia de esta notable personalidad de nuestro mundo bancario, comercial e industrial, que la Compañía Argentina de Navegación adquirió su actual prestigio y su notable progreso. Perteneciente a la familia tradicionalmente ligada a las actividades navieras, y entre cuyos miembros figuran famosos técnicos y hombres de mar, D. Luis Dodero tuvo la visión exacta del papel que debía cumplir en nuestro país la formidable empresa confiada a sus manos. Se dedicó con verdadero ahinco a intensificar sus servicios, a aumentar y perfeccionar sus elementos, a regularizar el funcionamiento general de sus líneas, a dar, en fin, a la Compania Argentina de Navegación el estímulo natural que suscita la propia prosperidad.



Señor Luis Dodero

Y a fe que ha conseguido con creces su anhelo, colocándola en el primer puesto entre las empresas del ramo y proporcionándose la legitima satisfacción del triunfo. D. Luis Dodero realizó, por otra parte, una tarea social digna y auspiciosa.

A su comprensión inteligente y a su noble espíritu de bien débese el mejoramiento de las condiciones de trabajo del personal de la empresa. Supo así hacer justicia a la aptitud probada de los empleados y obreros, reconociendo un nivel de vida que oportunamente mereció el elogio del gobierno del Paraguay, y que interesó como elemento de materia social a muchos estudiosos y legisladores.

Resolvió directamente los conflictos que se suscitaban con la empresa, y les dió término definitivo suscribiendo contrato de trabajo con las entidades obreras. De tal modo interesó al personal en la prosperidad y regular marcha de la Compañía Argentina de Navegación, que ofrece ahora un admirable espectáculo de trabajo, en el cual desde el propio, señor director-gerente, hasta los más modestos empleados, se advierte una uniforme contracción y eficacia. Con razón, pues, D. Luis Dodero es considerado como el alma de la poderosa entidad de servicios fluviales, cuyos vapores descubrieron al país la maravilla imponente de los ríos argentinos.

KALEIDOSCOPIO

Se ha repetido que nada hay nuevo bajo el sol. En consecuencia, nada se descubre. Los grandes, entre los grandes privilegiados, cuyos nombres inscribe la historia en su libro de oro, no han descubierto nada. No han hecho más que comprobar la existencia de tales maravillas o cuales fenómenos. Los mundos se rigen por leyes eternas. La paciente labor de los héroes de gabinete o del laboratorio, después de empeñosas investigaciones y ensayos, obtiene la comprobación de una fórmula o de un sistema, bautizando con nombres nuevos cosas viejas para la naturaleza y para la vida.

* * *

"El pecado de los padres caerá sobre los hijos".

Esta sentencia provocaba francas resistencias, allá en la época en que nuestra ingenua interpretación nos la señalaba como la más odiosa injusticia. Hoy, es otro el concepto: Lo que se llama "ley de herencia" trasmite, consciente o inconscientemente, con la vida que crea, el horror del castigo...

* * *

Atribuyen al corazón el monopolio de toda la fuerza afectiva en la naturaleza humana. Diástole y sístole han vibrado con dulce emoción cuando la buena fortuna nos hizo leer, aunque fragmentariamente, algunas bellezas del Dante, *verbi-gracia*: "El sol no espera que le supliquemos para darnos su luz y su calor. Haz tú lo mismo, todo el bien que de tí dependa sin esperar que te lo pidan". ¡Qué máxima más evangélica! Nuestra alma juvenil, ¡qué vehemente impulso sintió de poseer gloria, poder y riqueza suficiente y llegar a ser ese sol misericordioso para tanta pena y para tanto dolor! Pero... ¡qué huraño el ideal con la realidad! ¡Qué distante la literatura de la vida práctica!

En el andar del tiempo, hubieron de tener una apreciación distinta las impresiones de la época distante. Conozco a un hombre bueno, naturalmente, generoso y fácilmente predispuesto a hacerse eco de las calamidades que atormentan al semejante. Le llamaremos Martelli. ¡Qué holgada le queda al susodicho la fama de bueno! Rarísimas veces le toca lo justo en el reparto. De mil, le dan quinientos; es tan bueno Martelli, que se conformará! Y, qué anomalía!

—Aunque casi siempre recibe menos de lo que le corresponde, Martelli se ve obligado a exagerar las prácticas del bien... Por más que quiera "cuerpearla", "cae siempre en la volteada".

No hay rifa, suscripción, beneficio, fiesta, demostración, velada... ni velorio!... que no cuente con el "generoso" concurso de nuestro héroe. ¡Hay que ver como se aguza el ingenio humano para provocar el curso vertiginoso y amplio del dinero del prójimo!

Cumplen nobles y elevadas finalidades muchas instituciones benéficas, pero, ¡los dioses nos libren de las fecundas y harto frecuentes "creaciones" que constituyen un grosero asalto al presupuesto privado, mintiendo un interés colectivo! La santa bandera de la caridad bien entendida y mejor practicada, sirve de pretexto para el ejército de aventureros que invocan sin pudor y sin verdad razones de solidaridad social. La alarmante repetición de tales agresiones, ha hecho pensar a mi amigo Martelli, que le resulta una carga molesta su modalidad de hombre bueno.

En verdad, no puede ofrecerse caso más elocuente de falta de consideración y de respeto... ni más inconveniente aplicación a la emotiva máxima dantesca, oportuna... ¡oportunísima!, pero para que figure como uno de los más sugestivos destellos del pensamiento humano... digno de imponerlo triunfalmente allá en plena derrota del régimen capitalista! (Supongo que hay para rato!)

EL FACTOR SUERTE—

He visto hincharse de vanidad a un tipo que tiene fama de ser hombre de suerte. Y he sentido un gesto de rebelión. ¿Reune el sujeto un conjunto de valores negativos, totalmente, y sólo tiene acierto por causas ajenas, absolutamente a toda condición personal? ¿El azar juega un papel definitivo en los actos de su vida? ¿Ejercita algunas aptitudes inconscientemente? La lógica sufre constantes descalabros. La socorrida ley de las compensaciones se cumple como quiere Dios.., o el diablo! Si así no fuera, llegaríamos a la conclusión de que el éxito lo afianzan una serie de apreciables factores: "Entusiasmo - Fe - Inteligencia, Honestidad, Abnegación, Sagacidad, Contracción."

Muchos esfuerzos del hombre se malogran porque ha debilitado alguno de esos recursos que son fundamentales. Por ejemplo: Acometemos una empresa que, para su prosperidad exige un caudal determinado. Si nosotros confiados y resueltos no lo empleamos integramente, nuestro propósito inicial está condenado al fracaso.

Admitir que la fortuna sonríe al hombre de suerte, es lo mismo que afirmar que la vida otorga la victoria con la misma indiferencia al sujeto negligente, inepto, vicioso, torpe y pobre de espíritu, que a quien realiza un esfuerzo inteligente, metódico, disciplinado, perseverante...

Yo he protestado cuantas veces han querido halagarme diciéndome que tengo suerte. No creo en la suerte. Sé que no he de poseerla nunca ni relativamente, mientras no consagre a cada cosa todos los esfuerzos que reclama el caso. Debo confesar que cuando he advertido que la fuerza de la dialéctica pretendía demostrarme que a veces triunfan hasta quienes viven con la sugestión musulmana de que "Alá" dispone, he contestado lo que repito ahora: ¡No me conviene creer en la suerte!

Renunciemos a ser fatalistas o a considerarnos predestinados. Hagamos surgir en nosotros la conciencia de una personalidad propia y vivamos obedeciendo a la idea de que podemos comprobar una evolución progresiva siendo nosotros los constructores de nuestra propia obra y que de nosotros, exclusivamente, depende nuestro relativo bienestar.

EN TREN DE CONQUISTA—

El hombre es un conquistador eterno y la humanidad vive en un estado de lucha permanente. Ese es el ritmo natural de las sociedades humanas.

Sumará "cero" en la matemática social, todo hombre que no aspire a nada, que nada le falte, que no desee nada, que no turbe su espíritu ninguna inquietud. Sea un motivo de orden moral o material, espiritual, sexual o económico, el estado normal del individuo no se manifiesta por la quietud ni por la paz. Estas deben ser constantemente alteradas por un deseo, una ansiedad, un impulso, un afán... Escalar nuevas cimas, señalar triunfos nuevos, sentir la fruición de desconocidas emociones, obtener cada vez más altos privilegios, es el verdadero secreto, de la vida. La vida es acción permanente. Quien la encarna es el verdadero triunfador, y en todas las empresas humanas, aún en el amor, la noble "Audacia" escribe la primer estrofa en el himno de la victoria del hombre!

V. P. CACURI.

ALEM

(Soneto laureado con medalla de oro en un certámen literario)

Si no se oye tu voz, noble patricio,
En medio a las gigantes multitudes,
Hoy más que nunca a la memoria acudes
Al sonar la trompeta del gran juicio.

Si por el bien marchaste al sacrificio
Coronado de cívicas virtudes,
Tú siempre el alma popular sacudes
Para poderla substraer del vicio.

Duerme feliz. La gloria te rodea.
La titánica lucha por la idea
Al germinar se convirtió en baluarte.

Y el largo, augusto, y ya triunfal camino,
Es un timbre de honor al argentino
Que llevó por divisa tu estandarte.

Vicente BOVE.

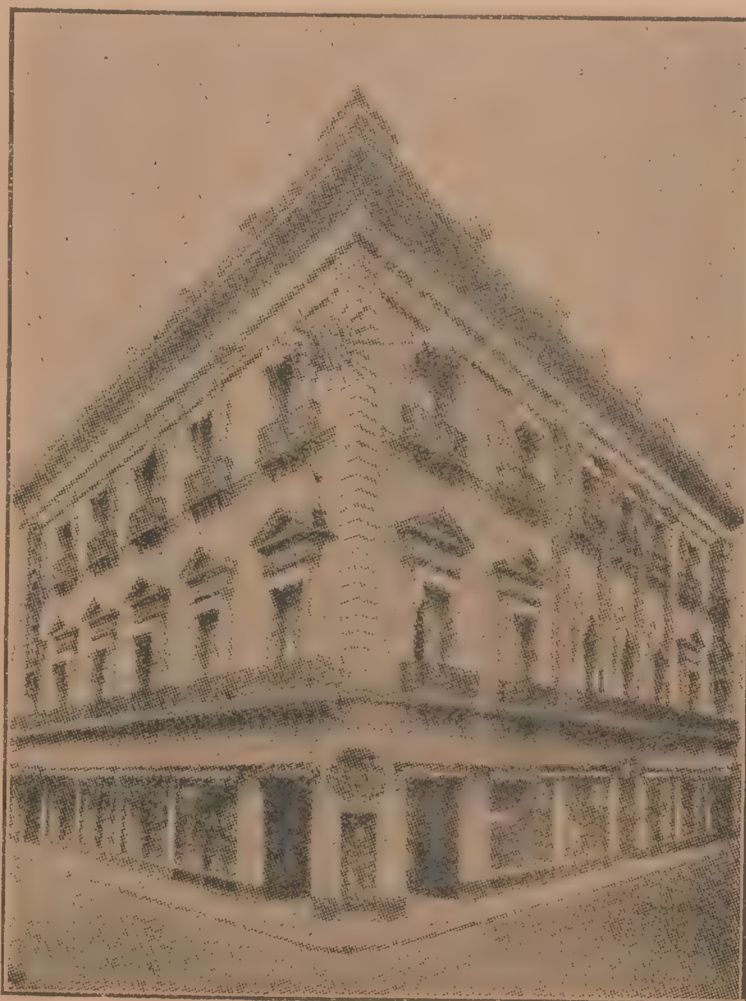
La General Electric Company contribuyó a la instalación de las principales usinas del país. - Cómo se consagra una formidable empresa de electricidad

Cuando el hombre substituyó el primitivo elemento del fuego por el fluído eléctrico que constituye la fuerza motriz de la civilización mecánica, un deslumbramiento prodigioso se hizo en su vida. La inteligencia había triunfado definitivamente sobre la naturaleza ciega, y desde entonces el mundo pertenecía, en verdad, a su dominio. Después del viento y del agua, la electricidad. Pero esta energía, cuyas manifestaciones misteriosas azoraron al hombre el pasado, infundiendo a su ingenuo espíritu una sensación de divinidad — el temor al genio obscuro de las tormentas y del maremoto —tuvo la virtud formidable de iluminarnos el camino del progreso. Gracias a la aplicación de la electricidad el hombre ha avanzado hasta su actual grado de civilización. Edison, el mago de la electricidad, fué quien halló en ella las maravillosas cualidades, que, acaso, hiciéronla aparecer como la gracia terrible de que disponían los dioses mitológicos para reinar desde el Olimpo. La electricidad es así el rayo jupiterno, con que los antiguos quisieron simbolizar la fuerza soberana del mundo. Y Edison supo investigarla y dominarla, entregándola al servicio de todas las actividades humanas. Por eso, el progreso señaló desde la invención de la lámpara incandescente una evolución magnífica, más considerable indudablemente que la registrada en el milenario anterior.

Es claro que la aplicación de la electricidad debía producir su organización e industrialización. Poderosísimas empresas surgieron en todos los países del mundo para administrar la nueva energía, y millones de inteligencias y de brazos fueron empleados en ellas, a fin de que la humanidad entera contará con sus inapreciables beneficios. Si se piensa que el fluído eléctrico se utiliza hoy para la tracción ferroviaria y tranviaria, para la iluminación pública y privada de todas las ciudades, pueblos y caminos del mundo, para la percepción y trasmisión de las imágenes, del sonido y de la voz humana, para todos los usos industriales de la fuerza motriz, y, en fin, para la animación de todos los elementos de vida, se comprenderá la magnitud del esfuerzo que representan dichas empresas. La General Electric Company es entre ellas la mejor dotada, la más extendida la más prestigiosa. Organizada en Estados Unidos en Abril del año 1892, por la fusión de dos sociedades que existían desde 1880, la Edison General Electric Company y la Thomson Houston Company, fundada la primera por el propio Tomás Alva Edison con los 40.000 dólares que obtuvo de su teleimpresor de Bolsa, llega al presente construyendo un turbo generador de 215.000 caballos de potencia, que da la medida de su extraordinaria trascendencia industrial. Distribuídas sus fábricas por todas las ciudades de la gran nación del Norte, cuenta con filiales en Inglaterra, en Francia, en Italia, en Bélgica, en muchos otros países y en el nuestro, en el cual ha establecido en 1899, hace 29 años, su filial central para las naciones del Plata.



Ingeniero Guillermo Asher Reece, presidente de la General Electric S. A.



Edificio de la General Electric, Sociedad Anónima, situado en la calle Victoria 618, esquina a Perú.

La General Electric Company es la más poderosa entidad del ramo que hay en la Argentina. Para llegar a este alto concepto que está impuesto en el consenso público y que ratifica la importancia creciente de sus operaciones, la General Electric Company ha cumplido una obra tesonera de constante mejoramiento de sus servicios y de intensa aplicación de todos los progresos de la electricidad y de las materias afines. Una institución de tal naturaleza, tan disciplinada en el conjunto de sus vastos capitales, de su ciencia y del trabajo, tenía, necesariamente que desarrollarse y acreditarse, ganándose cada vez más el apoyo y la simpatía de nuestro país. De ahí que la General Electric Company contara siempre con la confianza colectiva, al punto de que las más grandes usinas instaladas entre nosotros son de su creación. Por ejemplo, la Super-Usina de Puerto Nuevo; la estación de bombeo de agua del río (Establecimiento Palermo), correspondiente a las Obras Sanitarias de la Nación; los motores de grandes ingenios: Ingenio San Martín de Tabacal (Salta); Ingenio Concepción (Tucumán); Usina Eléctrica de Mar del Plata; Usinas de la Compañía Argentina de Cemento Portland; Usina Eléctrica de la Ciudad de Córdoba; Usina de Concordia; instalaciones de la Cantera Nocetti, etc., etc. La General Electric Company es, pues, uno de los más altos exponentes del progreso de nuestro país. Dirigida por el ingeniero Guillermo Asher Reece, su Presidente, tuvo la mano diestra, la inteligencia amplia, el temperamento dinámico que necesitaba para llegar a su actual pujanza y prosperidad. El ingeniero Reece, en quien se complementan cualidades singulares, es considerado por ello como el factor decisivo del afianzamiento, desarrollo y prestigio de la General Electric Company en Argentina. Es proverbial el mérito de su acción al frente de la formidable institución, reconociéndose como hemos dicho, que tiene en él a su verdadero propulsor. Vinculado de antiguo a la banca, la industria y el comercio; a los hombres públicos argentinos, que a su vez tuvieron en todo momento, en el ingeniero Reece, un consejero espontáneo, eficaz y desinteresado; activo, enérgico y benévolo al par; dotado de un admirable y cultivado espíritu, el ingeniero Reece puso todo su empeño en el desarrollo y la prosperidad de la General Electric Company, con la cooperación de ingenieros argentinos — y es éste uno de los más altos méritos de la poderosa entidad — el Presidente de la General Electric Company prosigue su activísima obra, que redunda no solo en beneficio del progreso de la vasta empresa, sino, y principalmente, en favor de los superiores intereses de nuestro país.

Cuando sangra el corazón

Por Egisto Roggero

Pablo y Andrés están sentados a una mesa, uno frente al otro, en lugar cerrado. Tienen delante una botella de coñac y dos vasos. Andrés ya ha bebido varios; su rostro aparece encendido, su mirada brilla sombríamente.

PABLO. — ¡Basta! Te va a hacer daño...

ANDRES. — ¿Daño?... No lo creas...

PABLO. — ¡No, no, Andrés... ¡Basta!

ANDRES. — (*Casi ebrio*). ¿Cómo?... ¿Me ordenas?

PABLO. — Tengo miedo.. (*Rehuyendo la mirada encendida de Andrés*). Sí, temo... que todo ese alcohol te siente mal.

ANDRES. — (*Sarcástico*). ¿Sólo por eso tienes miedo? Entonces puedes estar tranquilo.

PABLO. — (*Tras un breve silencio*). Te encuentro extraño esta noche.

ANDRES. — Puede ser. Quizá tenga mis razones... (*Pablo preocupado, se esfuerza por sonreir*). Querido Pablo, tienes un tipo atrayente... Sí, atrayente... ¡A mí no me agradas! Pero agradas a... otros. (*Gesto de Pablo*). Debes ser afortunado con las mujeres... (*Gesto de Pablo*). No digas que no. Eres afortunado. Se sabe...

PABLO. — Puede ser.

ANDRES. — Lo es. (*Pausa*). Dime..., dime, ¿tienes muchas mujeres que te aman?

PABLO. — ¡Psss!...

ANDRES. — (*Con risa estridente*). ¡Ah, bandido!... La vida es tuya... Pero, indudablemente, habrá una que preferirás a todas las otras.

PABLO. — ¡Bah! Puede ser.

ANDRES. — Lo es. (*Se sirve otro vaso de coñac, y bebe*). Dime, dime: ¿Te agrada mi Ana?

PABLO. — (*Esforzándose por fingir desenvoltura*). Es hermosa.

ANDRES. — ¿Verdad que sí?... ¿Te agrada?

PABLO. — ¡Oh, cómo habría de desagradarme! Pero es tuya...

ANDRES. — Sí. Es mi amada, mi compañera... ¿Sabes cuánto tiempo llevamos viviendo juntos?... Cinco años...

PABLO. — Eres constante.

ANDRES. — (*Mirando el vaso que ha vuelto a llenar*). Me enamoré de ella como un colegial... Cinco años, ¿comprendes? Cinco años de amor verdadero... por parte mía... de amor estúpido...

PABLO. — Ella también te ama:

ANDRES. — Me ha amado, querrás decir...

PABLO. — ¿Por qué? ¿Ha dejado de amarte?

ANDRES. — Sí..., desde hace dos años...

PABLO. — ¿Estás bien seguro?

ANDRES. — Segurísimo. Y ¿sabes por qué? (*Mirándolo fijamente*). Porque ahora ama a otro hombre... Lo ama desde hace dos años...

PABLO. — ¡Vamos!... ¿Cómo se te ocurre?...

ANDRES. — (*Mirándolo cada vez con mayor fijeza*). ¿Y sabes quien es su nuevo amado? (*Pablo no responde, turbado*). — ¡Eres tú!

PABLO. — (*Ríe, tratando de aparecer sereno*). — ¡Estás loco!

ANDRES. — No estoy loco. Tú me la has robado.

PABLO. — ¡Andrés!

ANDRES. — ¡Pablo!.., Sí; tú me la has robado... tú, tú...

PABLO. — Te repito que estás loco... y ebrio.

ANDRES. — ¡Ah, no! Aún no he enloquecido... todavía el alcohol no ha ofuscado mi mente... Y ahora que te tengo aquí...

PABLO. —(*Levantándose*). ¡Ah! Empiezo a comprender... Me has tendido una emboscada... (*Mira en derredor, señala la puerta cerrada*).

ANDRES. — Está cerrada con llave...

PABLO. — ¡Miserable!

ANDRES. — ¡Siéntate!... Tengo que decírtelo todo... Luego... Luego me vengaré...

PABLO. — Eres un cobarde. Me has encerrado solo, aquí... indefenso...

ANDRES. — (*Con una mueca sombría*). — ¡Tienes miedo!

PABLO. — No tengo miedo. Pero tú estás armado... Dame a mí también un arma; estaremos iguales, y entonces verás...

ANDRES. — ¿Me pediste tú permiso para robarme la mujer que amaba?

PABLO. — ¡Te digo que estás loco! No es verdad.

ANDRES. — ¿No es verdad?... Siéntate. ¡Siéntate te digo! Y bebe. (*Le sirve coñac*). ¿No quieres?... Bebo yo... ¡Y ahora, a nosotros! Tú me engañas con Ana desde hace dos años...

PABLO. — Te digo...

ANDRES. — No digas nada. Escúchame... Te he dicho que la he amado locamente, como hombre débil, como un pobre hombre enfermo de sentimentalismo. Ya sabes cómo la conocí... Ana, sólo tenía en ese entonces diez y siete años... Sola, indefensa, hubiera ido por mal camino... Yo me enamoré de su carita de ángel, de su boquita roja, de sus ojos de paloma asustada..., y me la llevé conmigo. Le dí una casa, ropas, alimento sano. La hice florecer. La adoré... ¡Ah, sí! La adoré como sólo un hombre débil podía hacerlo. (*Un silencio*). Durante los tres primeros años fué mía, en cuerpo y alma. Me estaba agradecida, se sentía ligada a mí, me quería... Y era natural. De mí sólo había recibido bondades... Pero, hace dos años empezó a cambiar. ¡Esto no era natural! Comprendí en seguida que alguien se interponía entre nosotros. Yo la veía día tras día transformarse, dejar de ser la que era... y ya se sabe que la mujer se identifica con el hombre que ama. Cuando era mía, estaba hecha, en todo, como yo. Y ahora cambiaba, era otra... Algo terrible, ¿sabes? ¡Sólo Dios sabe lo que he sufrido, Pablo, en estos años!

PABLO. — Está bien, Andrés. Te comprendo y te compadezco. Pero ese "otro" no soy yo.

ANDRES. — ¡Calla! ¡No mientas! Eres tú... ¿Ignoras, acaso, por quién lo he sabido? (*Pablo lo mira sobresaltado*). ¡Por ella! Por ella misma, ¿comprendes? Es ella quien me lo ha confesado todo.

PABLO. — (*Confuso*). ¿Te ha dicho ella eso?

ANDRES. — Ella, ella, ella. Ahora me vengaré.

PABLO. — Por eso me has encerrado aquí? (*Irónico*). Eres un hombre valeroso.

ANDRES. — Como tú.

PABLO. — (*Encogiéndose de hombros.*) Haz lo que quieras. Estoy desarmado! Me has agarrado bien. ¿Pretendes matarme? Hazlo pronto. Cuanto antes terminemos, mejor...

ANDRES. — No. No quiero matarte. (*Sordo*) No. ¿Para qué, ya? ¡Si te hubiera podido matar antes, como a un perro!... Pero ahora es ya inútil... (*Un silencio*).

PABLO. — No te entiendo, horrible ebrio.

ANDRES. — Déjame que te siga contando... Tienes que saber por qué ahora ya es inútil que te mate.

PABLO. — Termina de una vez.

ANDRES. — Bueno, te lo diré de golpe. Ahora es inútil, porque ella...

PABLO. — (*Presa de una terrible sospecha*). Ella... ¿Dónde está ella?

ANDRES. — (*Con una sonrisa estúpida*). En casa.

PABLO. — (*Mirándolo fijamente*). ¿En casa?...

ANDRES. — (*Sin dejar de sonreir*). Sí... en casa..., tranquila..., risueña... ¡Oh, si la vieras! La he dejado muy serena, en plena calma! ¡Ahora ya no pena!

PABLO. — ¡Tú la has asesinado!

ANDRES. — (*Sirviéndole coñac*). Bebe otro sorbo.

PABLO. — ¡La has matado! ¡Ah, pobre Ana!... (*Resuelto*). ¡Déjame salir!

ANDRES. — Más tarde... Más tarde...

PABLO. — ¡Miserable ebrio!... Si no me dejas salir, te estrangulo. Dame la llave.

ANDRES. — ¡Calma, calma!... (*Saca el revólver*). Mas tarde te he dicho.

(*Pablo se precipita sobre él, pero Andrés se yergue y con un golpe vigoroso lo impele contra la pared*).

ANDRES. — Quédate quieto, si no quieres que te queme el cerebro con una bala...

PABLO. — ¡Miserable!... ¡La has asesinado!... (*Llorando*). ¡Ah, pobre Ana!...

ANDRES. — (*Contemplando su dolor*). Entonces ¿la amabas de veras?

PABLO.—(*Entre sollozos*). Que sí la amaba!...

ANDRES. — (*Sigue mirándolo un minuto; luego prorrumpe en una carcajada histérica*). ¡Ja, ja, ja, ja, ja. ¡Vuelve a tu sitio! (*Ríe de nuevo*) Ana no ha muerto.

PABLO. — ¿No ha muerto?

ANDRES. — Yo no la he matado.

PABLO. — ¿Será posible?... Pero, Andrés, ¿qué es lo que se agita en tu cerebro de loco?

ANDRES. — Te repito que no la he matado.

PABLO. — ¿Y entonces?...

ANDRES. — Entonces, vive...

PABLO — ¡Dios mío!

ANDRES. — Respira, consuélate, goza: ¡Ana vive!... (*Prorrumpe en una estridente carcajada*). Porque, ¿sabes?, nada de cuanto te he dicho es verdad. ¡Ella no me ha confesado la traición... Pero yo necesitaba saberlo..., y has sido tú, tú quien me lo ha dicho... (*Sigue riendo*).

PABLO. — Eres un miserable... ¿Y ahora?

ANDRES. — ¿Ahora?... ¡Ah, sí, ahora!... Ahora, Ana espera...

PABLO. — ¿Espera qué?

ANDRES. — Te espera a tí.

PABLO. — ¿A mí?

ANDRES. — Naturalmente... (*Breve pausa*). Escúchame bien y trata de comprenderme, si puedes. Yo te la dejo, te cedo la propiedad. ¡Es tuya! Ve, ve a buscarla. Corre. Tómala. Es tuya, tuya... (*Excitándose*). Pero yo la conozco, ¿sabes?... ¡Ojalá sufras por ella todo lo que he sufrido yo durante dos años! La conocerás tú también, y me dirás si tengo o no razón... Pero vete, vete en seguida, miserable, vete mientras razono todavía.. Porque si bebo otros dos vasos de infierno, ya no responderé de mí... ¡Vete! Vete en su busca de una vez. (*Lo toma por los hombros, lo empuja hacia la puerta y le tira la llave. Pablo abre presuroso y sale sin volverse. Andrés, ya solo, se sirve un vaso, que ingiere de un trago, y estrella contra el suelo el vaso*).

LA CASA

Por Héctor Pedro Blomberg

La casa databa del tiempo en que don Carlos Antonio López, primer presidente del Paraguay, dispusiera que cada jefe de familia fuese propietario de una casa y de un sembrado

Manos anónimas la levantaron con amor, en un tiempo distante, para cobijar un idilio desvanecido. Primitiva y simple alcazaba su techumbre de tejas, sus aleros que sostenían vigorosos horcones de madera india, bajo el caliente cielo, y sus puertas eran de cedro.

Enclavada en una ladera, miraba hacia el poniente, fuera del alcance de un arroyo torrentoso que desbordaba cuando llegaban las lluvias del equinoccio. Más arriba, en la cuesta, crecían enormes y frondosos árboles, que la primavera florecía y desnudaba el otoño.

Desde el camino, blanca y risueña, la casa parecía envuelta en una alegría de novia, y el viento cantaba entre los árboles cercanos madrigales guaraníes, mientras los rosales y los jazmines acercaban sus guirnaldas hasta los bordes mismos del alero.

Cantaron guitarras, resonaron besos de amor y vibraron risas de mujer en la intimidad de la casa, hasta que un día la pobló un balbuceo infantil, gritos de niños que ahogaban el zumbar de las ruecas y el chirriar de los trapiches.

El chipá, el rubio pan guaraní, amarilleó en el horno primitivo; el aroma familiar del mosto casero se mezcló con el de las naranjas agrias, y la carne roja de los arazás sangró en las mañanas ardientes de sol.

En la sombra tibia del corredor se festejaron los fastos cristianos: el día del Niño Dios, de San Blas, de San Juan, de la Asunción...

Largos transcurrieron los años. La casa creció. Agregáronle un rancho de adobe con rústicos horcones y techo de capí-í.

La corriente serena de la existencia pasó por la casa, como las aguas apacibles de un río sobre la arena. La casa ya no parecía una novia venturosa y juvenil: era más bien una matrona arrogante y hospitalaria.

Hasta que llegaron los días aciagos. El clarín resonó en el fondo de la selva.

La guerra...

El padre y los hijos partieron a los campamentos del mariscal López. Nunca volvieron... La casa no los vió más...

El arado y los trapiches quedaron abandonados. La herrumbre carcomió la reja otrora reluciente, y las lluvias agrietaron las maderas laboriosas.

Las guitarras enmudecieron y la rueca dejó de zumbar. Las tropas, a su paso, dejaron vacío el corral. La derrota impuso el éxodo y la casa quedó sola, hundida en el silencio de la muerte y del olvido; se marchitaron los jazmineros y los rosales, y hasta el viento de la selva dejó de cantar los madrigales guaraníes sobre las tejas rotas de la casa.

Los dioses lares la abandonaron.

En vano la brisa aromada de arazá llamaba a sus puertas; en vano los rayos de la luna y del sol trataron de penetrar por las rendijas de los muros...

La casa estaba desolada y triste como un corazón cerrado a la esperanza.

Tan sólo el gallo solariego, altivo y petulante, seguía lanzando sus clarinadas estridentes sobre el caballete del tejado. Un día, él también desapareció en las profundidades del monte.

La casa parecía una viuda, inconsolable y solitaria, en su tristeza inmóvil, en su silencio melancólico. Arrastráronse cautelosamente las zarzas hasta el corredor y lo llenaron de abrojos; aparecieron bajo el alero los primeros usufructuarios de las ruinas, los buhos y los murciélagos.

Hormigas, lagartijas y roedores se escurrieron por debajo de las puertas, y durante una tormenta de noviembre, la casa toda se estremeció; crujieron las vigas y al soplo del viento huracanado, una puerta se abrió violentamente. Con el viento entró la lluvia, que humedeció los porosos ladrillos polvorientos, entre cuyas junturas floreció una vegetación pálida y viscosa.

La Naturaleza empezó a atormentar la casa indefensa y abandonada; manchó sus paredes, blancas antaño, y acabó de rajar las tejas, pudriendo las palmas de la techumbre.

Y allí, donde en los años de la paz y de la juventud, amaron y soñaron los muertos, se instalaron los reptiles, las aves lúgubres, las alimañas de la selva. Una centella acabó de rajar las tejas sobrevivientes, y las habitaciones donde se mecieron las cunas se convirtieron en turbias lagunas verdosas.

El "sobrado" de cañas continuaba balanceándose al soplo caliente del viento norte con un crujido que parecía un lamento. Un día entró una víbora, y al oir aquel rumor, mirá hacia arriba, desenrollando sus anillos amarillos y negros, y huyó hacia el monte.

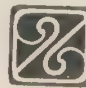
En las noches cálidas del verano, las pupilas errantes de las luciérnagas temblaban como fuegos fatuos en las piezas, y durante un invierno, los vientos del Sur, helados y tenaces, golpearon la casa con furor; arrebataron las techumbres de capí-í, y dispersó los nidos que quedaban en el alero.

Una melancolía de muerte, silenciosa y tétrica, desprendíase de la casa agonizante, de la casa que iba a morir. Se volvió sombría, como una muda protesta contra el destino.

La ruina era cada vez más lúgubre, más siniestra, frente a la selva viviente y rumorosa, y la voz ronca del torrente parecía cantarle un requiem. Semejaba a la luz espectral de la luna del trópico una enorme calavera, con sus negras cuencas vacías vueltas hacia el camino por donde se habían ido para siempre las almas que cobijó un día, con sus amores y sus sueños. La casa estaba muerta.



HIPÓLITO IRIGOYEN, BENEMERITO DE LA PATRIA Y DE LA HUMANIDAD



"El más grande de los argentinos", llamáronle en una entusiasta efusión de sentimientos los pueblos del mundo que contemplaron como, bajo su segura guía, la República llegó a las altas cumbres de la democracia. Ha inaugurado él un período decisivo de la grandeza nacional, de la historia nacional. Atrás queda el recuerdo vivo y glorioso de la epopeya patria, cuando nos santiguamos con fé esclarecida en Tucumán y Salta, en Chacabuco y Maipo; cuando latimos en la hora suprema de Caseros; cuando dimos todos nuestros afanes a la organización. Pero ahí está, más cerca en la perspectiva del tiempo, la empresa formidable del radicalismo, que cumplió por él su misión de crear la conciencia cívica argentina, de infundirle aliento, de exaltarla al gobierno a través de un largo camino de sacrificios y vicisitudes. Una y otra faz de nuestro desenvolvimiento de pueblo grande y libre se unen profundamente, salvando el claro deleznable y doloroso que va desde la proclamación de la Unión Cívica Radical hasta el **12** *de Octubre de* **1916**, *y, que, acaso, no tiene otro atenuante que el haber levantado esta generosa fuerza de pueblo y haber sido origen de las revoluciones salvadoras del espíritu ciudadano de la República. Por eso Hipólito Irigoyen es la figura patricia por excelencia. En su carácter enérgico y austero, en su alma bella y noble, en su fisonomía de precisos relieves aparece estampada la virtud de los prohombres de la República. Y en tal sentido es, realmente, quien completó en trazo definitivo la obra iniciada en aquella mañana inmortal del* **25** *de Mayo, cuando un puñado de juventud rebelada vislumbró el magnífico espectáculo de libertad, de trabajo, de justicia que nuestro país interpreta ahora en el concierto de las naciones civilizadas. Hipólito Irigoyen es el símbolo de la patria, como lo fuera en el pasado el nombre de los próceres que tienen perdurable y arraigada y loada gratitud en nuestros corazones. Hipólito Irigoyen es el afirmador de la nacionalidad argentina, quien le dió imperio en nuestra conciencia y nos hizo así capaces de disfrutarla y defenderla. Hipólito Irigoyen es la voluntad representativa de la República. Hipólito Irigoyen es, en fin, la propia República. A tal punto se ha identificado él con la patria, y tanto ha hecho por su grandeza moral y material. que su nombre es inseparable del concepto histórico del país.*



Doctor Hipólito Irigoyen, presidente de la República Argentina

(Fot. Witcomb).

Al ascender por segunda vez a la Presidencia, respaldado en la soberana e inalienable decisión del pueblo, que, hombro contra hombro, lo condujo hasta el sitial del gobierno, Hipólito Irigoyen, el más grande de los argentinos, había conquistado ya el puesto de honor que ocupa en la historia de los beneméritos de la humanidad.

Doctor Enrique Martínez, vicepres.dente de la República

El Vicepresidente de la República y presidente constitucional del Senado, doctor Enrique Martínez, llega a la alta jerarquía pública y partidaria después de haber desempeñado delicados cargos representativos y haber probado, a lo largo de su brillante carrera profesional y política, virtudes de consecuencia y de verdadero talento y probidad moral que aseguran su feliz actuación en el nuevo mandato que le confiriera el pueblo por unánime y espontánea voluntad en los comicios inolvidables de Abril. Será, pues, el colaborador digno e inteligente del doctor Hipólito Irigoyen, quien al concederle la confianza de compartir en el binomio presidencial la responsabilidad histórica del nuevo gobierno atestiguó así la profunda fé que le inspira su compañero de fórmula. El doctor Enrique Martínez, es una personalidad nacional de vasto y sólido prestigio que, con su obra realizada en Córdoba, su provincia natal, afianzó en todo el país y aún fuera de él, el concepto auspicioso que rodea su nombre. Conciudadano educado en la escuela cívica del doctor Hipólito Irigoyen, pertenece al radicalismo desde los primeros años de su juventud universitaria. Participó en las luchas fogosas del pasado y en las más reposadas pero más decisivas, y tan arriesgadas como aquellas, del presente victorioso. Tiene, entonces, una tradición de radicalismo leal y y desinteresado, que también impuso en su labor parlamentaria nacional y a su paso por el gobierno de Córdoba. Exaltado a la magistratura del país, al lado del doctor Hipólito Irigoyen, de quien recibirá por influjo el cálido aliento de sus cualidades excepcionales, el Vicepresidente de la República, doctor Enrique Martínez, llevará su investidura con el tino ejemplar que pusiera de manifiesto en el ejercicio de sus anteriores cargos y en la práctica de su profesión. Recto, enérgico, inteligente, la actuación del doctor Enrique Martínez será indudablemente, paralela a la del primer magistrado, y servirá nuevamente para poner de relieve sus altos méritos personales y el patriótico afán que inspira toda su labor pública.



El Dr. José Antonio Ceballos, gobernador de Córdoba, viene cumpliendo una grandiosa obra administrativa

El gobernador de Córdoba, doctor José Antonio Ceballos, es una de aquéllas personalidades que enaltecen el cargo por las sobresalientes condiciones morales e intelectuales y la fé inalterable que le consagran. Quien se haya acercado a él a la búsqueda de su ciencia médica o política, actividades en las cuales el doctor José Antonio Ceballos tiene la trascendencia que le otorgan su espíritu y su obra, habrá advertido hallarse en presencia de una figura excepcional. Todo indica que se trata de una fuerza del pensamiento: su dedicación al bien público; su inteligencia cabal, que le permite acertadamente proceder con singular rapidez; su cultura, que ofrece tan diversos matices y que tiene, indudablemente, un serio fondo de consistencia. Trasluce de inmediato que hay en él no un mero político y simple profesional, a quien arrastrara la corriente o el halago de las posiciones, sino un verdadero ideólogo, cuya actitud frente a los acontecimientos de los hombres y los partidos deriva de una profunda convicción y de un intenso ideal. De ahí que escasos meses de actuación al frente del gobierno de Córdoba le hayan permitido realizar una labor considerable. No cabe enumerar los graves problemas administrativos y sociales encarados, resueltos o en vía de resolverse, durante el breve lapso de tiempo en que el doctor José Antonio Ceballos ocupa la Gobernación de aquel importantísimo estado. Baste decir que pocos mandatarios pueden atribuirse una acción tan sabia y grande. El doctor José Antonio Ceballos, actuando con la firmeza natural de su temperamento, y fortalecido por los principios del radicalismo, que se hicieron carne en él desde su primera juventud, lleva realizada ya una notable labor administrativa que habla bien alto de sus cualidades y de su patriótico empeño en favor de los intereses superiores de su provincia y del país.



LOS NUEVOS MINISTROS DEL GOBIERNO NACIONAL

El doctor Elpidio González es una de las figuras capitales del radicalismo. Su prestigio dentro y fuera de las filas partidarias es enorme y ha trascendido por fuerza al extranjero, donde, y no sin razón, se le considera la personalidad más cercana del doctor Hipólito Irigoyen. Es claro que quien tan alto llega en la vida pública argentina acreditó condiciones y virtudes de verdadera consistencia, realizando una obra patriótica, merecedora tanto del reconocimiento como de la amplia gratitud ciudadana, de lo cual en distintas oportunidades el doctor Elpidio González tuvo sincero testimonio.

Oriundo de la Provincia de Santa Fe, el doctor Elpidio González se estableció durante muchos años en Córdoba. Allí inició su intensísima labor política, y desde allí intervino directamente en el desarrollo nacional del radicalismo y en todos los acontecimientos que dieron cima al triunfo eleccionario de **1916**. *Designado para esa fecha diputado al Congreso de la Nación, presentó en octubre la renuncia de su mandato legislativo, a fin de hacerse cargo del Ministerio de Guerra, que el doctor Hipólito Irigoyen le llamara a ocupar. Dos años más tarde abandonaba la cartera ministerial, aceptando su candidatura a Gobernador de Córdoba. Fué luego jefe de Policía de la Capital Federal, y por último Vicepresidente de la República, y en consecuencia, Presidente del Senado.*

El espacio entre uno y otro cargo representativo sorprendió siempre al doctor Elpidio González en el desempeño de delicadas gestiones partidarias, actividad en la que no se dió punto de reposo y que pronto rodearon su nombre de una vasta popularidad. Es así, por excelencia, un espíritu laborioso y apasionado, que, sin embargo, supo mantenerse en el desempeño de sus altas funciones públicas dentro de su mesurado equilibrio y a la vez de una recta e inflexible consecuencia ideológica. A lo largo de su fecunda carrera política y representativa el doctor Elpidio González destacó la virtud ejemplar de su temperamento. Sólida y grande obra realizó desde los distintos y delicados cargos que le tocara ejercer. Organizador del radicalismo de Córdoba, su acción aguerrida e inteligente impuso en la conciencia cívica del pueblo de aquella provincia el culto fervoroso de sus ideales nacionales y de su jefe indiscutible, el doctor Hipólito Irigoyen; Ministro de Guerra y Jefe de Policía de la Capital Federal supo, en todo instante, elevar el concepto de su investidura, prestigiando las dependencias correspondiente en un grado ponderable que bien puede considerarse como de consolidación definitiva de las mismas; Vicepresidente de la República y Presidente del Senado en el período anterior de gobierno, se conservó con digna integridad en medio de todas las visicitudes políticas e institucionales del país, afrontando con serena lealtad y confianza partidaria los más serios embates de la coalición adversaria de aquel cuerpo parlamentario. Ministro del Interior, ahora, no cabe duda alguna de que desarrollará una intensa y profunda labor, de brillante relieve, que perfilará aún más, si cabe, su robusta y extraordinaria personalidad.



Doctor Elpidio González, ministro del Interior

El doctor Elpidio González es, pues, uno de los prohombres del radicalismo. Ganado a la causa del pueblo desde su primera juventud fué escalando las posiciones partidarias y públicas y la confianza entera del doctor Hipólito Irigoyen, mediante las cualidades y virtudes excepcionales que es fácil advertir a través de todos los actos de su vida. Noble y puro ejemplo de gran ciudadano, éste que el doctor Elpidio González nos ofrece.



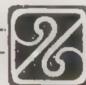
El doctor Horacio B. Oyhanarte, Ministro de Relaciones Exteriores, tiene el mismo rango moral e intelectual de los grandes patricios de la organización argentina. Es indiscutiblemente, dentro del radicalismo, y fuera de este impetuoso movimiento de democracia que contribuyera a inspirar con el aliento de su espíritu y la diáfana pureza de su inteligencia, la personalidad joven de más vasto y sólido prestigio. Su influencia en todos los órdenes de la vida pública es ciertamente considerable. Está por ello unido en forma definitiva al proceso histórico de nuestra democracia y a la consolidación de sus instituciones fundamentales. Mentalidad diversa y poderosísima, en la cual se complementan en armonioso equilibrio la curiosidad del intelectual, la sensibilidad del artista, la serenidad del pensador y del hombre de gobierno, la actividad dinámica del abogado y del periodista, el doctor Horacio B. Oyhanarte es una figura de verdadera representación nacional, cuya nombradía ha trascendido justamente al extranjero adquiriendo así el relieve de una personalidad mundial. Pertenece el doctor Horacio B. Oyhanarte a los prohombres del partido que hizo surgir y modeló con sacrificio y fe la conciencia cívica argentina.



Doctor Horacio B. Oyhanarte, ministro de Relaciones Exteriores

Nacido en Rojas, Provincia de Buenos Aires, el **15** *de Marzo de* **1886**, *en plena infancia afrontó el rudo golpe del asesinato de su padre, víctima de los desbordes del caudillismo local. Se dió desde entonces a la lucha por el restablecimiento de las instituciones, por la educación y elevación moral y material del país, por el desarrollo de la grandeza de la patria. No transigió ni siquiera con el reposo en este empeño que, por su magnífico desinterés, hace de su figura, según hemos dicho ya, un noble perfil ciudadano. Ejerció los más altos y delicados cargos representativos, y en el orden partidario cumplió las más arriesgadas y responsables misiones. Y desde la tribuna parlamentaria y popular, la cátedra, el libro, el foro y el periodismo, multiplicándose en una actividad extraordinaria, impuso en todas partes la virtud de sus excepcionales cualidades. Puede así considerársele a la par que un estadista y parlamentario genial, un jurisconsulto erudito y profundo y un poeta y orador de elevado vuelo. Al lado del doctor Hipólito Irigoyen, que contó siempre con su concurso inteligente y espontáneo, realizará desde el Ministerio de Relaciones Exteriores una obra perdurable, digna de la que realizara a lo largo de su brillante actuación pública.*







Doctor Enrique Pérez Colman, ministro de Hacienda

El doctor Enrique Pérez Colman, Ministro de Hacienda, es el hombre del litoral. Decimos esto como definición de su personalidad, que tanto en el orden político, como en el orden intelectual es por excelencia la más representativa de aquella fuerte y próspera región argentina. En efecto, el doctor Enrique Pérez Colman tiene el prestigio de una figura ponderable, de claro relieve, que, naturalmente, levanta el concepto de la Provincia de Entre Ríos, tan fecunda en ciudadanos de estirpe histórica, y, agrega a la cultura del país, una obra múltiple y seria, cuyas calidades han sido apreciadas en su oportunidad. De ahí que designado para el desempeño de la cartera de Hacienda, su nombramiento repercutiera con verdadera simpatía, y fé en la labor vasta y patriótica que habrá de realizar como miembro del gobierno que encara en estos instantes la definitiva organización institucional de la Nación.

-Nacido en Paraná el **16** *de Julio de* **1886**, *el doctor Enrique Pérez Colman ha tenido en su tierra de origen una divversa e intensísima acción pública. Obtuvo en* **1908** *el título de escribano, y en tal concepto se incorporó a la administración del país como secretario del Juzgado Civil y Comercial de Paraná; en* **1909** *pasó a cumplir iguales funciones en el juzgado del Crimen de Gualeguay. Desde* **1910** *a* **1913** *ejerció la misma profesión en un registro de contratos, y graduado en ese mismo año abogado por la Universidad del Litoral, fué designado inspector general del Registro Civil de Entre Ríos en* **1914**, *y jefe de la Oficina Provincial de Trabajo en* **1918**. *En* **1915** *fué elegido diputado provincial, cargo para el cual fué reelegido para el período* **1916-1919**. *El doctor Enrique Pérez Colman, que se había adherido al radicalismo hacía ya muchos años, tocándole actuar en las filas partidarias como presidente del Comité de la Juventud y miembro de otros organismos importantes, ejerció la Vicegobernación de Entre Ríos durante los años* **1922-1926**, *fué delegado a la última convención nacional, y en febrero del año corriente renunció a la candidatura a diputado nacional que proclamara la Convención de Entre Ríos reunida en Tala.*

Por otra parte, el doctor Enrique Pérez Colman, que es uno de nuestros mejores escritores, realizó una considerable labor de publicista. Es autor de libros como "El gran sacerdocio y otras páginas", "El Syllabus", con prólogo del doctor Mario Sáenz, "Alem" y "Radicalismo, socialismo y conservatismo".

Se trata, pues, de una personalidad de singulares méritos. La calidad de su espíritu y de su temperamento, disciplinados en las largas vigilias de estudio y de activo empeño ciudadano, aseguran que su actuación al frente del Ministerio de Hacienda será realmente eficaz y que, por tanto, el primer mandatario no pudo estar más certero al confiarle aquel alto cargo.

No cabe resumir en la síntesis periodística la personalidad del militar que el doctor Hipólito Irigoyen llamara al desempeño del Ministerio de Guerra. El general de División, Luis J. Dellepiane, es, por el sólo enunciado de su título jerárquico, el más alto de la graduación de nuestro Ejército, ejemplo viviente y reconfortante de una vida dedicada por entero a servir las armas de la Nación. Así, pues, el recorrido de su carrera, la reseña de los cargos que sucesivamente ocupara hasta alcanzar su actual situación pública, sería suficiente referencia para elogiar el tino con que procedió el primer mandatario al designarlo su colaborador de gobierno en aquel importante departamento. Pero si agrega a ello el concepto moral del General de División, Luis J. Dellepiane, las extraordinarias virtudes personales de inteligencia y bondad que distinguen su temperamento dinámico y su pundonorosa rectitud, su nombramiento es ya una certeza del doctor Hipólito Irigoyen que cabe agregar a sus grandes y nobles actos por el perfeccionamiento y la consolidación de las instituciones nacionales. Su obra como jefe del Ejército es aún cercana para recordarla, y si en la actividad ha sido en todo momento un militar estimado y admirado por sus compañeros de armas y por las tropas, que veían en él a un digno patricio, su retiro del servicio, acaecido hace escasos años, dió lugar a vastos y merecidos homenajes y no le impidió, sin embargo, llamarse a descanso. En efecto, en otros cargos públicos importantes, y con su noble y desinteresada dedicación continuó sirviendo intensamente al país.

Se inició en el Colegio Militar en el año **1882**. *Egresó teniente segundo después de una rápida carrera de estudios. En* **1891** *recibió el título de ingeniero civil, con diploma de honor de la Faculta de Ciencias Exactas. Fué luego profesor de la Escuela Superior de Guerra, y catedrático de aquélla Facultad; y en numerosas instituciones y entidades populares de cultura figuró desde ya como miembro directivo. En* **1909** *se le designó jefe de Policía de la Capital Federal, cargo que desempeñó con decisivo espíritu de dedicación y que, en virtud de circunstancias inolvidables, volviera a ocupar en enero de* **1919**, *en su carácter de Comandante de la* **2.a** *División del Ejército. Retirado en* **1925** *en razón de las reglamentaciones en vigor, el general Dellepiane fué nombrado poco después Director de la División Límites Internacionales, del Ministerio de Relaciones Exteriores.*



General de división Luis J. Dellepiane, ministro de Guerra



Contraalmirante Tomás Zurueta, ministro de Marina

El contraalmirante Tomás Zurueta, Ministro de Marina del gobierno del doctor Hipólito Irigoyen, ha desempeñado ya igual cargo en el anterior histórico período del ilustre mandatario. Es pues, con el doctor Elpidio González, el único miembro del primer gabinete del doctor Hipólito Irigoyen, que se restituye a sus funciones ministeriales. Esto sería suficiente para acreditar en el contraalmirante Tomás Zurueta altas condiciones de consecuencia partidaria, y de efectiva dedicación al bien público, si, por otra parte, su brillantísima carrera naval, su pericia técnica indiscutible y su claro don de smpatía personal no revvelaran en él a una personalidad de excepcionales méritos, cuyo valor de conjunto merece la admiración y la gratitud de todos sus conciudadanos.

El contraalmirante Tomás Zurueta ingresó en la Armada el **14** *de Marzo de* **1885**, *en calidad de aspirante de la Escuela Naval. Cursó estudios reglamentarios y, luego de un viaje de instrucción en la corbeta "La Argentina", egresó en Septiembre de* **1888**, *y varios meses más tarde era ascendido a alférez de fragata. Prestó servicios en el "Maipú" hasta que, en* **1890**, *arrastrado por sus patrióticos anhelos cívicos, intervino en la revolución, afrontando la baja y el destierro. Reincorporado a la Armada se le dió destino disciplinario en Tierra del Fuego, como tripulante del aviso "Comandante Py". Comisionado por el gobierno realizó luego una extensa jira por los canales del sud, que sirviera para el trazado definitivov del sistema orográfico del país y que le valió poco más tarde el ascenso. Realizó otras misiones semejantes, y en* **1893** *pasó a la Capital Federal a ocupar la Fiscalía Militar, División de Torpedos, y sucesivamente otros importantísimos cargos, en especial, la comandancia del "Uruguay", que fué destinado a la Comisión de Límites con Chile. Años más formó parte de la Comisión Constructora de los acorazados "Moreno" y "Rivadavia", y, llamado al Ministerio de Marina, en* **1921**, *fué después vocal del Consejo Supremo de Guerra y Marina, y desde* **1924**, *diputado nacional por la capital.*

La foja de servivcios prestados al país por el contraalmirante Zurueta es una garantía de la inteligencia, probidad y activivdad con que, al lado del doctor Hipólito Irigoyen, proseguirá su intensa obra en favor del perfeccionamiento y progreso de la Armada y de las instituciones básicas de la Nación.

El doctor Hipólito Irigoyen ha buscado su Ministro de Justicia e Instrucción Pública entre los ciudadanos del radicalismo que, con desinterés ostensible, hubieran dedicado las principales preocupaciones de su vida a lo atañedero a aquella cartera. Con fino y seguro tacto supo discernir. Recayó el nombramiento en el doctor Juan de la Campa, joven y meritoria personalidad bonaerense que compartiera las diversas actividades concernientes a la educación y la administración de justicia. La elección no habría podido ser ni más justa, ni más encomiable, y revela en el ilustre mandatario la clarividencia de gobierno que constituye su virtud más preciosa.

El doctor Juan de la Campa nació en el pueblo de Castelli, Provincia de Buenos Aires, en 1.888. Hizo sus estudios profesionales en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Capital. En plena carrera universitaria se inicó también en la vida pública como redactor de las publicaciones "Sarmiento" y "El País", y como empleado de la Administración General de Impuestos Internos. De esa época y de esa afición a las tareas periodísticas data una iniciativa del actual Ministro de Justicia e Instrucción Pública, iniciativa feliz que debía extenderse en seguida a todas las zonas de la Capital Federal. El doctor de la Campa fundó el primer periódico de parroquia que haya aparecido entre nosotros. Se llamó "La Libertad", y era el defensor de los intereses generales del barrio de la Boca. Más tarde el doctor de la Campa fué nombrado Cónsul General de nuestro país en Estocolmo, cargo que abandonó luego para ocupar la secretaría de la Intervevnción Bello, en la Provincia de San Juan. Concluída esta gestión, en la cual debió actuar, además, como Presidente de la Corte Suprema, el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires lo destacó Camarista en los Tribunales del Azul, y en seguida Ministro de la Corte Suprema, puesto en el que lo sorprendió su designación para el alto sitial que ahora ocupa.

El doctor Juan de la Campa será, indudablemente, un eficacísimo colaborador de la formidable obra de gobierno emprendida por el doctor Hipólito Irigoyen. Magistrado recto y erudito, fogueado en una actuación vívivda de la que deja perdurables recuerdos y una labor sólida y considerable, proseguirá en el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública su patriótica consagración a los intereses superiores del país.



Doctor Juan de la Campa, ministro de Justicia e Instrucción Pública



El doctor José Benjamín Abalos forma parte descollante en el brioso núcleo de hombres jóvenes que en la Provincia de Santa Fe se hicieron en la vida pública al lado del doctor Hipólito Irigoyen. Ciudadano militante desde las horas históricas del radicalismo, el desinterés y la entusiasta labor cívica que desarrollara en los distintos campos de su actividad pronto dieron a su nombre un extraordinario y merecido prestigio, que rebalsó los límites provinciales, dándole el relieve de una personalidad nacional. Temperamento dinámico, múltiple, el doctor José Benjamín Abalos, que egresara de nuestra Facultad de Ciencias Médicas, compartió las visicitudes de las grandes campañas electorales con el sereno y silencioso trabajo de laboratorio. Después de una prolongada y fructífera jira por las clínicas de Francia durante la guerra, el doctor José Benjamín Abalos, que sabe aplicar la experiencia profesional a las facultades de gobierno, trasplantó a nuestro país numerosísimas y útiles ventajas de la ciencia, que fueron destinadas a veces a resolver serios problemas sociales. En este sentido su obra es realmente singular y ha merecido la atención detenida y constante de cuantos se preocupan por el vasto asunto de la sanidad y asistencia pública en el país. Como Director de la Asistencia Pública de Rosario, cargo que aceptó en **1924**, por noble espíritu de médico, luego de haber rehusado otras importantísimas posiciones públicas que le fueran ofrecidas en el anterior gobierno del doctor Hipólito Irigoyen, propició un proyecto de organización del Instituto de Perfeccionamiento de Cirujía y Medicina que dió en la práctica magníficos resultados, mereciendo el aplauso y el examen favorable de diversas corporaciones científicas argentinas y extranjeras. Al frente del Ministerio de Obras Públicas cabe, pues, asegurarle idénticos triunfos. El fervoroso y sincero apasionamiento de su eficaz intervención en la campaña electoral santafesina que en los últimos comicios marcó al pueblo la ruta de su progreso y de su libertad, aparecerá seguramente, en la intensa labor de bien público que ahora emprende. Apasionamiento noble, que es fé en sí mismo y en sus ideales, y que, no obstante, no perturbará la reposada serenidad de su talento y de su espíritu.



Doctor José Benjamín Abalos, ministro de Obras Públicas





Doctor Juan B. Fleitas, ministro de Agricultura

El doctor Juan B. Fleitas tiene una existencia dedicada por entero a los ideales cívicos del radicalismo. Su modestia ejemplar, que le hizo rehusar siempre las altas posiciones públicas y partidarias, permitióle vivir permanentemente en el pueblo, confundido con la esperanza, el sacrificio y la voluntad de las masas ciudadans. Receloso de que pudiera creérsele sugestionado por la espectabilidad de los cargos superiores, se mantuvo en una constante condición de luchador raso, de franco tirador, rechazando aún en el triunfo la situación que se le ofreciera y que, en vevrdad, ganara con el esfuerzo y la inteligencia de su desinteresada acción patriótica. De ahí que sea el Ministerio de Agricultura el primer cargo público que desempeña. Deberes ineluctables crearon a su modestia el trance de declinar en homenaje del radicalismo y del país, cuyos intereses requirieron su presencia al frente de aquel departamento de gobierno.

El doctor Juan B. Fleitas nació en Esquina, Provincia de Corrientes. Después de seguir estudios superiores, se trasladó a la Capital Federal donde hizo una rápida carrera universitaria. Egresado de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales regresó a su tierra de origen, estableciéndose con estudio de abogado en el Departamento de Goya. Su actuación en el foro del litoral proporcionó a su nombre un considerable prestigio, afianzado por su tesonera y vibrante obra en el seno del radicalismo, en el cual ingresara en su primera juventud.

El desinterés de toda su larga y meritoria carrera profesional y política; la claridad de su talento, revelado a través de resonantes causas judiciales; su probidad inmaculada; la modestia austera de su persona y la atmósfera de viva simpatía que ella trasciende, justifican, seguramente el acierto del doctor Hipólito Irigoyen, al designarlo su Ministro de Agricultura, y aseguran que su obra como tal será fructífera en todo sentido y consagrarán su nombre al reconocimiento y la gratitud de la Nación. En el desempeño de sus elevadas tareas ministeriales, el doctor Juan B. Fleitas perfilará los sobrios rasgos morales e intelectuales de su interesante personalidad política y contífera en todo sentido y consagrará su nomideales que inspiraron su vida.

Los prohombres del gobierno de España

S. M. ALFONSO XIII. — PRIMO DE RIVERA. — MARTINEZ ANIDO

El destino ha deparado a España, en su actual época de esplendor, que señala el renacimiento de su espíritu y de su potencia, la suerte de ser gobernada por hombres superiores en cuyas manos puede confiarse por entero.

En las innumerables fases de su política de los últimos años, estos tres varones elegidos eran los únicos que, a través de todas las vicisitudes, esplendían por la seguridad de su conducta, la recta orientación de sus principios, el indudable fervor patriótico y la inteligencia de sus actos.

La historia vino a unirlos en la acción común, ligándolos a la obra formidable de organizar nuevamente a España, después de un largo período de zozobra y desgarramiento interno.

Se ha cumplido seguramente, la predicción del poeta, de que la Madre Patria hallaría fuerzas en el recuerdo de su pasada grandeza, toda vez que un viento de decadencia moral soplara sobre la dignidad de la estirpe. Los años de caciquismo invasor, que minaron las instituciones de España, la integridad de su organismo político, la hidalguía de su tradición y su alma pura y noble, pasaron, pues, dejando indemne su firmeza y su prestigio. España es hoy, como ayer, la nación símbolo de la raza que cumple en la civilización el más alto rol que jamás haya desempeñado entidad alguna del mundo. La irradiación de su espíritu nos alcanza a todos los pueblos que nos sentimos atados a ella por los lazos inseparables de la sangre, del idioma, de la historia y del porvenir. Por eso el renacimiento contemporáneo de España significa también la plenitud de nuestra grandeza; y por eso las figuras del Rey Alfonso y de los generales Primo de Rivera y Martínez Anido trascienden las fronteras nacionales para adquirir las justas proporciones de personalidades representativas del genio ibero. España marchando a la cabeza del progreso por virtud de la acción de los prohombres de su gobierno, reconquistó su legítimo derecho, el puesto directivo que le correspondía en el mundo por su tradición de metrópoli y por el irrefrenable influjo de su historia.

¡Qué grandes exponentes de la sabiduría política! Sin que ninguno de ellos sea, precisamente político, al contrario, siendo más bien apolíticos, o antipolíticos, puesto que su intervvención directa en los negocios de España se fundó en el propósito digno de salvar al país de la invasión política que todo lo arrasaba, realizaron, sin embargo, una empresa de sana, de limpia, de verdadera política.

Al Rey Alfonso tocóle ser el intérprete del denodado anhelo de Primo de Rivera. Y en cambio tocóle a éste llevarlo a cabo y buscar en España al ciudadano que había de coadyuvar a su fin y que, por su labor patriótica y enérgica, fué algunas veces el dique en que, a lo largo del desbarajuste caciqueril, se estrellaron los ímpetus de los enemigos de la unidad y del espíritu español: Martínez Anido.

Supo el Rey Alfonso salvar su responsabilidad histórica. Monarca querido de su pueblo,

Su palabra estuvo pronta para estimular el sagrado afán reparador de P. de Rivera. El glorioso general halló, así, el gesto que esperaba del Soberano porque siempre había visto en él al primer patriota de España. Entró, entonces, a cumplir su magnífica empresa.

Primo de Rivera se enfrentó al maremágnum de la política dominante. Con energía, pero también con la inteligencia y la bondad que ahorró violencias y enconos estériles, restituyó al país a la normalidad de su vida. Depuró las instituciones viciadas, reparó los enormes daños ocasionados por el caciquismo en toda la organización social, económica y financiera de España; levantó de su postración el espíritu nacional, fortificó el concepto internacional hasta el punto de obtener un puesto permanente en el Consejo de la Liga de las Naciones; resolvió los artificiosos problemas del regionalismo, mejoró el nivel de vida de las clases humildes al propio tiempo que elevaba el crédito del capital español; intensificó la red de progreso, difundiendo la instrucción pública y superior, las obras públicas generales, la penetración colonial. Puso en fin, a España en el camino de adelanto constante de que había sido desviada por los malos régimenes anteriores, recuperando su lugar de vanguardia en la historia y en la civilización.

El general Martínez Anido colaboró a su lado con la contracción y el espíritu de sacrificio que demostrara al frente de delicados cargos públicos.

Figuras de tanto relieve, a las que vincula el nexo de la obra común y de una idéntica fe patriótica constituyen el orgullo de España.

Alrededor de ellas, de la imponente trilogía, fira la significación de la Madre Patria en el concierto del mundo.



Alfonso XIII, rey de España, presenciando un desfile militar

UNA PERSONALIDAD POLITICA AMERICANA. — *El doctor José P. Guggiari, Presidente del Paraguay, es la más alta personalidad del país hermano, no ya sólo por la investidura y el mandato que ejerce, sino también por las virtudes que lo han hecho acreedor de tales, y que adornan su noble espíritu patricio. La excelencia, pues, de su íntima entidad moral está en perfecta armonía con la jerarquía de su cargo. Y esto es ya título suficiente para admirarlo como a un varón ejemplar y para colocarlo entre quienes por su prestigio, sus ideas y su acción en todos los órdenes de la vida pública elevan el concepto de su patria y de los pueblos iberoamericanos, en el concierto de la civilización.*

El doctor José P. Guggiari es el representante de una democracia que, después de surgir de las vicisitudes de un prolongado proceso de madurez, se afianza poderosamente en el Paraguay. La tierra guaraní, pródiga en su asombrosa fecundidad, bella en la cálida dulzura y esplendor de sus paisajes, generosa en la gracia de su clima, se abrió en horizontes y caminos al esfuerzo y la inteligencia de todos los hombres del mundo. Las más diversas razas, desde la nativa, tan adherida en alma y cuerpo a la naturaleza providencial de su suelo, hasta las que llegaron en compactas masas laboriosas desde Oriente y Occidente, se acrisolan ahora allí al amparo de instituciones libres, que son la expresión elevada de la conquista del derecho y de la experiencia del gobierno. El doctor José P. Guggiari ha contribuído a la realización de la árdua empresa de guiar al Paraguay hacia su definitiva consolidación y su progreso, en la medida de que da cuenta la confianza que inspirara a sus conciudadanos al designarlo para ocupar la primera magistratura del país; y asimismo en la forma en que lo testimoniaron los pueblos hermanos, particularmente el nuestro, en la clamorosa manifestación de entusiasmo que le tributaran a su paso para la Asunción. De ahí que pueda decirse, al advertir el magnífico espectáculo de trabajo, de libertad y prosperidad ofrecido por el Paraguay que, desde la Presidencia, el doctor José P. Guggiari contempla su obra con la serenidad y el legítimo orgullo del artista que ha esculpido bien. Porque arte, y de los más delicados, es el modelar la conciencia y las instituciones de un pueblo y darle el aliento histórico de las grandes nacionalidades.

La patria hermana y los pueblos filiales de España tienen en el doctor José P. Guggiari el animador profundo de su consorcio, de la amistad perdurable que, por haberse trabado en los vínculos indisolubles del origen común, de la lengua y de los intereses recíprocos, espirituales y materiales, está llamada a culminar en el destino de la civilización. Ascendido a la Presidencia de la República por la voluntad decidida de sus conciudadanos, y con la congratulación de todas las naciones libres, su gobierno, que se inició con actos promisores y valientes en favor del bien público, será, seguramente de efectivo progreso de la democracia del Paraguay. El doctor José P. Guggiari habrá perfilado así, con mayores relieves, si cabe, su personalidad política de altos e indiscutibles méritos.



Excelentísimo señor presidente del Paraguay, doctor José P. Guggiari



Excelentísimo señor presidente de Chile, general Carlos Ibáñez



Excelentísimo señor presidente del Perú, D. Augusto B. Leguía

LA FRATERNIDAD CHILENO-PERUANA. — *Ha presentado al Gobierno del Perú sus credenciales que lo acreditan como Ministro Plenipotenciario de Chile en dicho país, el doctor Emiliano Figueroa Larrain. A su arribo a la capital peruana el representante chileno fué objeto de una viva demostración de simpatía popular, de la cual se hizo luego intérprete el canciller, doctor Rada y Gamio.*

El acto tiene una importancia diplomática excepcional, acaso no superada en las relaciones hispanoamericanas de los últimos años. Significa él que Perú y Chile han entrado en una nueva faz de su política internacional, tendiendo hacia la resolución pacífica y confiada de sus problemas, y dejándose llevar por los sentimientos fraternales que unieron a los patricios de ambas naciones en la epopeya heroica de la Independencia. El hecho establece la reanudación de antiguos vínculos que, a pesar de todas las vicisitudes, no pudo ser quebrantado ni siquiera disminuído. La inteligencia más cordial y el ánimo mejor dispuesto existe desde hoy entre Chile y Perú; y esto, que debe ser previo a toda gestión, augura desde ya un digno y desinteresado acuerdo que disipará las más ligeras nubes de recelo. El general Ibáñez ha sabido ser así consecuente con sus reiteradas manifestaciones de buena voluntad hacia la nación hermana, y en su firme propósito de allanar todas las dificultades que pudieran oponerse al entendimiento entre los pueblos del Pacífico. Ha realizado de tal modo, al propio tiempo que una noble y patriótica obra, un inapreciable servicio a los altos ideales de paz sobre los cuales reposa el porvenir hispanoamericano. Por eso, y por mucho más, debemos estarle agradecidos.

EL HOMENAJE NACIONAL AL PRESIDENTE DEL PERU. — *La Cámara de Diputados del Perú votó una resolución acordando al Presidente de la República, D. Augusto B. Leguía, el título de prócer y héroe nacional. Tiene esta iniciativa, que provocó entusiastas comentarios en todo el país, el carácter de un homenaje definitivo a la obra realizada por el ilustre mandatario; y tiene, también, el alcance de una reafirmación del concepto histórico de su gobierno. El Perú ha querido testimoniar así al doctor Leguía la gratitud espontánea y noble a que se hizo acreedor por virtud de su labor pública. Como bien se expresa en la medalla que le será costeada por contribución popular, el doctor Augusto B. Leguía es el creador de la fisonomía nacional del Perú; y por tanto, adelantándose al juicio de las generaciones venideras, que implicará un amplio y perdurable reconocimiento, el pueblo hermano lo coloca en su corazón junto a las imágenes de San Martín, Bolívar y los héroes de la Independencia.*

La Cámara de Diputados del Perú se hizo, pues, intérprete de un intenso anhelo del pueblo hermano. El doctor Augusto B. Leguía, que impuso el alto concepto internacional del Perú, que organizó y estimuló su progreso general, resolviendo trascendentales problemas políticos, económicos y financieros; que levantó el carácter de la nación del decaimiento en que la dejaran pasadas administraciones, que terminó, en fin, la obra emprendida en lejanos días por los grandes patricios americanos, tiene ganada, seguramente, la dignidad que le confiere la Cámara de Diputados, por mandato expreso del pueblo. La noticia del homenaje ha repercutido gratamente en nuestro país y en todas partes del mundo, donde la personalidad del Presidente del Perú es considerada en todas sus virtudes y méritos.



Presidencia de la República

La Paz, 3 de octubre de 1928.

El espíritu de la Historia ha de encarnarse en los pueblos latinoamericanos. Tengo fé en la nueva cultura de este Continente, cuyos anuncios se evidencian ya en el opulento progreso de la República Argentina, para quien va mi saludo por intermedio de la gran revista

"FRAY MOCHO".



Excelentísimo señor presidente de Bolivia, doctor don Hernando Siles

Ha destacado su figura entre los prohombres iberoamericanos un ciudadano que, por la investidura del alto mandato que ejerce y por su larga actuación política, administrativa y forense está llamada a compartir la historia al lado de nuestros más esclarecidos varones; el doctor Hernando Siles, Presidente de Bolivia. Por su esfuerzo inteligente y constante alcanzó este país la posición que ocupa actualmente en el concierto de los pueblos civilizados; y si ya, como autor de valiosísimos ensayos de jurisprudencia y como animador de la juventud era el doctor Hernando Siles una personalidad de extraordinario relieve, su actuación de mandatario, pródiga en obras de verdadero alcance social le abrió las puertas del reconocimiento y la gratitud ferviente de la patria hermana y de todos los pueblos libres del mundo.



Excelentísimo señor presidente provisional de Méjico, don Emilio Portes Gil

LA DEMOCRACIA EN MEJICO. — El próximo 1.o de Diciembre asumirá el Gobierno de Méjico el Presidente provisional, señor Portes Gil, designado por el Congreso para suceder al mandatario actual, general Calles, en reemplazo del general Obregón, Presidente electo que fuera asesinado en circunstancias públicas notorias, por un fanático rolario de su larga acción pública.

El gobierno del señor Portes Gil, que tiene mandato hasta el **4** *de Febrero de* **1930**, *convocará a elecciones durante ese tiempo y entregará la Presidencia al candidato elegido por el pueblo de Méjico. Hombre joven, aleccionado en las luchas cívicas y que cuenta, además, en su haber con una rápida carrera en la administración pública de su patria, el señor Portes Gil asumirá el cargo con plena responsabilidad de su rol histórico, y es seguro que sabrá cumplirlo eficazmente, haciendo honor a la confianza que le dispensaron el Congreso y el pueblo mejicanos. Puede afirmarse, pues, en virtud del giro pacífico y recto que tomaron las circunstancias inmediatas a la desaparición del general Obregón, circunstancias que los ánimos desaprensivos preveían violentas y dolorosas, que Méjico se ha encauzado ya, definitivamente, por la senda de la democracia.*

Con noble serenidad, los partidos políticos se han sobrepuesto a sus intereses de facción para velar por los más considerables y superiores del país. Débese esto a la honrada conciencia patriótica del general Calles. El Presidente de Méjico, consecuente con principios que expusiera más de una vez, y no obstante el consenso de la opinión pública y del propio Congreso, rechazó su reelección. No experimentó la voluptuosidad del poder, que pierde a muchos. Fué demócrata de verdad, y sobre todo, patriota. Su gesto republicano enaltece la obra formidable que realizara durante todo su gobierno.

Destaquemos el hecho, que prueba cómo después de las vicisitudes de los últimos cuartos de siglo, Méjico alcanza una amplia firmeza cuya violencia nada puede justificar.



Excelentísimo señor general don Plutarco Elías Calles, presidente de Méjico





DON RAMIRO DE MAEZTU, EMBAJADOR DE ESPAÑA

SU PERSONALIDAD INTELECTUAL Y DIPLOMÁTICA

Don Ramiro de Maeztu, Embajador de España, tiene ganado en su doble título de diplomático e intelectual la más profunda simpatía argentina.

Hubiera venido desprovisto de su investidura, como el escritor de tanta enjundiosa obra política y literaria, e igualmente le habríamos acogido con el calor que se puso de manifiesto a su llegada en representación oficial del Gobierno hispano.

Precisamente, por no ser un desconocido de nuestros sentimientos, la Madre Patria tuvo un acierto excepcional al designarlo Embajador ante la cancillería de Buenos Aires. Porque aún cuando la perdurable y tradicional amistad de amor e intereses generales que une a ambos pueblos torna la labor diplomática accesible a todo espíritu bien inspirado, D. Ramiro de Maeztu es por virtud de su obra de cultura, y por su antiguo afecto a nuestro país, el emisario insustituible para las relaciones entre Argentina y España.

Hay en él cualidades propias, que le facilitan el desempeño del cargo que ejerce y aseguran a su gestión un alcance trascendente que, a decir verdad, no cabía esperar de ningún otro representante de la península. No nos referimos a la influencia suya en el orden intelectual, influencia que resulta innegable dado la acentuada fisonomía española que adquiere el pensamiento argentino y la creciente prosperidad y atención que despierta el intercambio de cultura. Hacemos alusión a su sorprendente actividad, que en escaso tiempo intensificó las relaciones comunes en todos los campos del comercio, de la producción y de la industria; y señalamos como factor principalísimo de su éxito la preocupación personal, directa, que se toma para la marcha certera de cuanto atañe a su misión diplomática. D. Ramiro de Maeztu elevó así la tarea representativa al concepto de una obra de afanes verdaderos, de constante dedicación, de sacrificio. Coincidía esto con sugestiones que expresara antes, a través de su severa carrera de escritor.

Difícil sería enunciar en la sucinta crónica periodística, sin riesgo de ser fragmentarios, el alcance amplio de ella. Son sus ideas, sin embargo, las apropiadas a los problemas españoles, — resueltos ahora, o en vía de solución bajo el gobierno de Primo de Rivera — y por consiguiente las que mejor cuadraban, como se demostró en los hechos, a los intereses recíprocos de los pueblos iberoamericanos.

Don Ramiro de Maeztu realiza, pues, desde la Embajada de España en nuestro país, alguna de las ideas fundamentales que le preocuparon como escritor político y como ciudadano de una nación que tiene en la civilización occidental la más alta responsabilidad histórica. En el corto lapso de su acción oficial reafirmó prácticamente que, si a pesar de las ventajas del idioma de la tradición y del amor España, no mantenía su natural predominio espiritual en los pueblos iberoamericanos, debíase sólo a los desaciertos de los anteriores gobiernos y al poco estímulo prestado por los mismos a sus enviados diplomáticos. La ferviente consciencia hispana fué lo que impidió en el período de decadencia al que siguió el actual renacimiento, que los pueblos filiales de España modificaran su temperamento y su espíritu y se dejaran arrastrar en la multiplicidad cosmopolita de sus corrientes de población nueva. El milagro reside en la herencia histórica que nos legara la Madre Patria. Y ello supo advertirlo desde lejos D. Ramiro de Maeztu, quien no perdió ocasión de enseñar el hecho al interés de los gobiernos españoles y de proponer con su claro talento y su arraigado patriotismo el remedio político y diplomático necesario.



Señor Ramiro de Maeztu, Embajador de España en la República Argentina.

Su designación de Embajador en nuestro país ha sido, entonces, el camino que se abrió para que pudiera llevar a término idea que pertenecen a su vasta inteligencia y que desarrollara largamente en sus libros.

Y a fé que las cumple, y con la felicidad que acusa el impulso recibido por las relaciones entre Argentina y España, en los diversos campos de la actividad social.

Figura de primera fila de la intelectualidad española, D. Ramiro de Maeztu es considerado, por otra parte, uno de los más sólidos cerebros políticos de la Madre Patria.

Su curiosidad mental exploró todos los horizontes del pensamiento y de la sensibilidad, inclinándose más bien hacia los temas capitales de filosofía política y de economía. Su obra "La crisis del humanismo" donde se anuncian los conceptos que adquirieran luego rápida aplicación en diversos países del mundo, y donde se estudia la faz espiritual de la potsguerra quedará como uno de los libros vivientes de nuestra época.

Tal la recia personalidad del diplomático que representa a España.



Dr. Miguel A. Checa Eguiguren, embajador del Perú en la República Argentina

El gobierno histórico del doctor Augusto B. Leguía tiene confiada la representación del Perú en nuestro país a uno de sus más eminentes hombres de la diplomacia, D. Miguel A. Checa Eguiguren. El ilustre mandatario del pueblo hermano, acaso ha querido significar así la simpatía intensa que profesa a la Argentina, y la trascendencia que atribuye a la tradicional amistad de ambas naciones. D. Miguel A. Checa Eguiguren, que supo siempre interpretar las altas aspiraciones de su gobierno, realiza al frente de la Embajada del Perú una intensa obra que, por su acierto y eficacia, será recordada como uno de los mejores títulos de su carrera diplomática.



Doctor José de Paula Rodríguez Alves, embajador de los Estados Unidos del Brasil acreditado ante nuestro gobierno

Cuando se considere el afianzamiento definitivo de la tradicional amistad argentino-brasileña, que, precisamente, alcanza en estos momentos su más alto grado de desarrollo, los estudiosos habrán de detenerse por fuerza en la obra realizada en tal sentido por el doctor José de Paula Rodríguez Alves, Embajador de la nación hermana en nuestro país, y figura destacadísima de la diplomacia de su patria. La actividad intensa e inteligente del doctor José de Paula Rodríguez Alves ha conseguido unir en forma indestructible, definitiva, los perdurables lazos de afecto entre ambas naciones. Puso en ello toda la fé de su espíritu, y, al amparo de la corriente común de simpatía del gobierno y los pueblos, le toca en suerte presenciar el hermoso y reconfortante espectáculo de fraternidad argentino-brasileña. Significa esto la consolidación de anhelos profundamente sentidos en el alma americana, y el cumplimiento del noble ideal de paz soñado por los prohombres de la Independencia. Obra imponente por su trascendencia histórica y por su real significación es, pues, la que el doctor José de Paula Rodríguez Alves contribuyó a modelar con el esfuerzo generoso e inteligente de toda su vida diplomática.



Dr. Alfonso Reyes, embajador de Méjico, en la República Argentina

Alfonso Reyes, Embajador de Méjico en nuestro país, tiene aparte de sus credenciales diplomáticas las de representante de la cultura y las letras de aquella nación hermana. Es uno de los espíritus más puros de hispano-américa. Poeta de honda vibración lírica, erudito ecléctico y sabio dominador del idioma, ha dado a la literatura castellana obras definitivas. En el orden de sus funciones tiene, pues, esta ventaja que enaltece aún más cuanto ha hecho en distintos países por el conocimiento y la intensificación de las relaciones exteriores de su patria.



Doctor Humberto Fernández Dávila, primer secretario de la Embajada del Perú en la República Argentina

Embajada del Perú



"En los anales del mundo no existe acontecimiento tan trascendental como la conmemoración del Dia de la Raza, síntesis auténtica final de las glorias comunes de veinte pueblos a los que el Destino ha confiado la misión gloriosa de salvar la civilización espiritual y material del orbe, constituyéndolos en la profetizada tierra de promisión que desde hace tantos siglos espera la Humanidad"

Humberto Fernández Dávila.

Una vez más, en homenaje al mérito, nos ocupamos de la esclarecida personalidad del doctor Humberto Fernández Dávila, quién ocupa el alto cargo de primer Secretario de la Embajada peruana, con el beneplácito general de propios y extraños.

Rápida y ejemplar ha sido la carrera de este distinguido diplomático, que auna a una visión clara de los momentos políticos, un exquisito tacto. El doctor Dávila está vinculado a nuestro país desde hace diez años, siendo en todo momento digno de incondicionales aplausos su actuación siempre brillante y meditada.

Su talento innegable, su preparación vasta, han dado al doctor Fernández Dávila ese don propio de las personas privilegiadas. Cualquier asunto, por delicado que fuere, halla en él rápida y acertada solución.

Su sólida cultura intelectual le señala un puesto de vanguardia, lo cual hace aún más admirable su labor de intercambio, y confraternidad, misión a la cual el doctor Fernández Dávila ha dedicado sus mejores energías y sus constantes desvelos.

Don Héctor Briones Luco, Cónsul General de Chile en nuestro país, es una personalidad que ha descollado no sólo dentro del alto cargo representativo que ejerce, sino en todas las esferas de actividad pública donde la rectitud moral, la inteligencia y el espíritu de sentido bien colectivo constituyen las bases principales de prosperidad común y sociabilidad. Don Héctor Briones Luco ha puesto todo el empeño de su vida en servir lealmente los intereses de su patria en sus relaciones de orden internacional. Realizó en este sentido una labor intensa, felizmente fructífera, y cuyo alcance extraordinario llamó oportunamente la atención y el agradecimiento del Gobierno de Chile y de los mandatarios de los países en que desempeñara su delicada misión.

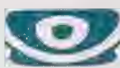
Destacado desde hace tiempo en nuestro país, el Dr. Héctor Briones Luco tiene en su carrera consular hechos o circunstancias que demuestran su sincero afecto a la República Argentina. Amigo espontáneo de nuestro periodismo, al cual ha ofrecido múltiples pruebas de su admiración y respeto, el Cónsul General de Chile es una personalidad que en todo momento supo ser digna del "es grato", de la práctica de las cancillerías. Llenó con creces el obligado renglón protocolar. Su inquebrantable anhelo de servir patrióticamente a la nación hermana, su fé en la acción que realiza a diario, su capacidad singularísima le han llevado al éxito notorio que registra el elevado grado de amistad y consorcio económico y financiero existente entre Chile y nuestro país. Por eso Don Héctor Briones Luco merece figurar entre los grandes servidores del progreso y la paz internacional.



Señor Héctor Briones Luco, cónsul general de Chile



Doctor Alfredo Palacios Mendoza, cónsul general de Bolivia



El Cónsul General de Bolivia en nuestro país, Doctor Alfredo Palacios Mendoza, es una de las más simpáticas y prestigiosas personalidades del Gobierno y las letras de su patria. Vinculado de antiguo a la Argentina, por lazos de afecto y por su considerable obra literaria, la representación que ejerce no ha hecho sino demostrar una vez más su profunda consagración a los intereses materiales y morales de ambas naciones. La labor que ha realizado en tal sentido forma capítulo aparte y lo ha acreditado, indiscutiblemente, en el alto concepto que goza, tanto en su país como en el nuestro. Espíritu ático, culto y amable, toda su intensa labor literaria refleja el saludable optimismo de su popular seudónimo.





Ss. Federico M. Bullen, cónsul general del Perú

El Cónsul General del Perú acreditado en nuestro país, D. Federico A. Bullen, es una personalidad destacada del cuerpo representativo de la nación hermana. Vinculado a nosotros por fervientes lazos familiares y por su evidente simpatía hacia todas las cosas argentinas, a la par que sirve a su patria con el desinterés espontáneo y claro del ciudadano que advierte la generosidad de su misión, presta a la Argentina la inapreciable gentileza de su espíritu, el afan progresista de su obra y el dinamismo vital de su actividad. D. Federico M. Bullen es por eso una figura no sólo de su país, sino también del nuestro, en el cual, ha sabido labrar intensas simpatías.

El general Enrique Mosconi ha realizado una intensa y patriótica obra al frente de los Yacimientos Petrolíferos Fiscales. - Resúmen de labor



General don Enrique Mosconi, director de los Yacimientos Petrolíferos Fiscales

Cinco años largos lleva el General D. Enrique Mosconi en la Dirección General de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, y la obra que en ella ha realizado, que, aisladamente, consagraría toda una vida, es en este soldado ilustre una simple etapa; un motivo más para merecer el reconocimiento de los que, como él, sólo aspiran al engrandecimiento de la patria.

Su actividad y su inteligencia, se multiplican en labor provechosa. A este dinamismo suyo, que es una de sus cualidades esenciales, debe este pueblo el conocimiento cabal de la importancia de su riqueza petrolífera. Y por cierto que si ella algo significa ya para la República Argentina, a su labor se debe. La zona fiscal de Comodoro Rivadavia, en primer término, ha sufrido cambios fundamentales en su organización y medios de explotación, siendo ahora uno de los yacimientos petrolíferos mejor montados del mundo. Es más, cualquier explotación de esa índole podrá superarla en cantidad de producción — ello, ya se ha dicho, responde siempre al factor casualidad, — pero no la superará en eficiencia técnica ni en elementos modernos. Recuérdese, si no, la admiración de sir Chapman, uno de los más destacados directores de petróleo del mundo y presidente del trust inglés Royal Dutch, al visitar la zona fiscal de Comodoro Rivadavia.

Ese período breve de cinco años de labor ha sido suficiente para que su capacidad asegurara nuestra riqueza petrolífera. Desde el primer momento, el Gener[illegible] coni supo valorar en su justo término la importancia que el combustible líquido habría de tener para el futuro económico de nuestro país. Y luchó tenazmente, con su alma de militar, porque la patria no perdiera el contralor de su riqueza, porque el petróleo argentino sea para los argentinos. Esa campaña, patriótica como ninguna, se ha fundado en el ejemplo de su administración admirable, realizada sin desfallecer, cuando para ello tantos motivos había y tantos intereses la deseaban; sin quebrantamiento de su ánimo cuando ha visto tantos argentinos que, por serlo, debían apoyar aquella obra, y manchaban, en vez, sus manos y sus conciencias; luchando con la desidia y hasta con la infamia, que a todas partes llega, apuntalada por los dólares del sindicato poderoso, manchándolo y pudriéndolo todo. El general Mosconi y unos pocos con él, afirmados en su fe en esa riqueza, marcharon solos en los primeros momentos, hasta que el pueblo supo que tenía ese enorme valor en potencia y reclamó entonces desde todas sus tribunas el cuidado de lo que era suyo.

Si la ley salvadora se consigue, si en la Cámara de Diputados obtuvo ya mayoría abrumadora, lo fué por la labor que realiza desde la Dirección General de Yacimientos Petrolíferas Fiscales, el general Mosconi. Han sido argumentos convincentes los balances que corresponden a los años en que él ha estado al frente de la repartición y los beneficios obtenidos en ese período. Seis millones de pesos de utilidad en 1923 se elevan a siete y medio al año siguiente, a nueve en 1926 y a diez y ocho en 1927. El activo de la reparticición tiene también aumentos concordantes, llegando en el año último a 137.000.000 de pesos, de 71.500.000 que era el correspondiente a 1923. En toda la explotación, desde el yacimiento hasta sus plantas de almacenamiento, que anteriormente eran dos se han operado mejoras semejantes; elementos de estudio y perforación, flota, medios de transporte en general, plazas de venta, hasta culminar en la formidable destilería de La Plata, obra que también se debe a su iniciativa y que representa una enorme multiplicación de los beneficios que el país obtiene de su riqueza petrolífera. El establecimiento del Puerto de La Plata es el más importante, el de mayor capacidad de la América del Sur.

Hasta ayer, sólo consumían las dependencias nacionales el petróleo crudo de Comodoro Rivadavia, llenando la finalidad que se tuvo al establecer la zona de reserva en aquel lugar. Hoy, aparte de las reparticiones oficiales, todo el país consume la nafta y el fuel oil del Estado.

Por ella nuestro Ejército y nuestra Armada — caso único en el mundo — consumen en todo su movimiento, desde aviones hasta los transportes terrestres y marítimos, los combustibles líquidos que el Gobierno elabora, con petróleo que extrae y conduce por sus propios medios desde sus fuentes de producción.

Por cierto que la actividad de este soldado, que de manera tan ejemplar se manifiesta en su acción última, tiene antecedentes valiosos en los períodos en que le cupo el mando de regimientos, o cuando desempeñó la Dirección General de Aeronáutica y la del Arsenal Militar. El general Mosconi egresó como subteniente del arma de infantería de nuestro Colegio Militar, prestando luego servicios en distintos cuerpos, en el Estado Mayor y Ministerio de Guerra. No obstante sus actividades militares, cursó estudios de ingeniería civil en la Universidad de Buenos Aires, recibiendo ese título cuando ostentaba el grado de teniente primero. Posteriormente desempeñó diversas comisiones ante gobiernos europeos, los de Francia, Alemania, Italia y Austria, cursando, durante su permanencia en el segundo de esos países, en la escuela Técnica Superior de Artillería de Charletteburgo, permaneciendo después incorporado durante dos años a las filas del Ejército prusiano. De regreso a la patria con el grado de mayor, entró a prestar servicios en el cuerpo de zapadores pontoneros. Ocupó después varios comandos hasta llegar a la Dirección del Arsenal de Guerra de esta Capital para de ahí pasar, ya con el grado de coronel, a ocupar la Dirección General de Aeronáutica, constituyéndose bajo su mando las primeras unidades de aviación y siendo en todo momento un organizador y decidido propulsor de la aviación civil entre nosotros, en momentos, digamos de paso, en que todo progreso en esa materia era de problemático augurio. En la actualidad el General Mosconi, además de la Dirección General de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, desempeña la Presidencia del Círculo Militar.

La actuación, finalmente, que en todas partes ha tenido ha sido la del hombre que sin desazón y comprendiendo el valor de su empeño, enaltece la posición que ocupa. Su jira reciente por la América Latina, como militar y como funcionario, ratifica nuestros conceptos. Méjico, Colombia, Perú y Chile, tuvieron con su visita el más alto exponente de la intelectualidad argentina. General del Ejército e Ingeniero Civil, es por sobre todo el ciudadano argentino que quiere a su patria, por lo que sus conferencias y su consejos fueron oídos por mandatarios y hombres destacados de esos países con respeto y con cariño. Buenas manos, en suma, y alta inteligencia y buen corazón custodian hoy la riqueza petrolífera argentina.



DON EMILIO OSCAR SCHIFFNER

es uno de los grandes propulsores del engrandecimiento nacional

Cuando los estudiosos se detengan en el proceso de desarrollo general del país, considerando la acción de los hombres que, provenientes de todos los horizontes del mundo, contribuyeron al progreso del país, confundiéndose con el mismo y haciendo verdadera obra de bien público, habrán de fijarse necesariamente en la figura de D. Emilio Oscar Schiffner. Se trata de una personalidad de relieves excepcionales, dotada entre otras virtudes del privilegio moral de unir en sí cualidades que en el común de gente parecen contradictorias y no se las halla sino en lucha constante. Temperamento de raro equilibrio, es pues, el de Don Emilio Oscar Schiffner.

Se complementan en él la actividad premiosa y la atención reflexiva; el hombre de acción y el hombre sereno de gabinete. Le son familiares las largas vigilias de estudio, como los días de trabajo intenso y dinámico. Toda su larga existencia ofrece la aleccionadora enseñanza de una voluntad inquebrantable puesta al servicio de altas necesidades sociales y de nobles ideas superiores de humanidad. Y todo ello amparado por una sana fortaleza que le permite pasar los ochenta años con la firme inteligencia de un hombre maduro, en quien resplandecen aun las luces de la juventud y en quien, felizmente, el transcurso del tiempo no hizo mella alguna.

D. Emilio Oscar Schiffner pertenece a la categoría del "pioneer" del progreso nacional. Ninguno, acaso, más merecedor de este título que define a los patricios constructores de la grandeza del país. Es él el animador entero de su destino, y uno de los hombres cuya labor trascendió del propio radio de acción, sirviendo a la vez de ejemplo y estímulo a las generaciones argentinas.

Nació en Gross Schouan (Alemania) el 11 de Octubre de 1846. En 1875, es decir, a los 29 años, en plena juventud, desembarca en la Argentina sin otro bagaje que su infinita esperanza y su cultura.

Poco tardó el nuevo inmigrante en aclimatarse espiritualmente a nuestro país. Halló aquí ancha vía abierta a su afán de trabajo, y una compensadora retribución moral y material de su esfuerzo, que lo ató con indisolubles lazos de afecto a la nueva tierra. Entonces la Argentina no había entrado todavía en la paz agrícola de su desenvolvimiento. Estábamos en la incipiencia de nuestro desarrollo, y los espíritus fuertes y activos como el de don Emilio Oscar Schiffner debían hallar múltiples aplicaciones de sus cualidades.



Señor Emilio Oscar Schiffner

Establecido en 1882 en Rosario, previendo el inmenso porvenir agrícola argentino preparó al campesino para el cultivo intensivo y la explotación consciente y creciente del suelo. Sus actividades en este sentido fueron muchísimas, y demuestran la certeza del concepto general que atribuye al conocido hombre de negocios el mérito de haber sido uno de los más poderosos factores del engrandecimiento la Provincia de Santa Fe, y, por ende, de la Nación toda. Con ejemplar clarividencia, don Emilio Oscar Schiffner, vió en el litoral de nuestro país — en Santa Fe, precisamente, — la fuente principal de la prosperidad colectiva. Se preocupó, desde luego, de advertir de ello a los gobiernos y al pueblo y de atraer hacia aquella pródiga región el inter s de los poderes públicos y de las masas laboriosas, difundiendo el conocimiento de sus recursos nacionales y promoviendo toda iniciativa de progreso.

En virtud de su notoria labor patriótica Rosario lo eligió más tarde concejal, reiterando la elección en dos períodos y obteniendo que llegara en seguida a presidir el Concejo Deliberante local. De tal modo, Rosario, pagaba también la digna atención que D. Emilio Oscar Schiffner prestara a los problemas urbanos de la segunda ciudad argentina.

En 1886-87, durante la epidemia de cólera que diezmó a tantas poblaciones, D. Emilio Oscar Schiffner fué Presidente de la Segunda Sección de Salud Pública que realizó en esos días intensa labor de sacrificio y filantropía.

Fué más tarde, durante dos períodos, Presidente del Banco Provincial; Presidente del Banco Constructor Santafesino; socio fundador de la Compañía de Seguros "La Rosario", que actualmente preside; Presidente de la Bolsa de Comercio de Rosario, y, también, socio fundador de "La Rosarina".

D. Emilio Oscar Schiffner cooperó eficazmente con el radicalismo durante el movimiento revolucionario de 1893. Su vinculación con los hombres de esta vasta fuerza política que, precisamente, alcanza su apogeo en los actuales momentos, nace de una feliz circunstancia que se complace en recordar como el acontecimiento más grato de su residencia en nuestro país. El padre del ex Vice Presidente de la República, doctor Elpidio González, ahora Ministro del Interior, fué noble amigo personal de D. Emilio Oscar Schiffner y a él confió siempre la administración de sus bienes.

D. Emilio Oscar Schiffner tiene una vida consagrada a nuestro progreso social. Sirvió a la Nación en la medida extraordinaria de que dá cuenta esta somera reseña de sus actividades públicas. Abordó todos los campos de acción, vinculándose por entero al país y realizando una obra que lo hace acreedor a nuestra gratitud. Quiere decir, indudablemente, que tiene, pues derecho a figurar en primer orden entre los propulsores del engrandecimiento nacional.





Comisión organizadora de las fiestas de homenaje al General PRIMO DE RIVERA



Teniente general don Miguel Primo de Rivera, marqués de Estella, presidente del consejo de ministros de España



Señor José López Rosende, presidente de la comisión de homenaje al general Primo de Rivera; ex presidente del Banco Español del Río de la Plata, ex vicepresidente de la Cámara de Comercio Española, ex vocal de la Asociación Española de Socorros Mutuos.

"COMPAGNIA ITALIANA DEI CAVI TELEGRAFICI SOTTOMARINI"



Italcable

Sede Legal .... — Direccion en MILAN

BUENOS AIRES
CALLE ... MARTIN 318 - 322

Unión Telef. 31, ... — Coop. Teleg. Central 392

ROSARIO (S.F.) — CALLE SAN MARTIN 575

Dirección ... "ITALCABLE"

OCT 4 1 08 PM 1928

Fecha de Recepción

Hora de Recepción	Emp.
13.07	EB

N.°	Procedencia	Palabras	Observaciones	Fecha y hora original
MG-23	MADRID	56	-GOVT-	4/16.30

DIRECTOR FRAY MOCHO BUENOS-AIRES.-

MUY AGRADECIDO SU CARTA OCHO SEPTIEMBRE Y AMISTOSOS Y SENTIDOS CONCEPTOS QUE EXPRESA HACIA ESPANA EN HERMOSO EJEMPLAR SU REVISTA EN DONDE DESEO FIGURE MI ADHESION A CUANTO REPRESENTA CULTURA COMPRENSION Y AMOR ENTRE LOS PUEBLOS DE HABLA ESPANOLA DE CUYA CIVILIZACION CONJUNTA TANTO PUEDE ESPERAR LA HUMANIDAD.

MIGUEL PRIMO DE RIVERA.

ENVIE SU CONTESTACION POR LA via Italcable



Señor Federico Córdoba, tesorero de la comisión de homenaje al general Primo de Rivera y síndico del Banco Español del Río de la Plata



General Severiano Martínez Anido, vicepresidente del consejo de ministros de España



Señor José Ustariz, vocal de la comisión de homenaje al marqués de Estella y presidente de la Cámara de Comercio Española



Señor Eusebio E. Mendizábal, secretario de la comisión de homenaje al general Primo de Rivera vicepresidente de la Asociación Patriótica Española



Señor Manuel Murias Navia, vocal de la comisión de homenaje al general Primo de Rivera y presidente de la Asociación Española de Socorros Mutuos de Buenos Aires



Señor José Raldúa, iniciador del homenaje al marqués de Estella y vocal de la comisión encargada de organizar el mencionado acto.



Señor Marcelino Criado, vocal de la comisión de homenaje a Primo de Rivera y vocal de la Comisión directiva del Club Español.



Doctor Antonio Fraga, vocal de la comisión de homenaje al general Primo de Rivera y presidente de la Asociación Patriótica Española



Señor Timoteo Balbín, vocal de la comisión de homenaje al marqués de Estella y vicepresidente del directorio del Banco Español del Río de la Plata.





La medalla conmemorativa distribuída con motivo de la entrega de sus respectivas banderas de combate a los destructores argentinos "Cervantes" y "Juan de Garay", adquiridos en España, es un artístico modelado que, según se advierte en el facsímil, constituye un verdadero homenaje a la confraternidad ibero-argentina. — Dicha medalla fué fundida en los talleres de la fábrica "La Moderna", de la calle Bartolomé Mitre 744, propiedad del señor José Horta.



Señor Laureano Alonsopérez, vocal de la comisión de homenaje al general Primo de Rivera y presidente del Centro Gallego.



Señor Pablo Guinea, vicepresidente del Hospital Español y vocal de la comisión de homenaje al marqués de Estella



Señor José Padrós, vocal de la comisión de homenaje al general Primo de Rivera.



Señor Marcelino Gutiérrez, vocal de la comisión de homenaje al marqués de Estella y presidente del Centro Asturiano.



Señor Antonio Maura, vocal de la comisión de homenaje al general Primo de Rivera.

Entre los jefes venerados de nuestro Ejército, que por su actuación y por sus cualidades personales de inteligencia y bondad conquistaron el lugar prominente que ocupan en la simpatía y la gratitud del país, figura en primera fila el General Ramón J. de Olmos.

Soldado de la organización nacional, en su recia fisonomía de patricio parece advertirse aun el reflejo lejano de las luchas civiles y de las vicisitudes por que pasó la República antes de asentarse sobre la sólida base de sus instituciones actuales, y de esplendor en la plena democracia que la coloca al frente de las naciones civilizadas. La foja de servicios del general Ramón J. de Olmos, que tiene el mérito de arrancar desde el simple grado de soldado raso, alcanzando a la más alta jerarquía militar, a través de las diversas categorías, constituye todo un título enaltecedor de patriotismo. No podía aspirarse, en verdad, a mayor honra; y en un ciudadano que desde su primera juventud quiso servir al país en las filas, incorporándose al Ejército con la vehemencia y la fé irrefrenable de su vocación, ella adquiere el timbre de una dignidad heráldica. De ahí que el general Ramón J. Olmos pueda referirse con legítimo orgullo, y sin desmedro de su modestia campechana, a su contribución decidida a la formación institucional del país y a su progreso creciente. El general Ramón J. Olmos representa, pues, al Ejército, en lo que esta ponderable fuerza de nuestra democracia tiene de más noble, de más puro, de más efectivo tanto en el campo técnico como en el campo espiritual.



General Ramón J. de Olmos

*Alumno del Colegio Militar en **1876**, pasa en su clase de soldado distinguido al **6.o** de caballería, para hacer la expedición al Río Negro y Patagonia, ascendiendo durante ella a cabo, sargento, alférez y teniente. Actuó después de los combates del **20** y **21** de junio de **1880** en el que fué herido, contribuyendo así con su sangre a dar capital definitiva a la República.*

*Prestó servicios en las fronteras Norte y Sud. Fué oficial en el **4** de infantería, y comandó los regimientos **7.o** y **13.o** de la misma arma. Fué jefe de brigada y accidentalmente de la **4.a** división de ejército, siéndolo también de Estado Mayor de la misma. Vocal del Consejo de Guerra para tropa; Secretario militar y privado de los presidentes Figueroa Alcorta y Sáenz Peña, lo mismo que en el Ministerio de Guerra y Marina de los ministros Levalle, Campos y Racedo, siendo también jefe de la Oficina de Asuntos Militares reservados. Fué jefe de fuerzas nacionales, secretario e intendente general de policía en La Rioja, Catamarca y Santiago del Estero, respectivamente, con los interventores Dr. Delfín Díaz, general Arias y Dr. Eduardo Costa.*

*Concurrió a los combates del **80**, **28** y **29** de julio del **90**, **29** de septiembre de **1893** y **4** de febrero del año **1905**, como también a varios combates con las tribus indígenas del sud.*

En la vida civil fué en Córdoba, diputado, senador, presidente del Senado, vicegobernador en ejercicio y gobernador por delegación.



Doctor Luis Dellepiane, que llevó a la severidad anacrónica el aliento de su bondad y de su inteligencia

D. Luis Dellepiane, Ministro de la Corte Suprema de Justicia de la Provincia de Buenos Aires, ha llevado al ambiente severo del tribunal, sin quitarle nada de su austera presencia, un aliento amable de juventud.

Su sentido humanismo y su concepto elevado del derecho; siempre inflexible pero a la vez tolerante y digno no se hallaron nunca reñidos. Esta verdad, que mucha gente de la administración de justicia no comprende u olvida después de haberla adquirido trás larga experiencia, reside en don Luis Dellepiane por espontánea inclinación de su espíritu. D. Luis Dellepiane es el juez por excelencia, no en la fisonomía impresionante que lo muestra con la toga clásica, en pleno sacerdocio ritual de la diosa Themis, sino con porte civil, la bondad reflejada en la mirada y el ademán enérgico o perdonador pero siempre sereno. Su figura tiene así un inconfundible aprecio. Los estrados casi religiosos de la justicia, que los acusados y litigantes subían antes con sensación de angustia y acaso de desconfianza, se trasponen ahora con verdadera fé. Y es que un hálito de vida, de inquietud humana ha soplado sobre los anacrónicos infolios y códigos. Y es que los intérpretes de la ley han entendido su misión de generosa custodia de los bienes morales y materiales de la sociedad. Los nuevos tiempos, mediante grandes conquistas que significaron sacrificios intensos y dolorosos, determinaron un profundo cambio en la noción del derecho, para acercarlo más a la justicia, ya que la ley no es nada más que el camino hacia ella.

D. Luis Dellepiane es, como Ministro de la Corte Suprema de Justicia de la Provincia de Buenos Aires, el juez nuevo, en su acepción cabal. Digno, inteligente, activo, la justicia tiene en él una reconfortadora expresión. Su nobleza de espíritu disipó la argucia leguleya, su bondad pacificó más de una conciencia, su equilibrio y erudición desenvolvieron con luz meridiana más de una complicada madeja. Joven aún, ocupa el alto y responsable cargo en el cual lo rodea el respeto y el afecto común, después de una carrera pública sobresaliente que cubrió a favor de sus cualidades y virtudes personales.

*La personalidad de D. Ismael del Sel ha crecido paralela al desenvolvimiento de sus actividades en el Banco de la Nación Argentina. Incorporado a esta institución en **1902**, como modesto auxiliar escribiente de la sucursal en Salta, D. Ismael del Sel, llegó a la Gerencia de la entidad central después de haber realizado una carrera ejemplarísima a través de los diversos cargos de distintas dependencias de la casa. Fué así auxiliar en la Sucursal de La Plata, en **1907**, de Casilda, en **1908**, pasando luego a contador de la misma. En **1912** fué ascendido a gerente de la Sucursal de San Justo, trasladándose, más tarde, a Tucumán con igual cargo. Allí realizó una gestión de crédito muy importante, que señaló una nueva etapa en las prácticas bancarias modernas. Viene en **1922** a la Capital Federal como adscripto a la secretaría del Directorio, y, sucesivamente, pasa a ocupar la subsecretaría y secretaría del mismo cuerpo. Elevado en años posteriores a la Gerencia de la Central del Banco de la Nación, Don Ismael del Sel culmina en su carrera administrativa. Digno ejemplo de voluntad e inteligencia puestas al servicio de una institución pública, D. Ismael del Sel merece ser citado como un caso de los pocos en que el reconocimiento del país está obligado a testimoniarse ampliamente. La simpatía y el prestigio que rodea a esta alta personalidad bancaria está, pues, justificado por una actuación modelo.*



Señor Ismael Del Sel, gerente del Banco de la Nación Argentina

Por considerar que por la capacidad del doctor Héctor P. Ríos, a quien sabemos poseedor de la amistad y la consideración del doctor Hipólito Irigoyen, será llamado a cooperar en la alta dirección gubernativa del país, incluímos preferentemente el comentario de su personalidad en este número especial que FRAY MOCHO dedica a los argentinos meritorios y a los radicales de verdad.

Y, además, porque así lo impone su incansable laboriosidad, su inteligencia superior y la ejemplar nobleza de su vida.

Ya esas virtudes constituyeron el vigoroso perfil del doctor Héctor P. Ríos cuando, terminada su brillante carrera en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, inició su desenvolvimiento en el Foro y su intervención en las luchas políticas del país, fuera del radicalismo.

Muy joven aún, su vehemente oposición a los partidos conservadores y reaccionarios tuvieron amplia repercusión nacional. Largas serían de enumerar las incidencias y los méritos que llevaron al joven político al primer plano de la atención pública en aquella época. Largo y ocioso, por otra parte, ya que el sano espíritu que determinó esa actitud intransigente y combativa, y la resonancia alcanzada por aquella lucha justiciera y sin cuartel, aunque harto desproporcionada, aun la hacen recordar con nitidez y aprobación.

Creemos necesario, sin embargo, subrayar las verdaderas causas que motivaron la fogosa vehemencia que caracterizó la primera actuación política del doctor Ríos, causas cuya realidad comprobó elocuentemente su desenvolvimiento posterior. En efecto, no bien ingresó a las filas de la Unión Cívica Radical, las actividades políticas del doctor Ríos adquirieron esa serenidad con que se sigue la marcha después de haber encontrado el verdadero camino. Y fué evidente, en ello, la tranquilidad del luchador que batalla denodadamente y encuentra una fuerza múltiple y formidable, tensa hacia la realización de sus propios ideales, y a la cuál suma entonces la ya segura aspiración de su entusiasmo.

Ingresar a las filas de la Unión Cívica Radical fué, para el doctor Ríos, comprender que una fuerza colectiva avanzaba incontenible hacia el logro de las altas aspiraciones por las cuales, perfiladas en el fondo de sus arrebatos


Doctor Héctor P. Ríos

juveniles, había luchado desde la iniciación de su vida pública. Ingresar al radicalismo fué, para el doctor Ríos, penetrar en la madurez de sus propios ideales y encauzarse en sus convicciones definitivas. Y como sentía el triunfo inminente de esa fuerza múltiple y formidable (el doctor Héctor P. Ríos ingresó al radicalismo a principios del año 1914), y como jamás su actividad política tuvo por espíritu la persecución de victorias o de actuaciones personales, dedicóse, entonces, exclusivamente, (a pesar de su candidatura a senador nacional por Tucumán durante la gobernación del señor Bascary y a la cual rehusó por no prestarse a concesiones lógicas y naturales en casos semejantes), a ensanchar todavía su cultura vastísima y a consolidar aún más su fama consagrada de gran abogado y profundo jurisconsulto.

Así fué como, rehusando algunas candidaturas en que giraron su nombre prematuramente renovó, más resonantes aún, sus triunfos profesionales en el foro, defendiendo causas tan trascedentales como justas. Y a ello se debió que en el año **1920**, publicara un estudio sobre "Filiación Natural", que hoy es clásico entre los estudiosos, sirviendo de consulta en la materia que trata. Un año después, en **1921**, publicó otro libro "La Facultad Impositiva de las Provincias", en el que, según las autoridades en derecho constitucional, agota el punto estudiado.

Y retornó a sus libros, agrandando la merecida fama de ser uno de los hombres de más completa cultura filosófica del país. Se encerró en su biblioteca, abandonando las tribunas donde sus condiciones de orador eximio obtuvieron éxitos resonantes.

Y a prodigar los ejemplos que derrama su vida. Porque si el doctor Héctor P. Ríos se alejó de toda actuación exterior, su casa, su corazón y su inteligencia están abiertas en una generosidad total. A él llegan las esperanzas de todas las necesidades, y él siente gozosamente cumplir un alto destino, en una prueba admirable de generosidad y de potencia, entregando la ayuda de su hondo humanitarismo, sus enseñanzas de estudioso incansable y el apoyo y el aliento de su espíritu optimista y afirmativo.

Por eso es tan difundido el respeto, el cariño y la admiración que se siente hacia él, sobre todo entre los hombres jóvenes. Los jóvenes son los que más conocen y mejor avaloran al doctor Héctor P. Ríos porque a ellos, con admirable preferencia, entregó las enseñanzas de bondad, de trabajo, de inteligencia y de nobleza que difunde a su alrededor, como una sombra luminosa de su vida ejemplar.

Que derrama a su alrededor, generosamente.



A la hora del "rendez vous", cuando la tertulia se torna amable y expansiva y el discurrir parece abreviar el círculo del tiempo, la elegancia espiritual se descubre como otra elegancia, o como prolongación de ella, tan sugestiva como el moño de corbata bien hecho y la impecable gracia del peinado. Es la hora del "causseur", confortable en la holgura de las poltronas, difumada en las volutas espirales. Es la hora del tema cotidiano, cuando nuestros abuelos jugaban el tresillo, y cuando hoy movemos distraidamente los alfiles estratégicos contra la defensa de la reina.

Esa hora resume mucha tradición, y es, acaso la hora de la anécdota, cuando los ánimos desprevenidos se sorprenden de asomarse en su verdadera esencia. Y no es por fuerza la hora frívola de las indiscreciones ligeras. Es fama que algunas revoluciones se han hecho así, entre frase y frase, en la amenidad cáustica o insinuante de una charla de club. Por eso también es la hora en que suelen revelarse ciertos espíritus superiores. Muchas verdades y muchas bellezas se han ido entre el sorbo de té y la aspiración de un cigarro, cuya ceniza, caída sobre la mesa, pudo a veces ser tan evocativa, aunque menos cursi, que una flor deshojándose en la transparencia de un cristal.

D. Enrique García Velloso ha disipado ingenio a la hora del "rendez vous". Por suerte apresuró sus páginas, y nos queda en su obra periodística, literaria y teatral, caminos de su múltiple y sensible temperamento, toda una fortuna que el tiempo irá valorando. Sin embargo, hay dispersa una inaprensible cantidad de ideas, de ocurrencias, de sugestiones espontáneas que él prodigó con aire millonario en las tertulias famosas de su itinerario de viajero inquieto. D. Enrique García Velloso platicó


Don Enrique García Velloso, espíritu entretenido y superior

en los países de sus andanzas con la misma pureza espiritual de sus comedias, de sus ensayos, de sus crónicas. Hay en él, indudablemente, el gran señor que está de pie, con hidalguía, en el sonoro timbre de su apellido español. Pero hay, además, esa sutil gracia del porteño de antaño y de ahora, gracia profunda y amable que es ya distintiva de nuestra ciudad, por ser inconfundible del noctámbulo elegante, del clubman, del sportman, del artista, del mundo de aristocracia social y espiritual que realza a Buenos Aires ante los ojos forasteros.

Es el "causseur" que dá tono a la tertulia, infundiéndole la atmósfera superior de una reunión displicente pero elevada hasta el campo de las especulaciones trascendentales. ....

El ocio latino que elogiara la virtuosa palabra de Becquer, y que Rodó pusiera en una de aquellas parábolas dignas de haberse escuchado bajo la apacible sombra del olivo antiguo, floreció también en este admirable ingenio. D. Enrique García Velloso tiene el fácil dominio de la charla amena. En su discurrir la más árida filosofía toma prestancia de tema común. De ahí confesábamos que muchas verdades y muchas bellezas se han ido en el encantamiento de una tertulia... D. Enrique García Velloso tiene por suerte — repetimos — el apresurado recuerdo de sus páginas. Estampó lo mejor de su espíritu, en la forma completa de un conocedor profundo del idioma; de quien posee una exquisita sensibilidad; de quien sirve al arte y a la vida con desinterés entero. Su eclecticismo espiritual, que lo mismo le permite encauzarse en un tema de alta política que en otro, más grato, seguramente, de poesía o de deportes, afinó en él la gracia que le hizo compartir el "rendez vous" con opuestas personalidades, de tal modo que un Presidente de la República, un footballer y un cocktailero puedan decir que D. Enrique García Velloso es el más delicado y atrayente amigo.



Señor Ramón Ballvé García, prosecretario de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires

D. Ramón Ballvé García, prosecretario de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, fué designado para ejercer ese cargo en **1924**, *por resolución de dicho cuerpo y después de haber desempeñado el oficialato mayor del mismo, puesto en el que acreditara condiciones particulares y méritos propios que definieron su conceptuosa personalidad de funcionario.*

Ciudadano de proba fé cívica, D. Ramón Ballvé García supo demostrar siempre a lo largo de su carrera política y administrativa una intensa preocupación por los problemas públicos y por los intereses generales de la Provincia y del país entero, a los cuales sirvió con notorio desinterés y con ejemplar eficacia.

Integró en La Plata la Junta Ejecutiva de Fomento Local, constituída durante los pasados gobiernos y cuya secretaría general ocupara con carácter "ad honorém". La acción de esta Junta consiguió bajo su certera guía organizar un vasto movimiento de alta resonancia popular, como lo revela el hecho de que algunas de sus manifestaciones para atraer el interés oficial de los poderes públicos alcanzaran a formar verdaderas columnas, de más de diez mil ciudadanos. La Junta Ejecutiva de Fomento Local obtuvo así la creación de las Escuelas de Comercio e Industrial de la Nación, la Electrificación de las líneas tranviarias, la pavimentación lisa de la ciudad y otras considerables obras de progreso social. D. Ramón Ballvé García, que fué, además, secretario de la Junta Escrutadora Nacional, afirmó de tal modo su reconocido espíritu de bien público y las cualidades personales que lo hacen una de las más respetadas y simpáticas figuras de la administración de la Provincia.

¿Quién no conoce a D. Vicente Scarlatto? ¿Y quién, conociéndole, no le estima profundamente? D. Vicente Scarlatto es la virtud en toda su más modesta simplicidad. Y es, si cabe decirlo aún cuando sea voz corriente, el amigo en lo que esta palabra define como verdadera y espontánea fuerza de simpatía humana. A su lado se comprenden las dotes morales que pueden manifestarse con pulsación de latido en un corazón humilde. Es, entonces, a los ojos limpios que perciben la vida como fuente de lecciones reconfortadoras, tan grande como el que más y tan digno de admiración y afecto que hay que expresárselo sin reatos, mal que le pese a su sincera modestia.

Acaso D. Vicente Scarlatto tenga otros méritos iguales que adornen su persona y su existencia. Es un hombre afable, lleno siempre de la mejor buena voluntad; activo hasta multiplicarse en las más opuestas preocupaciones; enérgico, franco, de una franqueza que no tiene límites y que a veces se revela con ímpetu; bondadoso, entusiasta, cordial. Nosotros queremos, sin embargo, complacernos en sus cualidades de amigo, rasgos que en él se acentúan y resaltan a la vez con extraordinario relieve. Allí es donde debe buscarse el secreto de su lealtad, que alcanza hasta el sacrificio, el sacrificio entero, absoluto. D. Vicente Scarlatto, podría haber sido el modelo de los elogios de la amistad del poeta latino. Con esa firmeza inconmovible de los temperamentos severos, D. Vicente Scarlatto sabe precisar sus impresiones. Las exterioriza siempre, con ejemplar llaneza, así para disipar una relación extraña a su simpatía espiritual, como para forjarla o para aceptarla. Pero en estos últimos casos podéis estar seguros que hace un artículo de fe. Desde entonces don Vicente Scarlatto será nuestro amigo, en las buenas o en las malas, siempre con el mismo calor, con toda llamarada de su pecho.



Señor Vicente Scarlatto, una figura simpática y ejemplar

Cuando se rinde culto a las virtudes preciosas del alma y de la conciencia, ¿qué más digno que el ejemplo moral de D. Vicente Scarlatto? Su inteligencia ha sido aplicada a la amistad, pero no con el carácter especulativo que le han dado muchos, sobre todo, en el radio político y social en que, como es notorio, desempeña sus actividades. Lo ha hecho con fines indudables de adhesión, por arranque natural de simpatía. La clarividencia del doctor Hipólito Irigoyen supo aquilatar los méritos singulares de este corazón humilde, al hacerlo depositario de su confianza íntima. Como en los demás actos de su vida imponderable, el grande patricio argentino discernió con justicia, no equivocándose. De ahí que D. Vicente Scarlatto conquistara con el corazón y la lealtad la honra que es título suficiente para figurar en la vida pública de nuestro país: la honra de haber merecido la amistad entera del doctor Hipólito Irigoyen, y de haber sido en todo momento digno de ella y de las responsabilidades que comporta. No sintió, sin embargo, ni la obsesión ni el vértigo de las alturas. Su ademán fué invariable, lleno de la efusión pródiga de su espíritu. Por eso dijimos que era la virtud en toda su modesta simplicidad, que al llamaros amigos había hecho un artículo de fé y que lo hallaríais abierto de brazos, camino de su corazón, en todos los momentos, buenos o malos, y tal vez más en éstos que en aquéllos.



Comisario señor Eulizes A. Fenili

Eulizes A. Fenili, es, sin duda, uno de esos hombres que en la actualidad es raro encontrar. Dedicó sus actividades a la carrera policial, en la que supo granjearse la simpatía de sus camaradas y amigos.

Hace poco tiempo se acogió a los beneficios de una bien merecida jubilación. De Fenili se puede hacer el elogio en pocas palabras: fué un funcionario ejemplar y ponderado, y es un caballero intachable y un buen amigo.

Por eso, haciendo justicia a los hombres que en realidad lo merecen, recordaremos que el comisario Fenili es uno de los ciudadanos que con toda conciencia, mantuvo pura su tradición cívica, siguiendo siempre las inspiraciones de la U. C. R., de cuyo jefe, el doctor Hipólito Irigoyen, fué devoto servidor y admirador.

Tal es la personalidad de este hombre bueno, de conducta ejemplar e intachable.

LA TRANSMISION DEL MANDO PRESIDENCIAL



El presidente y vicepresidente electos de la República Dres. Hipólito Irigoyen y Enrique Martínez respectivamente, en el momento de prestar el juramento de práctica que les fué tomado por el presidente del Senado, señor Elpidio González, ante las cámaras legislativas reunidas en pleno



El presidente y vicepresidente de la República, doctores Irigoyen y Martínez, abandonan el Congreso para dirigirse a la casa de gobierno con el objeto de asumir el mando.



El doctor Hipólito Irigoyen, después de asumir la primera magistratura de la República, acompañado del vicepresidente, doctor Enrique Martínez, saluda desde los balcones de la casa de gobierno, al pueblo congregado en la plaza de Mayo que le aclama con cálido entusiasmo.

El presidente saliente, doctor Marcelo T. de Alvear, después de entregar el mando a su sucesor, doctor Irigoyen, se retira del palacio gubernativo, acompañado de los ministros y altos funcionarios que colaboraron con él en las tareas de gobierno, recibiendo respetuosos aplausos del público que presenció su paso.



Un detalle de la plaza de Mayo y de las adyacencias de la casa de gobierno, mientras las tropas efectuaban el desfile de práctica ante el presidente de la República, que presenció el acto desde el balcón de la casa rosada. — Los cadetes de la Escuela Naval a su paso frente al primer magistrado



LAS EMBAJADAS A LA TRANSMISION DEL MANDO. — La de la Santa Sede presidida por el nuncio apostólico, monseñor Cortesi.



La del Brasil, presidida por el embajador de dicha nación, Dr. José de Paula Rodrígues Alves.



La de Chile, presidida por el doctor Enrique Oyarzun



La del Perú, presidida por el embajador de dicha República, doctor Miguel A. Checa Eguiguren



La del Uruguay, presidida por el ministro de Relaciones Exteriores de la citada nación, doctor Rufino Domínguez



La de España, presidida por el embajador de dicha nación, acreditado ante nuestro gobierno, señor Ramiro de Maeztu



La de Italia, presidida por el embajador conde Alberto Martín Franklin



La de Estados Unidos de Norte América, presidida por míster Robert Wood Bliss



La de la República del Paraguay, presidida por el doctor Eligio Ayala



La plana mayor del crucero de la armada brasileña "Río Grande do Sul", enviado por el país amigo, con motivo de la transmisión del mando



Grupo de oficiales pertenecientes a la dotación del crucero brasileño "Río Grande do Sul", fotografiados poco después de su arribo a nuestro puerto



La de la República de Santo Domingo, presidida por el doctor Tulio Cestero



La de Portugal, representada por el embajador, señor Eugenio Martínez Patares



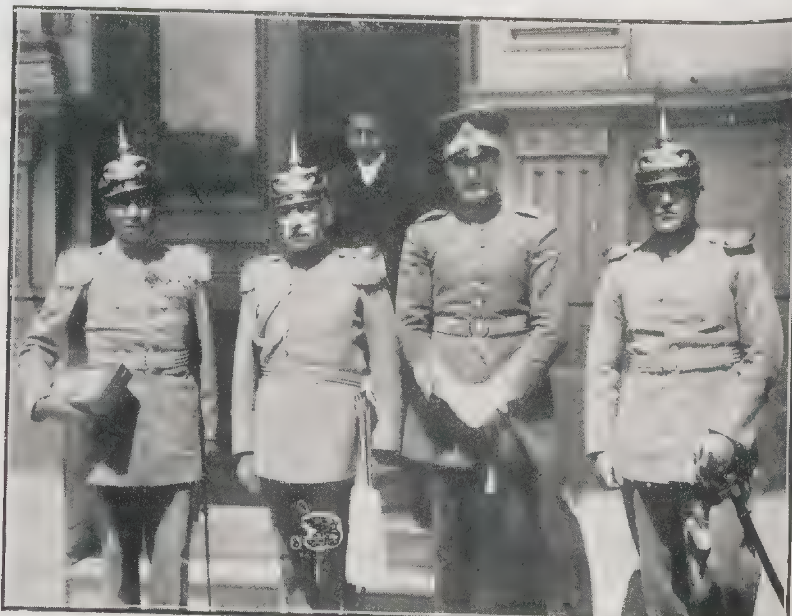
La de Méjico, presidida por el embajador de dicho país, doctor Alfonso Reyes



La del Ecuador, presidida por el doctor Rafael Héctor Elizalde



La de Bolivia, presidida por el doctor Abel Iturralde



Grupo de aviadores bolivianos llegados en vuelo, que condujeron un mensaje y una condecoración con destino al doctor Alvear

Celebración del Día de la Raza





Un aspecto de la concurrencia femenina al baile organizado por el Círculo Andaluz en conmemoración del Día de la Raza.



Las que obtuvieron los tres primeros premios discernidos al mantón y la mantilla españoles, en el concurso realizado por el Círculo Andaluz en ocasión del Día de la Raza



Grupo de señoritas que tomaron parte en el baile organizado por el Club Social de Santa Lucía, con motivo del Día de la Raza





Durante un intervalo en el lucido baile con que el Club Social de Santa Lucía festejó el Día de la Raza.





"La Primavera", cuadro vivo interpretado por alumnas de la Universidad Popular "Intendente T. de Alvear" en el festival con que dicha institución celebró el Día de la Raza



Vista parcial de la sala del Cine-Teatro Fénix, de Flores, mientras se realizaba la fiesta organizada por la Universidad Popular "Intendente Torcuato de Alvear"



El presidente de la Federación de Sociedades Italianas, señor Guido Buffarini, pronunciando su discurso durante el homenaje tributado a Colón, al pie de su monumento situado en la plaza del mismo nombre.



Alumnos de las escuelas italianas, congregados frente a la estatua de Cristóbal Colón, mientras se realizaba el homenaje tributado al gran almirante, en ocasión del Día de la Raza

Traslado de los restos mortales del General Paz



El presidente de la República, doctor Alvear, los ministros de Guerra y Marina y demás miembros de la comitiva oficial escuchando el himno nacional, durante el traslado de los restos del general Paz



El féretro conteniendo los restos mortales del general José María Paz, pasando bajo el arco de triunfo, al ser conducidos al mausoleo erigido en el cementerio de la Recoleta, donde fueron depositados definitivamente

Bibliografía



Lo poetisa Alicia Porro Freire, autora del libro "Eva", obra favorablemente recibida por la crítica literaria

Cine



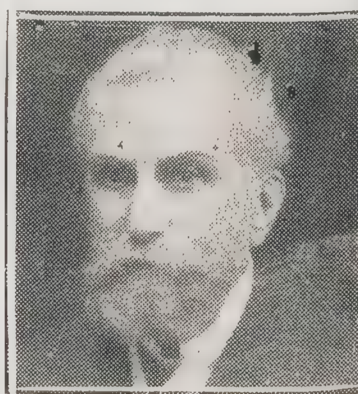
Señorita Anita Mandelmann que ha sido contratada por una empresa de Estados Unidos para actuar en la pantalla

Colaboradores de Fray Mocho



Señora Julia D. de Grosso, nueva colaboradora de FRAY MOCHO

Necrología

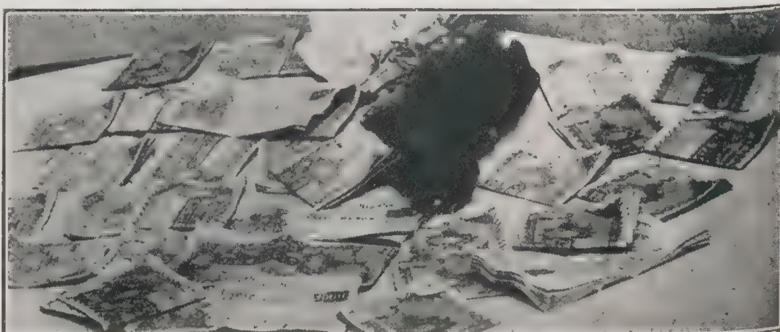


Señor Herminio Quirós, escribano recientemente fallecido

Confiscación de una buena parte del dinero defraudado por Roura



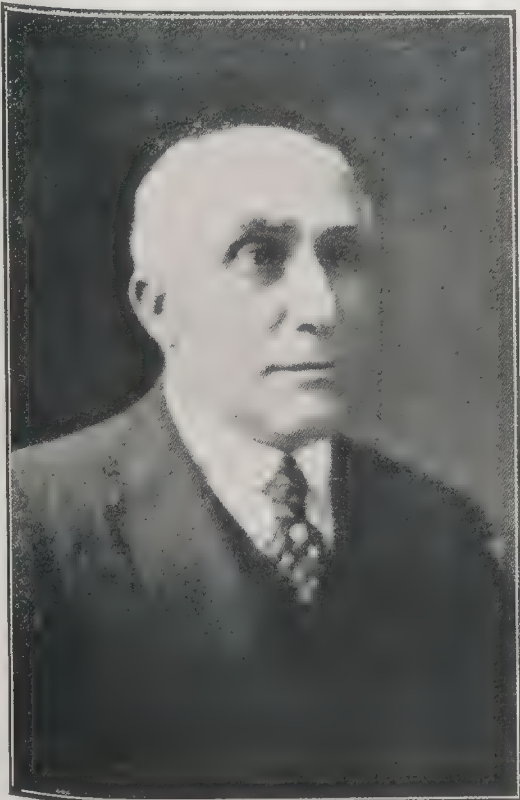
Empleados de policía que colaboraron en la búsqueda del dinero defraudado por el ex cajero Jorge Roura, a la Compañía Continental de Exportación



Trescientos diez y siete mil pesos pertenecientes al medio millón defraudado por Roura, recuperados por la policía en un baldío próximo al cementerio de Flores, donde habían sido enterrados

La obra del Club Social de Santa Lucía

Una entidad propulsora y representativa del progreso de Barracas



Señor José Castellano, actual presidente del Club Social de Santa Lucía

El Club Social de Santa Lucía es la asociación representativa de la próspera parroquia de Santa Lucía, barrio típico de nuestra metrópoli que ofrece un marcado aspecto de emporio industrial. Su acción profícua ha abarcado los más diversos aspectos. En el orden edilicio, cultural y moral, la entidad aludida desarrolló tan vasta tarea que bien puede afirmarse que a ella se debe la parte más significativa del progreso de Barracas. Su intervención directa en cuanto debía procurar un mayor bienestar al vecindario y a la comuna en general, hizo que aquélla zona ciudadana adquiriera un rápido desarrollo, y, alcanzando su actual estado floreciente, intensificara sus actividades, el comercio, la banca y la industria, a tal punto que pueda considerársela ya como una de las parroquias mejor dotadas de la Capital Federal.

¿A qué se debe, sin embargo, la influencia efectiva del Club Social de Santa Lucía en todo lo que se refiere a Barracas? ¿Qué manos elaboraron su prestigio y le dieron ruta definitiva para que cumpliera ampliamente su misión? La actual comisión directiva realizó en este sentido una obra duradera. Ha impuesto, merced a su inteligencia y probidad, el alto concepto que merece dicha asociación. Cada uno de sus miembros contribuyó a la labor común, desempeñándose con absoluto desinterés y encuadrando todas sus actitudes a las necesidades del Club y de la localidad. De tal modo Barracas supo advertir bien pronto en esa entidad, que apareciera modestamente, por acción de algunos venerables y activos vecinos, una entidad de verdadera y leal defensa de sus intereses, un núcleo de hombres que luchaba esforzadamente por el bien público y a los cuales era preciso estimular en su empresa. Así el Club Social de Santa Lucía tuvo un acelerado crecimiento societario, tomando pronto ventaja en la labor de progreso de Barracas. La Comisión Directiva está constituída por el Presidente, D. José Castellano; Vice, D. Pedro Tabacco; Secretario, Don Alfredo Remaggi; Pro, D. Pedro J. Benvenuto; Tesorero, D. José M. Durán; Pro, D. Juan Rocatagliata; Vocales: D. Bonfiglio Cavaglia, D. Héctor Brenta, D. Ricardo Toja.



Algunos de los miembros que integran la comisión directiva del Club. — De izquierda a derecha; sentados: señores Pedro Tabacco y Juan Rocatagliata. — De pie: señores Bonfiglio Ciavaglia, Alfredo Remaggi, Pedro J. Benvenuto y Ricardo Tojo.

La Comisión Revisora de Cuentas, la integran los señores Román D. López, Juan B. Abelló y Eduardo Pagani. La Comisión de Fiestas es la siguiente: señores Pablo Perasso, Miguel Filgueira, Juan B. Abelló, Francisco Lainati, Camilo Di Negro, Roberto Citterio, Napoleón Parera, Julio Lanata y Ernesto Bagnat.

La sola enunciación de estos nombres, que, como hemos dicho, constituyen una garantía de probidad y de actividad, explica el éxito de la gestión del Club Social de Santa Lucía. Bajo la Presidencia de don José Castellano, inteligente y prestigioso hombre de empresa, de quien es activo cooperador, D. Alfredo Remaggi; secretario de la entidad, es seguro que estará afianzando sus prestigios en la medida de su provechosa y desinteresada obra pública por el progreso de Barracas.



Señor Alfredo Remaggi, secretario de la institución, en su despacho.

ACTUALIDADES CINEMATOGRÁFICAS



Escena de "El circo de la muerte", con Helen Allen como protagonista, film extraordinario que estrenará en breve la New York Film



Mary Nolan y Norman Kerry en una escena culminante de la cinta Jewel "La legión extranjera", que la Universal estrenará hoy



Edna Murphy, protagonista de "Aventura nocturna", que la General está exhibiendo con éxito.



Eleanor Boardman y Sam Hardy en "Esclavos de los diamantes", que la Metro-Goldwyn - Mayer estrenará el viernes próximo.



Marjorie Beebe y George Meeken en "Un ladrón en las tinieblas", que la Fox estrenará pasado mañana



Escena de "El primer auto", con Patsy Ruth Miller como estrella, gran éxito cómico presente, de la General



Escena de "Retazo", de Niccodemi, con Carmen Boni como protagonista, que la empresa Pedro Puricelli estrenará a principios de noviembre próximo

La casa de los lamentos

Por Miguel Martos

Existen en Uspallata, en ese pintoresco valle que es como un jardín encantado de las "Mil y una Noches", los cimientos truncos de una antiquísima casa de piedra.

Debe ser muy antigua, porque la tradición dice que en la época de la independencia, sirvió de cuartel de reclutamiento.

En los últimos tiempos le llamaban la "casa de los lamentos" porque sucedían allí cosas inauditas. Las gentes aseguraban que durante la noche se sentían raros estremecimientos en el interior y se escuchaba rumor de cadenas, cerrojos, y lamentos desgarradores...

Estaba en la orilla del río Mendoza, edificada rústicamente, pero de una solidez a toda prueba, sobre la ribera rocosa. A veces, cuando el río crecía, el bravísimo torrente de aguas turbias lamía los flancos musgosos de la pared de piedra, amenazando resquebrajarla con su titánico empuje.

Esto debió suceder allá por el año noventa, más o menos.

Don Querencio Puscama, rico minero del Valle, era el dueño en esa época de la sombría casa, que, según antiguas leyendas, había sido siempre trágica para sus moradores.

Decían que al general San Martín, en el paso de su glorioso ejército a Chile, se le había muerto uno de sus mejores capitanes en esa casa.

Don Querencio había heredado la finca de su padre.

Este había muerto de la noche a la mañana, misteriosamente, nadie sabía de qué...

Se susurraba que en la casa había un espíritu maléfico, que tarde o temprano estrangulaba a sus moradores.

No hacía mucho tiempo que don Querencio se había casado con una chilena linda y halagadora como un sol de Setiembre. Tenía veinte años y se llamaba Carolina.

Pasaban la vida como Dios y los ángeles. Los dos eran jóvenes, pues, él, tal vez no llegaba a los treinta. Se querían y eran felices; qué más podían desear.

Lo único que le preocupaba a ella, eran las historias y fábulas que le contaban las sirvientas sobre las tragedias que habían ido sucediéndose con el tiempo en la solariega casa.

Pero, lo qué es el destino, o los misteriosos designios de Dios, o del diablo.

Parece que sintieran envidia cuando ven una dicha y no dejan de acechar, hasta que la rompen...

Ese año el invierno se había presentado demasiado temprano, y a fines de Marzo comenzó a caer nieve como si Dios hubiera querido emparejar los abismos con los picos de las sierras. El viento cortaba las carnes y sus bramidos estremecían los ámbitos de la noche con un infernal concierto de rugidos y de gritos ululantes y terroríficos, tal como si en sus alas invisibles jinetearan millones de brujas y fantasmas...

Ese día, que a pesar de todo había amanecido espléndido, D. Querencio había salido hacia sus minas del "Río Colorado", acompañado de su señora que quería conocerlas y un peón.

El no iba muy conforme porque había mucha nieve en todas partes y era peligroso; pero ella, era mujer de "entrañas", acostumbrada a la cordillera, pues su padre había sido "cateador" de minas, y no le asustaba nada.

Después de recorrer las minas, al atardecer, emprendieron el regreso. El peón meneó la cabeza dos o tres veces, indicándole a don Querencio una nube plomiza que iba extendiéndose por el sur, como las alas tenebrosas de un cuervo...

—Tal vez lleguemos antes, — dijo, tratando de tranquilizarse a sí mismo y de evitar que doña Carolina se enterase. — Costearemos la vía, — agregó, dirigiendo la mula hacia el terraplén que se distinguía a poco trecho. — En caso de nevada, por el terraplén no es tan fácil despeñarse...

No hacía mucho tiempo que comenzaban a correr trenes hasta "Puente del Inca" y "Las Cuevas" en el buen tiempo.

Por el lado de Chile llegaba también el ferrocarril Trasandino hasta "Juncal" y estaban haciendo terraplenes y cortando cerros en la empinada cuesta que hay desde esta estación chilena a "Caracoles", el pie de la cumbre, donde poco después empezarían a socavar el gran túnel que había de unir a estas dos naciones de la América como en un glorioso abrazo de hermanas en el dolor y en la gloria...

Los pasajeros cruzaban la cumbre hasta "Juncal" a la ida y hasta "Las Cuevas" a la vuelta, a lomo de mula.

No habían llegado nuestros excursionistas al mogote del "Alguarás", o sea la mitad de su camino más o menos, cuando la nube maldita de alas de plomo cubría todo el horizonte y las motitas blancas y sutiles de la nieve comenzaban a caer, mecidas por los vaivenes del viento.

El rostro de don Querencio iba ensombreciéndose y el peón no estaba tranquilo. Apuraron un poco la marcha y subieron al terraplén. Allí las mulas caminaban con más seguridad, porque no habían pendientes resbaladizas. Caminaban con dificultad, sin embargo, pues en partes les llegaba la nieve a la rodilla.

Pero no era eso lo peor; las trágicas motitas blancas caían cada vez con más insistencia y no tardarían mucho en cubrir completamente a los animales. En las alcantarillas y puentes bajaban y daban un rodeo. Las bestias adelantaban muy poco; tenían que buscar paso tanteando antes con las patas, porque la nieve estaba todavía blanda y mientras no se endurece es peligroso aventurarse a la de Dios.

Cerró la noche, lento, muy lento, porque cuando el campo está nevado conserva mucho tiempo el reflejo de la luz; pero oscureció, al fin, y en el alma de ellos se oscureció también la luz de toda esperanza... Si la casualidad no llegaba en su socorro...

Estaban entumecidos y apenas si podían sujetar las riendas.

Allá abajo, al pie del terraplén, como a veinte o treinta metros, veíase como un hervor de espumas y se sentía el bramar de las aguas del río contra las rocas desnudas de los contrafuertes... Se hubiera dicho que el furioso torrente estaba esperando una presa que devorar...

La nieve llegaba ya a los ijares de los animales... De pronto, el peón, que iba delante, dió un grito... La mula resbaló y perdió pie... Fué un instante; lo que duró el eco doliente del grito en la angustia de la noche... El golpe seco de un cuerpo que cae pesadamente rodando veinte o treinta metros, casi a pique, un chapuzón ensordecedor y un remolino de agua y espumas que se levantan del fondo del río como relamiendo los peñascos del flanco... Nada más...

Dos caras contraídas en una mueca de dolor y de espanto...

—¡Bruno!... ¡Bruno!...

Los ecos de la quebrada del río, altísima y estrecha, vibraron largo rato en los ámbitos sombríos...

—¡Bruno!... ¡Bruno!..

Nada. Silencio de muerte y de desolación... Y las motitas blancas, persistentes y trágicas, seguían cayendo, cayendo...

... ...

Poco después don Querencio y doña Carolina abandonaron las mulas a su suerte y seguían a pie, con la nieve a la cintura; era trabajoso pero más seguro; por lo menos hacían ejercicio y sus músculos no quedarían rígidos de frío... No duraría mucho, seguramente, aquella marcha... ellos lo sabían bien... La muerte se cernía implacable sobre sus cabezas pero harían el último esfuerzo todavía... ¡Quién sabe!... ¡la divina providencia!

De pronto, un resplandor a lo lejos, detrás de una quebrada... Se quedaron atónitos... Luego un pito...

—¡Un tren!... ¡Un tren!!! Bendito sea Dios... El valle repitió los ecos de una alegría infinita... ¡La vida!... ¡Un tren... Un tren!...

Don Querencio se quitó el poncho y lo enarboló a guisa de bandera haciéndolo ondear al viento. Poco después una locomotora que avanzaba con mucho trabajo, arando la nieve de la vía, con un vagón de pasajeros, se detenía cerca de ellos. El maquinista los había visto a la luz del farol de kerosén que la máquina llevaba en la parte delantera.

Varios hombres echaron pie a tierra cerrando tras sí la puerta. En el interior del vagón (contrastes de la vida) se oía rumor de músicas, cantos y alaridos de borrachos... Allí dentro, la vida y el jolgorio; allá, afuera, la desolación y la muerte...

Los hombres que bajaron, estaban cubiertos con gruesos abrigos y gorras de piel; uno de ellos, el que parecía patrón, los enfocó con un farol de kerosén mirándolos.

—¿Qué les pasa? — preguntó.

—La nieve... estamos helaos... ¡Socorro!... — imploró don Querencio hablando a duras penas porque tenía las quijadas trabadas de frío.

—¡Linda mujer! — murmuró el mismo personaje clavando cada vez con más ahinco la mirada en doña Carolina.

—¡Socorro!... — insistió Querencio casi suplicante. — Está helada; pobrecita...

El hombre de la gorra de piel les hizo una seña a los demás.

Entre todos la alzaron en peso porque no podía dar un paso; el patrón o jefe se aproximó al maquinista y le dió una orden que nadie oyó... Abrió luego la puerta del vagón y subió el primero.

Un clamoreo ensordecedor de gritos y cantos y un olor a alcohol que asfixiaba salió por el boquete de la puerta, como un reto al silencio y a la desolación de la naturaleza.

Detrás de él subieron los demás llevando a pulso a doña Carolina casi desmayada. Querencio quiso subir por sí mismo pero no podía; alcanzó a aferrarse a la barandilla alta y levantarse a la altura de la puerta, pero sus piernas se negaban a accionar.

El hombre de la gorra de piel se acercó; él extendió una mano creyendo que venía a auxiliarlo, pero no fué así...

El desconocido prorrumpió en una carcajada que dió en el rostro de don Querencio como un azote y cerró la puerta...

En el mismo instante sonó el pito y el tren se puso en marcha. El minero no cayó al suelo porque se había aferrado a la barandillla con toda la fuerza que dá la desesperación, pero no tardaría en caer porque sus manos entumecidas se negaban a sostenerle.

Sacó fuerzas de flaqueza y afirmándose con una mano golpeó desesperadamente con la otra en la portezuela... ¡Tal vez con la borrachera se habían olvidado de él!...

De la parte interior levantaron la persiana y a través del vidrio volvió a ver el cuadro de antes.

La única variante era que su mujer forcejeaba desesperadamente por desasirse de los hombres que la sujetaban y arrojarse hacia la puerta.

Detrás del vidrio, casi pegando a él, volvió a ver la cara idiota de borracho del patrón o jefe de la banda de foragidos, que con expresión de burla lo miraba y se reía... se reía...

Golpeó el vidrio con idea de romperlo, pero no tenía fuerzas y la mano en que estaba apoyado amenazaba doblarse... Tuvo que aferrarse con las dos... El tren iba tomando impulso y el viento, como aliándose a los salteadores, parecía empeñado en arrancarlo con la fuerza de su azote de la puerta del tren maldito...

Lo que hizo fué fijarse bien en las facciones del ladrón... Hasta le vió una cicatriz que le cruzaba la cara obligándole a llevar un ojo medio cerrado... ¡Ni aunque pasaran cien años se le despintaría!...

—¡Hijo de!... ¡Algún día t'hi d'encontrar!...

Ya sus manos comenzaban a abrirse insensiblemente y sentía que se caía... Entonces, en un supremo esfuerzo, le gritó con todas sus fuerzas:

—Mirame... Mirame bien... Que no se te olvide nunca mi cara... Algún día himos d'encontrarnos y te juro que hi de arrancarte la vida poco a poco... las uñas... los dientes... los ojos...

No pudo más... Una carcajada fría y dura como la nieve le contestó desde dentro, al mismo tiempo que sus dedos exhaustos se abrían y rodaba en el abismo impenetrable de la noche sobre la blanquísima sábana de nieve...

... ...

Pasó un minuto, dos... Querencio había quedado sepultado en el muelle colchón de nieve, junto a la vía; las fatitídicas motitas blancas, indiferentes a todo, remolineando en alas del viento, seguían cayendo, cayendo...

Se hubiera dicho que el terrible drama había terminado, al juzgar por las circunstancias que la fatalidad había acumulado sobre los ensueños de dos corazones jóvenes y llenos de vida...

El hueco que el cuerpo del caído había hecho en la nieve se iba cubriendo poco a poco, como una inmensa tumba de lirios... de lirios... Pero, lo que es un alma grande; los milagros que puede hacer un espíritu cuando está fortalecido por el amor y el odio... Es capaz de levantar un cuerpo muerto y hacer los milagros más estupendos...

No habrían pasado tres minutos, cuando la nieve que lo cubría, comenzó a estremecerse y otra vez Querencio se puso de pie... La voluntad es el arma más poderosa de que disponen los hombres, y, cuando el férreo minero se levantó, a duras penas, rugió extendiendo los puños entumecidos como en una suprema amenaza:

—¡Hi de vivir pá vengarme y ni el cielo ni la tierra serán capaces de quebrantar mi voluntá!...

Luego comenzó a dar saltos y carreras por la nieve como un loco, azotándose las piernas, los brazos, todo el cuerpo. Quien lo hubiera visto hubiera jurado que el pobre minero había perdido el juicio.

Pero él sabía lo que hacía, otro hombre que no fuera de su temple se hubiera dejado morir de desesperación. En sus venas corría sangre araucana, quichúa y castellana en una milagrosa fusión, más fuerte que el acero de Toledo.

A los hombres de esa pasta no los dobló nunca ni las aguas, ni la nieve, ni los vientos...

Era la raza americana, hija del Sol... ¡Dios te salve estirpe de cóndores y de leones!... ¡San Martín, O'Higgins, Sucre, Bolívar!...

... ...

Dos horas más tarde, con las extremidades quemadas por la nieve, pero con el corazón ardiendo de odio y de dolor, llegó a su casa, a la sombría casa de piedra que desde ese día estaría para él más negra y trágica que nunca...

Los peones y las sirvientas lloraron a lágrima viva, junto con él, la irreparable desgracia.

—¡Pobre señora!... ¿Qué sería d'ella?... Aquello era peor que la muerte.

—¿Y Bruno? ¡Pobre Bruno!... Tan güeno y tan fiel...

—¡Ah!... ¡Malhaya! — rugía él. — No habernos desbarrancao todos en el abismo... ¡Bruno!... ¡Cómo envidio tu suerte... ¡Carolina!... ¡Carolina!...

Pasó el tiempo... Un año, dos, tres... El misterio más impenetrable ocultaba el epílogo de aquel drama de las motitas de nieve...

Don Querencio no había descansado un solo día. Había recorrido Mendoza palmo a palmo, Santiago de Chile, Valparaíso, todo Chile entero. Hasta el Perú había llegado, pero el misterio estaba siempre en pie; no la encontró... Acaso no volvería a verla nunca...

Al hombre de la cicatriz tampoco lo había descubierto; sólo sabía el nombre.

En la administración del Trasandino se lo habían dicho porque todos los años pagaba un tren especial desde "Los Andes" a Mendoza y viceversa. Nadie sabía en qué traficaba, pero lo suponían; no lo aseguraban, eso sí; los empleados de una empresa tienen que ser reservados, pero creían, para sus adentros, que se trataba de cosas de mujeres... tal vez trata de blancas...

El empresario se llamaba, o se hacía llamar, don Baldomero Urdina. Nadie sabía dónde sentaba sus reales... Tal vez en el Perú, en Chile, en la Argentina. Nadie estaba enterado tampoco en qué clase de casas traficaba; eso era cosa que no incumbía a los empleados de una empresa ferroviaria...

Las minas de don Querencio producían cada vez menos; no las atendía; estaba siempre viajando. Había tenido que vender algunas. Lo único que continuaba inconmovible e indiferente a todo era la casa de piedra... Se hubiera dicho que el espíritu maléfico de la leyenda aún estaba en pie, a la espera de alguna víctima que tenía que venir...

Cuando don Querencio estaba en Uspallata era rara la noche que pasaba en la casa. Se iba al terraplén de la línea, frente al mogote del "Alguaráz", armado de carabina; a veces sólo y a veces con algún peón.

No pasaba máquina o tren que no lo detuviera para inspeccionarlo. Pero había sido inútil; el hombre de la cicatriz y el ojo caído no aparecía... Como si se lo hubiera tragado la tierra...

Mas las cosas de la vida... El destino es caprichoso y a veces juega con los hombres como el gato lo hace con el ratón antes de comérselo...

Una noche que él resolvió quedarse a descansar, a altas horas, sonó un silbato en la inmensidad del valle...

Don Querencio despertó sobresaltado. El sonido metálico del vapor era como un timbre de alarma para sus nervios siempre en tensión. Saltó de la cama y se vistió en un santiamén.

Cuando salió al campo en su briosa mula parda y "endilgó" hacia el terraplén, vió a lo lejos salir de detrás de la quebrada de la "Zorra" la luz de un tren que bajaba con una velocidad espantosa.

El pito no cesaba de vibrar hiriendo la serenidad de la noche como en un desesperado alarido de socorro...

Don Querencio tembló... Aunque la noche era oscura comprendió bien el paraje en que se hallaba el tren... Bajaba costeando el cerro de los "Piquilines" y aún no había peligro porque la curva de la vía estaba a favor del cerro.

La raza hispanoamericana

En su "yo" nuestra raza es una y trina.
Hija de los pecados capitales;
forjada con aceros de puñales
en un zarpazo de pasión caina.

Surgió de una sangrienta sarracina
que originaron odios ancestrales
entre hispanos leones imperiales
y los cóndores de la cresta Andina.

Le dió su estirpe la nación Ibérica,
sus prejuicios, su sangre, su pujanza,
sus tradiciones y su lucha homérica...

Y por eso, ya en guerra, ya en bonanza,
aun se ve caminando por la América
a Don Juan, Don Quijote y Sancho Panza.

Rafael Martín ALVAREZ.

ANECDOTA

El filósofo Arístipo, habiendo tratado, en vano, de obtener el consentimiento de Dionisio en una petición, arrojóse a los pies del tirano consiguiéndolo al fin.

Al reconvenirle un amigo por qué se humillaba tan vergonzosamente, replicó:

—La culpa no es mía, sino de Dionisio, que tiene las orejas en los pies.

Si lo sujetaban todavía estaba a tiempo de salvarse. De lo contrario, con unos quinientos metros más de vertiginosa marcha llegaría a la "Punta del caracol", que tenía la curva en favor del río y se precipitaría en un abismo de cincuenta metros...

Pero no; el tren no disminuía su velocidad... por momentos la acrecentaba..., o bajaba con los frenos rotos o el maquinista se había enloquecido.

El pito seguía hendiendo la misteriosa serenidad del valle como en un supremo grito de desesperación y de angustia...

—¡Socorro!... ¡Socorro!...

Querencio abrió los ojos desmesuradamente... Un terror indefinible lo hizo estremecer; pero le clavó los talones a su "Parda" y arrancó a galope, saltando arroyos y peñascos en dirección a la "Punta del Caracol"...

—¡Frene!... ¡Frene!.. — gritaba con la suprema angustia del instinto de salvación, como si el que manejaba el tren hubiera podido oirle.

A él le faltarían unos doscientos metros para llegar y al tren unos cincuenta...

Ya la salvación era imposible. El maldito convoy no corría, volaba hacia la muerte...

Instintivamente sofrenó la mula y se cubrió la cara con el poncho...

—¡Padre nuestro que estás en los cielos!... — suplicó.

... ...

Cesó el pito y un estruendo ensordecedor quebró los ecos recónditos del valle... Fué como si hubiera hecho fuego una batería de artillería.

Después silencio... alguno que otro grito lastimero entrecortado, y el bramar de las aguas del río que iban represándose como si un cerro les hubiera cortado el paso.

Querencio corrió como un loco, al rumbo, porque una nube de vapor condensó aún más las tinieblas; pero el chirriar de la caldera que aún luchaba con las aguas del río le orientó.

Cuando llegó a la orilla vió el río salido de madre. El tren se componía de la máquina y un vagón... ¡Lo mismo que el tren maldito!...

Creyó percibir en el eco del viento aquel grito inolvidable de su mujer:

—¡Bruno!... ¡Bruno!... — y luego — ¡Querencio!... ¡Querencio!...

Le pareció sentir también en la cara los sutiles alfilerazos de las motitas de nieve...

... ...

La locomotora y el vagón habían quedado atravesados como puente en el río, destrozados y casi sepultados por el agua que subía por instantes. Ya no se oía un grito, nada... La caldera se había enfriado también bajo el agua... Silencio de muerte...

Si estuviera nevando, aquella noche hubiera sido igual a la noche maldita...

Se apeó y entró al río con el agua a la cintura; subió al vagón que aún no había cubierto el agua embravecida y observó por las portezuelas resquebrajadas, hechas astillas... Tocó dos o tres cuerpos sin vida, blandos, hinchados... Le dió miedo...

—¡Dios los haiga perdonao! — murmuró.

De pronto creyó escuchar un lamento, más allá, debajo de otra portezuela. De un salto llegó al sitio y escuchó. Volvió a oir el mismo gemido y un roce, como si alguien arañase las maderas quebradas.

No había que perder un segundo. Un ser con vida estaba en peligro. Tanteó las maderas y aferrando una tabla casi desquiciada tiró con fuerza. La arrancó con facilidad, porque sus músculos eran como hierro... Arrancó otra, y otra. Trabajo le costó, porque el agua iba represándose cada vez más y la correntada parecía empeñada en arrastrarlo río abajo.

Al tocarlo, dos manos invisibles entre la oscuridad y las espumas se agarraron a sus brazos con la desesperación de la muerte.

Izó con fuerza y por el boquete abierto sacó el cuerpo de un hombre aún con vida. Como pudo, luchando con las olas espumosas que amenazaban arrastrarlo, sacó al náufrago hasta la orilla, casi a nado.

El infeliz había perdido el conocimiento, pero le latía el corazón y eso era buena señal.

Lo dejó en salvo y volvió a meterse al río en busca de otro a quien auxiliar, pero en el preciso momento en que iba a saltar al vagón, éste y la máquina dieron un tumbo, quedando completamente sepultados por las aguas.

Saltó atrás horrorizado refugiándose en la orilla.

—¡Dios los haiga perdonao! — murmuró y se arrodilló a rezar un Padre nuestro.

Volvió al náufrago y haciéndole masajes y apretándolo le hizo arrojar el agua que había tragado. Cuando volvió en sí lo atravesó en la mula y emprendió el regreso.

En el camino encontró a varios de sus servidores que venían en su busca. Todos estaban atemorizados por el horrible estruendo, que los había hecho saltar de la cama como si hubiera temblado.

Cuando ya en la casa los peones tendieron al hombre, todavía desvanecido, sobre una cama, a la luz de la lámpara, sucedió algo que nadie pudo comprender...

Don Querencio se había quedado absorto, como encantado; nadie pudo explicarse si de terror o de alegría, al mirar aquella cara con los ojos entornados, cruzada casi en círculo por una cicatriz amoratada, tal vez por el frío del agua...

El se había quedado "pasmao" mirando al hombre y ellos se habían quedado "pasmaos" mirándolo a él... El náufrago seguía con los ojos entornados, sin ver nada...

Por la mente de don Querencio cruzó como una caravana de espectros... bajo las alas negras de una noche de cuervos, preñada de motitas blancas, sutiles, blanquísmas... Creyó escuchar el eco de los aullos del viento...

¡Bruno!... ¡Bruno!...

... ...

¡Carolina!... ¡Carolina!...

Un desperezo del náufrago rompió el encantamiento.

Abrió los ojos asustado, mirando todo lo que le rodeaba.

Pareció tranquilizarse y se enderezó en la cama.

Los peones volvieron a sorprenderse otra vez... El gesto del patrón había cambiado totalmente... ¡Estaba sonriente!... Más de tres años hacía que no le veían la sonrisa... Desde la "noche maldita"... ¿Qué misterio era éste? Ellos no lo comprendían...

A una orden suya trajeron ropas secas y le ayudaron al forastero a cambiarse. Después le sirvieron coñac, café caliente... Arrimaron el brasero de cobre, con fuego...

Los peones y ña Visitación, la vieja ama de llaves, andaban como acholados... A las miradas y a los tropezones con todo... Pero, no decían ¡esta boca es mía!

¿Qué misterio presenciaban?... ¡La Virgen del Valle sea con todos! El tiempo dirá...

Don Querencio y el náufrago hablaban como si fueran viejos amigos; hasta se reían...

¡Reirse el patrón!... ¡Dios santo!... Si desde hacía tres años no le habían oído la risa... ¡Debía estar loco! ¡Quién sabe si el remojón!... El susto de ver el descarrilamiento...

Y lo más raro de todo era que no hablaba natural... Fingía la voz... ¿Qué quería decir eso?...

¡Qué la Virgen del Valle nos favorezca!...

El náufrago contó tantas cosas... El maquinista le había dicho antes del desastre que se le había roto la palanca del freno... Que si pasaban la curva de la "Punta del caracol" estaban salvados porque luego venía un repecho y podían dar contra-vapor, de lo contrario... Pero el tren había tomado tanta velocidad... Después no sabía lo qué había sucedido... Creía haber soñado con un naufragio, nada más... ¡La suerte que había caído en buenas manos!...

El patrón le había preguntado el nombre.

Urdina dijo que se llama... Viajaba una o dos veces al año con negocios que los servidores de la casa no habían podido comprender... Se contradecía a cada momento... Recorría el Perú, Chile, la Argentina... Debía tener grandes negocios...

El patrón de vez en cuando se mordía el bigote y se encogía como si tuviera un dolor de estómago... Le había sentado mal la mojadura, dejuro...

Después don Querencio le hizo que tomara un buen trago de coñac y se acostara. El mismo lo tapó bien y le remetió las cobijas

CADA DIA UN RECUERDO...

Cada día un recuerdo deposita en el alma,
que a través de la vida habremos de guardar.
Cada día una idea viene a turbar la calma
y una fibra sensible viene a herir o arrancar.

Cada día un ensueño se convierte en quimera
y vencida del tiempo se marchita una flor.
Cada día se escucha la palabra sincera
que susurran mil labios en un canto de amor.

Cada día las cosas más varias y encontradas
por ley inexorable se habrán de suceder,
dejándonos efluvios de ilusiones pasadas,
el perfume sagrado que emana del ayer...

Carlos MARTEL.

LA ESTRATAGEMA DE COLON

Cristóbal Colón hace un desembarco en la Jamaica, donde quiere formar un establecimiento. Los insulares se alejan de la costa y dejan a los castellanos sin ninguna clase de víveres. Se pone en uso en tan urgente ocasión un estratagema muy singular. Pronto habría un eclipse de luna. Colón hace advertir a los jefes de las tribus próximas que tiene cosas muy importantes que comunicarles. Después de haberles dedicado algunas censuras muy vivas sobre su dureza, añade con tono firme:

—Pronto seréis castigados. El Dios poderosísimo de los españoles va a confundiros con sus terribles golpes. Para probaros que digo la verdad, vais a ver esta noche cómo se enrojece la luna y desaparece negándoos su luz. Eso no será más que el preludio de vuestras desdichas si no hacéis caso de mí.

El eclipse empieza, en efecto, algunas horas después. La desolación llega a su colmo entre los salvajes. Se prosternan a los pies de Colón y juran que ya no carecerá de nada. Aquel hombre hábil se deja conmover; se encierra, como para apaciguar la cólera celeste; sale instantes después y anuncia que Dios está satisfecho y que la luna va a reaparecer. Los bárbaros quedan persuadidos de que Colón dispone a voluntad de toda la Naturaleza."

para que no se resfriara... Hacía frío; ¡pobre hombre!...

Luego se fué a su cuarto y se acostó. Después, nada; silencio... Allá a lo lejos aulló un perro... ¡Quién sabe! Alguno que estaría por morirse...

La lechuza también chistó sobre la casa, muchas veces...

Ña Visitación no pudo conciliar el sueño esa noche... ¡Chá con los ricuerdos!...

Hacía tiempo que no chistaba la lechuza junto a la casa... Vay'a saber... Ah, sí; la noche que se perdió la patroncita y se ahugó Bruno.

Sí, sí... ña Visitación se acordaba bien... Ella no había dormido nada. La lechuza la tuvo asustada toda la noche... Y el "Tubiano", el perro que se murió de tristeza, había estao aullando todita la santa noche... ¡Animalito!

—¡Si parece qu'ellos vieran a la muerte!... ¡Ave María purísima!... ¡Que la Virgen del Valle sea con nosotros!... ¡Amén!...

... ...

Tres días habían pasado.

El náufrago estaba sano ya de los machucones y caminaba por su pie. ¡También los cuidados de que había sido objeto!

Ña Visitación y los servidores de la casa no habían parado un momento... Don Querencio no se daba descanso en atender al forastero... Sinapismos, unturas, fomentos... la médica ña Bermuda, el médico del "agua fría"...

¡Chá con el hombre! Toditos estaban de forastero hasta la coronilla...

Era a fines de marzo; dos días hacía que se había "encapotao" el cielo y comenzaban a caer unas motitas blancas de nieve, finitas, como algodón desmenuzado.

Ña Visitación se acordó del día fatal en que se perdió la patroncita. El patrón había dicho que la habían robao en un tren; pobrecita... ¿Qué habría sío d'ella?...

En esos días, más o menos, hacía tres años... ¡Cómo había envejecido don Querencio!...

Parece mentira... ¡Lo que avejentan los sufrimientos!...

Y yendo a otra cosa... ¿Pá qué diablos sería esa rondana doble con cadenas y ganchos que había hecho traer el patrón de la mina del "Arroyo Blanco"? Tamién había hecho traer leznas, unos alicates nuevos, cortadores como tijeras y una navaja de afeitar...

Todos esos "trastos" y "alminículos" los había hecho dejar en el dormitorio viejo... ande no durmió naide más dende la desaparición de la señora Carolina...

Tres años la pieza vacía y cerrada... había un olor a humedá y abandono...

Y lo más curioso era quí ese día había estao encerrao en el cuarto él solo... Debía estar haciendo algún parapeto, porque se había hecho traer maderas y clavos... ¡Quién sabe lo qué hacía.... no dejaba entrar a naide... Tal vez alguna sorpresa pal forastero...

Querría organizar alguna diversión... Estaba tan contento...

Pero era raro, muy raro, todo eso... En fin, el tiempo dirá...

Esa tarde, ña Visitación, que era amiga de pegar el oído a las rendijas y el ojo al agujero de la cerradura, sorprendió una escena que la dejó patitiesa...

Don Querencio, desde medio día, después de echar llave en el antiguo dormitorio, donde había estado martillando desde el día anterior sin dejarse ver de nadie, se había encerrado con el forastero en el cuarto de éste. Después de almorzar con él y beber y jaranear en grande, habíanse quedado de sobremesa, trago sobre trago...

¡El patrón bebiendo!... ¡Cha, que cosas estaban pasando en la casa de piedra!... ¡Quién hubiera dicho!...

Pero la antigua cocinera barruntaba un misterio en todo eso y no había e ser a ella a quien se le iba a pasar por alto...

Estaba oscureciendo y como nadie a esa hora la podía molestar se pegó a la puerta y escuchó y vió:

Ambos estaban sentados en la mesa, frente a frente, con un botellón de vino, d' ese clarete que hacía como diez años qu'estaba encerrao en el sótano en barriles viejazos...

Tenían la vista turbia por los efectos del alcohol... Ella los veía bien con la luz de la lámpara.

Hablaban de mujeres...

—¿Nunca le sucedió — preguntó don Querencio — de llevar mujeres a la juerza?

—¡Uff!'... — contestó el otro con una risa diabólica, — la mayor parte. Esas son las mejores. Como las piedras preciosas cuesta más trabajo conseguirlas, pero las pagan mejor en el mercado de los caprichos humanos...

—¿Y todas se aclimatan?

—Todas no. Las hay que se mueren de tristeza en esa vida o se dejan morir de hambre... hasta se matan algunas... Pero así son los negocios. No todo ha e ser ganancias... También las siembras tienen pérdidas...

—Y por estos parajes ¿no recogió nunca alguna mujer? Hay serranas lindas tamién...

—Sí; — dijo al cabo de un momento — hace unos tres años recogí a una pobre mujer medio helada... Estaba nevando; era un día como el de hoy, más o menos... Si no hubiera sido por mí se hubiera helado. Suerte que el maquinista la vió a tiempo.

Hubo un silencio. Don Querencio bajó la cabeza como si tuviera sueño.

Después preguntó:

—¿Y era linda?

—¡Oh, sí!... Lástima que era casada, según decía, y no podía vivir sin el marido.

—¿Se llamaba Ruperta? — preguntó don Querencio.

—¿Usté la conocía? — interrogó como sobresaltado el forastero.

—No, — contestó el patrón. — Oí contar de la mujer de un pobre diablo que se había desaparecío... El murió helao... Se llamaba Ruperta...

—No es la que yo digo. Esta se llamaba Carolina...

Don Querencio volvió a bajar la cabeza apoyándola en los brazos, sobre la mesa. Parecía tener sueño, o llorar...

—No haga caso, — dijo el forastero llenando los vasos. — Bebamos ya que aquí no hay otra diversión... Cuando me visite en Chile nos desquitaremos... Tengo tantas diversiones que ofrecerle...

—¡Salud!...

—¡Salud!...

Ña Visitación ya se caía redonda al suelo de puro sorprendida... Creía ser víctima de alguna pesadilla... Ese hombre, ese maldito forastero era el ladrón de la señora... El que había roto la dicha de la familia...

Y el patrón como un papanata... Borracho como una uva y sin hacer nada... Hasta el destino se lo había traído a la casa y él se conformaba con agachar la cabeza pá llorar con disimulo, porque, dejuro, estaba llorando... Ella le había visto los ojos relumbrosos cuando s'empinó el vaso...

¡Cha que Dios le diera las juerzas de un hombre por un momento... lo había de hacer picadillo al forastero!...

Pero, tuavía era tiempo... Ella tenía guardao el facón de su finao Lucrecio, y, esa noche... mientras todos dormían... ¡Ah, la patroncita no se había de quedar sin venganza...! Ella estaba algo vieja, sí; pero juerzas pá degollar un borrego no le faltaban... Un hombre dormido no precisaría mucho... Paciencia... Hablan otra vez... Escuchemos.

—Y ¿qué jué al fin de la Ruperta? — preguntó don Querencio después de una pausa.

—La Carolina, será... — rectificó el otro.

—Eso es... la Carolina.

Ña Visitación vió que al mismo tiempo que la mano izquierda del patrón acariciaba la solapa del saco del forastero, como jugando, la mano derecha, toda crispada, parecía empeñada en arrancar astillas de la mesa con las uñas...

—Fué un mal negocio esa mujer... — dijo el forastero. — No hubo quien la convenciera. Yo iba a Chile en busca de elementos para Buenos Aires y la hubiera negociado muy bien en Santiago... Pero en "Punta de Vacas" después de luchar dos días con la nieve, tuvimos que dejar la máquina y trasbordar a las mulas. En un descuido se nos escapó y echó a correr como una loca...

Ña Visitación vió que el patrón iba soliviándose de la silla como en el aire y ya se lo comía con la vista a su interlocutor.

—¿Qué le pasa don Querencio? ¿Está asustado? — inquirió éste.

—No; — repuso el patrón — es que me gustan tanto esas historias que me entusiasmo como si las estuviera viendo... Siga...

—Corrimos detrás de ella. Iba dando gritos y nos podía comprometer... Pero cuando se vió acorralada y no tenía por dónde escapársenos se acercó a la orilla del río, este mismo, que bajaba lleno de agua, bramando, y se tiró...

—¿Y?... — gritó don Querencio otra vez en la actitud de antes.

ANECDOTA

El Duque de Angulema hallábase leyendo en su habitación cuando le anunciaron al Alcalde de Suffren, que acababa de regresar después de su campaña de la India.

—Señor, — le dijo, — estaba leyendo la "Vida de los Hombres Ilustres"; dejo mi libro con placer para ver a uno.

—¿Y?... — repuso el hombre de la cicatriz, con la mayor naturalidad. — El precipicio por donde se arrojó tenía más de cincuenta metros... Después el agua embravecida se encargó de lo demás.. Allá a lo lejos, cuesta abajo, vimos asomar dos o tres veces su cuerpo entre las espumas, dando tumbos...

Hubo un silencio. Don Querencio se erguía lentamente, trágicamente...

.. ..

—¡Perro!... ¡Perro!... — bramó haciendo estremecer la habitación y aferrándolo de las solapas. — ¡Miráme!... ¡Miráme bien!... ¿Te acordás de mí?...

En ese momento la voz del patrón no salía disfrazada de su garganta; hablaba natural.

—¿Usted está loco? — replicó el otro defendiéndose como podía. Yo no lo he visto nunca...

—¡A través del vidrio de la portezuela del tren... — barbotó con rabia don Querencio. — ¿No te acordás cuando te dije que te fijaras bien en mí?... ¿Qué algún día nos habíamos de encontrar?...

—¡Perdón!... ¡perdón! — suplicó el de la cicatriz a duras penas, con el espanto retratado en el rostro. Yo estaba borracho... perdón...

Desde ese instante ña Visitación no vió más porque los dos hombres, luchando, volcaron la mesa haciendo trizas la lámpara...

No oyó tampoco más que un sordo rumor de trastos rotos, mientras huía asustada pidiendo socorro... Tardó un rato en volver porque los peones estaban en los rancheríos vecinos mateando junto a los fogones...

.. ..

Tal vez había pasado media hora cuando volvió la vieja cocinera con Liberato y Deoclesio, los dos peones que halló más a mano...

La casa estaba en silencio... Había oscurecido ya. No se oía otro rumor que el del gran reloj de péndola del comedor...

De vez en cuando los perros aullaban inquietos... nada más... Los tres se persignaron... No se atrevían a entrar...

Ña Visitación se arrodilló al pie del altarcito de la Virgen del Valle y rezó, rezó mucho... Por el patrón... por el alma de la finadita...

Cuando se puso de pie y vió a sus acompañantes parados, cruzados de brazos los retó...

Habia que dir a ver lo qué había sucedido...

—¡Vamos!... ¡Flojos!...

Y encaró ella delante con el coraje de las mujeres de la sierra, acostumbradas a todos los peligros. Ellos la siguieron, facón en mano...

No eran cobardes, pero eran prevenidos... La vieja encendió una lámpara y se dirigieron al cuarto del forastero... Llegaron con mil precauciones...

No había nada... Ni un rastro de sangre... Eso sí que todo estaba en desorden, hecho pedazos... La lucha debía haber sido formidable...

Buscaron por toda la casa, nada...

—¡Al dormitorio viejo! — indicó la anciana con el terror pintado en el rostro.

—Yo sé lo que ha pasao... — dijo Deoclesio sobrecogido.

—¿Qué?... — preguntaron los dos a un tiempo.

—El patrón lo ha colgao al forastero en el parapeto que ha levantao... Pá eso han sío las rondanas y las cadenas...

—¿Cómo sabís eso, vos? — preguntó ña Visitación extrañada.

—Porque vid'el parapeto por una rendija que hay en la paré que da al río... Es como una horca d'esas que pintan en los libros de novelas...

Ña Visitación y liberato abrieron tamaños ojos.

—¡Dios nos favorezca!... El patrón ya sabía quién era el forastero y preparaba la venganza....

.. ..

Cuando llegaron a la puerta del dormitorio los tres temblaban como azogados. De vez en cuando sentían como afilar un cuchillo contra la "chaira" y unos quejidos sofocados como si el que se lamentara tuviera puesta una mordaza...

A veces, sin embargo, parecía que el dolor del torturado podía más que todos los frenos y un hondo lamento estremecía la casa...

Por ratos todo quedaba en silencio, a veces una hora, dos... No se oía más que el rumor de las aguas del río que azotaban el flanco de la casa como si quisieran arrancarla... algún perro que aullaba o ladraba, inquieto...

Así se pasaron la noche, de claro en claro... ni cenaron siquiera...

Más tarde llegaron don Ciriaco, el capataz de la mina del "Arroyo Blanco" y Estanislao, el negrito pastor de las majadas...

Todos amanecieron asustados, sobrecogidos... Nadie volvió a su faena cuando el sol volvió a inundar de luz amarillenta la plomiza capa de nubes preñadas de nieve que a cada momento cerraban más el espacio...

Már tarde comenzaron a llegar mensajes de la mina, de la estancia... Preguntaban si era fiesta que naide había salido a trabajar.. Todos se iban enterando y todos escuchaban los lamentos, que eran cada vez más débiles...

Uno, sin decirle a naide, se fué a la policía a dar cuenta. Poco después, como a la oración, sin saber cómo ni a qué hora, cayó el comisario con un sargento y dos milicos...

—¡Todos presos! — gritó.

Nadie se resistió.

Ña Visitación le señaló la puerta del viejo dormitorio... El comisario golpeó con el cabo del rebenque...

Se abrió un poco la puerta, pero muy poco, como para que pudiera pasar una persona...

Apareció don Querencio. Todo demacrado, con los ojos como saliéndosele de las órbitas, remangado. En las manos tenía unas manchas negruzcas., parecían de sangre...

Salió y cerró la puerta.

—¿Qué hay en ese cuarto? — le preguntó el comisario en tono autoritario.

—Un momento... — dijo don Querencio, aparentando tranquilidad. — Déjenme asomarme ajuera. Quiero tomar aire... me áhogo... — Y salió por la puerta de la galería que daba al río.

Nadie pestañeó. Cuando traspuso la puerta subió el escalón de piedra del murallón del río y respiró a plenos pulmones.

—¡Gracias a Dios! — dijo — que me ha dejao cumplir el juramento más grande de mi vida... Hace media hora que terminé mi tarea en este mundo.... — Y agregó con una expresión de alegría salvaje, sonriéndose como si hablara con alguien que hubiera en el espacio: Uña por uña, diente por diente, ojo por ojo... Hizo una pausa. Aunque todos lo comprendieron nadie se movió.

Luego prosiguió, como alucinado y con la vista fija en las aguas del río, tal como si estuviera viendo una visión...

—¡Sí... sí; ya voy!...

—¡Bruno!... ¡Bruno!...

—¡Carolina!... ¡Carolina!...— y dando un salto se hundió en las aguas turbulentas, coronadas de espumas, en el misterio de las tinieblas de la noche, el sudario de las motitas blancas de nieve y los aullidos del viento, que repitieron largamente el eco de sus últimas palabras...

—¡Carolina!... ¡Carolina!...

DECIMAS DEL BUEN QUERER

Porque eres la luz temprana
que dora mis desvaríos
y presta a los sueños míos
su brillazón meridiana,
yo sé que tu encanto hilvana
como pristinos trofeos,
ahondando los devaneos
que me turban con sus giros,
puñales en mis suspiros
y brasas en mis deseos.

No dan mieles los panales
como tus labios floridos,
ni más arrullos los nidos
que tus acentos triunfales,
mas tus fibras ideales
rebosan de sentimiento,
tal que a su hondo arrobamiento
brilla tu estirpe preclara,
como un arpa que llorara
bajo los dedos del viento.

Eres, flor de la añoranza
que mis anhelos tortura,
esperanza en mi ventura
y en mi desdicha esperanza.
Pienso en tu dulce semblanza
y se allana mi querella,
y es que tan pura descuella
con sus miríficas galas,
como un pimpollo con alas
que se disfraza de estrella.

Mientras yo soy la resaca
que arroja a la costa el mar,
tu eres la estela lunar
que en las ondas se destaca;
eres el ángel que aplaca
mis dudas y mis enojos
y yo, bajo los despojos
de mi blasón olvidado,
un pierrot alucinado
que tiene sed de tus ojos!

Somos así, a las proclamas
del Buen Querer subyugados,
dos ritmos apasionados
que se transforman en llamas;
tú los impulsos inflamas
de mi tentación latente
y yo, con ansia creciente
de que mis penas inmoles,
¡yo voy apilando soles
sobre el marfil de tu frente!

Miguel de ARZUBIAGA.

LA SANA CRITICA

Hemos de vivir de tal manera, que nada malo pueda decirse de nosotros. Las pequeñas críticas no han de amargarnos la vida. Tengamos el valor de examinar con ánimo sereno si son o no justas.

Si lo primero, procuremos corregir nuestro mal gusto, falta de tacto y defectos; si lo segundo, riamos felices al comprender que tienen tan poco que decir de nosotros que van a buscar insignificancias y las agrandan con mala voluntad.

Nunca dejemos de hacer algo bueno por temor a la crítica.

En cuanto a lo malo, si nuestra conciencia no es suficientemente recta, bendigamos a la crítica que nos detiene al borde del mal.

INDICIO REVELADOR

Un chico se puso a silbar en la puerta de una salchichería, tan frenéticamente, que salió el salchichero y le dijo que allí no se podía silbar.

—Es que se me ha perdido mi perro.

—¿Y tú crees que yo tengo a tu perro aquí dentro?

—No lo sé — repuso el chico—; pero cada vez que silbo se mueven aquellas salchichas.

HISTORIA SAGRADA

—Ya sabes que, cuando el diluvio universal, Noé construyó un arca de proporciones considerables.

—Ya lo sé.

—Y en ella introdujo un par de animales de cada especie.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Qué Noé estaba algo trastornado, porque ¡mira que meter los peces en el arca para que no se ahogaran en el mar! Yo no me lo explico.

GRAMATICAL

—Dígame usted dos palabras que tengan la misma terminación.

—Arroz y patatas.

—¡Hombre! ¿Conque patatas y arroz terminan igual?

—Sí; porque los dos terminan en el estómago.

Barbones y barbudos

Por Marjorie Mears

El problema de la prioridad relativa de barberos y barbudos es casi tan incierto como el de la gallina y el huevo. Los huesos de los primeros barberos del mundo han sido polvo durante muchísimos siglos, pero los arqueólogos, excavando en las ruínas de civilizaciones prehistóricas, han desenterrado, recientemente, instrumentos de la profesión.

Curiosas piezas azuzadas de pedernal y carey, han sido identificadas ahora como útiles necesarios para el barbero o el peluquero.

También se han descubierto cuchillos de formas burdas, muy parecidos a navajas, entre los restos de la civilización de la edad de bronce.

EL PRIMER BENEFACTOR DE LOS BARBEROS

Alejandro el Grande fué, al parecer, el primer benefactor de los barberos. Hasta su tiempo, los griegos usaban barba.

Mientras el triunfante guerrero lloraba por más mundos que conquistar, no dejaba de estar siempre ojo avizor para descubrir y aplicar modificaciones y mejoras en el arte y en los equipos de la guerra. Y de esa manera, cayó en la cuenta de que las barbas luengas de sus soldados constituían excelentes asideros para que el enemigo las empuñara con una mano, mientras que con la otra le partía la crisma de un sablazo. Por lo tanto, como una medida de protección y defensa, Alejandro el Grande sancionó un decreto por el cual sus bien disciplinados soldados debían afeitarse las barbas.

El ejército inició la moda, las tribus griegas la siguieron, y, desde entonces, los barberos comenzaron a multiplicarse en número y progresaron.

DIVISION CAPITAL

El mundo ha estado siempre dividido en barbudos y barbilampiños. Las naciones orientales han tenido, y tienen, la barba en alta estima. Significaba virilidad; sólo los esclavos se afeitaban. El juramento por la barba es tan viejo como la historia misma. Hay un templo en la India que conserva, dentro de una urna de cristal y oro, el juramento: "¡Por las barbas de Mahoma. Una vez, por año, cuando el precioso relicario es abierto, los devotos peregrinos se reunen de todas partes de Arabia y aun del Asia. El juramento "¡Por las barbas de Mahoma!" es sagrado para los mahometanos.

Por el contrario, los egipcios eran un pueblo de barbilampiños. La mayor parte de la gente se afeitaba todo el cráneo, además de la cara, mientras que los sacerdotes, yendo aún más lejos, se afeitaban todo el cuerpo cada tres días.

Entretanto afeitar, cortar y rapar, los barberos y peluqueros se las pasaban trabajando de sol a sol. Llevaban sus instrumentos en una canasta abierta, en la cual había diversas clases de navajas y cuchillos.

La mayor parte de los implementos de una peluquería moderna eran familiares a los faraónicos súbditos. Además de las navajas y rizadores tenían sus tinturas, lociones, ungüentos, aguas, perfumes y fijativos.

Estamos seguros que, en aquellos tiempos, los barberos eran tan molestos y charlatanes en sus ofrecimientos de nuevos tónicos para el cabello o de "shampoos", como lo son ahora.

LOS BARBEROS Y LA BIBLIA

Una de las más antiguas referencias a la profesión de los barberos se encuentra en la Biblia, en el Génesis, donde se cita el hecho de que José, hijo de Jacob, fué cambiado de vestidos y afeitado antes de ser presentado ante el faraón para interpretarle su sueño famoso.

Los embajadores del rey David "fueron vergonzosamente afeitados por un pagano", y dándose cuenta de su humillación, el rey les ordenó que permanecieran en Jericó hasta que crecieran sus barbas.

En algunas versiones de la Biblia se dice que Dalila pidió auxilio a un barbero para dar a Sansón la famosa afeitada. Y en el libro de Isaías se encuentran estas palabras, escritas casi siete siglos antes de Cristo: "Y en el mismo día afeitará el Señor con una navaja mercenaria."

Los griegos eran celosos protectores y constantes clientes de los barberos. He aquí una descripción de las "Cartas" de Alciphrón sobre una peluquería, que bien se ajusta a las de hoy día:

"El barbero da los buenos días cortésmente, uno se sienta sobre una silla alta y una afilada navaja nueva es pasada sobre la piel. El lugar es el usual de reunión y holgazanería de Atenas, con sillas e instrumentos en abundancia y un hermoso espejo simétrico que no refleja las caras torcidas. Uno se sienta, charla, chismea, oye las últimas novedades de la ciudad, entera de las apuestas y de los más recientes escándalos conyugales; se encuentra allí con los amigos, se hace cortar y arreglar las uñas, remover las verrugas y barros, como asimismo todos los cabellos inútiles que molestan; el uno es un poco "dandy" se hace aplicar esa preciosa tintura para ostentar el verdadero color con que aparecen los héroes de la escena".

LOS BARBEROS EN ROMA

Los eruditos no están de acuerdo sobre la fecha en que el primer barbero llegó a Roma desde Sicilia, pero fué entre los años 454 y 430 A. C. La vieja aristocracia romana frunció altaneramente y disgustada las cejas, ante la influencia de la civilización griega, con sus nuevas doctrinas de religión y política, sus raras costumbres, modas y moral. Pero los reaccionarios lucharon en vano: los estilos extranjeros se impusieron y pocos años después los barberos tenían mucho que hacer en Roma.

Escipión el Africano fué, al parecer, el primer hombre que se afeitó todos los días. Y se dice de Marco Antonio que antes de presentarse ante Cleopatra, se hacía afeitar, no una, sino muchas veces.

LOS BARBEROS EN LA EDAD MEDIA

Los barberos de la Edad Media eran personajes muy importantes. En los primeros años del reinado de Eduardo II, los barberos practicaban también el arte de la cirujía. Además de afeitar y cortar el cabello llevaban a cabo otras operaciones, como sangrar, uterizar, extraer dientes etc.

Muy poco a poco se fueron separando los barberos de los cirujanos, y tan es así que Ambroise Paré, el famoso cirujano del siglo XVI, comenzó su carrera como aprendiz de un barbero-cirujano de París.

En el siglo XVIII, las barberías y peluquerías eran el lugar preferido para mentidero y chismerío. En aquellos tiempos ya se indicaba la casa con un asta rayada con diferentes colores, como se hace hoy día.

Las rayas rojas significaba la venda para el caso de sangría, y una pequeña vasija suspendida de la parte superior del asta, el recipiente destinado a recibir la sangre.

Fama y fortuna recayeron sobre muchos barberos. Como ejemplos: el del hermoso Brummell; Oliver le Dain, barbero de Luis XI, que tenía una influencia enorme en la corte y que manejaba con igual habilidad las barbas que los asuntos de Estado. También han sido llevados a la literatura: "El Barbero de Sevilla" continúa aún sus bufonerías sobre la escena.

Hoy día estamos en la era de los barbilampiños y el trabajo de los barberos se ha duplicado con la incursión de las féminas en las peluquerías.

Aventura cara

Un marido sorprende a su mujer en un restaurant cuando cena con otro. El burlado se encara con el burlador y le dice:

—¡Esto le va a costar a usted caro!

—Sí, señor — respóndele el otro con la mayor naturalidad. — En estos sitios le explotan a uno. ¡Y hay que ver lo que dan!

LA CASA LUIS COSTANTINI

UN ALTO EXPONENTE DE LA PRODUCCION ARGENTINA



Hace cuarenta años, D. Luis Costantini echó las bases de la casa que lleva su nombre y que es ahora en su ramo, el más alto exponente de la producción argentina, y en el orden general del progreso de nuestro país una verdadera fuente de belleza y de fuerza comercial e industrial.

D. Luis Costantini supo percibir en aquella época, cuando aún estaba la nación en plena incipiencia en todos los aspectos de su actividad, el porvenir inmediato que le esperaba y la necesidad sentida de dar impulso creciente a su riqueza.

Fué en este sentido un clarividente. Sus previsiones sobre el futuro del país se cumplieron ampliamente, y se cumplen todavía, dándole razón a sus ideas y demostrándolo, precisamente, en la prosperidad de su casa. La modesta entidad fundada allá cerca la mitad del siglo pasado es hoy un emporio magnífico de floricultura.

Su establecimiento matriz de la calle Callao 21 da la sensación entera de lo que puede una casa dispuesta con toda voluntad e inteligencia a servir al público y propender al mismo tiempo al desarrollo de una de las principales producciones de nuestro suelo.

Hermosa lección la de Don Luis Costantini. Supo revelarnos él como la simpleza bella de la flor puede no sólo trocarse en emoción espiritual, perfumando y elevando la gracia del hogar, sino también en fecunda industria de provecho colectivo.

De ahí el espectáculo reconfortante que es una visita a la prestigiosa casa. Recorriendo sus dependencias, observando sus compartimientos y el múltiple y policromo conjunto de sus productos se tiene la certidumbre de que nada hay más profundo y extraordinario, entre los milagros de la vida, que esta aplicación de la naturaleza y el hombre a un fin común. Porque en la casa Costantini la flor agrega a su espontánea belleza, la belleza que le otorgan la dedicación y la ciencia de sus productores.



Señor Luis Costantini

La casa Costantini se halla actualmente bajo la dirección de los hijos del fundador. Son ocho hermanos, argentinos todos, que dirigen, respectivamente, las secciones Viveros, Capital, Viveros Regionales, Semillas, Parque y Plantaciones, Administración y Sucursales.

Ello es por sí una garantía de que la empresa está confiada a manos expertas y prolijas, cuidadosas del legado material y moral que recibieron. Se trata de peritos del ramo, que supieron prolongar la obra paterna, elevándola hasta el grado superior fácilmente comprobable en sus últimos ejercicios. Los hijos de Luis Costantini, heredaron de su padre la clara visión y el mismo temperamento emprendedor y enérgico.

Su mira principal es el criadero de árboles, cuya sana producción y explotación piensa implantar, del mismo modo que la casa estableció primero la industria de la seda, intento fecundo y próspero que si bien tendrá imitadores nunca había sido antes iniciado.





Otras iniciativas dignas de mención las constituyen su contribución al desarrollo de la industria forestal mediante la colocación en pocos años de varios millones de árboles en especies maderables y la que se refiere a la previsión de una posible invasión filoxérica en nuestros viñedos de Cuyo, mediante su renovación y constitución sobre pié americano; el cual emplean invariablemente en la producción de vidas en sus viveros de Córdoba y Mendoza.

La casa Costantini cuenta con cinco viveros modelos, tres en la provincia de Buenos Aires, uno en Córdoba y otro en Mendoza, cuya capacidad de producción la demuestra palmariamente el hecho de haber colocado en el transcurso de los últimos diez años:

a) Para la industria frutícola cinco millones de plantas;

b) Para la industria forestal seis millones de acacias blancas, cuatro millones de eucaliptus y once millones de forestales varios.

c) Para la industria de la seda dos millones de moreras blancas.

Actualmente la capacidad productora de sus viveros que cuentan en total con una extensión de 250 hectáreas, les permitirá triplicar esa producción en el mencionado tiempo; significando, en consecuencia, un alto exponente de la producción argentina y una verdadera fuente de belleza y fuerza comercial e industrial.



Un literato, príncipe de los gastrónomos

Anselmo Brillat-Savarin, si le hubieran dado a elegir el lugar de su nacimiento, no cabe duda que se hubiese decidido por el que la suerte le deparó; Belley, famoso lugar por su fervor por la buena mesa. En su puebuo natal se encontraba cuando estalló la revolución de 1789, ejerciendo su profesión de abogado, y sus conciudadanos le envieron a la Constituyente; pero no permaneció largo tiempo en París, pues tuvo que regresar a su país, para encargarse de su alcaldía. Amenazado por los jacobinos, tuvo que huír y refugiarse en Suiza.

En el camino, le sucedió un episodio, que él cuenta con encantadora pluma en las "Variedades" de su *Psicología del gusto.*

Llevaba varias horas cabalgando y el apetito que sentía empezaba a tomar el carácter de hambre, cuando llegó a una hostelería en las estribaciones del Jura, y lo primero que hizo fué meterse en la cocina, en donde, ante un hermoso fuego, vió un largo asador en el que estaban ensartadas mantecosas codornices y sabrosas agachadizas.

Estas piezas selectas — dice — dejaban caer sus últimas gotas de grasa sobre un gran trozo de venado asado, preparado a la cazadora, y un recipiente de barro: unos lebratos mostraban sus hancas tiernas y redondeadas, que exhalaban un aroma como para embalsamar toda una catedral.

Bien — exclamó nuestro fugitivo—; Dios no me abandona; una flor más que recoger al paso. Para morir, siempre hay tiempo.

—Vamos a ver — dijo al hostelero—, ¿qué me vas a dar de cenar?

—Pues señor, unas sopas, patatas cocidas, habichuelas y espaldilla de cordero.

—¡Ah! ¿Y esta delicia que veo en el hogar?

—Esto, señor, es encargo de unos magistrados que se han reunido aquí para celebrar no sé qué.

—¡Magistrados!... ¡La Justicia!... ¿Huiré?

Huír, jamás. Entabló la charla con aquellos graves señores, y les suplicó le admitiesen en su mesa, pagando lo que le correspondiese. Accedieron. Su exquisita amabilidad, su gracejo, su buen humor, unas poesías que a los postres improvisó en honor de sus huéspedes, cautivaron a los magistrados, y trabajo le costó poder separarse de ellos montar a caballo y dirigirse a Suiza, a trote ligero, adonde, por fin, llegó instalándose en Lausana.

Como la Revolución había confiscado sus bienes, se vió precisado a buscar algo con qué vivir, y después de atravesar Alemania y Holanda se embarcó para Nueva York, en donde permaneció hasta 1797, dando lecciones de francés, tocando el violín en un teatro y explicando las exquisiteces del arte culinario, desconocidas por los yankis de aquella época.

Al regresar a Francia, le devolvieron los bienes confiscados, menos una viña, cuya pérdida lamentó toda su vida, pues el zumo de sus uvas no era vino, sino néctar.

Enviado al ejército del Rhin como secretario de Angereau, el buen Savarin lo pasó muy mal, pues el general no comía sino un guisote repugnante preparado por él mismo. Al año, rebosante de alegría, pudo dejar al guerrero y fué nombrado juez de Versalles y consejero del Supremo más tarde.

En aquella época de tranquilidad, empezó a escribir su célebre libro *Psicología del gusto.* Lo compuso despacio, como preparaba sus deliciosos platos. Acumuló, como las especias más preciadas, sus recuerdos pintorescos, sus impresiones, las reflexiones de su sonriente filosofía, e incorporó el fruto de sus estudios gastronómicos, sus exquisitas recetas, y todo lo condimentó con la más fina, la más delicada, la más espiritual de las salsas.

A fines de 1825 publicó su obra. Tres meses después, en los funerales que se celebraron en Saint-Denis por la muerte de Luis XVI, cogió una pulmonía, que le llevó al sepulcro el 2 de febrero de 1826.

De él o de un compañero suyo, se cita la siguiente frase:

"Considero la invención de un nuevo plato que sostiene nuestro apetito y prolonga nuestros placeres, como un acontecimiento mucho más importante que el descubrimiento de una estrella".

Brillat-Savarin hizo más que inventar platos: codificó el arte de la buena mesa, creó la filosofía del gastrónomo y del arte culinario.

Escribió un solo libro, pero variado, ameno, instructivo, lleno de ciencia, escrito en forma clara, desbordante de gracia fina.

Balzac dice de él que tenía un valor único, incomparable.

He aquí algunas de sus máximas:

"Los animales devoran, el hombre come; sólo el hombre refinado sabe comer.

El destino de las naciones depende de cómo se alimentan.

El placer de la mesa es de todas las épocas, de todas las condiciones, de todos los países y de todos los días; puede renunciarse a todos los demás placeres, y es el último que queda para consolarnos de la pérdida de los otros.

La mesa es el único lugar en donde uno no se aburre jamás durante la primera hora.

El que recibe amigos y no se ocupa personalmente de la comida con que les va a obsequiar es indigno de tener amigos.

Convidar a alguien es encargarse de su felicidad, durante el tiempo que permanece en nuestra casa".

El hombre autor de esos aforismos era un sabio.

Brillat-Savarin era sabio y artista.

Hoffman decía, al hablar de la *Psicología del gusto*, en el *Journal des Debats*, en 1825:

"El autor de este libro divino es un hombre de mundo que no desconoce ninguna ciencia, ningún arte: habla casi todas las lenguas muertas. Es médico, fisiólogo, anatómico, químico, arqueólogo y literato; hace versos, compone música y desde las alturas de las ciencia, se digna, algunas veces, descender a la canción báquica y a los versos de reunión. Para bien de la humanidad ha aplicado todos esos conocimoentos al arte culinario.

Tanto talento, tanta sabiduría puestos al servicio de un solo libro, de un libro que trata de un asunto que mucha gentes desprecia, porque no sabe aprecias su valor.

¿No es esto a la vez, el mejor elogio del autor del libro y de la ciencia gastronómica que lo inspiró?

EL LUTO DE LA VIUDITA

Antes de cumplirse el año
De la muerte de su esposo,
Siendo el hecho escandaloso,
Inconcebible y extraño,

Fué el asombro general,
Y contra la pobre viuda
Entabló campaña ruda
La chismografía social.

Del negro Juan, que su suegro
De mayordomo tenía,
Se enamoró Rosalía
Y se casó con el negro.

Pero ella, con gran reposo,
Así convenció a su suegro:
—Para cumplir con mi esposo,
¿Qué luto más riguroso
Que casarme con un negro?

Javier de BURGOS

Un factor poderoso del progreso comercial del país: la firma José Bacigaluppi e Hijo

La firma José Bacigaluppi e Hijo ostenta en el ramo de sus actividades la más noble y pura tradición comercial. Es ella, indudablemente, la que elevó la función de martillero al alto rango que goza en la actualidad en nuestra plaza. Conceptuada en su justo mérito, podría decirse que se trata de la firma que logró dar el ímpetu propulsor al negocio de remates.

Los señores Bacigaluppi extendieron la red de su acción; intensificaron, hasta multiplicarla, su obra; abrieron nuevos horizontes al desarrollo de la difícil profesión. Lograron así elevarla a la categoría de actividades para las cuales se requieren condiciones excepcionales, virtudes propias, cualidades innatas en quienes aspiran a desempeñarla en su acepción legítima.

El ejercicio de martillero pasó a ser, desde luego, más que una simple función comercial, una tarea para la cual es preciso, sobre todo, una decidida vocación.

La firma Bacigaluppi e Hijo lo ha demostrado en forma incuestionable. Al frente de la misma se han sucedido padre e hijo, después de una colaboración fecunda de muchos años, que prueba que el martillero no se improvisa y que no es sólo con espíritu de empresa como se llega a dominar la materia.

Don José María Bacigaluppi, que heredara la dirección de la importantísima casa hizo honor al legado de su antecesor. Temperamento dinámico, fogueado en las vicisitudes del comercio; dotado del genio práctico; febril, espontáneo, pero a la vez sereno y reflexivo, en don José María Bacigaluppi se complementan valores insustituibles del que resulta esa fuerte personalidad cuyo vasto prestigio en nuestra plaza acrece día por día.

A su lado trasciende la cálida atmósfera de simpatía personal y de trabajo continuo y vivido que se advierte allí donde hay un hombre que irradie sobre el conjunto de una obra. No hay resorte, no hay detalle del complicado mecanismo que supone una casa de tanta magnitud que pueda escapar, sin embargo, a la vigilancia de su inteligencia y su dedicación.

Todos los negocios, todas las operaciones, desde la más ínfima, a la más considerable, pasan bajo su control diligente y seguro. Es por eso, don José María Bacigaluppi, lo que se que tienen la dignidad del oficio y que con su constante empeño hacen de la profesión un heroismo de todos los días.





Señor José Bacigaluppi





Señor José María Bacigaluppi (hijo)

entiende en rigor de verdad como un "pioneer" del progreso nacional, es decir, por uno de los magníficos espíritus civiles

Es, posiblemente, el intérprete de lo que llevó a Sarmiento a proclamar que la patria se hace en la paz, ennobleciendo las artes manuales o intelectuales que realice cada ciudadano. Don José María Bacigaluppi nació en la capital federal el 4 de Noviembre de 1895, retoño feliz de aquel hogar patriarcal Bacigaluppi - Angeletti, a cuyo calor surgió esa familia de hombres que figuran en el índice más representativo del progreso argentino.

Después de una sobresaliente carrera de estudio, obtenido su título de bachiller, dedicóse, no obstante, al comercio, en el cual había manifestado los caracteres extraordinarios que lo condujeron al éxito notorio que alcanza su firma.

Miembro del Club del Progreso, del Gimnasia y Esgrima, del Belgrano, del River Plate, de la Cruz Roja Argentina y de otras diversas y conspícuas instituciones benéficas y culturales, don José María Bacigaluppi es, por otra parte, un caballero de vida social, a quien las especulaciones del espíritu compensan altamente de sus esfuerzos materiales.

Don José Bacigaluppi representa el triunfo de la competencia, de la contracción y de la ilustración. Pertenece a la falange de luchadores que aplicó toda su vida a un propósito que no fuera exclusivamente su bien personal, sino que se reflejara, además, en la prosperidad y el progreso colectivo. Su martillo adquirió el prestigio que el éxito sucesivo y la tradición prestan a lo que es un símbolo profesional.

Las grandes operaciones mercantiles se efectuaron por su mano, o siguiendo sus indicaciones. Fué por ello, en cierto momento, la columna sobre la cual reposaban los intereses más fundamentales de la existencia comercial de nuestra plaza. Hijo de don Antonio Bacigaluppi y de doña Rosa Roffo, cursó estudios secundarios hasta obtener el bachillerato, emprendiendo en seguida la carrera comercial hacia la que tendían las miras de su temperamento. Se inició como martillero, pues, por vocación irrefrenable. A los treinta y cinco años de actividades su empeño alcanzaba la magnitud admirable que registra su firma. La Casa José Bacigaluppi e Hijo reviste de tal modo la trascendencia de un poderoso factor de la grandeza del país.

Entre criollos

Por Valentín García Saiz

Invierno. Habían caído fuertes lluvias y el pequeño arroyo desbordado, bramaba como si fuera una fiera salvaje; el "paso" estaba intransitable. Poco antes del mediodía, el viejo carrero de la frontera, Avelino Leites, con toda resignación, desunció los bueyes a la espera de la bajante para proseguir su marcha.

Al llegar la tarde, cesó el temporal, y en los contornos oíase un murmullo que era algo así como el rezongo de aquella elástica corriente. El sol, entonces, dejóse ver por breve tiempo y luego ocultó su faz redonda tras los cerros lejanos, empenachados con nubes de púrpura y oro. Muy cerca de la carreta, estaba Leites preparando un cuarto de cordero al asador, el que paulatinamente iba dorándose. Entre las brasas estaba la caldera con el agua, la que de tanto hervir, chirriaba como si fuera un grillo. "Caribe", un perro negro y feo, dormitaba a sus anchas cerca del fogón. La picana estaba enhiesta, clavada en la tierra. Las dos yuntas de bueyes pastaban en las proximidades. El caballo "lobuno" relinchaba a orillas del "paso", metiendo de vez en cuando las patas en el agua al tiempo que fijaba los ojos en la larga cinta del camino que se extendía a su frente. A veces daba vuelta la cabeza y miraba a su dueño, como invitándolo a proseguir la marcha. De pronto "Caribe" al incorporarse, tiró la caldera con brusquedad en el fuego, apagando algunas brasas, y fué a ladrar a la vera del camino.

Un paisano, no mal montado y de enmarañada barba, descubrióse respetuosamente ante Leites y después de dar las "güenas tardes", preguntóle desde el caballo:

—¿Es muy hondo este paso?

—Asigún pa quien... A los patos les da po'el pecho — dijo el carrero, irónicamente, y luego agregó:

—¿No apetece un poco de cordero?... S'está poniendo doradito.

—Gracias, don... ya vengo comido.

—Si no va di'apuro, lo envito a bajarse; asina matiaremos juntos.

—Güeno... le viacetar si no es molestia.

Y se apeó, dejando maneado su caballo.

Al abrigo del fogón y de sus ponchos "patrias", poco después, aquellos dos criollos, como si hubieran sido viejos camaradas, platicaban sobre interesantes temas del campo y mientras iba anocheciendo, los resplandores de las llamas, ponían en sus rostros broncíneos y enjutos, pátinas de un rojo amorotado. El mate fraterno, — la "cachimba" ambulante en que beben los criollos el espíritu de las tierras vírgenes de América, — pasaba de una mano a la del otro, como un símbolo de paz, de cordialidad y simpatía.

Poco a poco, entraron al campo de las confidencias, y a la pregunta de Leites, el llegado contestó:

—Mi gracia... me llamo Rufino Díaz, pa servirlo; soy de la Florida. Dende muy borrego me crié en la estancia de los Fagundez, ande juí capataz una puntita di'años. Ahura los herederos han vendido la estancia a un ingeniero de la capital que la va'esplotar a la moderna; y asigún tengo entendido, piensan fundar una colonia. Como yo soy a la antigua, ¿sabe?, y no compriendo d'esas cosas... ¡me despidieron!

Hubo un breve silencio y el carrero se atrevió a preguntar:

—¿Y áhura pa'ande va, don Rufino?

—¿Ahura?... Emigro del país— contestóle. — Tal vez por la frontera encuentre alguna estancia a la antigua, ande s'esté a gusto, y pueda trabajar de pión aunque mano sea... ¿me compriende?

—Sí... lo compriendo — dijo Leites, afirmativamente. — Las estancias de hoy, no son las di'antes... yo he notao tuitas esas cosas. El progreso, dicen los puebleros, como quien dice: "abran cancha". Y es asina mesmo como van ladiando a los gauchos, sacando las costumbres landas del país. Usté ve... hoy, el "pericón" no se baila más, lo han yevao de muestra pa los tiatros, asigún dicen; las guitarras y los cantos criollos s'estinguen, la estancia que no tiene piano, tiene fonógrafo. Y yo mesmo tuitos los días estoy con el Jesús en la boca, cada viaje que hago con mis pobres güeyes y mi carreta, me parece qu'es el último. Tuito va cambiando, compañero... y a eso le yamán progreso; copiar a las uropas es más mejor pa ellos. ¡Nos vamos diendo como las balsas de nuestros ríos, nos vamos diendo como los "chingolos" y los "boyeros"!

—¡Nos vamos diendo!... —ratificó apesadumbrado don Rufino. —Ayer mesmito, quince leguas di acá, estuve en una estancia. Como divisé unos ombuses, carculé que las casas jueran de hijos del país; pero muy pronto nomás tuve que pegar la güelta. Me recibieron con pantalones ajustaos y con polainas. Ni jueron capaz de envitarlo a pasar pa dentro a pesar del agua que cáia. Antes siempre lo recebían con el mate en la mano y no faltaba nunca un cuarto de güespedes en tuitas las estancias. Si hasta parece qu'esa gente tiene un habla distinta a la nuestra.

—Güeno, aparcero... más vale no hablar de cosas tristes áhura qu'el cielo s'está poniendo lindo. ¿Que le parece el asadito de cordero? Hoy me dispreció cuando lo quise convidar; usté sabe, qu'entre gauchos no esisten cumplimientos. Vamos a darle un tajito antes que se chamusquée.

—Güeno... — dijo complacido don Rufino — le vi'acetar un pedacito por tratarse de cordero.

Los gauchos sacaron los cuchillos de sus vainas; brillaron los aceros. Comían lenta y silenciosamente. Leites se paró y fué a la carreta de donde extrajo una botella de vino, un trozo de queso y un par de galletas, dándole todo al compañero que comía con una voracidad envidiable. Luego díjole:

—El mate le asentó bien, don Rufino.

—Sí... — contestóle; — me abrió una gran zanja n'el estómago.

El carrero, sin pretender inferir un agravio, díjole ingenuamente a don Rufino, quién estaba "prendido" de un pedazo de cordero:

—Tiene güen diente... Dios se lo conserve.

El criollo cambió de color, se puso pálido, hizo un gesto agrio de dolor, brilláronle los ojos, luego bajó los párpados y dijo con voz trémula:

—Mire... le voy a confesar la verdá: ¡hace más de dos días, que no pruebo bocao!...

* * *

El fogón lentamente se fué extinguiendo en tanto brillaba en el cielo "el crucero" con sus cuatro candiles de argentada luz, precursores de un bello día. El arroyo apenas cantaba una canción en voz baja. La noche amorosamente absorbía el silencio de aquellas agrestes campiñas saturadas por el aroma de los trebolares y de los flotantes camalotes arrastrados por la mansa corriente.

A orillas del "paso", aquellos dos criollos de molde antiguo, al despedirse, llenos de emoción, solamente se dijeron:

—Gracias... ¡hasta la güelta!

—De nada... ¡Adiosito!

Al Doctor Hipólito Yrigoyen en su advenimiento a la Presidencia de la República

Mago: La primavera,
con su cohorte de fúlgidas auroras,
despertó para ser tu compañera.
Del reloj de la vida, son las horas
felices que os juntan en la cumbre:
Tú, segundo Mesías,
centro solar, cuya potente lumbre
es promisión de venturosos días.
Ella, que dá pinceles y colores
a Flora, y luces y oros
para pintar los campos y las flores,
y alegría a los pájaros canoros;
que a sus caricias pródigas y amigas
echa el trigal innúmeras espigas.
Taumaturgo sapiente y prodigioso
que la linde traspones de lo humano,
milagrero de Oriente, gran coloso
cuya potente mano
siembra rayos de luz, tesoros crea,
fama y honor por vastos continentes,
simpatía en las urbes y en la aldea,
veneración y asombro entre las gentes...
¡Salud!, y bien venido
seas a la alta cumbre
donde, cóndor gigante hiciste el nido
con el alma del pueblo, muchedumbre
que te aclama y desea
llena de fé, de confianza ahita,
como Israel al mago de Judea.
¡El pueblo!, que contigo se desquita
de penas y miserias, y el reposo
al lado de tu brazo omnipotente
(cuerno de la abundancia milagroso)
busca, para su espíritu doliente!...
Mago: *Salutem Pluriman* deseo
para tí, a quien admiro
con fanático afán, más que a Proteo
y Bonaparte y Alejandro y Ciro.
Luce el traje nupcial, bella, divina,
la Nación Argentina,
y del consorte prodigioso espera
que tras un ciclo próspero, felice,
ha de hacerla del mundo la primera,
que es el galán quien "hace" y nunca "dice".
Así sea, Caudillo, y quiera el cielo
que por bien de la patria, a quien adoras
veas cumplido el bondadoso anhelo
que por ella en tu espíritu atesoras.
... ...
Vuestro nombre inmortal, yo bien quisiera
subir a la epopeya, Señor mío,
mas no pasa de ser una quimera,
que mi númen es páramo baldío.
Perdonadme, Señor, si en un espasmo
de mi rudo lenguaje cantar quiero
y no acierto a deciros mi entusiasmo:
Es vuestro admirador un extranjero...

Manuel ALVAREZ JUAREZ.

Un rato de charla con Ernesto Vilches

Vilches está dando los últimos retoques a su notable caracterización de "Nopal", ese aguafuerte mexicano con el que ha obtenido un nuevo triunfo artístico. Un poco quejoso porque su estómago no marcha como su temporada, pero resistente y pleno de entusiasmos nos espeta lo siguiente:

—¿Les parece a ustedes bonito que tenga un actor que vivir eternamente en el teatro?, Pues han de saber ustedes que yo entro aquí a las 2 de la tarde y salgo a la misma hora de la madrugada. Ensayos, funciones tarde y noche, los días festivos tres, y así llevo veinte años. La temporada anterior en el Odeón fué muy feliz, así como la jira por el interior y mi vuelta al teatro Nuevo parece ser todo un éxito.

—¿Es cierto, entonces, que ha ganado mucho en esta larga "tournée"?

—No lo crea, se exagera; tengo un sin fin de gastos. Mi "bordereau" asciende a 900 pesos diarios, sin mi sueldo. Agreguen a ésto, decorados, regalos, mis gastos que son muchos y comprenderán que no es oro todo lo que reluce.

—¿Qué obra le ha producido más?

—"El negro que tenía el alma blanca" se ha portado muy bien, mejor que muchos blancos,, es decir, mejor que muchas otras blancas, de esas que dicen que yo tengo en mi repertorio. Pero examinen ustedes los últimos estrenos efectuados en España y verán que ninguno es superior a las obras que yo he estrenado, excepto las de Benavente.

—¿Y cómo es que Benavente nunca le da sus exclusivas?

—Ni Benavente ni ningún autor español; todos ellos las guardan para las compañías que viven eternamente en España, es decir, esas con quienes tienen "intereses creados" o sino, se las conceden al mejor postor.. Cuando mi paso por Madrid, pedí las exclusivas de Benavente y las de los hermanos Quintero y los tres se excusaron, diciendo que tenía que entenderme con sus representantes en ésta, y ya ven ustedes, cuando llegué a ésta, ya tenían las exclusivas las compañías Serrador y Concha Olona, etc.

—¿Y por qué pasa eso?

—Muy sencillo. Yo casi siempre estoy de paso en Madrid, por lo tanto, no puedo representarles las comedias meses y meses en caso de éxito y como todo en la vida es interés, prefieren verlas muchas noches en el cartel, aunque siempre no se monten con todo el decoro necesario, a que yo las haga con meticulosidad y cariño, y vayan menos noches. Yo me resigno, no exijo nunca nada, y voy paseando por el mundo un repertorio ecléctico, que a la mayoría del público y la prensa le interesa, aunque encuentre también algunos, descontentadizos, los menos, pero existen, pues quisieran ver en mi repertorio obras de tesis o de vanguardia, como se les llama a esas obras que son difíciles de encontrar para que sean novedades en Buenos Aires, pues siempre las traen las compañías extranjeras que visitan esta gran capital y que han sido vistas por torero que se ha destacado como un gran autor teatral; "Le Rosaire", comedia que se hizo como tres años consecutivos en Nueva



El eminente actor español, Ernesto Vilches

el mismo público que acude a mi teatro.

—¿Qué proyectos tiene?

—En esta segunda temporada en el Nuevo pienso estrenar varias obras de las que espero obtener grandes éxitos, como ser "En la sombra del harem", de Lucien Bernard; "El fantasma de Canterville", de Oscar Wilde; "Sinrazón" de Ignacio Sánchez Mejía, ese gran York, y que este año ha sido el éxito en París.

—¿Y del público argentino?...

—Inteligente, culto, como pocos públicos del mundo, pues tiene el paladar refinadísimo a causa de que visitan Buenos Aires las compañías más notables de Europa y además de ver los mejores actores, escuchan las mejores comedias. Yo lo quiero como a pocos auditorios, pues me ha demostrado un cariño y una simpatía que mi alma vive en eterno agradecimiento. Mire la verdad de mi aseveración. Si me hicieran una sala como yo pretendo, me quedaría entre ustedes para siempre. Creo que es la mejor demostración de mis sentimientos.

—¿Y tiene esperanzas de que ello se realice?

—Sí, me lo han prometido; cuento con la mano protectora de un moderno Mecenas. Pero no un teatro para que yo gane dinero, sino un teatro a mi gusto, como ya muchas veces lo he dicho. Uno de ellos se construyó después de escucharme a mí, pero se equivocaron completamente. Yo deseo trabajar para que el público oiga bien, esté cómodo, vea de cualquier parte, y para eso es necesario que se haga lo que yo digo. No es vanidad, pero creo que un actor que ha recorrido el mundo entero y que ha querido siempre perfeccionarse en todo sentido artístico, ha observado más que los arquitectos que saben mucho, pero que no comprenden lo que el público desea y tiene derecho de exigir al respecto.

—¿Sus autores predilectos?

—Todos aquellos que pinten un carácter. Los que escriban comedias emotivas, reales, humanas. "El arte es un pedazo de naturaleza. visto a través de un temperamento..." Estoy con Zola.

—¿Y de la presentación escénica?

—Opino del mismo modo; creo que hay que darle el mayor relieve de verismo a la realidad. Yo no siempre pongo biombos y farolitos, y cuando éstos aparecen en escena, créame que ellos podrían estar en cualquier habitación privada, para darle la estética necesaria para el buen gusto y el refinamiento. En Buenos Aires ya nada tienen que aprender a ese respecto.

—¿Está contento con su compañía?

—Encantado. Es muy buena en todo sentido, artísticamente y como personas. Sylvia Parodi ha triunfado en España ampliamente y aquí ha pasado lo mismo, y eso que nadie es profeta en su tierra.

—¿Volverá el año entrante?

—No. Dejaré descansar la plaza. Volveré... qué se yo! a andar nuevamente, y cuando crea que este público tan querido por mí, desea verme, vendré, quizás por última vez, pero mi despedida será de Buenos Aires antes que de ninguna ciudad.

Vilches ha terminado su caracterización. Pancho Villa, que es el personaje que interpreta, habla suavemente, casi con tristeza...

A los pocos minutos salimos a la platea y Vilches se ha transformado. Es un hombre malo, autoritario, mandón, déspota y criminal. Lo dicen todos sus gestos, su voz, sus hechos... y pensamos para nos: ¡todo lo contrario!

¿Es que en la vida no solemos ser así?

Enrique Feinmann

RIMAS CHUSCAS

Respuesta de tonto

Cierto gourmant se encontró
con cierto tonto de aldea
en ocasión en que el tonto
comía sin pan ni mesa.
Mostrándole sus reparos
(el gourmant al tonto aquél),
dijo éste:—Yo no vivo
ni nací para comer.
—¿Pero usted traga?
—¡No hay duda!
—¿Y al tragar usted advierte,
aunque poco selecciona,
un placer, cierto deleite?
—¿Un placer?
—Sí, sensación
agradable o cenestesia,
que le indica que comer
es un placer en esencia.
—Lo será...
—¡Y a no dudarlo!
Si en yantares harto sobrios,
como el de usted, se insinúa,
imagínese, es notorio...
Siguióse una discusión
por si comer es placer
o simple necesidad,
o tan solo varieté.
Hasta que el tonto, tomando
del final la iniciativa,
le dijo:—Convenga usted;
comida es materia prima.
—¿Para músculos o huesos;
para nervios, para sangre?
—No, señor, para una cosa
parecida al chocolate.
Indignóse el buen gourmant
con la ocurrencia del opa,
y al reprochársela díjole:
—¡Tonto, de más y de sobra!
—Sí, señor—repuso aqueste—
yo soy tonto y algo más,
¡Cómo que nadie me dice
sino tonto de verdad!

José PAVIA R. - JAEN.

Las grandes transacciones de compra-venta en la propiedad urbana de la capital federal.

Consecuente, nuestra Revista, con el propósito de exteriorizar todas las manifestaciones de las actividades amplias y tuno destacar como una nota interesante del ambiente la importante venta que por mandato **judicial** realizará el Marti- fondo proporcionado, y, teniendo en cuenta la ubicación, que podemos calificar de excepcional frente a la Plaza del Congre- davia 827, con la base de $ 550 000, incluyéndose en esa cantidad, 200.000 cédulas del Banco Hipotecario Nacional.



En esta estratégica y valiosa ubicación, frente a la plaza del Congreso, se halla situada la propiedad que en breve rematará el señor V. P. Cacuri.

complejas, propias de un país próspero como el nuestro, de rápidas evoluciones, y en marcha ascendente en todos los órdenes de las actividades humanas, creemos opor-



llero de esta plaza Señor V. P. Cacuri.

Nos referimos a la propiedad de la calle **Victoria N.o 1550 al 76** perteneciente a la Sucesión de D. Eduardo Estrada.

Dada la ampitud de su superficie —aproximadamente 2500 varas con más de 35 varas de frente, y so, se ofrece al espíritu de empresa la oportunidad de una provechosa inversión.

Estamos informados de que la venta del referido inmueble, confiado al Martillo del Sr. V. P. Cacuri, se efectuará el Lunes, 29 del corriente, en el Hall de ventas del citado Martillero, Riva-

En todo sentido, creemos que es una de las más atrayentes operaciones de inmuebles del momento y confiamos que la subasta suscitará gran interés.



La evolución del caballo

Del Eohipo al pura sangre

La historia del caballo empieza con un animalito que vivía en la época Eocena, que recorría los lugares pantanosos de Europa, un bichito que no tenía más de veintiocho centímetros de altura, más parecido a un carnívoro que a un animal de pezuña. Tenía el dorso encorvado la cabeza y el cuello cortos, cola larga, y patas chicas. Este animal lo designamos con el nombre de "Hyracotherio". Debió abundar tanto en el Norte de América, como en Europa, aunque algo variado: el "Eohipo", que se diferenciaba del nuestro por una ligera variación en los molares de la mandíbula inferior.

El Hiracotherio y el Eohipo tenían cuatro dedos en las manos, con un vestigio de lo que en otro tiempo era el pulgar, y tres dedos en las patas, con vestigios de otros dos dedos.

La dentadura era muy diferente de la de los caballos actuales; no tenían cemento, corona ni raíz corta. Los molares anteriores o premolares, se diferenciaban considerablemente de los molares.

Además sus superficies tenían cúspides redondeadas que empezaban a cambiar para fundirse en el complejo sistema de crestas y crecientes que distinguen a los molares del caballo actual.

El siguiente estado en la historia del caballo está representado por dos animales conocidos por los nombres de "Anchitherio y Mesohipo" del tamaño de un carnero El primero vivía en Europa, el otro en América.

En el Anchitherio encontramos las primeras trazas de las concavidades en los dientes incisivos. Los caninos también los encontramos mucho más desarrollados en estos animales que en el caballo de hoy día y los tenían en ambas mandíbulas.

Los dientes laterales se hacen más complejos.

En las partes delanteras encontramos completamente separados los dos huesos del antebrazo.

En los modernos caballos, asnos y zebras sólo queda el radio; el cúbito ha desaparecido quedando reducido a una emergencia en el codo. En las patas traseras quedaban separados en la sección media, la tibia y el peroné; en el caballo de hoy, el peroné es solamente vestigio de lo que era.

En la pata encontramos tres huesos juntos que termina cada uno en un dedo suficientemente largo para llegar al suelo y contribuyendo a soportar el peso del animal. Tenemos un ser que se parece al caballo, pero de diferente dentadura. Además, no se ha formado aún la cuenca del ojo, no completamente rodeada de hueso como en el caballo.

Llegamos ahora al Merychipo mioceno, género americano, sin representante en el Antiguo Continente. Es un animal interesantísimo, pues sus dientes permanentes se llenan de cemento, mientras que los de leche, no tienen tal relleno, como en los tipos primitivos. Estos diente señalan el paso o transición entre el antiguo animal de dientes de corona pequeña sin relleno y el nuevo ser de dientes largos y rellenos de los caballos. Es el término medio entre el mesohipo y el caballo actual.

Los dos huesos de las manos o patas anteriores empiezan a fundirse; el peroné se reduce y acorta, llegando apenas hasta la mitad de la tibia y los dedos laterales tienden a desaparecer.

En lo que se refiere al Hipparion, las opiniones difieren sobre si se le ha de considerar como descendiente de los Equidos, o si es una rama colateral.

Estaba representado este animal tanto en Europa como en

Tenía este animal el tamaño de una jaca escocesa, y se supone que su piel estaba rayada como la de las antiguas cuagas.

En el Pliohipo encontramos el primer caballo de un dedo, el solípedo, parecido al moderno corcel y de un tamaño y una alzada casi igual a nuestro caballo. Esta-

América, pero las especies que habitaban en el Nuevo Mundo eran más delgadas y esbeltas que las de Europa e India. En ambas especies, es uno de los últimos caballos de tres dedos.

ba representado por varias especies, en las que aún persistían vestigios de los dedos laterales.

No hemos pretendido señalar todos los tipos de la escala, ni mencionarlos siquiera, pero lo expuesto servirá para ver que cuanto más atrás retrocedemos, más pequeños van siendo los tipos de lo que nos permitimos llamar tribu caballar, sus dientes menos complicados y mayor el número de dedos.

Para estas evoluciones, ha sido necesario que transcurran miles de años. El profesor Osborn cree fué necesario el transcurso de un millón de años para que desapareciese el primer dedo, y dos millones más de años, para la eliminación de los dedos laterales, hasta llegar a la forma que tiene el pie del caballo, en el cual aún se ven trazos de los dedos perdidos.

La evolución en América de los géneros y especies que no se encuentran en el Viejo Mundo, es asunto de extremo interés. Esto no quiere decir, que el caballo, tal como hoy le conocemos, tuvo distintos centros de origen, sino que algunos ejemplares europeos pasaron al otro continente cuando ambos estaban unidos y dieron origen a nuevas especies.

Todos los caballos existentes, es decir: caballos y zebras, pertenecen al género Equus y se diferencian unos de otros por el tamaño y color de sus capas y en pequeños detalles sin importancia, como el desarrollo de la crin y de la cola y los espejuelos de las patas. En el verdadero caballo toman la forma de callosidad y aparecen encima de la rodilla, en las manos y debajo del corvejón en las patas. En el asno, faltan los espejuelos de las patas traseras. Los caballos salvajes desaparecieron de América antes de la aparición del hombre. Los que hoy existen son descendientes de los allí llevados por los españoles.

La lenta transformación de los pies, por lo cual los primitivos cinco dedos quedaron reducidos a uno sólo, fué debido a los cambios de ambiente.

Por la transformación, mejor dicho, por la reducción de la extensión de los bosques y la aparición y formación de praderas y desiertos con terreno relativamente duro, los dedos centrales del caballo tuvieron que trabajar más que los laterales, los cuales, por falta de uso, se fueron atrofiando hasta que desaparecieron, dejando sólo vestigios de su existencia.

De igual forma, la transformación de los dientes respondió al cambio de alimentación, desde las sustancias vegetales muy tiernas, a la hierba relativamente dura y consistente.

ANECDOTA

En el mes de julio de 1893, después de quince días de ruda campaña — dada la inclemencia de aquel invierno, los voluntarios de la Unión Cívica Radical, llamada así para diferenciaria de la U. C. Nacional, entregábamos las armas, puestas en pabellón, en la plaza 25 de Mayo, de la ciudad de La Plata. Entre estruendosos vítores, celebrábamos la victoria alcanzada con nuestros sacrificios. ¿A quién pudo molestar aquel juvenil entusiasmo?

¡Olvidémoslo piadosamente! Sólo recuerdo, que nuestra alegría fué apagada, poco después, por una descarga cerrada contra el tren en que nos habían embarcado.

Entre muchos otros heridos, el firmante herido también se arrojó por una ventanilla y, oculto, presenció la siguiente escena: "cuando las tropas mandadas por el general Francisco Bosch, descargaban sus armas contra los radicales, el Dr. Hipólito Irigoyen — que se hallaba alojado en uno de los coches del F. C. Sud, en el viejo Hipódromo, fué llevado a pie en busca de un carruaje para conducirlo a la plaza 25 de Mayo, a fin de que hiciera cesar el fuego. ¿Y, quién se atrevió a llevarlo hasta allí, entre un infierno de botas? Fué un joven de corazón, hoy profesor de la Sección Comercial del colegio Nacional "Manuel Belgrano", Ingeniero Don Benjamín S. Mallea, quien asaltando valientemente el pescante de un coche abandonado, cruzó impávido la plaza antes citada, bajo una lluvia de plomos, y condujo en el vehículo al ilustre jefe Dr. Hipólito Irigoyen, quien celebrando una entrevista con el general Bosch, consiguió hacer cesar el fuego logrando evitar que se consumara una vergonzosa hecatombe.

Francisco PARDELLA

El Dios niño

Viendo Venus que Eros, dios del Amor, no crecía, e intrigada por el extraño fenómeno, preguntó la causa a Temis, la cual le respondió que era porque no tenía un compañero que le amase. Entonces la diosa le dió a Anteros, y el Amor, ligado con él en amistad, comenzó a crecer. Pero no bien Anteros se alejaba de su lado, convertíase nuevamente en niño.

Esta sencilla alegoría mitológica significa que la pasión amorosa, para desarrollarse, debe ser correspondida.

La infanta enterrada viva por error

De 1212 databa la fundación del convento de Santo Domingo el Real, demolido hace varios años. Aquel convento, elevado en pleno corazón de Madrid, era una verdadera reliquia histórica, como lo fueron otros muchos edificios y monumentos que poco a poco han ido cayendo bajo la piqueta destructora del progreso.

Una sombra de tragedia parecía envolver al mencionado convento, que fué el elegido por la infanta doña Constanza, nienta del Rey D. Pedro "el Cruel", para alejarse del mundo y llorar las tristezas de su destino. Este destino había sido terrible e implacable para toda su familia. Reciente el fratricicio de Montiel, había visto morir a casi todos sus parientes, cuyos restos, esparcidos en lugares muy distantes, ella quería unir en aquel mismo convento de Santo Domingo, donde se encerró en plena juventud, cuando la vida le sonreía o parecía sonreírle.

Primeramente obtuvo el permiso para trasladar al convento los restos del Rey D. Pedro, asesinado en Montiel por su hermano don Enrique. Luego consiguió traer los de su padre, el infante don Juan, a quien Enrique II tuvo preso en Soria, en cuyo castillo murió. Acompañó en la prisión al infante D. Juan su hermano y también infante D. Pedro, que, aunque puesto en libertad por don Juan II, era tan viejo y se hallaba tan enfermo cuando salió del castillo que apenas podía moverse.

Doña Constanza hizo poner al pie del sepulcro de su padre una inscripción que terminaba así:

"Los que me miráis conoced el poder grande de Dios: El me hizo nacer de muy alto Rey: mi vida é fin fué la prisiones sin lo merecer. Toda la gloria deste mundo es "nihil: bienaventuranza cumplida es amar y temer a Dios"

La vida de la infanta doña Constanza apagóse en 1472. Y como si ella hubiera sido espejo de virtudes que con la muerte se quebraba y rompía, aflojáronse los frenos que a la Comunidad sujetaban y sobrevinieron lances que motivaron y merecieron las censuras y la intervención de doña Isabel la Católica, que se vió obligada a escribir a las aturdidas monjitas recordándoles sus deberes, de cuyo rígido cumplimiento se alejaban.

La carta de la Reina no hubiera surtido efecto tan rápido de no haber ocurrido en el convento un hecho espantoso que llenó de terror y espanto a las revoltosas, que lo tomaron como un aviso providencial.

Tratábase de que una noche triste y fría de invierno, cuando la Comunidad se hallaba en el coro rezando maitines, se oyeron bajo las bóvedas del templo fuertes y ruidosos golpes, acompañados de lastimosos quejidos y de una voz suplicante y angustiada que llamaba a algunas religiosas por sus nombres.

Huyeron despavoridas las monjas, que, presas del miedo que hay que suponer, estuvieron rezando toda noche.

Y como si aquello hubiera sido una advertencia suprema, dejaron sus desacertadas costumbres y volvieron a seguir nuevamente las estrecheces de la vida monacal.

Y pasó el tiempo. El hecho se había ido olvidando. La imaginación popular tejió en torno de aquel suceso una historia fantástica y fabulosa de trasgos, aparecidos y duendes, sin que nadie pudiera sospechar el verdadero motivo de aquellos gritos, aquellos gemidos y aquellos golpes que habían asustado a las pobres monjas.

Lo sucedido había sido lo siguiente: poseían los familiares de D. Juan de Castilla una de las capillas de la iglesia, capilla de la que les servía de panteón la correspondiente bóveda. Uno de los descendientes de D. Juan, infante también por ley de su nacimiento, habíase casado con doña María de Cárdenas, que sufría ataques que la privaban del sentido.

Hallándose su esposo en la guerra, luchando a las órdenes del Rey D. Fernando el Católico, sobrevínole un ataque tan pertinaz y durable que, teniéndola por muerta, la enterraron en la mencionada capilla.

El entierro, digno de la mujer a quien se le hacía, fué imponente y casi regio. En el inmenso templo se congregó casi toda la nobleza y sonaron como nunca los cantos funerales, sin que ninguno de los presentes pudiera adivinar el horrendo drama que no tardaría en desarrollarse, cuando doña María de Cárdenas, que estaba solamente desmayada, sola en su sepulcro abrió los ojos.

Ya estaba el templo vacío. Todos los asistentes a lafúnebre ceremonia se habían marchado. Doña María rompió las ligaduras que la oprimían, abrió el ataúd que la encerraba, subió las escaleras del panteón y, viendo completamente obstruída la salida, en la agonía espantosa de aquella horrible y tétrica situación llamaba a las monjas y pedía un auxilio que no había de llegarle de ningún sitio.

Durante el día siguiente a la noche en cuestión siguiéronse oyendo los lamentos de la pobre infanta sepultada en vida, lamentos que, cada vez más apagados y tenues, fuéronse acabando al fin...

Pero ¿quién iba a hacer caso de la que creyendo un alma en pena sólo terror producía? ¿Quién iba a figurarse ni remotamente la verdad de lo que pasaba? A los ayes de la desventurada sólo respondían los exorcismos de los que querían ahuyentar los malos espíritus con rezos y oraciones y no adivinaban que allí, a dos pasos de ellos, una persona moría de la peor, de la más terrible, de la más trágica muerte...

Tres meses después abrieron la puerta del panteón para bajar otro cadáver, y todos quedaron horrorizados al ver el cuerpo de la infortunada doña María, que yacía en el primer escalón, junto a la puerta, hundidos materialmente sus dedos en el duro yeso de la recia y consistente pared.

Su esposo, vuelto de la guerra, al conocer lo ocurrido enloqueció. Fué su locura dulce y melancólica, apacible y resignada. Pasábase el día entero rezando en el convento, sobre el sepulcro de su mujer. Y cuando llegó la muerte y cerró sus ojos volvió a abrirse la sepultura para encerrar los restos del pobre loco, que fué otra víctima más del triste destino de aquella raza de reyes condenada a vivir y a morir trágicamente, como si toda una familia tuviera que pagar hasta en sus últimas generaciones los delitos y las culpas de aquel D. Pedro el Cruel, sanguinario o justiciero, pero indomable y terrible, que mató y asesinó y dejó una memoria amarga de su trágico reinado.

Juan LOPEZ NUÑEZ

MOTIVOS DE LA ESCUELA

El andador

Para FRAY MOCHO.

EN EL HOGAR—

Conocí una madre que nunca quiso colocar andador a sus hijos. Ponía a su pequeño contra un muro. Abría sus brazos desde cierta distancia. Presumiendo el abrazo materno, vencía el Bebé, su temor al vacío.

¡Zás! El primer paso.

Unos antes, otros después. Cuestión de tiempo y de carácter. Así — todos — recibían la primera lección de coraje.

EN LA ESCUELA QUE PASA—

El maestro.

Método inductivo. Aplastador. Dos ejemplos y los chicos del cuento, sacaban la ley.

—¡Impertinentes! ¡Molestos! ¡Esperen! — Y les colocaban andador.

Diez, doce casos, siempre iguales. Comparación. Abstracción. Generalización.

—Señor Profesor: Yo pienso de esta manera... — solía intervenir Pedrito, el más precoz.

—¡Irrespetuoso! ¡Mal educado! ¡Atrevido!

Otra vez le ponían andador. Clasificación. Amonestación. Suspensión.

EN LA ESCUELA QUE LLEGA—

Yo he descubierto esa verdad.

—Bien. Toma. Busca otra.

¿No tienes temor a las tinieblas? ¡Marcha!

—¿Qué sigue después?

—Esto. Vete. Adelanta.

—Señor. ¿Se equivocó?

—¿A ver?... Tienes razón.

Erroris...

—Yo no puedo encontrar la respuesta. No sé. No me animo.

—Ven. Ahora tienes abiertos mis brazos. ¡Suéltate!

—¿Me coloco andador?

—¡Tira ese aparato. Marcha sólo!

—¿Podré avanzar así?

—Todo es cuestión de tiempo. ¡Ahora! ¡Suéltate!

—¡He llegado! ¿Y mis compañeros?

—En la otra sección. Unos aprenden antes y los otros después.

—Señor. ¿Qué fecha es?

—Hoy — mi pequeño — es doce de octubre. Tú, como todos los chicos del país, tienen la portada abierta de la Escuela que llega...

Julia D. de GROSSO.

DOS MUJERES

(Fragmento de "La derrota de Jorge del Carril", un cuento inédito)

Por Pedro C. Corvetto

Seguidamente fué otra cabeza morena, que surgió con rasgos nítidos, en la que resaltaba una larga melena de ébano, que caía en mechones retorcidos, sirviendo de destacado marco a una carita ovalada, donde dos ojos negros destellaban vivos reflejos y unos labios rojos y carnosos, se ofrendaban a los besos sensuales. Era Magdalena.

Recién llegado a la Ciudad de X., Jorge, ante esa mujer brindándole su cariño, se sintió lleno de ternura, desamparado de todo afecto como se encontraba desde su arribo a dicha población, hacía pomás de un mes.

Cuando el correr de los días hizo sentir su obra sobre ese vínculo, la intensidad del cual había ido siempre en aumento, la amante se vió aferrada a Jorge por un cariño que no podía ocultar y que su ingenuidad le hacía saltar en cada frase. Y el hombre — triunfador—, gozando íntimamente de ese placer único que da la victoria, no quería pensar en el plano que su imposición le había creado frente a la mujercita que noche a noche le aguardaba puntual y con una invariable sonrisa, junto a la puerta de calle. El, en medio de la fiebre de saberse halagado, no veía más que aquellos labios singulares, que le atraían con frenesí y que besaba con renovados bríos, hasta convertirse ello en un ansia desenfrenada, la que hizo llegar a Magdalena casi al desvanecimiento; y si bien Jorge se sintió temeroso ante esa situación, pasada la primera impresión, volvió a reincidir no pocas otras veces, desoyendo las súplicas de la mujer, que tanto sufría en esos momentos.

Tras varios meses, circunstancias imprevistas, obligaron a Magdalena a radicarse en una ciudad del centro del país. Ante la noticia, el amador no sintió sino una impresión de frialdad; pero recién en la noche de la despedida, una sensación mezcla de remordimiento y de angustia, le torturaba la cabeza, contemplando las pupilas de ella, llenas de lágrimas y que a cada convulsión se desprendían de las hondas ojeras para rodar hasta el pecho.

—¡No te vayas!... — le había dicho él, tratando de aliviarla.

Como respuesta, oyó estas palabras, preñadas de vivo sentimiento:

—Si tú lo quisieras, con una sola palabra bastaría!

Y sintió que la dura verdad le quemaba profundamente, e incapaz de un gesto de hombría, prefirió — temeroso —guardar un silencio salvador.

Ya desde la ciudad distante, le llegaron largas cartas rebosantes de amor, a las que respondía tardíamente en t-rminos huecos y triviales, mintiendo su sentir; aún aquella misma misiva en la que le refería el proceso de una larga enfermedad, que le había hecho delirar, clamando por él: "¡Ven, negro mío, que quiero verte porque me muero!"

Siguió menudeando la correspondencia de Magdalena, pero Jorge —en una postrera resolución—resolvió no contestar a ninguna de las cartas, deshaciéndose así de todo vínculo, pero un remordimiento cruel y recóndito le posesionaba empero, pareciéndole que alguna noche, dos manos invisibles y sedantes de mujer, le rodearían la garganta férrea e interminablemente...

* * *

Ahora — contrastando con las otras—fué una cabeza rubia que asomó a sus añoranzas; los cabellos cortos y lacios, redondeaban más aún el rostro de suma blancura; tenía ojos de un celeste transparente y boca pequeña y de rasgos finos, que ponía en ella una nota de gentil coquetería. Era Irene Rosa.

¡Qué pronto Jorge se sintió amarrado a la fascinación de aquella chica, con carita de una seriedad que hacíale sonreir! Sobre todo, no podía olvidar el recuerdo de la primera noche, en que vió a Irene Rosa con su vestido de terciopelo negro, que ceñía las líneas admirables de su cuerpo en flor y realzaba la albura de su rostro y de su cuello.

Ella, humilde de condición, que vivía junto a su madre y dos hermanitas, debía trabajar en común para ganar el sustento; Jorge le resultaba en su pobreza, una montaña casi imposible de ascender; quería creer en cada una de sus palabras, pero cuando él ya no estaba diciéndoselas cálidamente, las veía flotar sólo como una ilusión cualquiera, porque la realidad —según su sentir—le haría ver cuán equivocada se encontraba.

Jorge, por su parte, debió sostener ruda lucha en el mantenimiento de ese cariño que lo llenaba todo; los prejuicios pretendieron interponerse entre él e Irene Rosa, pues sus amigos, con chanzas, primero, y luego con empecinada maldad, pretendieron que pusiera, fin a esas relaciones, que juzgaban indignas. Pero él, sin una vacilación, levantó contra todos, majestuosamente, a Irena Rosa.

De pronto, un suceso extraño, que llenó a Jorge de zozobra e indignación, vino a revolucionario todo. Alguien, sabiendo del desamparo y de la belleza de ella, encontró motivo suficiente para divulgar una infamia sobre quien tenía la alta virtud de sobrellevar la adversidad de la vida, noblemente, sin quejarse...

—¡Irene Rosa se dá citas secretas con determinados hombres! — fueron palabras que hicieron llegar hasta oídos de Jorge que, atormentado terriblemente, buscó desde el primer instante, sin escatimar esfuerzo y por todo medio, dar con el vil autor del ensañamiento, sobre quien ya haría sentir el rigor del castigo, pues bien sabía que Irene Rosa era una santa criatura, que contra todos los golpes con que la existencia la asediaba, imponía la entereza de su integridad, de sus virtudes no rendidas nunca en holocausto.

Ya cuando Jorge andaba en la pista del malvado, una misiva de la madre de Irene Rosa, le dejó anonadado. Era un mensaje violento, en el que le enrostraba el andar en tratos para dar cita a su hija en lugares reservados; agregábale, que pasara de inmediato por la casa para explicar los hechos, pues en su defecto lo pondría en conocimiento de la policía.

Ante tamaña incomprensión, Jorge llegó a sentir la necesidad de llorar amargamente; y trás dos días, ya un tanto serenado, pudo razonarles, sin un ocultamiento, el alcance de la acción en que había intervenido. Repetidos y ampliados los fundamentos en días sucesivos, lograron convencer a Irene Rosa y a su madre, de que no le guió sino la finalidad altísima de enaltecerlas más aún, dando una dura y pública lección, a quien pretendía jugar con la honra ajena, mantenida sobre todo sacrifico.

Conseguido su intento, Jorge ya no pretendió más. Muy rudo había sido el golpe para él; y aunque proseguía agitándose en su alma el sentimiento del cariño, prefirió matarlo sin piedad, dejando de coronar su obra con Irene Rosa, a quien, con pocas frases, llanas pero terminantes, le dijo que se retiraba, sin pensar que ahora — decepcionada y lejos de su protección sentida — la dejaba ante la vida, que se le presentaba en una pendiente larga y acentuada, donde podría rodar fácilmente, y sin medir tampoco que quedaba allí, con esa su boca pequeñita y coqueta, que tanto había alabado, repleta sólo de palabras muy amargas.

INCOGNITA

Eres la ondina encantadora y pura
que surge en el cristal de la corriente,
se refleja en tus ojos la ternura
la dicha sin igual, omnipotente.

Eres la brisa perfumada y suave
que da la vida al triste prisionero,
eres arrullo que modula el ave
cuando canta su amor al compañero.

Eres visión que entre mis sueños veo
y en el confín del horizonte vaga,
tu nombre escrito en las estrellas veo
con luz radiosa que jamás se apaga.

Ante tu hermosa esplendidez me inclino
subyugado por tal maginficencia,
paréceme en tí ver a un ser divino
colmado de dulzura y de clemencia.

Si fuera yo guerrero y noche y día,
combatiese entre el humo y la metralla,
tu imagen candorosa la vería
en la lucha feroz de la batalla.

Si poeta, cantara y describiera
los más hermosos rasgos de una diosa,
tendría que pintar tu cabellera,
tus ojos grandes y tu faz hermosa.

Si fuera yo pintor y bosquejara
un tipo de hermosura peregrina,
sería tu retrato el que pintara;
¡retrato de mujer, mujer divina!

José M. OYUELA

Resonancias y ecos

Existen ciertos lugares en el universo que poseen resonancias o ecos dignos de mención.

La oreja de Diniz, en las canteras de Siracusa, en Sicilia, es una caverna en el cual el tirano encerraba sus víctimas. Los sonidos allí son reproducidos con tamaña intensidad.

Los escarpados montes de la Helvecia (Suiza antigua), repiten en una forma encantadora las notas de las trompetas de los pastores de los Alpes; y en el Baptisterio de Pisa (Italia), resuena muchas veces un conjunto de tres sonidos, de modo que parecen coros celestiales.

Un eco que existe entre Coblenz y Bingen, en el Rhin, se reproduce diez y siete veces.

En las inmediaciones de Heidelberg hay también un eco que imita perfectamente el ruido del trueno. Para producirlo es preciso disparar un pistoletazo.

Existen también edificios célebres, que producen sorprendentes ecos, entre los que merecen citarse: el vestíbulo del antiguo Louvre y la Villa Simonetta (cerca de Milán) que repite veinticinco veces el sonido de las voces humanas.

Las llamadas amorosas de las aves

Para el aficionado a las aves, la estación primaveral es encantadora. El verano se presta admirablemente para estudiar sus costumbres en plena vida, en toda su magnificencia; pero en la estación que llamó el poeta juventud del año, es la época de los amores de los pájaros, el noviazgo con sus preliminares, con sus serenatas y cantos de amor.

Estas manifestaciones, esta forma de hacer el amor, es difícil de interpretar.

No tados las aves emplean el canto para hacerse el amor, para llamarse; las hay que emplean otros recursos, otros ruidos sustitutos, o equivalentes al canto, entre otros, muy especialmente, los ruidos que en la época del celo producen los pico carpinteros y las agachadizas.

Mucho se ha hablado de estos ruidos, de la manera de producirlos, sobre todo, el producido por la primera de las aves que hemos mencionado.

Unos lo comparan con el redoble de un tambor, otros como un repiqueteo vibrante, otros como un tableteo y hasta con el sonido producido por una sierra al serrar una madera muy dura.

Las diferentes especies de picos producen estos sonidos, todos ellos muy parecidos, exceptuando el del pico de color verde, que produce unas notas que parecen carcajadas.

También hay opiniones sobre cuál de las especies es la que produce mayor ruido. Nosotros votamos por los que dan la palma a las grandes especies moteadas.

Tampoco están conformes los aficionados sobre la procedencia de los sonidos, de la causa, de la manera de emitirlos. Algunos afirman categóricamente que tienen que ser vocales y, sin embargo, se puede asegurar que estos sonidos son producidos por el rápido golpear con el pico en el tronco o ramas de un árbol, picoteo que hacen con una velocidad extraordinaria.

Aseguran ornitólogos notables, que el repiqueteo producido por el pico carpintero, se oye a distancias de más de ochocientos metros.

El pico de cabeza roja, preciosa ave de la América del Norte, no se limita a picotear en los árboles, sino en toda clase de materiales, produciendo sonidos muy distintos según el objeto que golpea, a veces, sobre cosas metálicas, como en los tejados de cinc ondulado o sobre chimeneas de hierro o de ladrillo.

Un naturalista vió una vez a uno de estos pájaros que empezó a picotear en un poste de telégrafo y producía un sonido sordo que no debió agradar al ave, pues al momento empezó a trepar hasta llegar a uno de los aisladores, obre el que empezó a descargar sus rápidos picotazos. El ruido producido debió satisfacerle, pues continuó mucho tiempo redoblando sobre la porcelana.

¿Qué persigue el pico carpintero con ese ruido?

Hasta no hace mucho se creía que el objeto era coger insectos, sacándolos de debajo de la corteza de los árboles donde estaban escondidos, introduciendo su pico y satisfaciendo su apetito. Si para ese fin fuese, se oirá en diferentes épocas. El pico carpintero produce ese sonido para llamar a su pareja: es la llamada de amor, el diálogo amoroso entre macho y hembra, pues sólo lo hacen en la primavera.

Las aves que nos ocupan hacen su llamada de amor cuando son novios, en primavera, después de unidas las parejas, no les hacen falta llamadas. Si fuese para sacar insectos de la corteza de los árboles, lo producirían todos los días y durante todo el verano.

El pico carpintero redobla, como el ruiseñor trina, como el mirlo silba, como gorjean y cantan otras aves.

Muchas son las aves que se hacen el amor produciendo sonidos que no nacen en su garganta. La agachadita es una de ellas.

Este ave se remonta volando a gran altura y desde lo alto, bajo con rapidez vertiginosa en dirección vertical, produciendo en la caída un sonido que se parece al balido de un cabrito.

Durante mucho tiempo se ha venido creyendo que aquellas notas las producía con la garganta, pero ahora ha quedado plenamente demostrado que lo produce con la cola. La pluma, principales caudales, dos de ellas tienen una forma especial y se doblan hacia afuera. El animal, al descender, aparta, separa mucho estas dos plumas, que la resistencia del aire hace vibrar rápidamente produciendo las notas que forman el canto o llamada de amor del ave.

Hace muchos años que Darwin citó la transformación de ciertas plumas de aves para producir esta clase de sonidos.

Esos que podemos llamar instrumentos de percusión se encuentran en las plumas secundarias de un pajarito de la América española, del grupo llamado "manaquís".

Las plumas secundarias de las alas tienen una forma peculiar y sumamente grueso el cañón, formando en la sexta y séptima pluma una protuberancia córnea y sólida. Al juntar fuertemente las alas se produce un sonido parecido al chasquido de un látigo.

El Chotacabras produce un sonido parecido con el mismo movimiento de las alas, sin que en este ave haya sido necesario cambio alguno en la estructura.

La emoción amatoria se expresa en algunas aves por otros medios que no sean el canto. En las avutardas y en las fragatas, las bolsas del aire desempeñan un importante papel. En la fragata y en el guago o gallo de las praderas, estas bolsas son de brillante colorido. En el guago son de una anaranjado fuerte y salen a los lados de la cara, rebasando las plumas.

Estas bolsas se hacen manifiestas solamente en la época amorosa, y al mismo tiempo el ave produce un sonido especial, pero no con las bolsas sino con la sirenga u órgano de la voz en las aves.

De una menera u otra, todas las aves en la época del celo, tienen lo que podemos calificar de canción de amor, de llamada amorosa.

UN PRESENTE GRIEGO

El riojano Marcelino Vallejos había "calzado" un puesto de director, en una escuela del pueblo Las Cuevas, provincia de Buenos Aires. Su hermano Zoilo era médico municipal de dicha localidad, y puso mucho empeño en colocar bien a este, pues "la caridad bien entendida, empieza por casa....", y por fin consiguió lo que deseaba, igual que perro porfiado.

Así fué cómo un buen día Marcelino se instaló en la escuela de Las Cuevas acompañado de su esposa, la Torcuata, y de sus nueve hijos a cual más tape y salvaje. ¡Aquello era peor que la piedra! Donde caían arrasaban con todo.

Pronto convirtieron éstos la plaza en potrero, pues quedando ésta frente a la escuela, y temiendo siempre algún terremoto como en La Rioja, huían de la finca para estar prevenidos en caso de peligro, y que una teja no les partiera la cabeza. Refugiábanse debajo de los árboles para poderse agarrar de lo más grueso de un tronco, a la primera alarma o sacudida de la tierra (1) extrañándose que allí sólo hubiera paraísos y sauces en vez de algarrobos o lapachos.

Quien le "muñequeó" el empleo al riojano, fué el caudillo del partido, don Bernabé Rubiera, compinche del gobernador de la provincia, e íntimo amigo de Zoilo, el doctorcito, el cual mataba más gente que la que se moría de muerte natural.

Rubiera era casado, y tenía, también, bastante "semilla", los que se hicieron muy amigos de las sabandijas riojanas.

Por estos chiquilines supo don Bernabé que la Torcuata le estaba haciendo "una cosa muy lindita" para obsequiarle, pero, como el regalo tardaba en llegar, y Marcelino no había retribuído aún la atención a su protector, como es de práctica en la caridad, "hoy por tí; y mañana por mí", dió en decirle, cada vez que lo hallaba a tiro:

—¡Ya va viniendo aquello don Bernabé, ya va viniendo, sí!

—¡Hombre! Yo no sé a qué se refiere, — respondía el caudillo, diplomáticamente, aunque ardía por saber, y le hacía mucha gracia esa cachasa tan provinciana, hasta que tomó las palabras del riojano como un estribillo, y con sorna le preguntaba varias veces al día.

—¿Y "aquéllo", mi amigo?

—Ya va viniendo, po, despacito, pero siguro. ....

—Hace bien, más vale trote que alcance que galope que canse.

—¡Pues por esto po, por esto! ¡Qué intrigado estaba Bernabé con aquel anunciado regalo que nunca llegaba!, pero, más lo estaba Marcelino con el "pechazo" del obsequio que a cada rato le hacía el caudillo, pensando: ¡Caray que son interesaos los porteños!

Pero, un día el riojano fué corriendo hasta la casa de su protector y entró en el escritorio sin golpear las manos, estaba muy sofocado, con los cabellos en desorden y cara de asustado.

—¡Hola, Vallejos! ¿Qué hay de nuevo? Pase. ¿Qué cuenta?

—Este, cuento que ¡ya yegó aquéllo!; sí, ¡ya yegó!, y es pa usté, sí, es pa usté... no hay vuelta que darle, y se lo merece, pué. La Torcuata se lo ha destinao dende verdeón nomás, es nuestro regalo. ¡Por fin puedo cumplir con usté! ¡La pucha, si esa deuda me tenía requemao de vergüenza!

—¿Le ha llegado correo desde La Rioja?

—¡Qué Rioja, ni Rioja! ¡Si es "cuevero" no más, po!, y de no saque la cuenta y verá como hace ya diez meses que estamos aquí en Las Cuevas. E'un sacrificio, ¡está claro!, pero no le hace siendo pa usté.

—¡Pero hobre! ¿Por qué se ha molestado tanto!

—No es molestia ninguna, usté merece eso ¡y mucho más!

—Gracias, gracias.

—Endeveras que tiene por qué darlas, sí, porque es lindito. ¡Cómo mandao hacer de encargo pa rigalo! E'una pinturita, no hay que hacerle. ¡Se ha portao la Torcuata! y creo que usté lo reconocerá ¿no?

—Me tiene en ascuas; ¿dónde está ese dichoso regalo, y qué es?

—¡Mi décimo hijo, don Bernabé, mi décimo hijo! Abrácemе que por fin, con mucha honra puedo ser su compadre!

Cleofé Pereyra de GOICOA.

(1) Es costumbre arraigada entre los riojanos creer que poniéndose al amparo de un árbol muy frondoso se libran de la muerte, porque las raíces de éste no dejan abrir la tierra.

ROMEO SIGLO XX

Por J. Fernández Pesquero

I

Aquella noche, Viola y Adriana, optaron por retirarse temprano a su dormitorio común, tal era el cansancio y la fatiga que las embargaba después de aquellas dos primeras noches de carnaval, en que amanecieron bailando en la kermesse veraniega a favor de los pobres del lugar.

Muy rendidas debían estar las dos hermanas, para resistir a la tentación de no asistir al último baile de carnaval, máxime cuando entre la colonia veraniega, eran ellas entre otras hermosas criaturas, las favoritas y mimadas de la juventud masculina, pues Viola la morena, era la hechicera encantadora, que con sus negras pupilas de fuego ardiente cautivaba a los mozos, que la perseguían para que les dijese la buena ventura; y Adriana, la rubia y ensoñadora Marquesita, Luis XV, veía, ante sus divinas miradas azules y glaucas de cielo, arrodillados siempre a la flor y nata de los más apuestos galanes de la reunión.

El hotel Miramar, donde se hospedaban las dos hermosas y ricas herederas Ordóñez, estaba aquella noche, casi desierto, pues todos los bañistas que allá alquilaban, estaban en la Kermesse y solo fuera del portero y alguno que otro camarero eran los únicos, además de las niñas Ordóñez los que a esas horas se encontraban en el hotel.

En la apacible y tranquila aldehuela y playa de Papudo, donde las sencillas gentes, en su mayoría aldeanos y pescadores, se conocen todos entre sí y si de algo pecan es de demasiado nobletes y buenazos, era costumbre, en tales noches de rabioso estío, dormir con las ventanas y balcones abiertos, a la deliciosa brisa marina, salobre y refrescante, sin que hasta entonces se hubiese oído decir, que nadie tuviera que arrepentirse de semejante exagerada confianza, pues en el hotel jamás, había habido nada que lamentar y menos que sospechar.

De ahí, que cuando las hermanas Ordóñez, hubieren dicho a su padre que habitaba el dormitorio contiguo al de ellas, que él podía, como de costumbre, ir tranquilo a echar su infaltable ratito de bacarat y darse unas vueltas por la verbena sin cuidado por ellas, que por estar muy rendidas de dos noches seguidas de baile, ya se morían de sueño y se iban a acostar, el buen padre sin el menor cuidado, después de dejarlas en su alcoba, se fué al encuentro de sus amigos y se entregó de lleno a su placer y diversión favorita hasta altas horas de la noche, en que, después de la tertulia, regresó a casa muy ajeno, por cierto de la desagradable sorpresa que le esperaba.

II

Muy cerca de media noche era, y si bien las dos niñas, estaban muy rendidas no por eso, aún a pesar de hacer ya dos horas largas que se habían acostado, habían logrado conciliar el sueño.

Por la ventana de su alcoba abierta de par en par, la luna llena en esa hermosa y clara noche, penetraba insolente, inundando toda la habitación con sus radiantes resplandores que entre sensuales y atrevidos iban a juguetear con sus bueles sobre las almohadas y nimbaba sus rostros bellos y sus desnudos brazos tendidos sobre las colchas de las camas, con su luz de nieve. El crepitar del oleaje del mar, inquieto y correteador, subía desde el pie de su ventana que se afirmaba en las rocas y acantilados de la costa y en espirales de perfumes salobres y frescos atropelladamente cabalgando en el éter se filtraba aquel cielo radiante y bello que les sonreía, sus más rosadas ilusiones, de jóvenes donceles y príncipes azules que en carcajadas de luz blanca y centelleante, las invitaban al baile entre eternos rosales y millares de luciérnagas que como pedrería de estrellas esmaltaban la túnica de aquella hermosa reina de una noche de verano.

De repente, unas sombras, funambulescas recortan su negra silueta sobre el fondo plata conque la luna plena ilumina toda la alcoba, y cabalgando sobre el afeizar florido de la ventana, abierta, dos hombres, cubierto el rostro por dos negros antifaces de seda, se destacan, silenciosos pero decididos, introduciéndose cautelosamente hasta llegar con sus respiraciones jadeantes a humedecer sus propios rostros, mientras, que el uno, apunta con un revólver, el otro, pone casi a flor de ojos de las dos bellas mujeres, un fosforescente y fuerte destello de su linterna sorda para cerciorarse de que el sueño que el terror les hizo finjir, es cierto y pueden estar seguros de que aquellas dos buenas mozas no van a ser las delatoras de su presencia en ese sitio. Mientras el uno, queda observvándolas a ambas entre sus dos camas, el otro abre decidido el ropero y la cómoda y, fugaz y certero, se apodera de las joyas y del dinero que encuentra en las carteras de las dos, y consumado el hecho y convencidos de que ellas duermen, siempre en la misma guisa de precauciones ambos por la puerta de la alcoba se internan hotel adentro silenciosamente y no ha transcurrido más de 1|4 de hora, cuando vuelven a entrar sijilosamente y después de inclinarse sobre los rostros de ambas y depositar dos sonoros besos en sus mejillas, como galantes caballeros de amor, saltan de nuevo por la ventana y desaparecen, no tardando un minuto, en oírse claramente el trepidar del motor de un auto que bien pronto va perdiendo su eco allá lejos. Viola y Adriana, como movidas por un mismo resorte, se incorporan en sus lechos y se interrogan ambas, pues dudan si estaban despiertas y soñando y al coincidir ambas en el mismo sueño y detalles, acaban por convencerse de que han sido víctimas de un robo de lo que muy pronto se cercioran cuando corren a sus muebles y hallan vacíos los estuches de sus joyas y la bolsa de sus carteras.

hasta sus mismos lechos de solteras saturándolos de frescura suave. La brisa y el airecillo tintineando la hojarasca de los tilos del jardín semejaba el leve rumor de la seda cosquilleante en los abrazos de amor y el breve susurro de unos labios rojos, desgranando los chasquidos de tiernos besos.

En el místico silencio de esa noche pueblerina de la costa abandonada, galopaban envueltos en murmurios de cancionero, los lejanos acordes de los violines, flautas y demás instrumentos que animaban, no muy lejos de allí, el aristocrático baile de máscaras de la kermesse de beneficencia.

Tal estado de ánimo, les hacía echar a volar, por los azules campos siderales de la fantasía en

Y cuando, envueltas en sus peinadores de encajes y cintas de sedas, salen al corredor del hotel, y ponen en movivmiento a la servidumbre de guardia, pronto todos se convencen de que mientras unos duermen y otros se divierten lejos esta pareja de ladrones elegantes a la alta escuela, acaban de marcar sus huellas en esta aristocrática mansión veraniega, pues al ser llamados todos y regresar los dueños del Hotel y sus huéspedes, vese, que cuanta alhaja y dinero había en el hotel, había volado en poder de los bandidos del auto, pues el robo pasaba de veinte y cinco mil pesos, ya que solo a la dueña del establecimiento le habían entre otras joyas, llevado un collar de perlas avaluado en diez mil pesos.

III

Lo gracioso del caso fué, que cuando al día siguiente se puso en conocimiento de la policía y carabineros este robo, se constató, que la pareja de carabineros, que esa noche custodiaba ese camino, fué alcanzada por un auto, el que al pasar junto a ellos, modero su marcha y mientras uno de los ocupantes lanzó insolentemente el foco de su linterna hasta deslumbrar a la pareja, el otro que llevaba el volante, soltó una carcajada y lanzó el auto a toda carrera y ambos, al decir de éstos policías, iban vestidos de frac y enmarcarados con un antifaz de seda negra y por lo que en tal noche los tomaron por dos elegantes bañistas que se retiraban del aristocrático baile de máscaras.

Y más gracioso, cuando Viola y Adriana, exclamaron como su mejor responso a esta odisea ¡Qué pena, que fuesen ladrones, porque eran elegantes y bellos y los creímos dos Romeos, que venían a robar a sus Julietas!

¡Qué triste desencanto y qué ironías de una noche de fantasías y de Luna!...

A lo que un chusco amargado contestó ¡Son los únicos Romeos que quedan... ¡Qué hacerlo, hay que vivir cada uno su siglo!...

EL ORADOR

Un negro encuéntrase con otro negro, amigo suyo, en plena calle, y queda suspenso al verlo de terno nuevo, sombrero nuevo, zapatos nuevos y otras demostraciones de prosperidad.

—¿Qué es eso? — exclama. — ¿Tan elegante? ¿Has hecho algún buen negocio, Tom?

—Más que un buen negocio Villiam. Ahora tengo una profesión.

¿Una profesión?

—¡Sí, soy orador!

¿Orador? ¿Y qué es eso de orador?

¿No sabes? — extraña el negro. — Pues, yo voy a explicarte lo que es un orador. Oye: si tú, encontrándote con un amigo cualquiera, le pregunta cuánto son dos y dos. él te responderá simplemente: "dos y dos son cuatro". Pero si le hicieras la misma pregunta a un orador, él te dirá eso en esta forma: "Cuando, en el curso de los sucesos históricos; cuando, a través de la marcha ininterrumpida de la humanidad por el camino de los tiempos, llegan a ser una necesidad imprescindible el uso y la práctica de la numeración y empleo y el aprovechamiento de las cantidades que los guarismos exprimen y especifican, es forzoso, es ineludible, es fatal, la exigencia de sumar el concepto matemático que significamos con el duplo de la unidad, con la abstracción aritmética que representamos, con igual cantidad homogénea, y, en ese caso, podrá contestarnos, si afirmamos, resueltamente, decididamente, claramente, que uno más uno son dos, y dos son invariablemente, eternamente, cuatro!" Esto es ser orador, ¿has comprendido?

Villiam Jacob

Con motivo del Torneo internacional de oratoria que se realizado recientemente en Wáshington, y que en nuestro país propició "La Nación", entre la selección de cinco alumnas de la Escuela Normal Roque Sáenz Peña, de esta capital, figuró la señorita Aura Esther Cacuri, cuyo trabajo, por los ideales que sostiene, publicamos a continuación. Sabemos que esa pieza ha sido elogiosamente comentada por los principales órganos de la prensa sudamericana.

Nuestro distinguido represente diplomático en el Paraguay Dr. Ricardo Olivera, entre otros, ha enviado a la señorita Cacuri un expresivo telegrama de felicitación.

Ecos del torneo internacional de oratoria

LA CONFRATERNIDAD AMERICANA

El ideal de la confraternidad americana, arranca de la génesis misma de las naciones del continente.

La aspiración del gran precursor Miranda, los propósitos de esa admirable figura, como tallada para simbolizar la democracia triunfante, que se llamó Jorge Wáshington, las acciones de esa vida ejemplar y admirable que ha llenado con su solo nombre muchas y notables páginas de la historia continental, y que el mundo venera con el nombre de Simón Bolivar, los nobles y fecundos esfuerzos realizados por el forjador y libertador de pueblos, el gran Capitán Don José de San Martín, señor de los Andes, cuya gloria empequeñeció la altanera majestad de sus abruptas cumbres, y eso, por no nombrar sino a los factores principales, tuvieron todos un fin coincidente: La concordia entre los pueblos del nuevo mundo.

Vientos contrarios, a veces con violencia de huracán, amenazaron la estabilidad de la obra noble, heróica y abnegadamente forjada, pero, por natural ley de gravitación, los acontecimientos vuelven a su punto inicial en forma tal, que hace pensar que las densas brumas que oscurecieron el horizonte no fueron otra cosa que una desagradable pesadilla!

Por eso no debe causarnos siquiera sorpresa el magnífico espectáculo que alegra nuestras pupilas al ver a la familia de América unida con el vínculo de una solidaridad afectiva y efectiva, y ostentando la divisa de Paz y Trabajo como síntesis de su programa y como fuerza secreta que alienta su progreso y bienestar.

Nutrida serie de hechos provocan nuestra fé optimista con respecto de la victoria de los ideales que nacen de esa vinculación afectuosa que produce en los pueblos como en los individuos la nítida sensación de un destino común, como comunes son sus éxitos o contrastes.

Son de reciente data los hechos a que me refiero:

El ideal de la fraternidad se hallaba, en lo que respecta a Chile y Perú, en un período realmente de crisis. El ambiente de Sud-América había llegado a enrarecerse a consecuencia de una situación molesta que iba insensiblemente enconando los espíritus de los países en discordia.

Los presagios más pesimistas iban tomando cuerpo a base de sucesos desagradables, teñidos con la nota roja que empezaba a adquirir contornos de tragedia, y se expandía esa pesada y desagradable atmósfera a los demás pueblos del continente, que ya adoptaban la actitud de los que son parte obligada en una empresa que debía realizarse, aún con voluntad contraria.

Pero he aquí que hálitos bienhechores disipan todos los funestos celajes, y el sol de la Paz, al irradiar sus brillantes claridades, hace renacer la fé y la tranquilidad en los espíritus.

La gran Democracia del Norte, ejercitando con inspiraciones superiores sus altas funciones de árbitro, interviene en la contienda, planteando una proposición honrosa que trae como consecuencia la anhelada solución pacífica del viejo y enojoso pleito, y ésta es la hora que en Chile, con motivo del aniversario de la Independencia del Perú, se haya conmemorado la efemérides como fiesta nacional, cambiándose entre ambos pueblos las más cálidas manifestaciones de afectuosa solidaridad.

¡Hasta un hecho también reciente, trivial en apariencia nos dá la impresión de la solidaridad americana!

Con motivo de las Olimpiadas de Amsterdam, los Uruguayos tuvieron un gesto de nobleza que los honra.

Agasajaron cumplidamente nuestra representación al regreso, de paso por Montevideo. Ese hecho ¿no debiera interpretarse como el deseo de que los componentes de una misma familia no se sintieran deprimidos porque la victoria tuvo más felices sonrisas para los otros?

* * *

Todavía parece que resonaran por las calles de nuestra opulenta capital las ruidosas manifestaciones de simpatía popular al mandatario electo del Paraguay.

El brindis, que quiso ser más conceptuoso expresaba: "Brindo por vuestra más legítima aspiración ¡La Paz de América!"

El mismo futuro mandatario al llegar a Chile halla idéntica cordialidad, y en la brillante recepción en el Congreso Chileno, el distinguido paraguayo hace esta magnífica profesión de fe: "El Paraguay, después de alzar la reconstrucción material y espiritual, se levanta hoy para dirijirse a sus hermanas de América e invitarlas a una cooperación sincera y definitiva para que podamos todas juntas realizar nuestras comunes aspiraciones de progreso fundando en la Paz nuestras energías, para una obra de verdadero americanismo que sea la prolongación histórica del pasado también común y solidario".

* * *

Existen los mejores auspicios para que se cumpla ese amplio y hermoso ideal de Panamericanismo. Mi sentimiento de Argentina se estremece del júbilo que dan los presentimientos felices, cuando recuerdo que aquí colaboramos espiritual y prácticamente por esos benditos postulados!

Ya sabéis que casi todas las Repúblicas de América tienen su nombre escrito en el frontispicio de otras tantas escuelas de esta Capital.

Es como si en ellas flotara una permanente y auspiciosa bandera de paz y un elocuente pregón de fraternidad continental. Todos los años, al conmemorarse la efeméride de patria, cada escuela se convierte en un pedazo de territorio de la República, cuyo nombre lleva y así, cordialmente confundido en el himno de cada País nuestro mismo himno nacional, poblamos los aires con los ecos de esas canciones que son la más pura y cálida promesa de confraternidad americana, y acaso, la estrofa más conmovedora del poema de la Atlántida triunfal!...

América es la esperanza del mundo.

Cúmplase en ella la noble y bella frase de Sáenz Peña:

"¡Todo nos une, nada nos separa!"...

Aura Esther CACURI

1492 - 12 de OCTUBRE - 1928

Para "FRAY MOCHO"

A lo ignoto se lanzó el audaz marino
Predestinado por Dios en su quimera;
Y en mar abierto, sin norte y sin ribera,
Navegaba en demanda de un destino.

Solo marcaba rumbo en su camino
La fe cristiana que su alma estremeciera,
Y como faro en su mente reverbera
Chispa sagrada del poder divino.

Ya en los bajeles flaqueaba la entereza
Y en las fauces del proceloso océano
Pugna la tripulación en sus desmanes;

Hasta este día que culminó su empresa:
¡Tierra!... exclamó en pleno castellano
Y era un mundo abierto a sus afanes.

J. OLIMPIO BALDERRAMA

EL CEREBRO

La cosa más potente que se conoce, después de la voluntad, es el cerebro del hombre.

El es el que talla los diamantes y perfora los túneles...

Todo hombre normal tiene un cerebro también normal.

Pero, ¿cómo suele usarse de ese don?...

No hay hombre alguno que si aprovechó su tiempo en adquirir conocimientos útiles, no pueda llevar adelante su corazón y utilizar su cerebro.

El éxito es seguro para quien se coloca en actitud mental de lograr su anhelo, y después trabaja, trabaja y trabaja...

En la Comisaría

—Señor comisario, — exclama un denunciante, — este individuo ha robado una camisa a mi hija Lola.

El comisario (al detenido). — ¿Es cierto que ha robado usted esa prenda?

El detenido. — No, señor comisario, no es verdad.

El comisario. — ¿Cuál es su oficio?

El detenido. — Payador.

El comisario. — Bueno; pues cante la verdad si no quiere pasar al calabozo.

El detenido. — Sí señor, le cantaré la verdad... (cantando):

La camisa de la Lola
dicen que la tengo yo;
la camisa sin el cuerpo
¿para qué la quiero yo?

Notas cinematográficas

La expedición del dirigible Italia al Polo Norte — La casa Max Glucksmann estrenará en estos días la película oficial y completa de la expedición al Polo Norte del dirigible Italia, comandada por el general Humberto Nóbile.

Si alguna vez se ha empleado con propiedad el calificativo de sensacional para un film, es esta.

Lo es, no solamente porque refleja todos los pormenores del memorable viaje, desde los más pequeños detalles de los preparativos hasta los episodios culminantes de la expedición cuya suerte despertó la ansiedad mundial, sino porque en sí mismo el film es una de las más grandes hazañas técnicas que haya realizado la cinematografía.

Efectivamente: desde que el barco auxiliar de la expedición aérea, el "Citta di Milano" zarpa del puerto de Spesia con todos los elementos necesarios hacia la Bahía del Rey, base del dirigible "Italia" hasta el regreso a la patria de los infortunados expedicionarios, la película va ofreciendo al espectador no sólo la visión de los hechos sino toda la vastedad, toda la belleza, toda la desolación de los panoramas naturales y, por primera vez en los anales de la cinematografía, vistas completas maravillosamente nítidas, de las tierras polares, obtenidas en forma realmente prodigiosa desde un avión.

Otro detalle que cobra en estos momentos actualidad, es el de las vistas que aparecen en este film del hidroplano "Marina IIo." piloteado por el valiente aviador Penso, quien acaba de encontrar la muerte con otros compañeros mientras regresaba a Italia.

Imposible sintetizar en pocas líneas todo lo que contiene este admirable documento cinematográfico. Para terminar diremos que el espectador tendrá una idea completa de organización de las expediciones de auxilio en las que rivalizaron para salvar a los náufragos, hombres de todas las naciones, dando así al mundo un grande y bello espectáculo de solidaridad humana.

Desarrollo del De Forest Phonofilm en Inglaterra. — La De Forest Phonofilm de Inglaterra que tanto desarrollo ha venido tomando en estos últimos tiempos acaba de ser ampliada con la incorporación del señor Schlesiger, Presidente del Trust Sudafricano.

Con la incorporación de estos nuevos intereses se ha resuelto cambiar el nombre de De Forest Phonofilm Limited, por el de Compañía Británica de Películas Habladas, y a fin de ampliar el campo de acción de la Compañía se ha hecho una nueva emisión de acciones por un valor de 2.500.000 dólares, cantidad que ha sido rápidamente subscripta, lo que demuestra una vez más la fé que tiene el pueblo inglés en el maravilloso invento del Dr. Lee De Forest.

"Bailarín por Carambola". —Esta película cómica de metraje, que será estrenada a mediados del corriente mes, en la que interviene como principal intérprete el célebre bufo Monty Banks, llamará justamente la atención de los exhibidores, pues hay varias escenas que salen marcadamente de lo común, principalmente una en la que el artista para escapar de una casa, coloca desde el balcón del primer piso una escalera asentada sobre un automóvil que estaba parado frente al edificio, sin darse cuenta que sus ocupantes iban en ese momento a partir, lo que en ese momento ocurre, poniendo en serio peligro al artista, pues en la primer prueba que se hizo perdió el equilibrio debiendo ser repetida la escena.

"Bailarín por carambola", será estrenado por la Corporación Argentino Americana de Films, en su programa Arte Extraordinario.

"Calles de Shanghai" — La Corporación Argentino Americana de Films estrenó recientemente la película de su programa Extra Arte, titulada "Calles de Shanghai", con los artistas Paulina Starke, Kenneth Harlan, Sojin, en los principales roles.

El asunto es el siguiente:

En Shanghai, ciudad por excelencia cosmopolita y turbulenta, es durante el día un gran mandarín Fong Kaian (Sagín), de noche un truhán sanguinario dueño de una casa de juego de muy mal nombre. En ésta juega un papel importante Sady (M. Livington), de carácter pendenciero y de costumbres lógicamente poco deseables, Por los alrededores ejerce la profesión de maestra Mary Allan, (Pauline Starke) joven de delicados y nobles sentimientos y de una vida intachable.

Shanghai, cobija en su interior delegaciones militares que tienen la misión de guardar las vidas de los europeos que se aventuran con misiones civiles u oficiales. Forma parte de una de éstas el sargento Luis (Kennet Harlan), valiente y abnegado militar.

Se inicia el desarrollo del film con el robo que, ordenado por Fong Kaien, se comete en la persona de una alumna de la maestra Mary. Interviene el sargento Luis, el que en tales circunstancias se enamora de Mary.

En una arremetida para rescatar a la alumna, el sargento es casi blanco de un puñal esgrimido por un secuaz del falso mandarín, pero la intervención de Sady, lo salva de la muerte.

En premio a esto es alojada en el consulado. Una simpatía intensa que se convierte muy pronto en amor, se ha delineado de parte de ésta; pero la pasión hacia Mary es más fuerte. Celos intensos se despiertan en Sady. Ella no es de las que se arredran con facilidad ante el curso adverso de los hechos.

Por otro lado un hijo del mandarín siente desde hace tiempo un acendrado amor hacia la maestra; tal sentimiento es visto con ojos esquivos por el padre, pues tal unión importaría para sus planes una circunstancia que gravitaría fundamentalmente. Pero los corazones no se hacen callar tan de súbito. Las pasiones aumentan. Su empuje es aquilatado por Fong Kaien y una orden fatídica sus labios pronuncian: la de arrasar el colegio! Arrasarlo todo! Aprisionar a su hijo! El mandato inaudito se ejecuta. Una horda de foragidos inician fuego encarnizado con ese modesto templo del saber. Mary, Sady, y el sargento Luis, se encuentran en él, debatiéndose en una serie de explicaciones, mentís, aclaraciones propias de la situación afectiva que existe entre los tres.

Pero el instinto de conservación se hace imperativo. La defensa de sus vidas se rinde imprescindible. Y una guerrila encarnizada cada vez más toma incremento. El cerco de plomo se estrecha por momentos. Son instantes de honda dramaticidad. Todos se defienden con los medios disponibles. Sin embargo, éstos bien pronto escasean de parte de los que están en rehenes. Toda esperanza de salvación parece perdida. Pero un auxilio inesperado llega. Un pelotón de briosos caballos montados por compañeros del sargento Luis, irrumpen amenazadores. Y la situación, de sombría, se vuelve clara y radiante como las ilusiones que animan por igual las almas del sargento Luis, de la bondadosa maestra Mary y la de Sady, regenerada en virtud de la transición moral impuesta por el curso benefactor de los hechos acaecidos..

Es una película, en fin, bien dirigida e interpretada con toda corrección.

SUPLICA

Ha tiempo que en secreto padecía
de un hastío mortal que me abrumaba.
Ha tiempo, mi Señor, que no anidaba
en mi angustiado pecho la alegría.

Pero ha poco, Señor, que la bonanza
de la suerte ha trocado mi destino;
que he hallado, al azar, en mi camino,
en forma de mujer, una esperanza.

Protégeme, Señor, con tu hidalguía,
que miedo tengo de que llegue un día
en que pueda burlarme esa quimera.

Ten piedad de esta humilde criatura
que tu sublime caridad procura.
¡y haz posible, Señor, que ella me quiera!.

Diego DOSIL SANCHEZ

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607 — BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. Mayo 1899
Sábados de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el Exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ oro 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ oro 8.00
N.o suelto	„ 0.20	N.o suelto	„ 0.25		
N.o atrasado	„ 0.40	N.o atrasado	„ 0.50		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Lápices para marcar el cuero.— I—3 partes de negro de humo, 4 de jabón, 8 de cera amarilla y 4 de sebo. II.—2 partes de negro de humo, 4 de jabón, 8 de cera amarilla y 4 de esperma de ballena.

Según los usos, pueden variarse ligeramente las proporciones, pero lo mejor es ensayar la mezcla para determinar las cantidades. Para hacer la masa se derriten primeramente la cera y el sebo a fuego suave, se añade el jabón dividido en finas recortaduras y finalmente se echa el negro de humo moviéndolo todo bien.

Cuando todavía esté caliente, se vierte la masa en losas planas, y una vez fría se corta en barritas con una sierra o con un cuchillo caliente.

Para quitar las manchas de herrumbre de los objetos de acero pulimentado. — Se humedecen bien las manchas con aceite común, dejándolas en este estado durante algunos días, y pasados éstos, se recoge el aceite por medio de un pedacito de madera y se frota la parte manchada con esmeril. Después se limpia bien de toda impureza la parte así tratada, y como seguramente quedarán restos de las manchas, vuelven a frotarse con esmeril y vinagre de vino, terminando la operación con un poco de hematites fina y una gamuza.

Barnizado con muñequilla. — En esta clase de barnizado influye más la manera de aplicarlo que la buena calidad del barniz. Como ejemplo, diremos cómo se barniza en una fábrica de pianos. Una vez lijada la madera con papel del 0 y luego con papel de 00, se le da una mano de aceite de linaza y se vuelve a frotar con un trozo de piedra de grano muy fino. Se enjuga con un paño seco, y después se le da de blanco de España frotando con la palma de la mano, y se enjuga de nuevo.

A continuación se frota con movimiento circular con una muñequilla de lana recubierta con un trapo viejo espolvoreado de piedra pómez pulverizada. Cuando la madera queda bien brillante se frota del mismo modo con otra muñequilla con barniz y un poco de alcohol, teniendo cuidado de frotar bien con los bordes y tomar un poco de barniz con alcohol cuando no corra bien la muñequilla. También se echa, aunque con mucha prudencia, unas gotas de aceite de linaza sobre la madera.

Después del barnizado completo, se dejan pasar veinticuatro horas, y seda otra mano de barniz seguida de una de alcohol, ambas con la muñequilla, corriendo ésta de extremo a extremo para que no queden huellas. Finalmente se deja pasar un día por lo menos antes de tocar el mueble.

Tintura de iodo sin color. — La tintura de iodo al lado de sus grandes ventajas como antiséptico y revulsivo tiene el grave inconveniente de manchar los tejidos, y aunque la mancha no es indeleble cuesta trabajo quitarla, por cuya causa en Inglaterra y en los Estados Unidos se usa mucho la tintura de iodo sin color, la cual se prepara del modo siguiente:

En 10 gramos de agua destilada se disuelven 10 gramos de iodo y 10 gramos de hiposulfito de sosa. Después de la disolución se añade esta otra mezcla: solución de amoníaco al 10 por 100, 15 gramos, alcohol a 90º, 75 gramos. Se deja reposar al fresco, y después de algunas horas se filtra la mezcla y se obtiene de iodo incolora.

Limpieza de objetos de cristal y de porcelana. — Se empieza por echar en los frascos una mezcla, en volúmenes iguales, de ácido sulfúrico a 60 grados y ácido nítrico fuerte, en cantidad suficiente para que al moverla en todos sentidos humedezca bien todas las paredes interiores del frasco. Hecho esto se echa con precaución un poco de alcohol de quemar y se agita. Inmediatamente se produce una elevación de temperatura bastante alta que al calentar las materias que ensucian el cristal, las disuelve casi instantáneamente. El alcohol hay que echarlo poco a poco, porque de lo contrario pueden caldearse demasiado los reactivos y hacer saltar el cristal y hasta producir una pequeña explosión.

Si no queda bien limpio el frasco, se repite la operación después de enjuagarlo con agua y escurrirlo bien.

Pueden hacerse excelentes fotografías sobre seda, procediendo de este modo:

Se empieza por preparar una solución compuesta de benjuí, 8 gramos. Mástic en lágrimas, 5; Cloruro de cadmio, 30, y Alcohol, 1000 centímetros cúbicos. Se filtra esta solución con cuidado, y se sumerge en ella la seda, dejándola que se empape bien. Luego se pone a secar la tela, bañándola acto seguido en otra solución constituída por 12 gramos de nitrato de plata y 100 de agua.

Cuando la seda se encuentre completamente seca, se plancha con el hierro muy poco caliente, y ya no queda más sino impresionarla y virarla como el papel albuminado. Inútil nos parece añadir que los trabajos de preparación de la seda deben hacerse en la cámara oscura.

Para conseguir una germinación precoz se tienen las semillas durante veinticuatro horas en agua y luego se guardan en saquitos tupidos y se exponen al sol. Al cabo de otras veinticuatro horas empiezan a germinar y entonces se trasladan a una caja llena de tierra bien estercolada y se riegan, de cuando en cuando, con agua tibia.

Mediante este procedimiento se puede obtener, en pocos días, abundante plantel de las hortalizas más comunes.

El mismo procedimiento es aplicable a gran número de plantas de jardín.

Mástic para componer el caucho, muy útil para los ciclistas y automovilistas:

Sulfuro de carbono . .	26	partes
Gutapercha	2	„
Caucho	4	„
Cola de pescado	1	„

Se elimina cuidadosamente la grieta o rotura y se llena de mástic, sujetando los bordes con un hilo.

Para pegar metales al cristal se recomiendan muchos procedimientos; pero, seguramente, no habrá otro tan sencillo como el de un cemento que se compone de diez partes de resina de pino y una de cera blanca.

LOS GRANDES INMUEBLES

Gaspard de Nuits vivía en uno de esos vastos inmuebles, cerca del Bosque de Bolonia, que contienen un gran número de pisos soberbios.

El portero, espléndidamente galoneado, metido en su cabina, parecía un ayudante de servicio que vigilaba la salida de los "azules", aquellos soldados de la Vendée; y los inquilinos tenían la impresión, al pasar delante de él, de que podía volverlos atrás si su gabán no estaba abotonado a la derecha.

Un día que en el hotel de Armonville Gaspard bailaba un tango, vió delante de él a una mujer adorable. Los cabellos blondos, vestida de rosa, la desconocida bailaba con tanta voluptuosidad que Gaspard se estremeció. Había recibido el flechazo en pleno corazón.

—Amo a esta mujer — se dijo; — me es ya indispensable. La invitaré al próximo baile.

La orquesta, ¡cómo no!, ejecutaba un chárleston. Gaspard se levantó para ir a sacar a bailar a la dama de rosa.

Dió la vuelta a las mesas, pero no la vió. Volvió a recorrer el salón; tampoco. Se dirigió al "maitre d'hotel".

—¿Ha visto usted a esa mujer rubia, vestida de rosa, que bailaba el tango con un negro?

—Sí, señor.

—¿Dónde está?

—Se ha marchado.

—¡Ah!

—Pero el negro está ahí.

—El negro para usted.

—No, gracias.

—¿Usted la conoce?

—No, señor.

—Gracias.

—Es necesario que yo la vea; tengo que hablarle, declararle mi amor...

Gaspard decidió explorar París en busca de la bella.

Como era rentista, no tenía ocupación ninguna que le restase el tiempo y se consagró a la busca de la desconocida.

Metódicamente, Gaspard se paseó por todos los barrios de París. Se le veía tan pronto en Passy como en las Ternes. Iba de la sucia calle de Mouffetard a la aristocrática avenida del Bosque. No veía a ninguna mujer vestida de rosa.

Fué a ver representar todas las obras de teatro, todas las revistas; era espectador asiduo de todos los circos, de todos los cabarets. En ninguna parte veía a la dama de rosa.

Frecuentó todos los dancings; nada.

Visitó los grandes almacenes y los pequeños, hasta las exposiciones de pinturas. No vió a la desconocida.

Durante cinco años no dejó rincón de la gran ciudad que no explorase.

Nunca, nunca volvió a encontrar a la dama de Armonville, a quien adoraba.

Se desanimó.

—Debe ser una extranjera— pensó — que se ha marchado ya a su patria. O una provinciana que ha regresado a su provincia; pero ¿cuál provincia? Yo no puedo recorrer el mundo entero para buscar a una mujer a quien amo y de la cual no conozco más que el color de su pelo y el tinte de su vestido. Este, como sus cabellos, han cambiado ya tal vez de color. No puedo vivir sin ella. Y como no la encuentro ni la veré jamás, sólo me resta morir.

Pero como era persona de orden, decidió matarse en su casa.

Allí se dirigió.

Cuando se hallaba a cinco metros del inmueble en el cual habitaba, divisó la silueta adorable de la mujer que amaba. Seguía siendo rubia y llevaba el vestido rosa.

Iba a abordarla cuando la dama entró en la casa.

Decidió esperar a que saliera, y entonces le diría cuánto la amaba. Aguardó una hora, dos horas, tres horas; no salía.

La casa, sin embargo, no tenía otra salida.

Entró en la cabina del portero.

—Buenos días, monsieur Gaspard.

—Puso cien francos en la mano del guardián.

—¿Qué desea usted?

—Hace tres horas que ha entrado aquí una señora vestida de rosa.

—¿Madame Lassoy?

—¡Ah! ¿Sabe usted su nombre? ¿Quién es? A donde iba?

—Es una de las inquilinas más antiguas de la casa, monsieur Gaspard. Lleva viviendo aquí casi tantos años como usted. Lo menos diez

Georges DOELLY.

PAPEL Y TINTA

"AGUA DE PAZ"

Me llega de Cuba este libro escrito por una de las más jóvenes poetizas cubanas.

Una dulce paz, encerrada en poemas sentidos, se observa en esta obra. El alma de la escritora de un hondo sentir reflejóse fielmente, dando a sus cantos una armonía suave, que seduce.

Libro huérfano de raresas y de falsas figuras, parece que su autora lo ha concebido claramente, para conquistar con su tendencia y atraer con su emoción.

En la nota amatoria su alma adquiere una mayor seguridad, y en aquella, rica en comparaciones, como "Yo soy", puede apreciarse el sentido del rimo de esta amada de los dioses, para quien la naturaleza no tiene misterios.

"Agua de paz", es una obra interesante que nos ha dado un rato de solaz estético.

V.

"FUENTE DE AMOR". — Poesías - de Francisco Costa Doldan - Montevideo.—

Nuestro colaborador el poeta Costa Doldan, ha reunido sus poesías en un elegante tomo.

Su musa es amatoria, ardorosa y con estallidos pasionales casi siempre.

Algunos de sus poemas son filosóficos, otros descriptivos, abundantes en matices y color.

Quizá sus versos no reunan una fluidez impecable, pero, los que nos concretamos más a la emisión, al sentimiento, antes que las formas, encontramos en esta fuente de maravillosas ninfas, un tesoro de inquietud y amor. "Perfección", es un trabajo muy interesante por su idealidad y "Mi perra", descriptivo y rotundo.

Felicitamos al escritor uruguayo por este manojo de flores de su espíritu, por este musical concierto del agua clara de su fuente de amor, que mucho nos habla de su ser.

"EVA", por Alicia Porro Freire.— *Montevideo.*

La exquisita poetisa y colaboradora de "FRAY MOCHO", Alicia Porro Freire, termina de publicar un bello libro de cuentos.

Esta incansable amiga de las musas no solo busca un goce espiritual en la rima — molde sacro — donde engarza su fino sentir, sino que ahora se ha limitado al cuento, pero no al cuento narrativo y sin alma sino a aquel que encierra un girón de vida, un dejo de amargura.

Esta joven saliente no ha podido, al publicar su "EVA", poner grilletes a su pensamiento, ni detener el impulso de ese río interior que llamaré emoción, ambas cosas la han llevado por el mundo de sus observaciones, de aquello que es tela para el artista, y la han hecho concebir un libro sincero y claro como un rayo de luna.

Alicia Porro Freire, muéstrase valiente y real en esta obra, y esto la hace simpática, por que ante todo es escritora de verdad que no disfraza su sentimiento con frases bonitas, ni disimulos falsos, de esos que roban lo mejor a un argumento, ella, como excelente pintora de la pluma, refleja lo que ve y expone lo que su corazón le dice, sin importarle del acerbo decir de los timoratos. Por eso si "EVA" hace honor a esta personalidad conocida y aplaudida desde su Montevideo hasta México, y desde esta ciudad hasta España.

Conveengo que este volumen noblemente escrito, dará mayor realce a la obra de esta alma blanca, que con un fino sentir nos seduce y nos lleva por su camino lírico y armonioso.

"EVA" es un bellísimo libro que hace honor a la literatura uruguaya

"DESARRAIGADOS" — Novela chilena por Augustó Millan Iriarte

Conocíamos al periodista fino estilizado, pero ignorábamos al novelista, sagaz, y agil, bien que en todo periodista hay escondido un novelador, si sé es periodista de enjundia, dígalo entre otros, el mejor novelista de nuestros tiempos, el inimitable Blasco Ibáñez.

"DESARRAIGADOS" es novela de tesis, recia, costumbrista: una familia chilena hacendados de abolengo, que desarraigándose de su ambiente natal sano robusto y honrado, de sus campos, donde se amamantaron, se trasplanta con sus penates a la ciudad artificiosa convencionalista, donde como otros mil desentona y víctima del pecado de frivolidad vana arrastra ese calvario y al fin derrotada hasta que el espíritu ancestral de Marcial el hijo mayor, lo hace rebelarse contra todo y contra todos y volviéndose al campo de sus mayores, a sus haciendas que abandonadas al menor impulso responden noblemente a los afanes, redime a los restos de su familia que se salvaron de ese naufragio de la ciudad devoradora, y hace el milagro de redención de los que ama ese muchacho.

Millan Iriarte en su primer ensayo de novelador se acredita carne de novelista: y cosa rara entre los Americanos, maneja el idioma con fluidez y corrección sin descuidar el colorido y ni recargar el matiz, sin abusar del paisaje y aunque su argumento no es original sino pecado de muchas Naciones y más en América donde son muchos los ricos hacendados que alucinados por el espejismo carnavalesco de la ciudad traidora abandonan la pureza y nobleza del campo para ser pasto de la explotación de la ciudad logrera y casquivana, aunque Millan Iriarte no lo crea, ha tenido acierto en su ensayo, y lástima sería que en otras de más aliento, no desafiara esta clase de literatura para la que sin complicaciones, demuestra tener buenas cualidades.

J. FERNANDEZ PESQUERO

"PEDAGOGIA FESTIVA", por Juan Manuel Cotta.

"Memoria de un jubilado", subtitula el autor de este interesante libro, el cual, a decir verdad, son notas inspiradas por la observación constante, dentro del medio educacional en que le tocara actuar al señor Cotta; por eso, él mismo nos declara, a manera de proemio: "No diré que ya me he cansado de escribir y predicar en serio como lo he hecho con tesón en muchas publicaciones. Tampoco todo lo que va en este volumen es broma".

Y es así, no más. Pues, a través de su prosa festiva, cuando no irónicas, aborda originales asuntos referentes a la enseñanza en las escuelas primarias, cuyas viejas prácticas le sirven para poner de relieve el lado risible de las mismas.

A efectos de que las fallas anotadas, sean corregidas por quienes correspondan, y suavizar un tanto el aspecto de censor implacable, ha adoptado un temperamento conciliatorio, vale decir, bonachón, filosófico. De esta manera, ha abondado puntos de trascendental importancia, cuyos problemas aparentemente simples, suelen importar grandes trastornos en el desenvolvimiento regular de los jóvenes educandos.

"Pedagogía festiva", es pues un libro que merece ser leído.

"DISCURSOS MAGISTRALES", por Nicolás Avellaneda y "LOS CAUDILLOS", por Domingo F. Sarmiento. Librería "El Ateneo".

El primero de los volúmenes citados, contienen los más importantes discursos que pronunciara el doctor Nicolás Avellaneda, en distintas ocasiones. Figuran entre ellos, aquel ruidoso discurso defendiendo al gobierno de Sarmiento, con motivo de la intervención a San Juan, en 1869, apoyado por los opositores al P. Ejecutivo. Después de este discurso, pronunciado en el senado nacional, el 19 de junio del mismo año, es cuando la figura del eximio orador cobra mayor prestigio, dentro y fuera de esta capital. Igualmente, se incluye en esta recopilación, otros famosos discursos que convienen ser gustados por la elevación de conceptos que entrañan, como por las formas exquisitas de los mismos.

El volumen XVIII, o sea "Los Caudillos", de Sarmiento, comprende dos meritorios trabajos. El uno se titula, "El General Fray Félix Aldao" y el otro, "El Chacho", último caudillo de la montonera de los llanos. En el primero de ellos, se describe con mano maestra, el carácter del Gral. Aldao, las vicisitudes de su vida, su iniciación militar, la sed de sangre que le acomete, las horribles matanzas que dirige, y luego, sus costumbres licenciosas, su pasión por las mujeres, el juego y la bebida. Todo está pintado en estas páginas, en donde se estudia la figura de este caudillo bárbaro, cuyas iras eran feroces.

El segundo trabajo: "El Chacho" es un estudio de mayor dimensión que el anterior, tratado en forma más pintoresca. Los colores con que pinta la travesía y los antiguos señarios riojanos, dan una impresión de las correrías del Chacho, a la vez que la persecución de que fué objeto por parte del mismo Sarmiento, con el fin de librar a la república de un enemigo retrógrado, y evitar al país el retorno de la dsorganización política.

José Mauricio PEIXOTO

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 34 — CHARADA

—He puesto *segunda cuarta prima* tiempo. Todos los días cogía un *segunda tercia segunda* a costa de los cepillos.
—Pues vaya un *todo* aprovechado.

N.o 35 — COMPRIMIDO

TAR
CITA

N.o 36 — JEROGLIFICO

OCULTA LA PLATA DE
MEXICO

N.o 37 — ACERTIJO

¿Qué nombre de varón, compuesto de siete letras, no tiene ninguna de las que constituyen el nombre de Carlos?

N.o 38 — CHARADA

—Yo no entiendo ni palabra mas se ve el *todo* en el linzo si te fijas, de una cobra.
—¡*Prima dos-tres*, don Lorenzo!

N.o 39 — JEROGLIFICO

ƧƧiO

N.o 40 — COMPRIMIDO

50 0
100 0
CAUSA

LA PELOTA MAGICA DE ZANONI



En el diagrama de la izquierda: A, es la pelota; B, por donde el aire pasa; C, es el recipiente, y V, el tubo de aire

La pelota mágica de Zanoni es una pelota que a voluntad del actor se levanta de su lugar de reposo y permanece quieta en el aire durante el tiempo en que éste pasa un aro alrededor de ella.

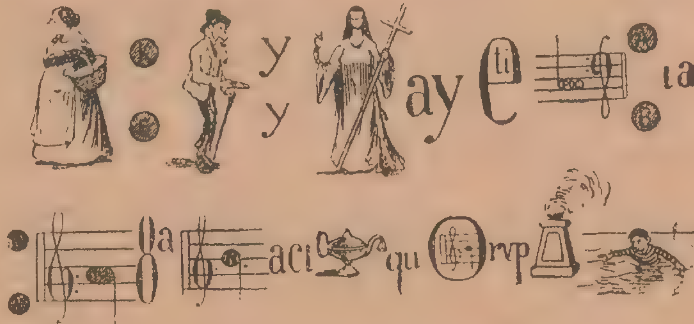
Entonces la pelota, si así lo quiere el actor, puede bailar a compás de la orquesta.

La pelota se construye de corcho, celuloide u otro material poco pesado. El pedestal o recipiente está construído generalmente de cemento y se pinta de los colores que harmonicen con los del traje del actor.

Como el diagrama muestra, en B de éste hay una serie de aberturas que llegan hasta la parte superior, y en la parte inferior se encuentra un tubo que comunica con un fuelle situado en la parte exterior. Actuando por medio del pie del actor, o en combinación con una persona de entre bastidores, la válvula levanta la pelota y la obliga a realizar su trabajo.

El ruído que el aire produce, se disimula con los sonidos de la orquesta.

N.o 41 — JEROGLIFICO



N.o 42 — CHARADA EN ACCION



N.o 43 — JEROGLIFICO



N.o 44 — CHARADA

Amigo *dos tres*:
Haz el favor de remitirme cuanto antes las *cinco dos* que te pedí ayer para cumplir mis compromisos con los subscriptores.
Todo el que viene me *uno tres* por informal, y no me *cinco tres* más remedio que recurrir a *tres tres* o a *dos dos* y sacarles el importe de la *cinco dos* aunque me *dos tres* moralmente dar ese paso
No me *cuatro cinco* la cosa con palabrerías, pues no te he de creer.
Estoy como tu sabes *cuatro tres cuatro* de perspicacia, y no has de lograr engañarme con falsas promesas que sean amables. Se ha *uno dos tres cuatro* cosa. Mañana si no me sirves llamo a dos o tres *todo* liquido cuentas y me retiro de la vida periodística.
Mándame eso. Adiós.

N.o 45 — INTERPRETATIVA



¿Qué debe estar diciendo ese individuo?

N.o 46 — ANAGRAMAS

RANIE MONOTONO

TRAGO GARBE

COLMOS

El colmo de la desesperación de un viudo: Casarse con su suegra.
El de un maquinista ferroviario: Conducir un tren por la vía láctea.
El de un banquero: Abrir cuenta corriente con un banco de arena del mar.
El de un sastre: Zurcir la rotura de relaciones entre dos potencias beligerantes.
El de un cazador de fieras: Cazar la Osa mayor.

SOLUCIONES DEL Núm. ANTERIOR

N.o 23—Oliver.
,, 24—Malas mañas.
,, 25 — No, no, y mil veces no.
,, 26 — Llevar una encomienda.
,, 27 — Celoso.
,, 28 — Vasco.
,, 29 — Poética.
,, 30 — Océano Pacífico.
,, 31 — La bala.
,, 32 — Enmascarado.
,, 33 — Laura La Plante.

TEATROS

"MAS FUERTE QUE LOS FUERTES", EN EL IDEAL

Con este título han dado al teatro su primer ensayo la escritora señora Luisa Israel y el señor Tabanillo y lo ha puesto en escena la compañía de Angelina Pagano. Se presenta un interesante conflicto en "Más fuerte que los fuertes": una mujer se debate en una situación angustiosa, por tres causas: el amor por su compañero, que fué maestro de dibujo y, es, como ella, artista; su vocación por el arte, y la asechanza tenaz de Marcelo, crítico de arte, enamorado de ella. Lía, que así se llama la heroína, pone por sobre todo su lealtad, su ternura y su amor por su marido; en trance decisivo llega a hacerle triunfar en un certamen pictórico con un cuadro hecho por ella, y arroja de su casa al obstinado pretendiente de su corazón.

Como puede sospecharse por la síntesis del asunto que apuntamos, Lía es una mujer en quien convergen las mejores virtudes femeninas, en tanto que en los dos hombres brillan condiciones lamentables y que sirven para realzar más las excelencias de la mujer. Claro es que una trama semejante y una solución tal, permiten destacar con relieves de grandeza moral la figura de la protagonista, cuyo renunciamiento por el arte y rechazo del donjuanesco crítico, dan a la obra una terminación plausible para una parte del público...

Cuando frente a la generosidad, el sacrificio y la pureza se coloca el egoísmo, la mezquindad y el mal, el choque resulta teatral y simpático, cuando el resultado hace triunfar la mejor parte...

Hay que aplaudir sin reservas la finalidad ética de "Más fuerte que los fuertes", donde la belleza del alma femenina se ofrece con acciones innegablemente grandes, y hay que reconocer que la actitud de Lía es humana en un tipo de mujer sentimental como revela serlo. En este sentido, merece la obra el aplauso que el público le dispensó, a pesar de lo vacilante de la interpretación, que hizo desmerecer escenas y situaciones.

"HAY QUE TENER CLASE", EN EL LICEO

Las pretensiones de figuración social de una familia que se ve de pronto en situación económica desahogada, pero improvisándose en el lujo y la distinción, es tema que ha servido de base a numerosas producciones de nuestro teatro, tanto en los reducidos y modestos ...ites del **género chico**, como en obras de mayor y más alta enjundia. En realidad es un tema fecundo, sino inagotable. Sus aspectos y facetas pueden ser renovados indefinidamente, presentando además la ventaja de que los conflictos pueden ser explotados desde varios puntos de vista, el irónico, el festivvo, el satírico, el sentimental y haciendo combinaciones entre ellos según gustos o propósitos o conveniencias, ya de arte, ya de público.

El autor de "Hay que tener clase" se ha contentado con una de las expresiones más modestas y sencillas. Se limita a presentarnos ciertos aspectos caricaturescos de una familia en la que la madre, encarnación del tradicional "quiero y no puedo", trata de casar a sus hijas ventajosamente, pero tales son sus desaciertos que después de infinidad de fracasos y tropiezos, se ve obligada a renunciar a sus proyectos y tiene que consentir en casamientos donde el desinteresado amor juvenil impone su romántica dictadura. Como se ve, no falta en la obra su moraleja y todo, lo que, si no aumenta ponderablemente sus méritos, por lo menos le da un remate amable y generoso.

No puede decirse que la pieza del señor Roque S. Luengo sea mejor ni peor que otras muchas, estrenadas con fortuna. Vivirá en el cartel del Liceo, durante un tiempo más o menos efímero y pasará sin pena ni gloria para nadie, después de haber llenado su objeto, que es lo que se trataba de demostrar.

Va sin decir que Pierina Dealessi fué la heroína de la jornada, en el papel de protagonista, matizado por ella en forma realmente encomiable y de efecto. A su lado quedaron bien, contribuyendo al buen resultado del estreno, el actor León Zárate destacadamente y, en segundo plano, los demás componentes del conjunto.

"EL MILAGRO DE PEPINO" EN EL SAMRT

Las extraordinarias condiciones que para el género cómico tiene el actor Ruggero, constituyen una tentación para los autores. Es mucho, saber que se tiene asegurado el éxito de una pieza componiendo un papel bufo que lo defienda un actor popular y, contra esa facilidad, aventurarse en tentativas de problemático resultado. En la tentación han caído muchos y entre ellos hay que contar a Florencio Chiarello, autor de la pieza que nos ocupa.

El asunto de "El milagro de Pepino" no tiene complicaciones ni rebuscamientos. Se trata de un buen muchacho que logra arreglar un desaguisado amoroso, asegurando el porvenir de una chica ultrajada y, de paso, resuelve él mismo su situación casándose con la patrona del negocio donde actúa como encargado. El conflicto atraviesa por diferentes situaciones de variada índole, pero predomina siempre la nota cómica llevada generalmente a lo grotesco, en perfecta colaboración del autor con los intérpretes.

No cabe duda de que la pieza "El milagro de Pepino" llena cumplidamente su objeto de divertir al público, pero no se puede establecer con precisión hasta dónde llega el ingenio del autor y dónde empieza la gracia de los cómicos.

Lo cierto es que el público ríe a mandíbula batiente y ya es bas...nte. **Ruggero encarna** con su acostumbrada eficacia el papel de mayor lucimiento, manteniendo al público en permanente hilaridad, con lo que la obra le proporciona y con lo que él pone de su cosecha. Los demás artistas del elenco, se ven limitados en su actuación por la preponderancia de la primera figura, mereciendo destacarse Lea Conti, Totó Billy, Viviana Díaz de Mendoza, Bono, Pastore y Enriquez.

EL ESTRENO DE SALDIAS

No es, hablando en puridad, el estreno de Saldías, quien ya se ha estrenado hace rato en el teatro Se trata de su última obra, titulada "Pigall". Tenía que haberse dado en el Nacional hace unos días, pero la buena acogida dispensada a "El rancho del hermano" postergó la "premiére" de dicha pieza. Si se ha producido posteriormente, nos ocuparemos de ella en el número próximo.

COSAS DE LOCOS

A pesar de las reservas con que ha sido recibida por el público la pieza "Sinrazón" del ex torero español Ignacio Sánchez Mejía, puede afirmarse que se trata de un afortunado ensayo de teatro moderno. Hace bien Ernesto Vilches en incorporar a su repertorio, demasiado frívolo por lo común, obras de este carácter. Tal vez su reputación de actor elegante no gane mucho, pero en su carácter de director de la compañía compensa todo lo que pierde con ciertas obras.

REVISTAS PICARESCAS

Dentro de un repertorio que tiene algo de atrevido, pero no tanto como algunos creen, sigue desenvolviendo su temporada la compañía de revistas del Cómico. "Pim pollos rotos", la última novedad ha mejorado mucho el cartel, pues contiene algunos números graciosos e interesantes.

LA OPERETA

La compañía italiana de operetas dirigida por el popular actor cómico Siddivó, registra entre sus últimos grandes éxitos la obra del género titulada "Madame de Thebes" en cuya interpretación tienen especial lucimiento todos los numerosos elementos de que consta este excelente elenco.

INTENTONA EN EL MARCONI

Cuando escribíamos estas líneas, se anunciaba como inminente el debut en el Marconi de una compañía de comedia organizada y dirigida por Arturo Mario, que contaría con los siguientes elementos:

Actrices, María Cainelli, Carmen Otero, Josefina Suárez, Emma Martínez, Angeles Mesa, María Esther Emery, Margarita Percili, Carlota Bastardi y Rosario Caffaro, y los actores Julio Scarzella, Francisco Bastardi, Gustavo Cavero, Nicolás D'Amato, Luis Grimaldi, José Otegui, Rogelio Martínez, Víctor Lía, Diego Granetich, Jorge Montealegre, Juan García, Luis Rueda y José Perelli.

Quiera el cielo que al salir esta edición, la combinación no se haya malogrado... por mal tiempo.

TUDELA Y LATORRE

Estos denodados actores prosiguen su lucha cotidiana para imponer su temporada de dramas y comedias, que patrocina Martínez Sierra y que bien merece, por cierto, el apoyo del público.

Tanto interesa la labor que viene realizando este elenco, que hasta los autores nacionales desean ver interpretadas sus piezas por esta compañía. Es así que Tudela y Latorre anunciaban para pronto el estreno de "La Santa Fulvia", de Enrique Gustavino, obra que acaso ya se encuentre en el cartel.

DE ROSAS PARTE

El 23 del actual se embarca para España la compañía que encabeza Enrique De Rosas, **a la que** se ha incorporado como dama joven la actriz Maruja Gil Quesada, inteligente y estudiosa artista, ha poco regresada del viejo mundo.

La nueva jira artística de De Rosas merece ser coronada por el éxito y así lo deseamos, por reconocer en el talentoso camediante una de las más destacadas figuras de nuestro teatro nacional y un eximio director. Como hemos informado, en mayo regresará De Rosas, para reaparecer ante nuestro público desde el Liceo, con novedades dramáticas, algunas de las cuales hará conocer antes en la península.

SIGUE LA RISA...

..en el Argentino, donde Parra, con su harén, viene logrando una aceptación cada noche mayor.

PICARDIA EN LA COMEDIA

Con bastante suerte sigue actuando la compañía de pochades y vaudevilles de la Comedia, que explota repertorio francés volcado al romance. "El paraíso cerrado" y "Un bel tocco di ragazza", se mantienen en el cartel con mucho público.

MUIÑO

Más favorecido que nunca este año, el popular actor del Buenos Aires ha representado más de cien veces consecutivas las dos piezas estrenadas últimamente, "No pregunto cuánto son" y "Un padre en busca de seis hijas".

GRAND SPLENDID

El primer mes de primavera ha llevado a la hermosa sala tanto público como el principio de la temporada. Esta afluencia sólo se explica por el prestigio del salón sin duda uno de los más aristocráticos de la capital, y por la excelencia de las películas que se exhiben.

Para esta semana, el programa no cuenta sino con admirables producciones de las mejores marcas.

CAPITOL

El bonito cine de la calle Santa Fe se ve noche a noche muy animado. Acuden a las funciones muchas familias distinguidas, que celebran las buenas cintas que se ofrecen diariamente.

GLORIA

Este cine de la avenida de Mayo realiza sus funciones con numeroso público desde el comienzo de la temporada, y mientras en otros salones las entradas ya vienen aflojando, en este aumentan todos los días, lo cual significa que la atracción del cartel es cada vez mayor.

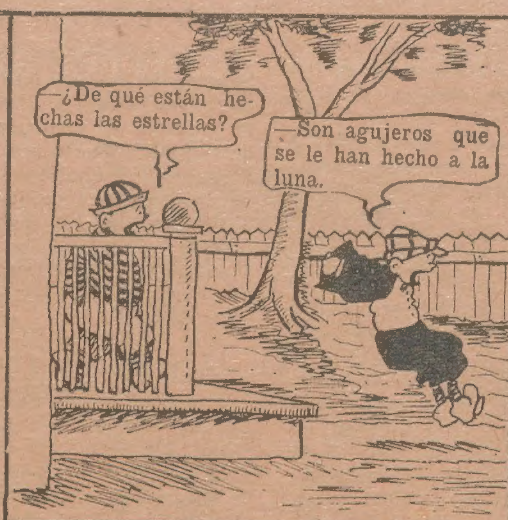
PARC

Interesantes y atrayentes películas anuncia para la semana que se inicia, esta bonita sala de Palermo que es frecuentada por las buenas familias del barrio.

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI























Encomiable es la obra que desarrollan las autoridades comunales del partido de Quilmes

ALGUNOS ANTECEDENTES HISTORICOS DE LA CIUDAD



Dr. José Eduardo López, intendente municipal de Quilmes

EL PASADO.

La hermosa ciudad fundada en tiempos de la conquista por don Gonzalo de Doblas, ha cobrado, a través de los siglos, el carácter que corresponde a uno de los más progresistas y magníficos de la República.

El "pueblo de los Quilmes" que fuera declarado "libre de toda clase de personas" en el año 1812, fué el primero en sentir sobre su suelo fértil, el paso de las tropas inglesas invasoras, en las memorables jornadas de 1806, cuando el día 25 de junio de este año, a la una de la tarde, empezó el desembarco de las tropas de Inglaterra, al mando del general Carr Berresford.

También en aguas de Quilmes, el 24 de Febrero de 1827, el almirante Brown logró uno de sus más señalados triunfos.

EL PRESENTE.

La comuna, cuyo intendente es el doctor José E. López, cuenta con un presupuesto aproximado a un millón de pesos nacionales, que atiende a los servicios de la ciudad principal y demás localidades de su jurisdicción las cuales son: Bernal, Ezpeleta, Berazategui, Plátanos, Conchitas, Pereyra, Ranelagh, Kilómetro 13, Gutiérrez y Villa España.

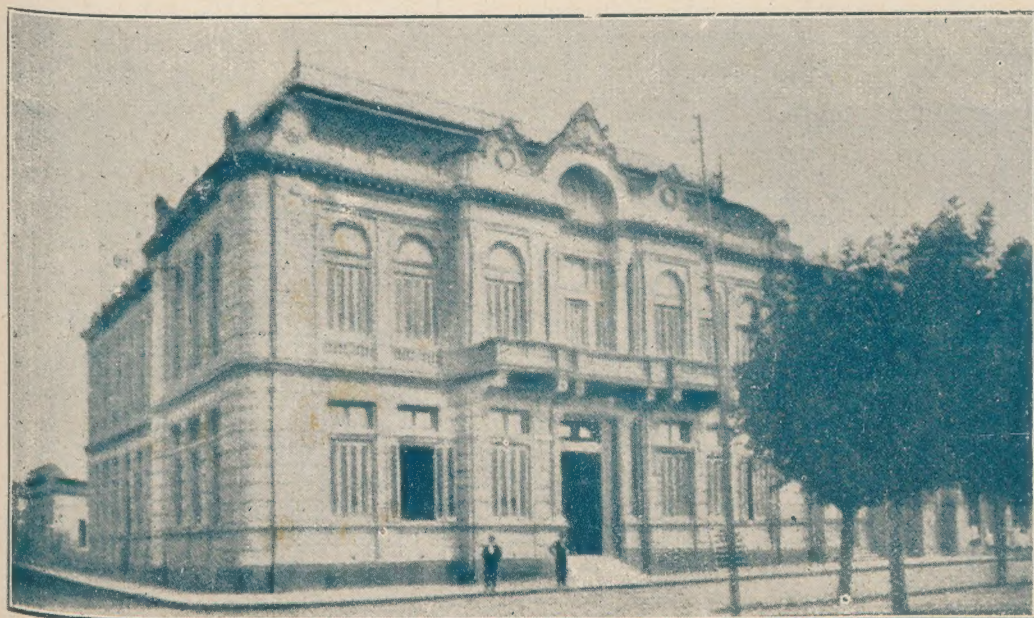
La población total del partido de Quilmes se eleva a 77 mil habitantes, de los cuales corresponden a la ciudad y suburbios; 37.000; Hornos y Bernal: 24.500; Berazategui: 12.000; Conchitas: 2.200; Ranelagh: 600 y Ezpeleta: 700.

EL PORVENIR

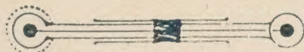
Quilmes, encausado en una constante corriente progresista, está destinado a ocupar un puesto prominente dentro del desenvolvimiento municipal de la República.

Su porvenir es, sin disputa, incontrastable. Quilmes ya ha delineado sus destinos hacia realidades halagadoras.

Y es, en verdad, el tesón de los hombres altruistas y patriotas que han regido sus destinos, el que debemos elogiar en todo su valor, por cuanto su acción constante y eficaz ha logrado alcanzar, para dicha importante población bonaerense, un grado de envidiable progreso urbano, que proyecta, para un futuro no muy lejano, los lineamientos y la fisonomía edilicia que, indudablemente, han de destacarlas entre las más importantes ciudades de la República.

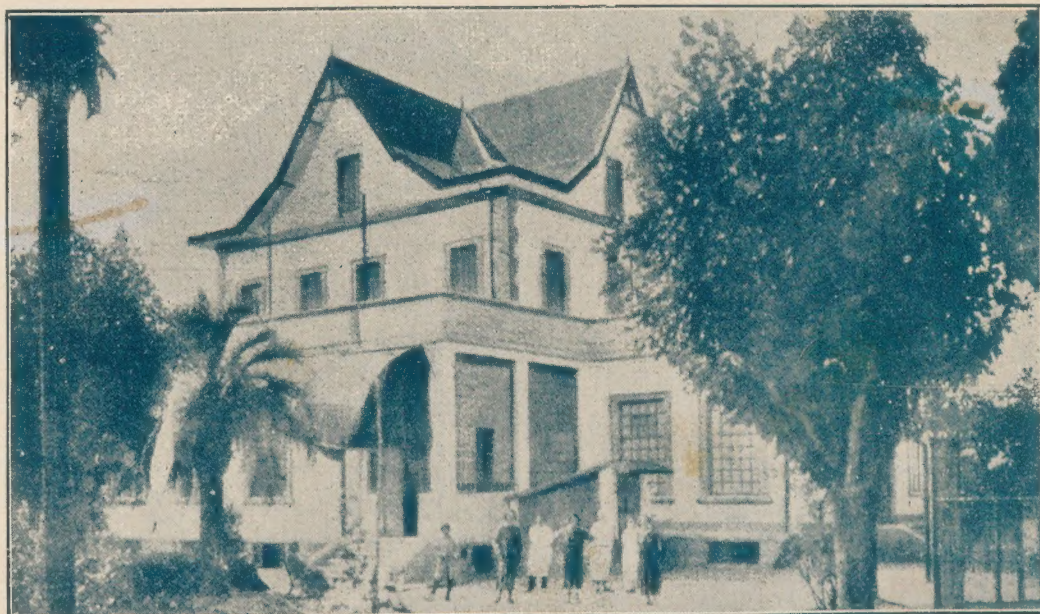


Palacio Municipal



Miembros que componen el Concejo Deliberante de Quilmes

Presidente, doctor Emilio Torres; vicepresidente 1.o, señor Agustín L. Roca; vicepresidente 2.o, señor Juan D. Durante; secretarios: señor Pedro J. Poloncoli y señor León E. Belou; concejales, señores David Z. Cánovas; Ildefonso Jáuregui; Alberto Bick; Pedro P. Oliveri; Carlos Rodríguez Jáuregui; Manuel Huisi; Domingo Lombardo; doctor Isidro Iriarte; Plácido Zito; Clemente Baggiani; doctor Emilio Planes; Enrique Olivero; Antonio Otero; doctor Arturo D. Seguí; Carlos A. Perli.



Hospital local

Blusas para el auto. — 1. Blusa de crespón de China azul pálido trabajado con calados y guarnecido, así como la falda, con marocain de seda azul marino. — 2. Blusa de crespón Georgette rojo adornado con bordado de metal oro mezclado con seda negra y seda blanca. Termina dicha blusa una tira de satén negro. Falda de crespón de China rojo, completamente plisada con pliegues llanos. — 3. Blusa de crespón marocain de seda blanca mezclado con marocain azul cobalto. Adorno en la blusa y en la falda de trencillas de seda oro viejo y amarillo de Nápoles, trabajados en punto de cadena.

